ALEX MÍREZ



ASFIXIA

Nova Casa Editorial

Alex Mírez

ASFIXIA

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Claudia Márquez
Daniel García P.

Portada
Daniela Alcalá
Neidymar Torres

Maquetación
Daniela Alcalá

Revisión
Claudia Márquez
Daniel García P.

ISBN: 978-84-16942-47-3

ÍNDICE

SINOPSIS

Planeta tierra.

Población: 1

No logramos entender cómo pasó.

El primero de septiembre de 2019, sucedió. Todos estábamos bien y de un momento a otro las personas comenzaron a morir asfixiadas. Poco a poco, el mundo se sumió en un pasmoso silencio.

Cuando desperté, me encontré con el horroroso panorama de millones de cadáveres.

Todos estaban muertos.

Poco después descubrí que en realidad quedábamos siete supervivientes, y me uní a ellos. Algunos se dedicaron a investigar lo que había sucedido, el porqué de la extinción de la raza humana; pero murieron de una forma extraña al poco tiempo.

Los que quedamos atrás luchamos por sobrevivir, pero, aun así, los demás fallecieron también al cabo de unos meses.

Ahora solo yo habito el mundo, soy la única que queda en el planeta...

O al menos, eso creía.

AGRADECIMIENTOS

A Leif y Ana María por amarme.

A Digna y Angie por desesperarme sin medida.

A Gerardo y a Dilia por creer en mí.

A Neidymar por siempre estar ahí para leer todo lo que escribo o dejo de escribir.

A aquellos en la plataforma naranja que leyeron y comentaron esta historia antes de que fuera publicada.

Y a mí, porque, aunque pareció imposible muchas veces, lo hice.

Porque ante todo somos humanos.
Y el ser humano es miedo y soledad,
pero también valor y compañía.

1

Muchas cosas pasaron después del primero de septiembre:

La electricidad cesó.

Los relojes de cuerda se detuvieron.

El musgo comenzó a crecer por todas partes.

El silencio se apoderó del mundo.

Los satélites cayeron como lluvia.

Y la historia del hombre quedó en el pasado.

Pero, ¿qué sucedió ese día? Nadie lo supo.

En realidad, nunca hubo una alerta. Nadie dijo: «Los humanos se extinguirán hoy», así que solo pasó como sucede cualquier cosa. ¿Que si lo esperamos? Jamás. Despertamos pensando que sería un día normal, y para cuando dio la tarde ya todos se habían asfixiado sin razón aparente.

Sí, como si de repente todo el aire del mundo desapareciera.

«Algo» ocasionó que los habitantes de la ciudad presentaran severos problemas para respirar, por lo tanto, también causó desesperación e histeria. Fue un caos total, a decir verdad, porque todos parecían gusanos retorciéndose en el suelo y emitiendo sonidos extraños.

El día del incidente —como suelo llamarle— me salvé gracias a mi padre, o creo que fue así. Con sus últimas fuerzas logró encerrarme en el sótano, en donde me desmayé por el miedo. Al despertar tenía una máscara puesta en el

rostro y demasiadas dudas, así que salí en busca de mi familia, pero solo encontré muertos en las calles, en las casas, en los establecimientos y en toda la ciudad.

Poco después, sin comprender cómo era que la población había fallecido, me enteré de que formaba parte de un pequeño grupo de sobrevivientes; conformado por seis personas de diferentes ciudades que, al igual que yo, no le hallaban explicación a lo que había pasado.

A los seis los encontré tres semanas después del incidente, al abandonar mi ciudad natal, porque se había quedado sin luz eléctrica, y terminé viviendo con ellos. Para ese entonces era una niña asustada, débil y desesperada; una persona incapaz de sobrevivir por sí sola.

No nos conocíamos, incluso desconfiábamos unos de otros, pero así intentamos iniciar una nueva vida. Si es que a eso se le podía llamar «vida».

Hicimos muchas cosas durante el primer año, pero supongo que vale la pena mencionar las más importantes.

Encendíamos la televisión esperando encontrar señales de vida en otras ciudades o países, pero no había programación, tampoco radio, ni mensajes, ni señales, nada. Lo único que había eran millones de cuerpos descomponiéndose, millones de malditos cadáveres emanando olores nauseabundos que requerían que usáramos máscaras para poder movernos por las calles, pues era el único modo de no vomitar por el asco.

También viajamos a otras ciudades, pero en todas encontramos lo mismo: malditos cadáveres. Cuerpos que después de seis meses, reposando al aire libre, aún se mantenían en un estado muy extraño de descomposición; un hecho que Diana —integrante de los seis— se había propuesto estudiar.

Después de esos viajes, estuvimos seguros de que éramos las únicas

personas con vida, y con el pasar del tiempo no llegó nadie más.

Éramos siete personas en el país, siete personas que de día intentaban llevar una vida como si nada hubiera pasado, pero que de noche lloraban a escondidas mientras pensaban en el suicidio como una vía rápida para huir de lo inexplicable.

Las noches en ese mundo despoblado eran incluso más frías, porque —según Diana— sin los millones de humanos que produjeran dióxido de carbono el ambiente se volvía más fresco.

Perder a todas las personas fue una pesadilla. Ver la ciudad repleta de malditos cadáveres también, y parecía absurdo, pero aunque los humanos fuesen el mayor peligro para la tierra, esta era nada sin ellos.

Los animales también habían muerto —un hecho que podía impedir nuestra supervivencia— por lo tanto, el silencio era casi ensordecedor. Ni siquiera había una mosca que zumbara alrededor de nuestros oídos o un zancudo que osara alimentarse de nuestra sangre, y ni siquiera había zumbido, solo silencio espeso del que podía inducir locura.

Nos quedamos completamente solos.

Así que pasé los días del primer año sentada frente a una de las ventanas de la casa en donde habíamos decidido alojarnos, dedicándome solo a mirar el cielo mientras me preguntaba cómo había sucedido aquello, y cómo era que nosotros siete seguíamos con vida.

Poco a poco caí en la depresión, fue inevitable. Me convertí en una muchacha callada que casi nunca entablaba conversación con alguna otra persona del grupo. Hablaba nada más que para preguntar lo necesario, agradecer por la comida o instruirme en alguna tarea.

Lo único bueno fue que con el grupo aprendí lo básico para la supervivencia,

y cuán necesario era el uso de la gasolina. Dan, el policía, me enseñó el manejo de nuestra pequeña central eléctrica a base de energía eólica, la que usábamos para seguir teniendo una vida más o menos parecida a la que habíamos perdido; también me enseñó a elegir enlatados que duraran mayor tiempo, y de qué forma abrir cualquier auto por más cerrado que se encontrara.

Y así pasó el primer año.

Cuando llegó el segundo, los seis comenzaron a morir.

Inició en octubre, para ser específica. Fue repentino y muy desgarrador para mí. Los veíamos bien una noche y al día siguiente encontrábamos sus cuerpos sin vida. ¿Cómo sucedía? Ni siquiera lo sabíamos, porque sus cuerpos inertes no se parecían a aquellos que habían muerto por asfixia. Parecían haber muerto de forma natural.

Diana falleció primero, tenía cuarenta años. Aunque se había pasado casi la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación realizando análisis —porque era doctora en algo que nunca me esmeré en recordar— lo más relevante que nos dijo fue que la naturaleza presentaba un cambio un tanto alarmante; que el color natural de las plantas se había transformado en un tono opaco, y que las hojas de los árboles habían adquirido un matiz rosáceo bastante curioso. Además de eso nos advirtió que estaban surgiendo de la tierra raíces de un tamaño enorme y anormal, y que aquello era inexplicable.

Ella murió el primero de octubre de 2020.

Susy, una anciana, nos dejó después. Fuerte, decidida y muy inteligente, se aseguró de mantenernos cuerdos sin recurrir a las mentiras. Murió el primero de noviembre de ese mismo año sin aportarnos nada importante sobre el suceso.

De tercero siguió Dan, mi instructor. El hombre al que le debía mis

conocimientos adquiridos durante el tiempo de soledad. El policía más noble que había conocido, una compañía que, al irse, le había sumado otro vacío más a mi alma. Falleció el dos de diciembre.

Un mes después nos dejó Jackson ya casi entrado en los cincuenta. Su vocación fue profesar la palabra de la religión a la que había pertenecido. Sus días consistieron en vociferar que lo sucedido era un castigo de Dios y que los que sobrevivimos éramos los elegidos para ir al paraíso. Murió el tres de enero de 2021.

Quino, el quinto del grupo, murió el cinco de marzo a la edad de treinta años. Adicto a la lectura, muy culto y muy preciso. Formuló muchas teorías junto a Dan, pero omitíamos sus palabras porque casi siempre terminaban discutiendo. Él nunca aportó nada sobre el incidente, porque, de hecho, había llegado a decir que esperaba la muerte como si de un vecino se tratase.

Cuando el ocho de abril murió Marie, la pequeña de quince años y la última que quedaba del grupo junto a mí, me había quedado sentada en el piso mirando su cuerpo, preguntándome si pronto sería mi turno, si finalmente me iría. Me pregunté si la muerte dolería, pero entonces me di cuenta de que el dolor físico que pudiera sentir, no sería más fuerte que el dolor emocional que experimentaba en esos momentos. Solo debía esperar. Tenía que seguir esperando; pero pasaban los días y no moría.

Ni siquiera sé por qué no morí.

Esperé y esperé, pero no llegó, y entonces me cansé de aguardar por ello. Me vi obligada a aceptar la realidad, y me detuve a pensar si realmente quería quedarme sumida en la depresión, mirando a través de la ventana.

Ese día entendí que no iba a morir, y si no iba a morir, tampoco me iba a quedar encerrada para solo sufrir, así que me obligué a cambiar, a verme como la única persona que quedaba, y me exigí comprender que lo que debía hacer

era sobrevivir. Decidí no pensar más en lo que me agobiaba y salí de aquella casa con una actitud diferente.

La depresión comenzó a desvanecerse y a hacerse presente solo durante algunas noches. Un instinto de exploración se desarrolló en mí y comencé a pasear por las calles tratando de encontrarle algún sentido a mi existencia.

Decidí mudarme de nuevo de ciudad, porque el lugar en donde había vivido con los demás estaba impregnado con el eco imaginario de sus voces. Tomé un auto, conduje hacia algún lado y llegué a un pueblo al que le había faltado la llegada del desarrollo. En él escogí la casa más bonita y luego fui al supermercado más grande para abastecerme con los enlatados que aún estuvieran aptos para ser consumidos. Mi dieta se basó en algunas ensaladas con plantas que podían ser digeridas, granos, y, además, algunos trigos que prometían durar hasta treinta años.

También había tenido que encontrar otro pasatiempo además de la lectura, algo que me hiciera pensar poco, así que usé todos mis conocimientos en electricidad —aquellos que había obtenido de Dan— y con gasolina, plantas eléctricas y energía eólica, obtuve la electricidad necesaria para poder disfrutar de ciertas comodidades. Conecté una consola y hallé en los videojuegos una forma de maximizar mi concentración y de minimizar los pensamientos de soledad.

Después de eso viví como cualquiera lo hubiese querido, pero sola. Tomé todos los autos que aún podían conducirse, junté todo el dinero que había en los bancos —aunque no me servía de nada— y rompí las reglas de conducta social que pudieran existir. El mundo se convirtió en mi mundo, y durante las tardes de aburrimiento incluso me divertía un poco creando leyes y estatutos como:

Toda la comida es gratis.

No existen las escuelas.

Queda establecida oficialmente la paz mundial.

Quedan disueltas las religiones.

Porque con dieciocho años aún tenía un alma adolescente que surgía de vez en cuando.

Algunas veces me preocupaba mi salud mental, aunque ser una desequilibrada no debía ser grave si no había nadie más en la tierra que pudiese tildarme de loca.

Llegué a pensar que ya estaba cruzando la línea que separaba la cordura de la demencia, porque durante tres meses mi único pasatiempo había sido juntar los cadáveres del pueblo que tenían un peso ligero para, en un acto de entero respeto, quemarlos y no tener que pasar sobre ellos al caminar por las calles.

En el transcurso de esos tres meses pude darme cuenta de que lo que Diana había querido investigar tenía mucho sentido, porque, después de dos años, los cadáveres se habían transformado en una masa de carne putrefacta y sin forma definida.

No necesitaba haber estudiado medicina para comprender que algo no estaba sucediendo como debía ser, y que un cuerpo no lucía de esa manera luego de tanto tiempo. Pero viéndome inhábil para analizar esa rareza como un científico lo hubiese hecho, lo único que podía hacer era especular y seguir mi camino.

Entre los pasatiempos que se me ocurrían, la soledad era como una moneda lanzada al aire. Cuando caía por un lado, mi día era interesante y entretenido, y el hecho de que no hubiese nadie más, era beneficioso; cuando caía por el otro lado, no salía de casa ni por un momento, lloraba por horas y el suicidio era lo único que rondaba mi mente.

Cada día podía ser distinto, pero yo siempre era la misma, aunque por suerte había aprendido a controlar mis emociones para que no fuesen tan volubles. Me adapté al desierto en que se había convertido el mundo, pero en el fondo extrañaba escuchar otras voces y deseaba compartir con alguien más todo lo que tenía. Pero eso no sucedería, porque, probablemente, era la única persona que quedaba en el mundo.

Ya no había nadie más.

• • •

Un primero de agosto me encontraba en la vieja tienda de videojuegos. Era apenas mediodía y así el pueblo no se veía tan mal, porque de día todo era mejor y de noche lucía macabro gracias a la oscuridad, como si fuese un pueblo embrujado.

Para distraerme tomé algunos juegos de consola. Lamentablemente no había nada nuevo y los títulos se habían quedado en el año dos mil diecinueve, pero me conformaba con lo que podía encontrar.

Al menos me distraían, hacían que mi mente se pusiera a trabajar y eso era lo único que necesitaba para soportar el día a día.

Guardé los juegos dentro de la mochila que siempre llevaba colgando de los hombros y salí de la tienda. Me cubrí el rostro con una máscara de gas. Lo hacía a menudo por si llegaba hasta el pueblo alguna emanación tóxica proveniente de las industrias de las grandes ciudades, aunque también servía para no vomitar por el hedor que producían los malditos cadáveres que aún reposaban en sus sitios.

Las calles asfaltadas tenían musgo y en algunas aceras la hierba se expandía, amenazando con apoderarse de todo en el futuro. Los autos estaban en las mismas posiciones, algunos estrellados contra otros y unos pocos bien

estacionados. De ellos había extraído toda la gasolina posible.

La tierra sin humanos se había transformado, pero los cambios en tres años no habían sido tan drásticos. Llovía menos y el aire estaba más limpio en los pueblos. Estaría a salvo mientras que no me alcanzara la contaminación nuclear, eso también lo había aprendido de Dan.

Me coloqué los audífonos para tener algo que escuchar y comencé a andar rumbo a casa. Podía trasladarme en auto, porque tenía uno —en realidad tenía todos los autos que aún funcionaran— pero a veces me gustaba alargar el camino y ejercitar las piernas.

Mientras avanzaba, inmersa en la letra de la canción, me encontré ante los restos de dos grandes faroles que probablemente habían caído por el deterioro de su estructura. Los rodeaba una enorme y verdosa raíz de aquellas que, misteriosamente, habían comenzado a aparecer en distintas partes de la tierra; y en el piso también se veía una larga y profunda grieta que el mismo tubérculo había causado al salir. No podía pasar por ahí, ni siquiera trepar, y no lo recordaba porque casi nunca andaba por ese camino.

Evalué mis alrededores para buscar alguna vía alternativa y vi un callejón angosto que podía dar salida al otro lado de la calle. Lo tomé como ruta. Cuando llegué al final, segura de que encontraría la carretera principal de nuevo, me desorienté. Salí al inicio de una calle que daba a una pequeña y reservada urbanización.

Me llamó la atención la última vivienda de la esquina. Tenía un lazo de color negro sobre la puerta de entrada, como cuando alguien moría y la familia quería encargarse de que supieran que estaban de luto.

Aunque temía encontrar otro cuerpo maloliente, me adentré en la casa por pura curiosidad, porque era de día y porque así cualquier cosa me asustaría menos. Era valiente, pero estaba completamente sola. Si escuchaba algún

ruido, sufriría un «infarto diarreico» término que había inventado porque era la dueña de todo y porque no había nadie que pudiera corregirme, ¿qué más daba?

Abrí la puerta con confianza, así como entraba a todos los lugares de la ciudad, y me introduje. Percibí el ambiente familiar de inmediato. Una sala, cocina, armario y jardín vacíos, por suerte. Imaginé una familia de cuatro, con dos niños y una madre cariñosa que había dejado una tarta en la ventana. Para ese momento ya estaba podrida y de seguro, de no haber sido por la máscara, habría comprobado que olía muy mal.

«Una lástima que nadie haya podido saborearla», pensé.

Subí las escaleras y en el segundo piso encontré lo que habría querido evitar. Había una mujer en el suelo de la habitación principal. El maldito cadáver estaba en muy mal estado. Su piel hinchada y difícil de descifrar había adquirido un color negro, y sus extremidades daban la impresión de estar tiesas. En la mano, o al menos lo que quedaba de ella, brillaba algo que pude reconocer como un relicario de oro.

Lo tomé para fisgonear.

Salí de la habitación, me detuve en medio del pasillo y miré el interior del relicario. Lo que había eran dos fotos bastante bonitas: una mujer y un niño de unos diez años. Supuse que la mujer era la que estaba inerte, y que, si seguía en aquella casa, lo más probable era que me encontrara con el cadáver de un infante que no quería ver.

La imagen madre e hijo me conmovió. No podía dejar ese objeto desvanecerse en el olvido, así que lo guardé en mi mochila y me dispuse a salir de allí, pero antes de bajar las escaleras vi que una de las habitaciones estaba abierta y que, en su interior, adherido a la pared, había un poster de Arctic Monkeys —mi banda favorita— que podía tomar para decorar mi casa.

Entonces, solo por eso me atreví a atravesar la puerta. Me pregunté si había sido la habitación de una chica, pero rápidamente me di cuenta de que era la de un chico, porque todo era muy simple, porque había ropa masculina en el suelo e incluso una revista *playboy* sobre la cama.

—Al menos se divertía —murmuré mientras miraba la portada de la revista.

No había nada interesante ahí salvo por un pequeño libro sobre un viejo escritorio de madera. Tenía una tapa de cuero negro y un raro símbolo en el lomo, como de una flor. Lo tomé, intrigada, y entonces lo abrí en la primera página.

ESTE LIBRO PERTENECE A LEVI H.

—Veamos qué escribías, Levi H —dije en voz alta sin apartar la mirada del libro.

La primera hoja estaba en blanco, así que pasé a la segunda y vi que algunas páginas habían sido arrancadas. Me pregunté por qué, pero avancé hasta encontrar las letras y comencé a leer desde donde se podía:

Primera anotación de Levi:

Algo muy malo va a ocurrir. Lo sé porque el abuelo no deja de repetir: «tienes que estar preparado». Me gustaría preguntarle que para qué debo prepararme, pero sería perder el tiempo. Desde que le diagnosticaron Alzheimer lo tachan de viejo loco, y yo sé muy bien que él siempre estuvo cuerdo. A veces pienso que también sufro de Alzheimer, pero sé que no es así, que eso es imposible al ser tan joven. Hay cosas que no puedo recordar, como si mi mente estuviese en blanco o no tuviera un pasado. Me alegra haberme dado cuenta de ello. Por ahora mis dudas son demasiadas, pero poco a poco me iré aclarando. Espero que mamá no descubra que robé este libro de la biblioteca del abuelo, porque si no me mataría.

Hubo algo entre lo escrito que me atrajo de forma inmediata. Después de tres años, era la primera vez que mi interés se despertaba con tanta intensidad. «Algo muy malo va a ocurrir», decía, y realmente había ocurrido. ¿Lo habría predicho Levi H? Y si era así, ¿en dónde estaba?, ¿en dónde se encontraba su cuerpo?

Guardé el libro en la mochila apelando a la idea de que no podía dejarlo, y entonces rebusqué en cada habitación para encontrar el cadáver masculino que en ningún momento hallé. El único cuerpo que había en toda la casa era el de la mujer.

Lo leído me dejó a la expectativa. Ya no me detenía a pensar cómo era que todos habían podido morir tan de repente. No me interesaba demasiado por el tema pues solo me concentraba en sobrevivir, pero en ese instante tenía muchas más dudas de las que Levi H había escrito. ¿Quién era él? ¿Por qué decía no poder recordar?

Había más hojas por leer en el libro, así que salí del lugar y fui a casa sin hacer parada para realizar alguna otra cosa.

Quizás era momento de comenzar a buscar la verdad.

2

Segunda anotación de Levi H:

Me desespero cuando mamá le dice al abuelo que se calle, a mí me gusta escuchar sus historias. Siempre habla sobre que algo malo nos espera, pero ella piensa que él está desvariando. Ja, si alguno de mis amigos supiera que escribo en un libro, seguro me dirían gay, pero es que no sé a quién contarle esto que me está atormentando. Anoche tuve un sueño muy extraño, vi intensas luces y una habitación muy blanca, solo eso. A veces sueño esas cosas, como que estoy atrapado en algún lugar, pero entonces no recuerdo nada más. Es tan extraño. Intentaré hacer que el abuelo me hable de lo que cree que sucederá.

Me quedé mirando con detenimiento la caligrafía. Era torpe, separada, pero bien trazada como la de cualquier adulto. Entonces me pregunté cuántos años habría tenido Levi H al escribir aquello. No había fecha ni referencias; nada que pudiera considerarse una pista.

Cerré el libro y lo dejé reposar sobre mi pecho. Recostada sobre mi cama, lo único que veía era el techo de cristal. Tenía un techo precioso con vista a las estrellas porque había decidido alojarme en una de las mejores casas del pueblo, ya que la sensación que producía el espacio abierto y la vista al cielo, me ayudaba a conciliar el sueño durante las noches de insomnio.

Volví a abrir el libro en la siguiente página:

Tercera anotación de Levi H:

Nada. Eso es lo que obtengo del abuelo, nada. Mejor debería preocuparme por estudiar, pero es imposible si toda mi mente es un revuelo. No dejo de pensar en que recuerdo poco de mi infancia y en que las lagunas mentales son cada vez más frecuentes. Extraño a papá, quizás él se habría preocupado por mí y me habría entendido. ¿Por qué las personas que más amas, mueren? ¿Por qué la vida te hace sentir que no mereces lo que tienes, al quitártelo? Bien, entrando a otro tema, tener que estudiar es un asco, ni siquiera puedo concentrarme. Sigo teniendo demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Vaya mierda.

La vida de Levi me pareció muy intrigante e inusual, sin embargo, me agradó en cierto modo porque sentí que estaba conociendo a alguien con tan solo leer sus escritos. Lo repetí en mi mente: estaba conociendo a alguien más. Después de tantos años, con aquel libro entre las manos, sentí una compañía, aunque fuera inexistente.

Ya sin poder parar, continué leyendo mientras que una chispa de emoción me recorría el cuerpo.

Cuarta anotación de Levi H:

Siento que poco a poco voy cambiando, lo he notado. Antes me gustaba salir, conocer gente, relacionarme y socializar. Ahora cada vez que me hablan, deseo que dejen de hacerlo. Pero, ¿por qué sucede esto? ¿Por qué el cambio tan repentino? Hay algo en mí, hay algo, pero no sé qué es. Al menos me miro en el espejo y soy igual, pero, temo que un día el reflejo cambie. ¡Ah! Estoy desvariando ahora. Quizás el loco soy yo y no el abuelo, pero, ¿cómo sé si esto es demencia?

Quinta anotación de Levi H:

Han pasado unos tres días, creo. Estaba tan empeñado en investigar dentro de la biblioteca del abuelo que olvidé todo lo demás. Bueno, no encontré

nada importante, solo libros de historia, biología y genética. El abuelo era todo un friki. A mí me parece que molaba bastante, pero a mamá como que no, hay cierto recelo en su voz cuando le habla. ¿Acaso lo odia? Es su propio padre, y él nunca ha sido malo. De todos modos, mamá tiene esa actitud con todo el mundo, como si despreciara lo que le rodea, incluso a mí. No necesito su cariño, en verdad, solo necesito saber quién soy.

Fue inevitable pensar en mi madre. Ella había sido muy dulce, todo lo contrario a lo que Levi describía que había sido la suya. La mía, cuyo nombre de pila había sido Andrea, se había encargado de ser muy comprensiva y amorosa conmigo, su única hija. Hasta recordaba muy bien lo último que le había escuchado decirme:

«¡Drey, ordena esa habitación o no saldrás de casa aunque se acabe el mundo!».

Y vaya que había resultado irónico.

Pensando en los escritos de Levi H, me pareció muy injusto que su madre no le quisiera. El cadáver en aquella casa habría de pertenecer a esa mujer, y pensar que había podido dirigirle una gélida palabra a un hijo tan consternado como él, me hizo sentir un dejo de rencor hacia ella.

Ante el recuerdo del hinchado cadáver femenino, me pregunté en dónde estaría el cuerpo del tan mencionado abuelo. No había encontrado nada más en aquella casa, pero por supuesto que eso no implicaba que quizás estuviese vivo, porque lo más lógico y más probable era que, cuando todo había ocurrido, tanto Levi como su abuelo hubieran estado en otro lugar. También existía la posibilidad de que el abuelo hubiera muerto antes del incidente.

Entre tantas ideas y posibilidades, solté un bostezo. Doblé la punta de la hoja para marcar la página y cerré los ojos con aquel libro sobre el pecho.

• • •

Las mañanas siempre eran una mierda.

Me levantaba, lavaba mis dientes, desayunaba y rondaba por la casa o me dedicaba a los videojuegos. Pero al día siguiente, al despertar, todo pareció distinto, porque apenas abrí los ojos hice cada tarea con entusiasmo para luego subir a la terraza y sentarme a leer.

La casa en donde residía tenía una vista hermosa y muy amplia. Desde mi posición podía visualizar el inicio del pueblo y las calles desoladas que a esa hora no lucían inquietantes, solo pacíficas. Ante esa imagen, la mañana podía ser el mejor momento del día.

Me senté en uno de los cómodos sofás que adornaban la terraza y abrí el libro en la página que había marcado.

Sexta anotación de Levi H:

Existe algo llamado suerte que al parecer no me conoce. Yo creo que, de todas las personas en el mundo, soy el que tiene que lidiar con muchísimas situaciones estresantes. No, no estoy exagerando. Verás, estoy intentando ser normal, muy normal, porque han pasado dos días y no he tenido lagunas mentales ni extrañas sensaciones. La cosa es que intenté invitar a salir a una chica, claro, porque mi autoestima no está tan baja como podría parecer. Lo intenté y fue fatal. Dijo que no salía con raros como yo, que tenía cosas más importantes que hacer y que lo mejor era que no perdiera mi tiempo. ¿Sabes qué? Tenía razón, ahora no quiero perder mi tiempo en esos asuntos. Si ni siquiera puedo controlarme yo, las mujeres serían algo que jamás podría comprender.

Me causó cierta diversión aquella anotación, incluso solté una pequeña risa porque leerle resultaba gracioso y entretenido. También me sentía sin suerte,

sobre todo porque me había quedado enteramente sola, así que lo comprendía a la perfección, y más que comprenderlo, en un claro gesto de empatía sentía su angustia; pero en cuanto a intereses amorosos, ¿qué sabía yo? Nada. Tenía dieciséis años recién cumplidos cuando se dio la catástrofe. Me había perdido lo mejor de la juventud y nunca podría recuperarlo.

Séptima anotación de Levi H:

Es mi cumpleaños. Antes me gustaban, cuando estaba papá, claro, porque él me llevaba a pescar o a acampar, pero ahora que no está, no sucede nada. Es un día común y corriente, muy simple. Mamá hace una tarta, me da unas secas felicitaciones, y el abuelo pregunta que de dónde salí. Al menos de él lo entiendo, se le olvidan las cosas, pero de mi madre es un poco injusto. No tengo la culpa de que su vida no sea como siempre quiso, así que me limito a encerrarme en mi habitación, a existir y a comer. ¿Es tan malo eso? Cuatro días sin lagunas mentales. Eso me alegra. ¡Feliz cumpleaños a mí!

No pecaba de ignorancia en ese tema. Entendía muy bien lo que se sentía extrañar a alguien, así como él había extrañado a su padre, y ese era un sentimiento desgarrador. Levi había estado rodeado de personas y, aun así, se había sentido muy solo. Ese destino era muchísimo peor que el mío, porque al menos yo tenía la excusa de ser la única en el país, probablemente también en el mundo, pero él que había estado con la humanidad durante esos días, había sentido una intensa soledad entre las voces de la multitud.

—Feliz cumpleaños, Levi —murmuré al vacío.

Las otras cinco hojas que seguían, eran anotaciones un tanto entretenidas sobre su vida y lo que le sucedía a diario. Evidentemente, parecía tener mala suerte, porque cuando quería hacer algo no le salía bien.

Entre todas esas palabras no encontré ninguna que me revelara su edad. En mi mente era una silueta sin rostro ni altura definida, como un hombre con un

signo de interrogación por cabeza, algo bastante extraño, pero me consolaba el poder imaginar perfectamente su personalidad.

Dio la tarde y seguía sumergida en el libro.

Duodécima anotación de Levi H:

Había pasado un mes entero sin lagunas mentales, y ayer me sucedió lo peor. Olvidé por completo mi pasado, en donde estaba y cuál era mi nombre, y un dolor de cabeza palpitante casi me tumba al suelo. Esto es lo que no comprendo, ¿por qué sucede de esa forma? Siempre olvido toda mi existencia y durante la noche sueño con esas luces y una habitación blanca. No sé por qué siento que un doctor no podría darme respuestas, pero entonces, ¿a quién acudir? Esto es como un castigo. Tengo malas sensaciones, náuseas y terribles presentimientos. ¿Por qué mi cuerpo reacciona de esa manera? Necesito ayuda, pero no sé en dónde buscarla.

Decimotercera anotación de Levi H:

Las náuseas siguen y la sensación punzante en el pecho también. El dolor de cabeza viene y va. No puedo explicarme esto y en internet tampoco encuentro nada específico. Dicen que las lagunas mentales pueden ser por lesiones en la cabeza o por un ACV, pero eso no es posible, no podría estar tan enfermo, ¿o sí? No, yo no lo creo, creo que hay algo más. Desearía que papá estuviese aquí, él estaría preocupado y entonces seríamos dos los preocupados y no uno solo, y supongo que cuando no eres el único agobiado, sientes que lo que sucede no es tan malo, aunque en realidad sea terrible. Sí, así todo sería más fácil.

Estoy muy confundido.

Decimocuarta anotación de Levi H:

No he salido de la habitación en dos días y nadie parece darse cuenta. Eso

no importa porque igual me siento muy mal como para levantarme de la cama. Me siento enfermo física y mentalmente. Apenas duermo dos horas y me despierto de repente con un intenso dolor de cabeza. Consideré ir al hospital, pero no sé si me entenderían. No tengo hambre, tampoco quiero ver a alguien más. Quiero que esto se termine.

¿Decimoquinta?, anotación de Levi H:

Mejoré en un día, pero mamá entró a la habitación para decirme que no soportará que sea un vago toda mi vida. Le dije que estaba un poco enfermo y lo único que hizo fue traerme un té. Lo que tengo no lo podría curar ni un té, solo la verdad, o eso creo. No abro las cortinas porque entonces el dolor de cabeza se hace más intenso. Sin embargo, hoy no he tenido náuseas y puedo levantarme de la cama. ¿Qué es lo que me sucede y por qué no lo sé? ¿A dónde debo ir para saberlo? ¿Y si realmente estoy loco? He pensado demasiado, aunque eso empeora mi estado, pero no puedo dejar de hacerlo, esto es muy confuso para mí.

Decimo… anotación de Levi H:

Me vi obligado a salir, aunque fue más bien que mamá me sacó de la cama a gritos. Fui a claces clases y en el aula casi me desplomo. Sentí mareos y todo se escuchaba muy legamo lejano como si las personas poco a poco se fuesen distanciando. Al final intenté pedir un permiso para poder hirne irme, pero tampoco hallaba las palabras correctas para expresarme. Un profesor muy generoso me ayudó, pidió el permiso por mí y regresé a casa tan pronto como pude. A mamá no le importó porque al menos vio que salí, pero no quiero hacerlo de nuevo, no puedo estar afuera así. La multitud me inquieta, me perturba y probablemente esta noche me hunda en otra laguna. ¿También estoy olvidando cómo escribir?

Anotación de Levi H:

¡Fui un tomh tonto todo este tiempo! ¿Cómo no pude verlo si estaba ahí mismo ante mis ojos? Nunca nunca nunca noté que, en la última hoja de este libro, había una cosa una dirección al lado del dibujo de una flor. Al leerla sentí un olor un dolor punzante en la cabeza, como si eso bastara para decirme que debía ir. Iré, porque en ste esta casa no tengo más que hacer, porque a mi madre no le importo y porque el abuelo ya tiene su destino marcado, pero yo aún no tengo el mío. Allí estaré, allí encontraré la verdad.

Di un salto fuera de la silla al leer la anotación. Había una dirección en la última hoja, una a la que Levi había ido, y decía «allí estaré». ¿Y si su cuerpo estaba ahí? ¿Y si Levi H se encontraba en ese lugar? Mi mente fantaseó con la idea de encontrar a otra persona, pero… ¿viva? No podía estar segura, y si lo pensaba bien era absurdo. Probablemente él estaba ahí, muerto, y yo quería creer que estaba vivo porque lo único que deseaba era compañía.

De inmediato pensé en ir. Pasé a la última página para saber de qué lugar se trataba y sí, ahí estaba, una dirección con el dibujo en líneas de una flor. ¿Qué podía perder? Nada. ¿Sería peligroso? No del todo, porque era la única persona en el país y si tenía la suerte que Levi H no había tenido, probablemente habría alguien más en ese planeta.

¿Y si no estaba realmente sola? Tenía un pequeño viaje por hacer. Y también, una pequeña esperanza.

• • •

Cuando dio la tarde, emprendí el viaje hacia la dirección que había en el libro. Me subí al auto, aquel que casi siempre usaba, me coloqué la máscara para evitar gases y malos olores, guardé una botella de agua en la mochila y salí de casa con ella colgando de los hombros.

Una llama de esperanza se había encendido en mi interior. Tenía un buen presentimiento, una punzada positiva. No paraba de imaginar el sonido de la

voz de alguien más, ni de calcular las probabilidades de poder estar cerca de otra persona para erradicar por completo la agobiante sensación de soledad que me atenazaba día a día.

Conduje rápido, pero no en exceso. Llegó a mi mente el recuerdo del día en que aprendí a manejar un auto. Quino me había enseñado alegando que era sumamente necesario para el grupo, pues todos debíamos colaborar durante los viajes que hacíamos tratando de hallar a otros supervivientes, y también durante las búsquedas de alimento. Aun así, podía definir el conducir como lo que menos me gustaba hacer. Algo que me frustraba bastante eran los autos estacionados en medio de las vías con cadáveres en su interior. Trataba de no mirar porque los cuerpos me causaban un gran impacto visual, pero era inevitable cuando debía rodear los automóviles para poder seguir avanzando.

Coloqué un *cd* de música, subí todo el volumen para alejar la imagen de los cadáveres de mi mente y aceleré cuando el camino se despejó.

Por primera vez me sentí bien, como si estuviese pisando la entrada a un objetivo de vida, a un destino que podía valer la pena, y esa era una sensación que no había experimentado en tres años.

Conduje aproximadamente cuatro horas sin hacer ninguna parada para descansar. Las ansias no me lo permitieron. Aquella ciudad tenía malditos cadáveres por todos lados; en las calles, en las aceras, dentro de los autos y en cualquier lugar a la vista. Eso suponía un gran problema para mí porque no podía seguir avanzando con el auto, así que, aunque no quisiera, tenía que dejarlo. Aplastar los cuerpos nunca había sido una opción, por lo tanto, preferí caminar.

El sol todavía brillaba a esa hora, era plena tarde. Me reacomodé la mochila y traté de memorizar el lugar en donde estacioné el auto para después encontrarlo con facilidad. Cuando me sentí lista, me adentré en la ciudad.

No supe exactamente cuánto caminé, pero confiando en los letreros pude hallar la dirección. Al estar frente al lugar que marcaba el libro, lo reconocí como un laboratorio clínico. Volví a mirar la página para asegurarme de que había llegado al sitio correcto y efectivamente estaba en él. Admití que había imaginado algo distinto, una casa o algún refugio, pero en ningún momento un laboratorio.

Dudé ante la idea de entrar porque me causaba temor. Debía aceptarlo, en algunos momentos era cobarde y temerosa, incluso tenía una lista estricta de lugares a los que no entraba ni de día, ni de noche.

No escuelas.

No iglesias.

No hospitales.

Los laboratorios siempre parecían versiones más pequeñas de los hospitales, y de todos los sitios del mundo los hospitales me parecían los lugares más inquietantes y perturbadores, sobre todo porque con el planeta vacío el silencio en aquellos lugares casi inducía a la locura, ya que ni siquiera había zumbido; pero, por otro lado, ¿qué tal si Levi H estaba ahí, refugiado? ¿Y si su cuerpo se encontraba en aquel sitio? ¿No merecía al menos verlo?

Di pasos hacia adelante pero luego volví a darlos hacia atrás. Quería entrar, pero a la vez no. Aún sostenía el libro, así que lo apreté fuertemente contra mi pecho, aferrándome a todo lo que había sentido desde que lo había empezado a leer. Una esperanza. Eso significaba el diario para mí, una posibilidad.

Inhalé profundamente e induje pensamientos forzados a mi mente para otorgarme valor. No iba a pasarme nada, no vería nada extraño, solo buscaría la verdad, así que, con los nervios de punta, avancé hasta atravesar la entrada del laboratorio.

Ya no había vuelta atrás.

• • •

El corazón me latió con rapidez como a cualquier persona que hubiese visto una maravillosa película de terror. El interior estaba sumido en una densa oscuridad y en un profundo silencio, de aquel que dejaba a uno solamente con los más angustiosos pensamientos.

Me acerqué a las paredes, porque avanzar sin ver por dónde iba era una idea poco inteligente que solo podía llevarme a tropezar y caer. Encontré un encendedor de luz después de moverme un poco y cuando lo accioné, las bombillas no reaccionaron. ¿Cómo podía pensar que la luz funcionaría después de tres años? Rebusqué con premura en la mochila y extraje una de esas linternas a las que antes de la catástrofe les habían hecho bastante publicidad, porque se recargaban con luz solar y llegaban a durar mucho más tiempo del que cualquier otra podía. Incluso tarareé la cancioncilla del comercial para apaciguar el nerviosismo:

«Siempre dura, siempre brilla. ¡Es la única que necesitas!»

Mientras avanzaba por los pasillos, apreté aún más el libro contra mi pecho. No me dirigía a un punto exacto, no sabía en donde terminaría, por lo tanto, miré con atención cada habitación con puertas abiertas, evitando ser yo la que abriera alguna.

A medida que caminaba podía notarlo; no había ningún cadáver.

—No hay nada malo aquí, Drey, tranquila.

Vi algunas casetas de recepción, algunos pequeños consultorios de esos en donde se extraía la sangre, y cuando me adentré más por el pasillo también observé las habitaciones en donde analizaban las pruebas.

Me pareció extraño no ver los cuerpos, era como si todos hubiesen tenido la

oportunidad de escapar de la muerte, o como si el lugar hubiese estado vacío antes de la catástrofe.

El pasillo por el que andaba era muy largo, y al final de él había solo una puerta. Al verla el miedo acrecentó, porque el pasaje parecía perfectamente diseñado para dirigir a cualquiera a un destino espantoso, como si el mismísimo maestro del terror Stephen King lo hubiese diseñado con su puño y letra como un camino directo al verdadero horror.

Avancé con las piernas flaqueando. El corazón comenzó a latirme mucho más rápido y los nervios afloraron de una forma agobiante. Los jadeos que emití debido a mi respiración agitada, fueron audibles a través de la máscara que me cubría el rostro.

Después de detenerme frente a la puerta, coloqué la mano sobre la fría perilla, la giré y...

—¡Oh, mierda! —solté de inmediato, pasmada, dejando caer el libro.

Sobre el suelo de la habitación reposaban cuatro malditos cadáveres y todos estaban en un estado de descomposición impactante, peor que aquellos que se hallaban en las calles. Sus labios se habían secado y separado, formando una expresión de dolor, creando una imagen totalmente espantosa y casi abstracta.

Traté de calmarme. Había visto demasiados malditos cadáveres, esos no podían hacer la diferencia.

Examiné mejor la sala y además de los cuerpos —los cuales eran todos femeninos— solo había instrumentos médicos y algunas camillas.

Un escalofrío me recorrió la espalda y el pensamiento hincó en mi mente; estaba sola y lo estaría siempre. Me sentí estúpida. En aquel lugar no había nadie con vida. Me había formado falsas esperanzas deseado creer en algo que no era posible. Entonces, cuando el miedo se disipó, dio paso a otras

emociones y me desesperé tanto que sentí un nudo en la garganta y una rabia indescriptible.

Ni siquiera el fétido olor de los muertos que no podía colarse por mi nariz gracias a la máscara, sería más fuerte que mi desilusión. Haberme imaginado un mundo diferente en donde otra persona también tuviera lugar y que esa fantasía se desmoronara en segundos, me devastó.

Me agaché para recoger el libro del suelo. Sentí rabia además de dolor, y cuando todos mis sentimientos terminaron de mezclarse, corrí fuera del edificio.

Pensé en todo de un solo golpe: la soledad, los cadáveres, el miedo, la tristeza, la decepción, la desilusión y la rabia. Comencé a sentir que me ahogaba, que no podía respirar, como si alguien hubiese puesto una enorme almohada sobre mi cara para impedir que continuara inhalando oxígeno. Mi corazón se aceleró, las manos me temblaron, sudé y sentí un gran dolor en el pecho, pero, aun así, corrí sin detenerme y como pude llegué hasta el auto.

Cuando me subí a él, me quité la máscara y la dejé a un lado. Quise estampar mi cara contra el volante, quise liberarme de todo eso que me atormentaba, quise compañía, un abrazo o lo que fuese necesario para no sentirme tan vacía.

Miré el libro de nuevo y lo abrí haciendo contacto con las envejecidas hojas. Había tanto en sus páginas, había demasiado de una persona y en ese instante solo quería arrojarlo lejos para deshacerme del recuerdo de los sentimientos que en él se habían descrito. Pero no podía.

Vi la caligrafía y las palabras. Lo vi todo de nuevo.

Anotación de Levi H:

En algún mundo pala paralelo, supongo que existe alguien igual a mí a quien no le molestaría acompañarme. Qué sé yo, quizás hablar de esto con

alguien debe ser genal genial, pero a mí demasiadas cosas me parecen geniales, como la pesca, las series policiacas, los comics y esos chicles enormes que siempre están dentro de una gran máquina en los supermercados, los que son de colores, sí, bueno, todo eso me parece genial. La feria también es increíble. ¡Y los carros chocones! Una pasada. Aora ahora no puedo disfrutar nada de eso. Siem siento que mi vida es así, como estar en una pista de carros chocones, pero solo. Intento golpear los demás carritos, pero es completamente aburrido si no hay alguien más que devuelva el golpe. Mi existencia es tormentosa, aburrida, incluso predecible. Quiero liberarme de todo esto, saber si hay un lugar para mí en la tranquilidad. ¿Lo habrá? ¿Habrá un lugar para mí?

Dejé el diario en el asiento de al lado. No podía leer más y seguir pensando que él había sufrido de la misma forma que yo sufría en ese momento. Era un acto masoquista continuar atormentándome con la idea de que era posible encontrar a alguien, de que podía encontrarlo a él, porque eso jamás iba a suceder.

Me sentí agotada, así que intenté calmarme para poder regresar a casa y a mi rutina. Había conseguido alejar los pensamientos suicidas para darle oportunidad a la vida, y si lo había logrado antes, sería capaz de lograrlo de nuevo. Podía arrojar el diario a la carretera, dejarlo atrás y hacer como si nada había pasado. Podía olvidar a Levi. O al menos, podía intentarlo.

3

Al despertar, supe que me había quedado dormida sobre el asiento del auto. Miré por la ventana. Había caído la noche y aún estaba muy lejos de casa y de todo lo que conocía. Debía regresar.

Seguía decepcionada y un tanto triste, era inevitable, pero poco a poco había entrado en un estado neutral que funcionaba para no permitir que, en lo que quedaba de día, otra situación pudiera afectarme, o al menos eso quería creer. El estómago me rugió del hambre, pero no llevaba nada de comer conmigo.

Más razones para volver a casa.

Contemplé el libro de Levi en el asiento de al lado y por un instante me arrepentí de haberlo encontrado. Había estado muy bien antes de él, porque había logrado aceptar que me encontraba sola e intentaba hallar razones para que ese hecho no me afectara más, pero al leer sus palabras había pisado el borde de un abismo, todo se había desequilibrado y de nuevo sentía la depresión tratando de hacerme caer a un precipicio. Volví a sentirlo reciente, a sufrir porque todos se habían ido, como si tuviera dieciséis años y aún no pudiera asimilar la muerte de la humanidad.

Entre tantas cosas recordé el objeto. ¡Por supuesto! Rebusqué en la mochila y lo extraje del interior para poder mirarlo. Era aquel relicario que había tomado del cadáver en la casa de Levi H y que había ignorado por completo hasta ese momento. Lo abrí con cuidado y vi las fotos que había en él. Observé al niño. Una pequeña sonrisa se dibujó en mi rostro porque en ese instante lo entendí. Sí había conocido a Levi H, y estaba mirándole en ese preciso

momento. En la foto se mostraba como un pequeño muy sonriente de lacios y despeinados cabellos oscuros con grandes ojos color aceituna. No sabía a qué edad Levi había escrito su diario y tampoco podía adivinarlo, pero me llenó de alegría ver una parte de él, aunque fuese tan pequeña. Examiné con mayor detenimiento el relicario y vi que en la parte posterior había un grabado:

Feliz día de la madre, te amo. Con cariño,

Levi.

Él había querido mucho a su madre y ella lo había querido muy poco a él, y saberlo me causó cierta molestia. Guardé el objeto dentro de la mochila y tomé el libro del asiento. Podía echarle otro vistazo, ¿por qué no? Sus escritos eran entretenidos, el problema era yo, no terminaba de entender que lo que había en ese cuaderno era parte del pasado.

Anotación de Levi H:

Hay algo totalmente hipnotizador en la forma que una mariposa vuela. Ese movimiento ascendente y descendente es increíble. Me gustan mucho los animales, los insectos y todo lo que sea contrario a la vida humana. A veces quisiera también poder volar, así podría huir de esta tortuosa vida y qué se yo, ir hacia algún lugar mejor. Hay veces en las que imagino a una enorme pantera negra, eso es algo más de mis rarezas, pero... no lo hago porque quiero, sino porque viene a mí. Es una pantera muy misteriosa, se mueve con soltura, con detenimiento, y tiene esos ojos felinos que parecen hechizar. Bueno, hay demasiadas cosas en mi mente, no sé qué sucede conmigo. Sin duda soy lo raro dentro de la rareza.

Cuando me tranquilicé por completo, coloqué la mejor canción de Panic! At The Disco y seguí la carretera rumbo a casa. Debía regresar a mi monótona vida, olvidar lo que había sucedido, quizás lanzar el diario muy lejos y volver a mentalizarme, hacer como si nada hubiera pasado.

Nunca había conducido por la noche, porque estando con los demás supervivientes, confiarles el auto a los más jóvenes sucedía solo en casos de emergencia. Mi experiencia conduciendo era media, pero conduciendo a oscuras era nula. Al menos tenía las luces delanteras del auto para iluminar la carretera, pero no podía mentirme, estaba realmente nerviosa.

Traté de sosegarme, pero fue inútil porque a mitad de camino el auto comenzó a fallar hasta que, repentinamente, se apagó. Había olvidado llenar el tanque de gasolina.

Me sentí estúpida.

Intenté cuanto pude ponerme en marcha, girando la llave y tratando de encenderlo, pero no dio resultado.

—Creo que ni al Pato Lucas que tiene la peor suerte del mundo, le habría pasado esto —bufé al girar la llave por última vez.

Después de que me rendí, miré a través de las ventanas. Alrededor no había más que terreno vacío, algunos árboles y la continuación de una carretera solitaria. ¿Por qué me sucedían esas cosas? ¿Por qué había olvidado llenar el tanque? Asumí toda la culpa y también se la atribuí a mi repentina y abrupta reacción al salir del laboratorio.

Suspiré e intenté de nuevo encender el auto, pero no lo logré, así que me dispuse evaluar mis opciones. Podía quedarme ahí hasta que el auto encendiera —algo que probablemente no iba a suceder— o podía bajarme y caminar hasta encontrar otro para poder seguir. Con suerte algunas veces se encontraban autos en las calles que llegaban a funcionar, lo malo era que generalmente olían muy mal porque algunos mantenían malditos cadáveres dentro, sin embargo, no todo el tiempo eran conducibles. Lo medité por unos segundos. ¿Qué podía sucederme si caminaba por la carretera entre la noche?,

probablemente nada, porque estaba sola. A veces era tan cobarde que tenía que recordarme a mí misma las sabias palabras que mi padre me había dicho un día:

«El mayor peligro en la tierra es el hombre, y cuando ya no exista habrá verdadera paz mundial».

Sin humanos no había peligro. Pensar que podía sucederme algo, era ridículo, no había nada que temer, nada podía dañarme. Guardé en la mochila todo lo que necesitaba, volví a ponerme la máscara y salí del auto cerrando la puerta tras de mí. Casi pude escuchar un eco.

Hacía frío, mucho frío, pero por suerte llevaba un *blue jean* algo holgado y un suéter de mangas largas muy a mí estilo con un estampado en el centro que decía *Maroon5*. Normalmente vestía lo que encontraba en cualquier tienda, ya que podía mantenerme limpia. No estaba en un estado crítico.

«Al menos no fue un apocalipsis zombi porque entonces estaría muy sucia… o muerta —pensé— sí, debo ser realista, estaría bien muerta».

Avancé justo por el centro de la calle. Después de media hora, aún no había señales de algún otro auto. Era absurdo que, aunque ya había pasado por aquella carretera, no recordara en donde había visto uno por última vez. Eso demostraba la poca atención que le ponía a mi entorno. Hice una nota mental para corregir mi error pues debía dejar de ser tan distraída y me detuve en donde había un árbol para poder descansar las piernas. Pensé en sentarme por unos minutos, pero mientras estudiaba los alrededores mirando a todos los ángulos posibles, algo llamó mi atención.

En el tronco del árbol había un grabado. Cuatro letras que se cruzaban como si alguien hubiese querido tallarlas para formar algo significativo. Era difícil diferenciarlo por la oscuridad, pero en cuanto pude alumbrar con la linterna, detallé a la perfección cada uno de los grabados:

Me pareció raro. Para mí lucía como algo simbólico. Era una «L» de… ¿Levi? No. ¿Por qué lo relacionaba todo con él? ¿Por qué no solo lo dejaba pasar? Pero y si era de Levi, entonces, ¿las demás letras qué significaban? No, definitivamente no podía ser así. Estaba vinculando todo al tema del diario y debía dejar su recuerdo en paz, no podía seguir creyendo que el chico estaba vivo. Sin embargo, las iniciales lucían tan intrigantes, como si a gritos pidieran ser investigadas. Negué con la cabeza rápidamente. Si había algo peor que ser cobarde, era ser un cobarde con un gran instinto curioso. Temía enfrentarme a algunas situaciones, pero me gustaba la sensación de llegar hasta la situación. Siempre experimentaba ese: «quiero hacerlo, pero a la vez no». Era curiosa pero no arriesgada. Me gustaba el misterio, pero era asustadiza, así que entraba en batallas épicas contra mí misma para saber qué debía hacer. Pero en ese momento no había batalla que librar, lo único que tenía que hacer era ignorar la marca, ignorar el diario, cohibir mis impulsos y regresar a casa sin pensar que podía haber posibilidades de hallar lo que no existía. Lo había decidido ya, no más falsas esperanzas, por lo tanto, debía mantenerme firme, así que me levanté de la base del árbol para seguir mi camino y entonces observé algo más.

Había una flecha tallada justo por debajo de las letras y señalaba el camino de tierra que se formaba más allá de la carretera. Estaba muy oscuro en esa dirección porque no había concreto, ni una orientación específica, pero después de haber visto la flecha casi como una indicación, la curiosidad y la intriga me latieron por todo el cuerpo.

«No debes ir».

«Sí debes ir».

«No debes».

«Sí debes».

«De seguro es solo el escondite que usaban dos personas para sus encuentros sexuales».

«O podría ser el camino a algún lugar secreto».

«Eso es tan absurdo».

«Pero posible… ¿tienes algo mejor que hacer? Ah, sí, hundirte en los videojuegos y lamentarte día a día. Maravilloso».

La discusión mental conmigo misma me aturdió un poco. Mis «yo» interiores tenían razón, pero lo cierto era que no había peligro alguno en ese mundo y que no podía decepcionarme más de lo que ya estaba. Así que, aunque no tenía que hacerlo y aunque no hallara nada, lo hice.

Segundos después me encontré avanzando a través del camino de tierra, y para cuando me di cuenta, ya había dejado la carretera atrás.

• • •

Todo estaba incluso más oscuro ahí.

Todavía con la linterna en mano y sabiendo que le quedaba bastante batería, caminé sin prisa y con cuidado. Podía escuchar el sonido de mis zapatos contra la tierra y mi respiración contra la máscara. No había demasiado que ver por esos lares, todo lucía desolado y no abundaba la flora. Llegué a pensar que había hecho algo poco inteligente y que lo más sensato era regresar, pero antes de poder rendirme vi otro árbol a pocos metros y corrí hacia él.

En el tronco estaba la misma marca, pero la flecha que señalaba hacia la izquierda se encontraba más escondida, así que me tomó un minuto hallarla cerca de las raíces. Seguí entonces por ese lado, iluminando el camino con la linterna y manteniendo los ojos bien abiertos, atenta a cualquier eventualidad,

aunque las probabilidades de que algo sucediera fueran casi nulas.

Encontré un tercer árbol diez minutos después y me tomó más de dos minutos hallar la flecha cerca de las ramas. A donde fuera que diera aquel camino, debía ser importante porque ameritaba mucha caminata.

Un cuarto árbol se hizo visible luego de quince minutos. Cuando llegué a él decidí sentarme por un momento para descansar. Rebusqué en la mochila y saqué la botella de agua que había guardado. Ya no estaba fría, pero era líquido y eso era lo único que necesitaba. Apoyé mi espalda en el tronco, me quité la máscara, tomé un sorbo y miré la luna. Al menos ella representaba una compañía para mí, así no me sentía tan miserablemente sola.

Cinco minutos después, cuando casi vacié la botella de agua, volví a colocarme la máscara y procedí a seguir. Ya no importaba qué cosa encontrara en el lugar de destino, lo tomaría con calma, respiraría profundo, luego regresaría a casa por el mismo camino y esa sería —realmente— la última vez que me dejaría llevar por la curiosidad.

El último árbol lo hallé en poco tiempo y señalaba una formación rocosa que se levantaba entre la nada. Caminé hasta acercarme a ella. De lejos se había visto como una cueva, pero cuando estuve más cerca supe que no era un nido de sexo y que lo único que había era una grieta bastante grande en el suelo, cubierta por una rejilla y rodeada por grandes rocas. ¿Era una entrada? ¿Una fosa? ¿Un camino peligroso?

Con sumo cuidado me acerqué y me incliné hacia adelante para mirar mejor. Me atreví a apartar la rejilla, pero solo vi negrura y unas escaleras colgantes de madera muy maltratadas, a las que incluso le faltaban algunos escalones. Apunté la luz de la linterna hacia el interior y no le encontré un final. Era muy profundo. ¿Qué era, entonces? ¿El camino hacia «El País de las Maravillas»? Fruncí el ceño y me eché hacia atrás.

Había caminado demasiado para encontrar nada más que un viejo agujero que probablemente conducía hacia alguna mina. Me saqué la máscara e inhalé hondo. Había decidido tomarlo con calma, pero tenía que hacerle entender a mi cabeza que la soledad estaba apoderada del mundo. Debía resignarme por completo como ya lo había hecho antes.

Me llevé las manos a la cabeza, frustrada, y cerré los ojos por unos segundos. Dejé caer los brazos y entonces la linterna y la máscara se me resbalaron de las manos, cayendo dentro de la grieta. Ante mis ojos descendieron en cámara lenta. Solté un grito de desesperada negación. La oscuridad me envolvió. Ya no tenía linterna, ¿cómo encontraría las flechas? No recordaba del todo el camino, de nuevo, por mi falta de atención. Todo lo olvidaba. Era tan tonta. Los nervios y el temor me atenazaron, y las manos comenzaron a temblarme.

Di algunas vueltas sobre mis pies. Descender por las escaleras parecía un acto estúpido pues no tenía ni idea de lo que podría haber en el fondo de aquel hoyo, pero tampoco quería estar a oscuras.

Caminé hasta la orilla de la grieta y me empiné para mirar. Vi un ligero brillo al final, ¡era de la linterna! Me incliné un poco más para examinar el estado de la escalerilla, intentando establecer un plan para recuperar el objeto, pero entonces sentí como si una fuerza invisible me impulsara hacia adelante y caí por el agujero del mismo modo que Alicia, sumiéndome en la oscuridad.

• • •

Intenté levantarme del suelo, pero no pude hacer más que sentarme.

Había caído con la barbilla, los codos y la barriga contra el piso. Sentí un inmenso dolor por todo el cuerpo, en los músculos y casi en los huesos. Me llevé la mano a la boca y palpé el líquido entre mis dedos. Estaba sangrando, aunque no en exceso.

No tardé en descubrir que tenía un diente roto y una pequeña abertura en el mentón. Emití un gritito de desesperación. Nunca me había lastimado de esa forma. Traté de elevar el brazo izquierdo, pero intentarlo resultó ser peor. El dolor en mis músculos aumentó, una fuerte punzada me recorrió el hombro y comprendí que el hueso no estaba en su lugar.

El miedo que sentí en ese momento fue más grande que el dolor que me había ganado por creer que podía curiosear sin que eso trajera malas consecuencias. ¿Cómo lidiaría con una fractura? ¿Qué debía hacer? No sabía nada de medicina, ni de curaciones, ni de cualquier cosa que tuviese que ver con primeros auxilios. ¿Por qué no había aprendido con los demás supervivientes? Por supuesto, porque nunca nos encontramos ante situaciones así. Siempre estuvimos a salvo, nunca tuvimos que arriesgarnos para conseguir algo pues todo había estado a nuestro alcance. Dos años acompañada de seis personas y un año completamente sola no habían logrado endurecerme, y maldije por ello.

Miré con impaciencia hacia todos lados. No veía salida, ni nada que se le pareciera. Observé la linterna que descansaba en el suelo alumbrando el espacio. Su luz me permitió ver que más allá, en el fondo, reposaban unas grandes máquinas que no reconocía, y entre ellas una puerta doble de hierro en un muy mal estado. Desde mi posición también visualicé la escalerilla de madera vieja que colgaba contra la pared y que se perdía en dirección a la entrada de la grieta. Esa era mi salida. Tenía que subir e irme sin pensar demasiado.

Me levanté del suelo ignorando el intenso dolor que presionó los músculos de mi brazo. Avancé pesadamente hasta la escalera y con determinación y ayuda de mi mano derecha, me impulsé hacia arriba sosteniendo una de las maderas que lucía más estable.

Gran error.

La madera se desmoronó entre mis dedos y caí de espaldas al suelo con todo mi peso. Me retorcí ahí mismo, sobre la dureza del gélido piso. Mi respiración se agitó de forma descomunal, convirtiéndose en lo único que se escuchaba dentro del lugar, y ante la incapacidad de poder subir porque la escalera estaba rota, empecé a sollozar sin control.

El ambiente era claustrofóbico.

Tenía la boca ensangrentada, el hombro fracturado, los codos ardiendo, una abertura en la barbilla y un ligero dolor en la parte baja de la espalda, ¿cómo no explotar si, además, mi única salida se había desmoronado? Estaba perdida y todo por culpa de mi curiosidad y de mi torpeza.

Sabía muy bien que, aunque gritara, nadie iba a escucharme. Sabía que nadie acudiría en mi ayuda. Moriría ahí, o peor aún, me quedaría en ese sitio para sufrir lentamente hasta que mi cuerpo se deshidratara y no pudiera seguir sosteniéndome. ¿Por qué me había tomado toda la botella de agua?

Reparé rápidamente en la puerta de hierro. No la había visto como una posible salida, porque si se abría tendría que adentrarme más en donde sea que estaba. Quería salir, no ahondar en la fosa. Aun así, en un intento desesperado por hacer algo para no quedarme tendida en el suelo, me impulsé, me erguí y fui hasta ella para empujar la manija. Estaba cerrada o bloqueada desde el otro lado.

Negué con desespero y me hundí más en el pánico. No había salida.

Sacudí la cabeza con celeridad. El dolor en mi hombro se agudizó. Esa era una herida que no podría curar por mi cuenta, al menos no ahí, por lo tanto, me tranquilicé para poder pensar mejor. Poco a poco dejé de llorar y analicé mi entorno en busca de algo que pudiese ayudarme. Sí, eso era lo que debía hacer. Era lo que hacían las personas competentes.

Observé las tres máquinas del fondo en muy mal estado. Me pregunté para qué servirían, pero no pude responder la pregunta. En el suelo reposaban algunos trozos de hierro muy poco servibles, así que los ignoré. Me acerqué más a donde estaban los cachivaches para estudiar mayormente el lugar y vi que las máquinas tenían selladas las letras L. R. A. I.

Tratar de adivinar qué significaban era lo que menos me importaba en ese instante. Me volví hacia la escalerilla y la escudriñé. No había forma de recuperarla, la madera estaba podrida y rota. Me giré de nuevo y enfoqué la puerta de metal. No se abría, así que no había nada que hacer con ella. Lo peor era que no se veía ninguna otra posible salida.

Recargada de la pared, me deslicé lentamente hacia el suelo y me quedé ahí sentada, mirando el vacío. Me vi las manos manchadas de sangre e intenté limpiarlas al frotarlas contra mi ropa. Se convirtió en un desastre. Procedí a abrir la mochila, pero nada de lo que había en ella podía ayudarme. Lo único importante que guardaba en su interior era el diario y el relicario.

Con la intención de calmar mi temor, extraje el libro y lo abrí.

Anotación de Levi H:

¿Qué papel juegan esas personas que dicen no comer tocino? Digo, es delicioso, es necesario para el cuerpo. ¡Es tocino! Bien, ya, creo que hay personas que hacen dieta y otras que son vegetarianas y no lo comen, pero, es el ciclo de la vida, ¿no? Los animales comen otros animales, no creo que un león se vuelva vegetariano por querer que su presa viva por más tiempo. Estoy siendo muy insensible, sí. Respeto a los vegetarianos, pero nunca seré uno, ya he dicho. En otras noticias... Mis dolores de cabeza son cada vez más frecuentes, quizás pueda acostumbrarme a ellos. Son insoportables, pero son parte de mí. Son más bien como el vello púbico, uno no lo quiere cuando llega, pero igual hay que aprender a vivir con él. Venga, que asco,

necesito salir... aunque no quiero, para ser sincero. Debo hacerlo o mamá va a sacarme igual. A veces quisiera que entendiera, pero nadie puede comprender esto que me está pasando. En fin, anoche soñé con esa pantera negra, es muy intrigante. Voy a investigar qué significado tienen las panteras.

Al terminar de leer sentí una punzada en la parte trasera de la cabeza. Supuse que la fractura, el miedo y todas las emociones que había experimentado, me estaban afectando, pero pasaron unos pocos segundos y volví a sentir la punción.

Sin que se cumpliera un minuto, la punzada se hizo presente. Emití un quejido de dolor y apreté los dientes. Mi cuerpo debía estar exhausto. Me llevé la mano derecha a la frente. La molestia era muy extraña, como si de repente los dolores de los que Levi se quejaba en su diario se hubiesen trasladado a mi cabeza.

Intenté ignorarlo, pero segundos después volví a sentirlo con más fuerza.

—Pero, ¿qué...? —solté mientras cerraba los ojos.

Sentí otra punzada y, tanto la cabeza como el cuello, empezaron a palpitarme. No lo comprendí, una fractura no podía causar un malestar de ese tipo. ¿Y si había alguna sustancia tóxica en las máquinas y eso me estaba haciendo daño? Dan me lo había repetido muchas veces, era común que el mundo se contaminara y más aún si había industrias cerca.

Con cuidado me arrastré para coger la máscara y la volví a colocar en mi rostro, pero experimenté el dolor nuevamente. Cerré los ojos con fuerza y entonces la confusión se apoderó de mí. Comencé a escuchar una melodía cuyo volumen ascendía poco a poco. Entre pequeños jadeos, traté de buscar desesperadamente con la mirada el origen de la música, pero no había nada. Estaba en mi cabeza.

Sentí otra punzada y solté un nuevo quejido de dolor.

Sonaba como una caja de música o quizás una balada. Pero, ¿qué era? Otra punzada hizo vibrar mi mente, ocasionando que se me erizara la piel. A la melodía se le sumó un nuevo sonido aún más inquietante: el de una respiración acelerada. Alguien respiraba pesadamente... alguien... ¿a mi lado? Volteé abruptamente. No, no había nadie a mi lado. Estaba sola y lo que sucedía estaba en mi cabeza. Todo estaba en mi mente y me dolía, me dolía mucho.

Apreté con fuerza el libro de Levi. Me aferré a él sin importar que eso hiciera acrecentar el dolor en mi hombro. Continué escuchando la melodía y la respiración. Sentí miedo. ¿Estaba muriendo como los demás habían muerto? ¿Era así como pasaba? ¿Finalmente había llegado mi turno?

Una punzada mucho más fuerte e intensa me hizo soltar un gran grito y luego todo se detuvo. La melodía, la respiración y las punzadas cedieron. Me quedé quieta, jadeando, con los ojos humedecidos y el cuerpo exhausto. Tenía las manos temblorosas y el cuerpo frío. Había acabado.

De repente escuché un ruido.

Algo golpeaba la puerta de hierro desde el otro lado, y ante el pánico perdí la conciencia.

4

No supe cuándo ni cómo pasó, pero al abrir los ojos ya no estaba en el fondo de la grieta. Un tanto adormilada, parpadeé repetidamente para poder aclarar mi visión. Vi un techo o eso me pareció. Apreté con fuerza los ojos y volví a abrirlos. Me sentía exhausta y mis movimientos eran lentos.

Ladeé la cabeza, confundida. Estiré los brazos y tanteé la suavidad que había debajo de mí y de mis palmas. Estaba recostada sobre alguna cama. ¿Mi cama? No, no podía ser posible porque aquel no era mi techo, no tenía la maravillosa vista al cielo; entonces, desorientada, analicé mi entorno con detenimiento: luces blancas, paredes grises y... ¿aparatos clínicos?

Me incorporé de inmediato. Estaba en una camilla y lo que había a mi alrededor era una habitación blanca y vacía separada de otra por un gran cristal. Fruncí el ceño y observé mi cuerpo. Tenía puesta una bata de hospital, un dedo conectado a algo y para mayor sorpresa varias vendas en el hombro izquierdo.

Me fijé en el enorme cristal separador detrás del cual me observaban.

¿Me observaban?

¡Me observaban!

Ahogué un grito y, sin comprenderlo, aferré la mano a las sábanas de la camilla. Abrí los ojos de par en par, estupefacta. Podía ser un sueño o quizás una alucinación producida por la caída dentro de la grieta, pero, ¿aquello realmente había sucedido?

Dos personas me observaban a través del cristal. Debía estar imaginándolo. Cerré los ojos en un intento desesperado por aclarar mi realidad, pero al abrirlos ellos seguían ahí, todo seguía ahí.

Imaginé que podía estar dentro de un sueño muy profundo. Tenía que despertar o salir de esa alucinación, así que por tercera vez apreté con fuerza los párpados, pero cuando los abrí seguía en el mismo lugar.

No era capaz de creerlo.

Un hombre y una mujer.

Ahí.

Frente a mí.

Vivos.

Respirando.

Moviéndose y sosteniendo libretas.

Desconecté lo que había en mi dedo y bajé de la camilla. Mis pies descalzos hicieron contacto con el suelo. No estaba frío. Mis dedos se contrajeron advirtiéndome que todo era real, que tocaba un verdadero piso. Con cuidado y un poco de desconfianza, avancé hacia el cristal. Me detuve frente a ellos, taciturna, observando a través de la transparencia y delgadez del vidrio.

Eran personas, individuos reales. Una repentina e impulsiva oleada de emoción y temor hizo que no pudiera reconocer si lo que sentía era alegría o miedo. Después de que sus manos se movieran por encima de las hojas en las que hacían anotaciones, sus miradas se posaron sobre mí. Por primera vez en tres años, sentí la dicha y la satisfacción de ser observada por alguien más.

En los ojos del hombre había duda, pero también un escaso brillo de fascinación, como si nunca antes hubiera visto a alguien como yo. La mujer

lucía más como una muchacha; y aunque era notable que tenían edades diferentes y que sus pieles eran muy pálidas, ambos vestían batas médicas.

Ella se inclinó hacia adelante y acercó la cabeza a algo que no pude reconocer bien.

—¿Hablas español?

Su voz resonó en toda la habitación. Asentí con la cabeza, dubitativa. Se mantuvo inclinada mientras apuntaba en su libreta.

—¿Nos puedes decir tu nombre? —inquirió con detenimiento.

—Drey —respondí con voz temblorosa.

—Tu nombre completo, por favor.

—Audrey Moretti, pero siempre me han dicho Drey.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó. Sonaba amable.

Atribuí las preguntas a la necesidad de crear un archivo médico.

—Dieciocho —contesté.

No dijo más, se enderezó y anotó algo en la libreta al igual que el hombre a su lado.

—¿Ustedes...? —solté por impulso. Ambos alzaron su mirada hacia mí—. Están vivos.

—Claro que sí, Drey —respondió ella mecánicamente después de inclinarse por segunda vez—. Tenemos varias preguntas para ti, y si cooperas todo será muy fácil de aclarar.

—De acuerdo —murmuré, nerviosa. Pasó un minuto de entero silencio.

—¿Quién te envió hasta acá? —inquirió con tranquilidad.

Los dos pares de ojos se fijaron en mí, interesados en mi respuesta, aunque

no sabía por qué razón me hacían esa pregunta. ¿Quién podía enviarme? ¿Y enviarme de dónde hacia dónde?

—¿Quién me envió? —manifesté con desconcierto hundiendo el entrecejo.

—Recuerda que si cooperas será más fácil —añadió la mujer.

Sus cejas eran finas, sus dientes estaban ligeramente amarillentos y me miraba como si tuviese que reaccionar ante algo. Bajé la cabeza y fruncí el ceño. No entendía la pregunta, por lo tanto, no sabía cómo responderla.

—Nadie me envió —confesé—. ¿A qué se refieren?

Ellos se observaron y se dijeron algunas palabras que no pude escuchar. Poco después, cuando asintieron con la cabeza y pareció que habían dejado claras las cosas, la mujer se inclinó de nuevo para hablarme y preguntó:

—¿Sientes dolor en este momento?

—No.

—Muy bien, Drey. ¿Estás segura de que no quieres decirnos quién te ha enviado hasta acá? —volvió a indagar.

—No sé a qué se refieren —declaré.

—Gracias.

No entendí, pero después de eso ambas personas se dieron vuelta y se alejaron, desapareciendo. No quería que se fueran, sino que se quedaran, que me hicieran más preguntas y que me explicaran en donde habían estado durante todo ese tiempo. Lo supe de inmediato, no estaba tan asustada, estaba un tanto emocionada porque había entablado una conversación con otro sujeto dando buenos resultados. Había cumplido, después de un año y sin ningún problema, con la estructura básica de la comunicación, de las relaciones sociales, del lenguaje verbal. Adaptarme sería pan comido, acoplarme a la vida que había

perdido y que recuperaba, no me costaría trabajo.

Me di vuelta para estudiar mejor el lugar. Me fijé en que mi hombro estaba en recuperación y que tenía una sutura en la barbilla. Debían ser buenos médicos, pero, ¿por cuánto tiempo había estado dormida? El recuerdo de la grieta, de haber caído en ella, del intenso dolor que había sentido y de la pérdida de toda esperanza de poder escapar, llegó a mi mente y entonces me pareció que tenían que haber pasado días para que alguien me encontrara en lo más recóndito de la ciudad. También lo recordé, estaba lejos de casa, aunque probablemente tendría que hallar otra en donde habitaban las personas. Fuese donde fuese, ahí iba a estar, cerca de ellos.

La posibilidad de que el mundo volviese a ser lo que había sido antes, me embriagó de calma.

Súbitamente, escuché el sonido de una cerradura. Mi atención recayó en la puerta de color gris situada al lado del cristal. Alguien iba a entrar. ¿Más personas? ¿Los doctores? ¿Me sacarían ya? Estaba ansiosa por hacerles preguntas. La puerta se deslizó hacia adentro. Vislumbré dos figuras altas, cubiertas por un traje blanco semejante al de un astronauta. Me sentí diminuta ante tan imponentes cuerpos y de manera automática di pasos hacia atrás, alejándome.

«No hay nada que temer —pensé— ellos no me harán daño».

Las figuras avanzaron más rápido cuando intenté tomar distancia. Uno de ellos se situó a mi lado, me tomó los brazos y los juntó tras mi espalda; el dolor que me recorrió clavícula me obligó a soltar un quejido. El otro hombre se detuvo justo en frente, levantó una inconfundible bolsa negra y me cubrió la cabeza con ella. Todo se oscureció y el pánico se apoderó de mí.

—¿Qué hacen? ¿Por qué me cubren? —pregunté, confundida.

Al no obtener respuesta, el momento que había creído maravilloso se convirtió en un instante de horror. Sentí que se me templaban las manos y que un miedo ensordecedor recorría cada parte de mi cuerpo. Intenté zafarme, pero ellos me sostuvieron con firmeza, haciéndome entender que no iban a soltarme aunque se los pidiera.

Me obligaron a caminar.

Las cosas no iban bien, me había apresurado al creer que estaba a salvo. La idea de que fueran malas personas, me decepcionó. ¿Qué había pasado en la grieta? ¿Quiénes me habían capturado?

—¡Suéltenme! —exclamé mientras forcejeaba con sus agarres—. ¿Por qué hacen esto? ¡Oigan! ¡Respóndanme! ¿Quiénes son? ¿En dónde habían estado?

No respondieron. Mientras avanzábamos, escuché el sonido de una puerta abrirse. Temblé. Podía respirar porque la bolsa estaba puesta sobre mi cabeza sin presión alguna, pero temí que en algún momento se adhiriera a mi rostro y mi propia respiración se convirtiera en mi asesina.

Antes de que pudiera protestar, fui impulsada bruscamente hacia abajo. Me sentaron. Alguien detrás de mí me ató las manos a la silla. El miedo se intensificó y se mezcló con la confusión, la desesperación y la impotencia. Segundos después, también me ataron los pies.

En ningún momento extrajeron la bolsa de mi cabeza. Me dejaron amarrada de pies y manos, incapaz de observar quiénes eran mis opresores y cómo era el entorno. Permanecí ahí alrededor de diez minutos a merced de mi oído, respirando frecuente y pesadamente, empujando y atrayendo el plástico a mi cara, temblando y haciéndome cientos de preguntas que no podía responder, hasta que, en un momento, una carrasposa y profunda voz masculina llenó el recinto:

—Drey, ¿no? —dijo—. ¿Qué tal si nos conocemos un poco? Soy el especialista en interrogación, Carter. Estoy seguro que has escuchado de mí. Si es así, me gustaría aclarar que esas terribles historias de tortura en las que se me menciona, son ciertas, así que asumo que no quieres protagonizar alguna de ellas, ¿o sí? —Pude oír el sonido de sus zapatos golpear el suelo—. ¿Sabes? No imaginé que enviarían a una fémina, ¿será que pensaron que por eso íbamos a ablandarnos? Siempre he considerado que la igualdad es primordial y mucho más cuando escorias como tú llegan con objetivos tan sucios como el que tienes, ¿cierto? Sí, tú lo sabes, lo sabes muy bien. Pero bueno, para dejar a un lado tanta charla, te diré que si cooperas no habrá castigo y podremos considerar llegar a un acuerdo, pero claro, eso solo sucederá si nos das toda la información que poseas y si te rindes, porque si te pones dura, terca y de repente padeces amnesia, las cosas se pondrán muy pero muy feas y eso no es lo que queremos.

Cada centímetro de mi cuerpo se paralizó. ¿Escoria? ¿Objetivos como el que tenía? ¿Castigos? ¿Torturas? ¿De qué hablaba? ¿Información?

—¡No sé de qué habla! ¿Por qué no me sueltan? ¡No comprendo! —hablé con premura—. Suélteme por favor.

—Repito, no te pongas terca —expresó él. Sonaba tranquilo—. Mejor empecemos. ¿Quién te envió? Ya sabemos que El Imperio, pero, ¿quién? ¿Gregori? ¿Alguien más? Necesito nombres —preguntó.

—Nadie me envió —respondí con torpeza. Me tiritaron los labios y todo el cuerpo—. Caí en esa grieta por accidente.

—¿Dices que caíste en nuestros terrenos, dentro de nuestra fosa, por accidente? Vamos, ya te dije que no quiero que esto se ponga feo —dijo él con un tono de diversión.

—Pero le digo la verdad —mascullé. Escuché una risa burlona de su parte

—. Hace tres años todos murieron, ustedes lo saben, ¿cierto? Yo sobreviví.

—Ah, claro, muchos sobrevivimos, pero eso no es lo que me interesa saber —soltó con indiferencia—. ¿Quién te envió? —volvió a preguntar, esa vez, enfatizando las palabras.

—¡Le digo que nadie me envió! ¿A dónde iban a enviarme? ¿Quiénes son? —hablé. De nuevo escuché sus pasos.

—¿Vamos a jugar a eso? Y yo que hoy estaba de buenas y quería hacer las cosas del mejor modo —dijo con un inquietante regodeo en el tono de voz.

—¡Le juro que le digo la verdad! —aseveré casi como súplica. Tiré de mis manos con fuerza, pero no podía liberarlas.

—Imagino que debes estar muy bien entrenada para el papel de joven inocente, ¿no?

—No estoy entrenada para nada, explíqueme qué está sucediendo.

La voz se me quebró. No podía maquinar alguna forma de desatarme, no sabía cómo hacerlo. Mi cuerpo se estremeció y mi rostro, sudoroso bajo el plástico, se empapó de lágrimas.

—Responde mis preguntas y esto acabará rápido —profirió de manera mordaz—. ¿Qué venías a buscar aquí?

—No venía a buscar nada, no aquí, iba de vuelta a casa —contesté entre pequeños sollozos. Lo escuché resoplar.

—¿En dónde dejaste el traje? —preguntó, aumentando el volumen de sus palabras.

—¿Cuál traje? No tengo ningún traje.

—¿Te inyectaron algo? ¡Habla, maldita rata! —gritó violentamente.

Casi pude sentirlo encima de mí. Imaginé que me mataría, que anudaría la bolsa en mi rostro para que muriera por falta de aire y un sinfín de cosas más. Todos esos pensamientos amenazadores consiguieron acrecentar el horror.

—¡No sé nada! —chillé, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Él se quedó en silencio. Mis sollozos y gimoteos eran lo único que se escuchaba en la habitación. Mi respiración parecía el siniestro estertor de la agonía y las gotas de sudor que resbalaban por mi frente, hacían un recorrido hasta caerme por el cuello, causando un sutil cosquilleo que aumentaba la inquietud y desesperación.

Volví a escuchar los pasos un minuto después, pero esa vez acercándose a mí. Trepidé cual cachorro asustado y cuando sentí el peso de una mano sobre mi omóplato, me sobresalté, atemorizada. El corazón me sacudió el pecho con fuerza, tanta que pensé que podía causarme un infarto.

—¿Qué te pasó en el brazo? ¿Te fracturaste cuando caíste dentro de la fosa? Qué torpe, qué inútil. Bien, ¿sabes qué? Vamos a probar algo distinto, algo que te puede refrescar la memoria.

Oí un chasquido y más pasos. Alguien me sostuvo por el cuello mientras que otra persona desataba los nudos. Aproveché ese momento para forcejear e intentar huir, pero de nuevo fue imposible. Siendo más débil y más delgada, mis posibilidades eran diminutas.

Me forzaron a levantar de la silla y, sin piedad ni compasión, elevaron mis brazos, juntaron mis manos y las ataron a una cuerda que supuse que colgaba del techo. El dolor que sentí cuando el hombro articuló hacia arriba, fue indescriptible. El grito salió de mi boca sin que pudiera evitarlo. Lo sentí punzante e incómodo. Se extendió por mi brazo, por el pecho y hasta la nuca. No les importaba en lo absoluto mi seguridad, ni yo, y lo demostraron al dejarme colgando de la soga con tan solo las puntas de los pies tocando el

suelo.

—Te dije que iba a ponerse feo —le escuché decir—. Ahora, repetiré las preguntas y espero que tu mente se haya aclarado. ¿Qué venías a buscar aquí? ¿Te ordenaron hacer algo?

—No venía a buscar nada —respondí después de un minuto de silencio, cuando pude aminorar mis sollozos.

—Estás muy bien entrenada. —El sonido de sus palmas juntándose como aplausos, me intimidó—. Pero siempre se llega a un límite.

Tan pronto se quedó en silencio, sentí un potente golpe en el hombro izquierdo que agudizó aún más el dolor de la fractura. Solté otro grito que me escoció la garganta. Todos mis músculos se tensaron, mi cuerpo se sacudió, retorciéndose, haciendo que deslizara las puntas de los dedos sobre la dureza del piso.

—¡Le digo la verdad! —sollocé con fuerza.

—¿Y crees que soy idiota? —enunció súbitamente.

El golpe esa vez fue en la boca del estómago, lo suficientemente intenso como para dejarme sin aire. Me tragué el quejido y me retorcí. Las muñecas me ardieron por la fricción que causaba la cuerda.

—¡Habla, maldita rata! ¡Habla! —gritó el especialista.

—Yo… —musité con dificultad, incapaz de completar la frase.

—¿Con qué objetivo te ha enviado El Imperio?

—No… yo… no sé… —pronuncié entre el llanto.

—¡Mientes!

La piel se me erizó cuando sentí una carga de agua helada caer sobre mi

cabeza, pero la desesperación se apoderó de mí cuando el líquido hizo que la bolsa se adhiriera a mi rostro. La incapacidad para respirar con normalidad me obligó a estremecerme, a forcejear y a moverme con insistencia, produciendo más dolor en el hombro. Abrí la boca queriendo gritar, intentando pedir ayuda, piedad, pero el plástico lo impidió. Lo único que podía hacer era moverme de un lado a otro como pez fuera del agua.

—¡Di la verdad!

Sentí que mis pulmones comenzaban a doler. Traté de respirar, pero la bolsa continuó adhiriéndose. Pensé que mi cuerpo no aguantaría aquel trato, que mis miembros no soportarían esa tortura y que todo mi organismo colapsaría, pero en un intento desesperado por hallar la forma de obtener oxígeno, exhalé enérgicamente logrando que el plástico se alejara de mi piel. El aire pudo colarse por mis fosas nasales devolviéndome lo que había perdido, otorgándome un respiro de vida.

—¿Por qué me hace esto? —clamé después de un gran suspiro.

—¿Por qué no respondes a mis preguntas? —inquirió como respuesta—. Todo sería más fácil si lo hicieras, ya que te estoy dando una gran oportunidad —bufó el hombre. Se le escuchaba molesto, implacable.

—¡Le digo la verdad, créame!

Una bofetada en la mejilla me tomó por sorpresa, sintiéndose como si mi cara impactara contra una piedra; entonces la sangre impregnó mi boca.

Sin que se cumpliera un minuto, otro golpe en el pómulo contrario me removió los sentidos. De nuevo me empapé de lágrimas, sangre y de todos aquellos fluidos que podían brotar de mi garganta.

—¿No vas a hablar? ¿Tan leal eres a esos canallas?

—Por favor... —imploré.

Pensando que aquel hombre acabaría conmigo y arrepentida de haber puesto un pie fuera de la ciudad a causa de mis impulsos, me rendí, dejé de forcejear y permití a mi cuerpo reposar lánguidamente colgado de la cuerda. No podía contra él, ni contra el miedo, ni contra los dolores que presionaban mis músculos. Otra vez, como lo había hecho al ver a mi familia y a la humanidad extinguirse, sentí que lo único que merecía era la muerte.

Esperando el golpe de gracia que pudiera dejarme inconsciente, se hizo presente una voz masculina que no reconocí.

—Basta, la vas a matar —pude escuchar.

Era otro tono de voz, uno más sereno.

—¿Y crees que me importa matar a una rata como esta? —replicó con furia el especialista. Si no le importaba, ¿por qué no acababa conmigo de una vez?

—No puedes matarla sin permiso del comandante —objetó el otro hombre.

—No te metas en esto, Julian, estoy haciendo mi trabajo.

—Antes de proceder en tu trabajo —habló aquel que debía llamarse Julian —, debes proporcionarle información sobre él al comandante, y me parece que desconoce totalmente lo que está sucediendo, ¿no es así?

—¿No ves que quería infiltrarse? —señaló el especialista después de un corto silencio, con exasperación en el tono de voz—. De no ser por Pantera, jamás lo habríamos sabido y quien sabe qué habría pasado. No se están resguardando del todo bien las entradas, pero qué suerte que es muy tonta esta rata, porque quiso ingresar atravesando la fosa abandonada —expuso. Se le oía frívolo, nada compasivo, justo como un verdugo debía ser.

—Entonces, será el comandante quién decida su destino, no tú —alegó el hombre.

¿Había un destino peor que ese? ¿Mi vida tenía que pasar por diferentes manos para poderse dictar un final? Porque prefería que las cosas sucedieran rápido.

—De acuerdo, pero antes tendré que cumplir con mi protocolo. No ha dicho nada, solo lo niega y sabemos que es imposible que no sea lo que creemos que es o que no venga de donde creemos que viene —el especialista hizo una pequeña pausa, y luego continuó—: Tendremos otra cita, Drey, y espero que, para ese entonces, estés dispuesta a confesar.

Los pasos se alejaron lentamente. ¿Me dejarían colgando? No escuché nada más, así que supuse que todos se habían ido y que tendría que mantenerme en aquella posición dolorosa e incómoda.

—Ayúdenme a bajarla —pude oír.

Alcé la cabeza que había tenido gacha y respiré agitada, confundida. Aquel llamado Julian se había quedado ahí durante esos pocos minutos. Para mi entera sorpresa, unos brazos me rodearon la cintura, sosteniéndome. Quise moverme para evitar que me tocaran, pero sus palabras me tranquilizaron:

—No te haré daño, solo voy a bajarte.

—Usted no puede trasladarla solo, doctor Julian, es peligroso —escuché decir a otra voz más grave y más extraña.

—¿Crees que así es un peligro? No puede ni moverse. Vamos, desamárrenla, necesita ser atendida.

—Sí, doctor.

No puse objeción alguna porque mis brazos, mi cuerpo y mi mente estaban agotados. Sin una mínima esperanza y con la resignación predominando, permití que aquel hombre me sostuviera entre sus brazos hasta liberarme. Estaba a salvo, aunque de seguro no por mucho tiempo.

Julian me transportó con mucho cuidado, como si fuera una carga valiosa. Me dejó reposar sobre una camilla y con suma delicadeza retiró la bolsa que había obstruido mi vista. Pude ver todo con claridad, incluso los restos de las lágrimas atrapadas en mis pestañas. Estaba en otra habitación médica, una un poco diferente, más normal. Frente a mí reconocí al hombre barbudo y de gafas que había visto junto a la mujer al despertar. Él era Julian. Cuando lo detallé mejor, supuse que debía tener unos cuarenta y tantos años.

—Te voy a poner algo para el dolor y vas a poder descansar —susurró.

Sentí un ligero pinchazo en el brazo, pero no me inmuté porque estaba segura de que nada de lo que pudiera hacerme en ese momento sería más doloroso que lo que ya me habían hecho en aquella habitación. Nunca había pensado que, al estar con otras personas, la realidad pudiera cambiar. La humanidad era buena en su mayoría, o lo había sido, ya que en ese instante eran completamente diferentes, haciendo que el recuerdo de la gente que había existido se pareciera a la vaga imagen de unos habitantes prehistóricos.

Escuché a Julian hablar, pero no quise moverme. Pude ver gente andar a mi alrededor con implementos y medicinas. Mientras, mi única duda era: ¿con qué clase de personas estaba y qué atrocidades iban a hacerme?

5

Desperté tan asustada que casi hice caer los implementos médicos conectados a mis extremidades. Me encontraba en la habitación médica de nuevo, pero esa vez con el cuerpo hinchado y la mente plagada de dudas. No sentía dolor, sin embargo, una punzada incómoda en el hombro izquierdo amenazaba con perturbar la calma que me inspiraba la estancia.

Me incorporé con cuidado y me senté. No había nadie más ahí, solo las máquinas y yo. Agobiada, traté de rememorar lo ocurrido. No había sido una pesadilla, realmente había pasado y sí, estaba en peligro.

Debía irme de ese lugar, pero tenía miedo de poner un pie afuera y ser llevada nuevamente a la habitación de las pesadillas. Además de eso, una docena de preguntas revoloteaban por los compartimientos de mi mente. ¿En dónde estaba? ¿Por qué me habían interrogado como si fuera una enemiga? ¿Cómo podía huir?

Me exalté cuando la puerta de la habitación se abrió. Automáticamente me deslicé hacia atrás y me acurruqué cerca de la cabecera de la camilla. Era inevitable, mis sentidos estaban descontrolados, por lo tanto, mi cuerpo reaccionaba ante cualquier sonido o movimiento desconocido.

Un hombre atravesó el umbral de la puerta para hacerse visible. Era él, el doctor.

—¿Cómo te sientes, Drey? —se apresuró a preguntar en tono afable. Vestía una bata blanca y sostenía una libreta.

Lo estudié rápidamente. Su cabello estaba ligeramente ondulado y veteado en canas, entre las cuales se veía un color rubio. Aunque su presencia no me intimidaba en lo absoluto y no me infundía miedo, no quise responder a su pregunta. Por alguna razón, como si no dominara el habla, mis cuerdas vocales no emitieron sonido alguno.

—No voy a hacerte daño —arguyó. Después de ser víctima de mi silencio, sumó—: Permíteme presentarme, soy el doctor Julian Palafox.

Me tomé un momento para analizar su nombre y analizarlo a él. Realmente no parecía que fuese a lastimarme, pero estaba consciente de que no podía confiar en las personas de ese lugar. Mirándome a través de sus gafas, esperó a que contestara, así que unos minutos después de que mi cerebro diera la orden, hablé:

—Quiero irme —murmuré, tratando de que las ganas de ceder ante el llanto no me quebraran la voz.

—Entiendo, pero no puedes, no estás en condiciones —dijo el doctor. Rápidamente anotó algo sobre su libreta y luego volvió a observarme—. Mira, Drey, lo que pasó fue… fue terrible, lo sé, así que, si hay algo que debas decirnos, puedes confiármelo a mí y yo me aseguraré de que no vuelvan a lastimarte.

—Es que… no sé qué es lo que quieren que diga —respondí lentamente, mirando a mi alrededor como si en cualquier momento fuese a aparecer de nuevo el especialista—. Ese hombre me hizo preguntas que no puedo responder porque no las entiendo.

El doctor Julian soltó una pequeña y falsa risa, sin embargo, aquel gesto no le hizo perder el brillo de afabilidad en sus pequeños ojos.

—No creo que esa actitud pueda ayudarte. ¿Por qué no dices la verdad?

Quizás vaya contra la lealtad que te pidieron jurar, pero vale la pena si hace que no te maltraten más, ¿no lo crees? Piensa en ti, Drey, vamos —razonó.

—Eso es lo que he estado haciendo, he dicho la verdad —sostuve. Un ligero cosquilleo de impotencia me recorrió el cuerpo, como cuando se era culpado injustamente por algo que realmente había hecho alguien más.

—¿Quieres mantener ese engaño? A Carter no le importará acabar contigo.

Tragué saliva y la garganta me ardió.

—¿Por qué no me creen? —inquirí con voz trémula—. Esto es tan confuso, tan…

Me vi incapaz de completar las palabras por la rabia. El hombre se quitó las gafas y con su dedo índice y su dedo pulgar, frotó sus ojos casi con frustración. Seguidamente, se cruzó de brazos y me miró con cierta diversión, como si mi actitud fuera una buena función de circo.

—Bien, dime, ¿cuál es la verdad que tanto sostienes? —preguntó, vacilante.

Tomé aire con la intención de no titubear, de mantener una firmeza que podía fracasar por mi sensibilidad, pero que si lograba sostener podría otorgarme el beneficio de la duda, o si tenía suerte, de hacerle ver que no mentía.

—Mi verdad es que no sé a qué se refieren con las preguntas que me hacen. No fui enviada por nadie, no pertenezco a ningún grupo y no estoy entrenada para mentir —confesé con esfuerzo, manteniendo la barbilla en alto—. Venía de la ciudad porque había estado buscando… algo que no encontré. Tenía toda la intención de regresar a casa para seguir con mi solitaria vida, pero entonces hallé unos grabados extraños en los árboles y mi curiosidad fue más grande que mi sentido común, obligándome a seguir el camino de las flechas, ese que me llevó al agujero. Caí en él y me desmayé. Al despertar los vi, después de tanto tiempo, después de tanta soledad, por primera vez vi personas. Viví todo

este tiempo pensando que solo yo existía en el mundo, y ahora que sé que no es así, lo que ha pasado me hace dudar mucho… Ustedes son peligrosos.

El doctor Julian me miró con intriga. Ya no había diversión en su rostro, sino curiosidad y desconcierto. ¿Acaso comenzaba a ver la autenticidad de mis palabras?

—¿Estás diciendo que vivías arriba? —inquirió despacio, a lo que yo asentí con la cabeza, afirmando—. Drey, eso es imposible, más que imposible y todos lo sabemos. Realmente no quisiera que te maltraten, me parece que apenas eres una niña, quizás un peón. Sería muy injusto que… por favor, reconsidéralo.

—Lo injusto es que no crean en lo que digo —me apresuré a decir—. No sé nada de lo que sucede, ni nada de lo que me dice. Esto es lo que sé: hace tres años, una tarde, todos comenzaron a morir asfixiados. Yo sobreviví junto a otras seis personas, luego ellos también fallecieron poco a poco, pero no de la misma manera, entonces me quedé sola, pensando que era la única en el mundo hasta ahora —declaré, tratando de no entrar en la desesperación que me suscitaba el ser considerada una mentirosa.

—Bien, espera, espera —soltó mientras se pasaba la mano por la frente. Fijó su vista en el suelo, pensativo—. Sí, eso sucedió, la mayor parte de la población mundial murió a causa del incidente, pero es imposible que cualquier civil sobreviviera —el doctor dio un paso hacia adelante y me miró con incredulidad—. Drey, ningún ser vivo es capaz de mantenerse sobre la tierra debido a la gran acumulación tóxica en el aire. No puedes decir que vivías en la ciudad porque el planeta tierra es una cámara de gas letal justo ahora.

Mis labios se entreabrieron. No podía estarse refiriendo al mismo mundo que habitaba, sobre el que me había mantenido cada día desde la tragedia,

sobre el que estábamos en ese momento.

—¿Qué? No, creo que se confunde. ¿Cámara de gas? ¿Me está tomando el pelo? Estamos respirando en este momento, ¿qué acaso no ha salido? Todo está normal a excepción de… los cadáveres. Estuve afuera hasta hace… ¿Cuánto ha pasado desde que me sacaron de la fosa? ¿En dónde…? ¿En dónde estamos? —solté, pronunciando aceleradamente cada frase. Si la intención del doctor Julian era confundirme, lo había logrado.

—Estamos bajo tierra y te encuentras con nosotros, La Resistencia Antiimperialista o mejor conocida como LA RAI —contestó haciendo énfasis en cada palabra como si fuese muy obvio.

—¿La Resistencia Antiimperialista? La… Resistencia —emití, y la imagen de aquellas iniciales grabadas en el tronco de los árboles, me llegó a la mente: L. R. A. I.

Analicé lo dicho. ¿La tierra era una cámara de gas letal? ¿De cuál gas? Era imposible, más que eso, absurdo. Una pequeña punzada en la cabeza me obligó a considerar que tantas dudas iban a llevarme al límite del agotamiento. ¿Quiénes eran La Resistencia Antiimperialista? ¿Por qué se encontraban bajo tierra? ¿Habían estado ocultos durante los años en los que yo había permanecido sola? Volví la mirada al doctor y lo hallé observándome con extrañeza.

—Doctor… ¿qué fue lo que sucedió? ¿Qué fue lo que realmente pasó tres años atrás? —pregunté con voz aguda, casi como una súplica. Necesitaba saber la verdad.

—Hace tres años lo que causó la exterminación del ochenta y cinco por ciento de la población mundial, fue el incidente que ahora conocemos como proyecto ASFIXIA —respondió él, ceñudo, demostrándome que había mucho que no sabía.

—¿Proyecto ASFIXIA?

El doctor Julian inhaló hondo y desvió la mirada para asentir con la cabeza, afirmando. Su expresión manifestó cierta incomodidad.

—El Proyecto ASFIXIA fue el incidente más catastrófico en toda la historia de la humanidad. Tuvo éxito en el noventa por ciento de su objetivo principal, el cual era eliminar al ochenta y cinco por ciento de la población para generar un nuevo orden mundial que estaba preestablecido en secreto —explicó—. Un plan siniestro, pero, sobre todo, ingenioso. Por más de veinte años se estudió la posibilidad de crear un arma química igual de letal que un ataque nuclear, pero mucho más silenciosa. Lo lograron al incluir gas ciclosarín mezclado con sarín en un componente de la naturaleza: las flores. Claro que, estos eran gases modificados y estas eran flores alteradas genéticamente para soportar la combinación gaseosa y para que, al realizar la fotosíntesis, la expulsaran directamente al medio ambiente. Las flores fueron el arma, y esas que se plantaron y dispusieron minuciosamente por todo el mundo, siguen ahí realizando fotosíntesis y expeliendo el gas. Ninguna persona o animal puede sobrevivir, pero un gran tipo de árboles y plantas sí, y aunque estas produzcan oxígeno, el ciclosarín y el sarín impregnado en el ambiente siempre serán mayores, y la tierra será inhabitable.

¿Ciclosarín? ¿Sarín? ¿Armas químicas? ¿Flores genéticamente alteradas? Me llevé una mano a la cabeza e inspiré profundamente para poder procesar completamente lo que estaba escuchando. Teniendo una respuesta, surgió otro lote más grande de preguntas que exigían ser respondidas con urgencia.

—Los efectos del gas fueron más que letales, se convirtieron en una bomba capaz de desequilibrar la naturaleza. Después de tres años ha de haber un gran cambio en ella, como, por ejemplo, árboles que se secan con mayor rapidez, cambios en los troncos que han de verse extraños, raíces exageradamente

grandes, trasformaciones en el color del pasto, y por supuesto una mayor conservación de los cadáveres que quedaron tendidos por el mundo. Aún no deben ser ni huesos, solo bultos putrefactos debido a la carencia de algunos descomponedores —el hombre soltó un gran suspiro y miró hacia otro lado con añoranza—. El gas contenido en esas flores poseía innumerables alteraciones y era capaz de producir efectos que aún desconocemos. Todavía sigue siendo un enigma, pero es investigable —tomó una pausa muy breve y luego continuó—: imagina un gas enteramente capaz de cubrir a la tierra, de cambiar sus ciclos, de evitar la supervivencia de la raza humana. Un gas incoloro, incapaz de ser detectado ni siquiera por el olfato. Un asesino invisible, eso es ASFIXIA.

—Pero, ¿cómo pude respirar? —susurré.

La cabeza me daba vueltas.

—Me resulta imposible creerlo, porque, aunque hay oxígeno en la superficie, está mezclado con el gas para poder colarse fácilmente hasta los pulmones. Sencillamente es… inverosímil lo que dices. Cualquier organismo colapsaría al inhalarlo. Rápidamente moriría asfixiado.

—¿Por qué el proyecto tuvo éxito en solo un noventa por ciento? —pregunté mientras sacudía mi cabeza. El doctor suspiró.

—Drey, vamos, no puedes jugar a esto. ¿Qué es lo que buscas? Lo único que vas a conseguir es que te hagan cosas peores, y luego que te maten.

Se dio vuelta y negó lentamente con la cabeza. Se mostraba reacio a creer en mi palabra, pero yo estaba dispuesta a demostrar la veracidad de lo que decía. Necesitaba saber más sobre el proyecto.

—Doctor —le llamé, casi suplicante— le digo la verdad, viví allá arriba, sobreviví por tres años. Si lo que me dice es cierto, respiré el gas. ¡Créame,

por favor!

—Explícame entonces, ¿cómo te alimentaste?, ¿cómo te mantuviste en una superficie asesina? —inquirió desafiante después de darse vuelta.

—Con enlatados de máxima duración, granos, y por dos años con lo que podía encontrar en los supermercados y que aún se mantenía. Dan, otro de los supervivientes, me enseñó a identificar las plantas que podían ser consumidas. Las ensaladas también fueron parte de mi dieta.

Él me interrumpió de inmediato.

—¿Plantas para consumir? ¡Absurdo! ¡El gas está impregnado incluso en sus hojas!

—¡Las consumí! —exclamé con premura e insistencia—. Así me mantuve. Al principio me cambié de ciudad tres veces cuando la energía ya no funcionaba. Tuve que huir de pueblos cercanos a plantas nucleares porque la radiación comenzaba a extenderse. Por suerte llegué al pueblo que queda a cuatro horas de aquí, y alejada de riesgos y con energía eólica yo misma me abastecí. ¿Lo ve? No le miento, llevé una vida normal siguiendo las reglas básicas de la supervivencia, primero con otras seis personas, y luego completamente sola.

Él se negaba a creerlo, podía notarlo. Repentinamente, la puerta de la habitación volvió a abrirse y dos hombres con pantalones verdes, camisas del mismo color y botas negras, avanzaron hacia la camilla, apartando al doctor con cuidado. Me acurruqué más hacia la esquina, temerosa, nerviosa y dispuesta a patear si era posible. Mi mirada se encontró con el sello que llevaban a la derecha de su pecho L. R. A. I.

—Tenemos órdenes del especialista Carter para llevar a la prisionera a la sala de interrogatorios —dijo uno de ellos.

Comencé a temblar cuando el nombre «Carter» llegó a mis oídos, y

automáticamente negué con la cabeza.

—No, no, no. Yo no sé nada, lo juro, no quiero ir, no con él —sollocé con desespero—. ¡Por favor! ¡No deje que me lleven! ¡Doctor, le digo la verdad! ¡Le digo la verdad! ¡Tiene que creerme! ¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme de nuevo, se lo ruego!

El doctor Julian se hizo a un lado para que los dos hombres pudieran llevarme. Mi corazón dio un vuelco y el pánico ligado a la decepción, recorrió mi cuerpo. Iban a lastimarme de nuevo, me asesinarían aun cuando decía la verdad.

—¡Doctor, por favor, ayúdeme! ¡Doctor! ¡Se lo suplico, no deje que me lastimen! —grité con fuerza mientras daba manotazos para que no me tocaran—. ¡No me toquen! ¡No me lleven! ¡No, por favor, se lo suplico!

Fue inútil, porque me manipularon como si fuese nada, como un muñeco de peso ligero al que podían transportar a su antojo. Sus enormes manos apretaron mis brazos y el dolor en el hombro regresó rápidamente.

Me obligaron a caminar entre ellos, sosteniéndome, aun así, no dejé de moverme ni de forcejear. Mis pies rozaron el suelo, casi quemándome los dedos. Vi un largo pasillo blanco con más puertas cerradas, y al fondo un ascensor. Me condujeron hasta él, entramos y uno de los hombres me colocó una mano en el cuello.

Sentí un apretón y luego todo fue oscuridad.

• • •

Al abrir los ojos, alcé la cabeza con dificultad. El cuello me dolía porque probablemente había estado en una posición incómoda por un largo rato. Intenté mover mis extremidades, pero al verlo imposible asumí que nuevamente estaba atada a algo. Inspeccioné todo. Me encontraba amarrada a

una silla.

Mi cuerpo tembló involuntariamente cuando la puerta que tenía en frente se abrió dando paso a un hombre. Sus parsimoniosos pasos resonaron en toda la habitación. El sonido casi me lastimó los oídos. Aterrorizada, detallé su aspecto. Aquel individuo podía tener unos cuarenta y cinco años que no le pesaban en lo absoluto. Su mirada de ojos rasgados era penetrante y su sonrisa cargada de malicia. Llevaba el cabello castaño muy corto al estilo militar, el cual le otorgaba un aire de pulcritud junto a su vestimenta de pantalones de camuflaje color verde y camisa negra de mangas cortas.

Si la imponencia tenía representante, debía ser él.

—¿Qué tal, Drey? ¿Te has echado una buena siestecita? —dijo con un abyecto tono de diversión—. Espero que ahora sí hablemos con más confianza.

Tragué saliva al escucharlo. Aunque no hacía frío, mi cuerpo no paraba de tiritar.

—Vamos, no me mires así como cachorro asustado. No habríamos llegado a esto si hubieses sido sincera en nuestro primer encuentro —añadió, encogiéndose de hombros—. Bien, no le demos más largas. Pasemos a repasar el objetivo de esta cita. —Juntó las manos tras la espalda—. Yo pregunto, tú respondes rápido y con la verdad, ¿de acuerdo? Nada de: «no sé», «no sé de qué habla» o «no entiendo lo que dice», porque sinceramente, Drey, esas palabras hacen que me enoje mucho y no queremos que eso suceda de nuevo, ¿no es así?

—Por favor... —susurré. Los ojos se me humedecieron, pero quise sentirme incapaz de llorar ante él.

Había un brillo de satisfacción en su mirada, como si en su mente estuviera

planeando minuciosamente la forma más espantosa de hacerme hablar.

—¡Por favor, no lo haga! ¡Soy una superviviente, una sobreviviente del proyecto ASFIXIA! —exclamé, suplicante, recordando el término que Julian me había presentado.

—Todos aquí lo somos —alegó encogiéndose de hombros, restándole importancia a lo dicho—. Procedamos. ¿De dónde vienes exactamente?

—¡De la ciudad! ¡De arriba! —respondí rápida e insistentemente.

El especialista Carter hizo un mohín de desaprobación y movió lentamente su dedo índice de un lado a otro, negando.

—Mal, mal —comentó—. Quiero darte otra oportunidad. ¿Qué venías a buscar aquí? ¿Te dieron órdenes exactas o solo debías infiltrarte? —inquirió con firmeza.

—Nada, no buscaba nada. Estaba camino a casa, vi unas flechas talladas en los árboles y seguí el camino. Al final encontré una gran grieta y por torpeza caí en ella, después no supe qué pasó y cuando desperté estaba en este lugar. Fue todo accidental, no sabía que ustedes estaban aquí, no sabía que realmente no estaba sola —expliqué mientras luchaba contra las ganas de explotar en llanto.

—Vaya, hasta podría creerte, pero me molestan las mentiras absurdas —profirió, tensando cada músculo de su rostro.

Me propinó una bofetada tan fuerte que me desorientó por completo. La vista se me nubló y su figura pareció duplicarse por unos instantes. La mejilla me ardió exigiendo ser tanteada, pero tenía que limitarme solo a enderezar el cuello y a parpadear reiteradamente para aclarar mi visión. Me contuve para no llorar, no debía.

—Perteneces a El Imperio, ¿no es así? ¿Qué querían ellos que hicieras aquí?

—preguntó, escudriñándome, acusándome con la mirada.

—¿A El Imperio? No, no sé quiénes son, lo juro. No pertenezco a nada, le digo la verdad, vengo de la ciudad, vivía sola —contesté sin titubear. Él esbozó una sonrisa que casi me heló la sangre.

—No le estoy viendo resultado a esto —habló y se dio vuelta para caminar paulatinamente frente a mí—. ¿Qué sucede, Drey? ¿Morirás por lealtad?

—Le digo la verdad —mascullé, cabizbaja.

—Sí, bueno, la gente siempre alega decir la verdad, pero en estos tiempos no se puede confiar en nadie —expuso—. Voy a darte una última oportunidad, y si no obtengo lo que quiero tendré que mandar a traer algunas herramientas que facilitarán todo el proceso. Ahora, dime, ¿recibes órdenes directas de Gregori Nikolayev o de la guardia? —inquirió de manera mordaz.

—No. No sé quién es —me atreví a decir.

Me hizo entender que mi respuesta era incorrecta, porque avanzó hacia la puerta, la abrió y emitió el nombre de alguien; luego se devolvió manteniendo una sonrisa y una mirada triunfante, como si hubiese hecho algo de lo que estaba muy orgulloso.

Se quedó en silencio hasta que entró el hombre. Sostenía una bandeja plateada en la que pude observar que reposaban distintos instrumentos entre los cuales solo reconocí un destornillador, un encendedor y unas tenazas.

—No… —dije con apenas un hilo de voz, temblando ante la idea de que usara aquello conmigo—. ¡No! ¡Créame! ¡Le juro por mi vida que estoy diciendo la verdad!

—¿Por tu vida? ¡Pero si eso no vale nada! Jura por algo que valga, vamos.

—¿Es que acaso no tiene compasión?

—El Imperio no la ha tenido con nosotros —murmuró con voz cargada de repulsión.

Seguidamente, me abofeteó tan fuerte el rostro que por un momento creí perder la conciencia. Se inclinó hacia adelante mientras yo intentaba enderezar el cuello y soltó las palabras con tanta violencia y desprecio que también las sentí lastimarme.

—Puedo pasar todo el día en esto, pero sería una pérdida de tiempo, así que, si no hablas, te juro que voy a dejarte sin uñas y sin dientes.

Y le creía capaz de hacerlo, pero ya no sabía qué decir para impedirlo. Cualquier cosa que dijera o alegara iba a tomarse como una mentira, y estaba consciente de que no volvería a salir ilesa de aquella situación.

—¡Ya no sé de qué manera decirle la verdad! —grité mientras la sangre y la saliva manaban de mi boca, empapando mis labios y mi barbilla.

—¡Mientes, joder! —vociferó con la mandíbula tensa por la ira—. ¿Piensas que voy a creer esa absurda historia? ¿Piensas que soy tan idiota como para creer que vivías en donde nadie puede vivir? ¡Mientes porque eres una maldita escoria entrenada para hacerlo! ¡Di la verdad! ¿En dónde está Gregori? ¡Habla de una vez por todas!

Cerré los ojos e inhalé con fuerza, llenando mis pulmones. ¿Qué caso tenía decir la verdad si no me creía? ¿Valía la pena seguir intentándolo? ¿Y si era mejor rendirme y suplicar la muerte? Durante dos años había pensado que mi destino era morir entre la soledad que había cubierto al mundo, pero en ese instante pensé que el rumbo de mi vida podía haber cambiado para peor. Morir con la boca empapada de la verdad, con las esperanzas hechas añicos, con las ilusiones pisoteadas, era un destino lamentable.

—No… no sé de qué me está hablando —fue lo que pude decir en un último

intento de que me creyera.

Él formó una fina línea con sus labios que rápidamente se convirtió en un falso mohín de pena.

—Es una lástima, Drey.

Cerré los ojos dejando emerger las lágrimas. Me quedaba esperar a que él se divirtiera lastimándome, y luego que mi cuerpo no resistiera más.

—¡Dice la verdad! ¡Dice la verdad!

Abrí los ojos al oír la voz. La puerta se abrió de par en par y el doctor Julian se acercó corriendo, agitado, casi como un ángel que enérgicamente acudía al rescate de un débil humano.

El especialista se quedó quieto con el entrecejo hundido, hasta que, finalmente, Julian se detuvo sacudiendo una carpeta amarilla. Sus pequeños ojos enfocaron con horror el estado en el que me hallaba, pero luego volvieron hacia Carter.

—Hay un registro del año dos mil nueve en el que se refleja que diez personas fueron reclutadas para formar parte del proyecto INMUNOEFICIENCIA, uno cuyo objetivo era producir humanos inmunes a los efectos del proyecto ASFIXIA. Tres personas murieron durante las pruebas y solo siete sobrevivieron. —El doctor Julian extendió la carpeta hacia el especialista—. Drey es una de ellas. Dice la verdad, viene de la superficie y es inmune al gas. No puedes matarla.

El especialista no podía creérselo, ni yo tampoco. A ambos nos tomaron por sorpresa. La confusión y el desconcierto en sus ojos acabaron inminentemente con toda la malicia que había en ellos. No podía hacerme daño.

—¿Qué? —soltó con un ápice de desagrado.

—Tampoco lo creía, pero ahí está. Revisé los archivos que se extrajeron de las instalaciones locales. Es un pequeño informe, no detalla demasiado pero su nombre aparece en él. Está sellado y firmado por el antiguo director, significa que está validado y es real —le explicó Julian sin detenerse a respirar.

Carter observó con desdén la carpeta, sin siquiera demostrar intenciones de revisarla. Relajó el rostro, para mi sorpresa, y sin decir alguna palabra salió de la sala de torturas, alejándose, llevándose consigo la presencia de la muerte.

El doctor Julian me dedicó una mirada afable, casi como queriendo decir que todo estaría bien. Se dio vuelta para mirar al hombre que aún sostenía la bandeja plateada con las herramientas y se dirigió a él sin mucha amabilidad:

—¿Qué esperas? ¡Suelta eso y desátala! —exclamó—. Y luego irás a buscar al comandante Homs de inmediato.

El hombre alzó las cejas y luego asintió repetidamente. Giró la cabeza hacia ambos lados y al no ver ninguna mesa, se inclinó para dejar la bandeja sobre el suelo.

—Pero doctor, el comandante dejó dicho que no quiere interrupciones mientras está en reunión —comentó el hombre.

—Pues lo interrumpirás. Esto es importante.

6

Cuando desperté por tercera vez, la habitación era más grande y no estaba sola en ella. Al frente, justo cerca de la puerta, incluso con la vista borrosa, reconocí al doctor Julian que parecía estar teniendo una charla con otras dos personas: una mujer de espesos y rizados cabellos rojizos y un hombre alto, fornido, de cabello castaño y postura recta. Ambos vestían pantalones verdes y camisas negras cuyo estampado en el pecho mostraba las iniciales que ya sabía que representaban a LA RAI.

No tuve intenciones de moverme para avisar que había despertado, así que solo parpadeé lentamente esperando que mi vista se esclareciera por completo. A pesar de eso, ellos no notaron que ya estaba consciente y continuaron su charla.

—¿Y Carter cómo reaccionó? —escuché.

Mis sentidos despertaron y dirigí mi atención a la conversación que se estaba llevando a cabo. El nombre me puso a temblar.

—No dijo nada, solo se fue —respondió Julian negando con la cabeza—. Cuando lo supo no tuvo más que marcharse.

—Su reacción no es para menos —intervino el hombre de cabello castaño cuyos brazos estaban cruzados—. Él está encargado de interrogar a cualquier prisionero que se tenga en las celdas y más aún a cualquiera que se le descubra infiltrándose en la ciudad. Solo estaba haciendo su trabajo.

—¿Ustedes realmente creen que El Imperio enviaría a alguien a infiltrarse de

esa forma? No lo subestimen —repuso el doctor. El hombre de torso fornido sonrió.

—Pues en eso tiene razón, creo que a Carter le faltó lógica. Desde que estamos aquí ha querido aplicar sus conocimientos en alguien y no ha podido. No nos llegan infiltrados muy a menudo, ¿cierto?

La mujer de los rizos le dedicó una mirada fulminante a su compañero de uniforme. No le habían agradado sus palabras.

—Los métodos de Carter son brutales, muy efectivos si somos conscientes, pero como dice Julian, al ser la primera persona que se encuentra creyendo infiltrarse, debió haber acudido al comandante sin perder tiempo —puntualizó ella.

—¡Pudo haberla matado! —exclamó el doctor con cierta indignación—. ¿Se imaginan? La primera persona inmune y… Carter pudo haberla asesinado. Lo peor es que ella suplicó que le creyeran. Me siento culpable en cierto modo, yo dejé que se la llevaran por segunda vez. Tampoco le creí en un principio.

—Nadie le habría creído en un principio y si no actúas rápido nadie le habría creído nunca. Habría pasado como infiltrada y de seguro habríamos terminado por eliminarla —dijo la pelirroja. Sonaba severa—. No tienes que sentirte culpable, porque si lo pensamos bien en primera instancia suena absurdo, ¿un inmune a ASFIXIA? Parece muy irreal.

—En tres años no hice esta búsqueda. Nunca escuché de tal proyecto, ni de un grupo de personas sometidas a experimentos contra ASFIXIA, pero al buscar en el sistema fue como… como si mi mente me dijera qué era lo que tenía que hallar —confesó Julian mirando el suelo, pensativo—. ¿Lo ven? Fue una magnífica idea reactivar el sistema de archivos extraoficiales.

—No lo dudamos, doctor.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y un hombre entró al lugar. Por un pequeño instante pude jurar que el brillo en sus ojos se me hacía familiar, pero tenía la mente tan revuelta y los pensamientos tan confusos que no quise detenerme a saber la razón de la familiaridad que me inspiró.

Llevaba el mismo uniforme que los demás, pero sobre su mata de cabello negro reposaba una boina dorada con las iniciales de LA RAI perfectamente bordadas. Parecía desconcertado por la forma en que sus espesas y oscuras cejas se hundieron formando una ligera arruga sobre su nariz, y por la manera en como sus labios poco generosos formaron una línea muy fina. Todos posaron su atención en él, mirándolo con un ápice de inferioridad.

—Comandante —le saludó el doctor Julian. Así que evidentemente era él, el comandante que había mencionado en la sala de torturas. Se veía tan diferente al especialista.

—¿Qué fue lo que sucedió? —inquirió.

—La encontraron en la sala superior de la fosa del este. Estaba inconsciente, tenía fractura de clavícula y unas heridas menores —informó el doctor Julian —. La examinamos y está sana, pero Carter la llevó a la sala de interrogatorios después y… ya sabe, estuvo haciendo su trabajo.

El hombre se abrió paso hacia mí y se dio cuenta de que estaba despierta y muy atenta a la conversación. Se situó al lado de la camilla y me escudriñó con la mirada, dejando ver que poseía unos profundos ojos verdes y un rostro lozano. Demasiado joven para ser un comandante, al menos sabía que para llegar a un rango tan alto había que adquirir no solo experiencia, sino también edad. Entonces, ¿era el comandante de qué?, ¿de LA RAI entera o de una parte de ella?, ¿qué tan grande era el grupo?

—¿Y cuál es su nombre? —indagó sin dejar de observarme. Yo les respondía a las miradas, muy quieta, parpadeando cuando era necesario.

—Su nombre es Drey —anunció el doctor.

—¿Y realmente es inmune? —preguntó mientras se daba vuelta para encarar a los presentes—. ¿Es eso posible? ¿Estás completamente seguro?

—Bien, esto me tomó fuera de base —dijo Julian al mismo tiempo que se acercaba a un estante dispuesto contra una pared. Tomó una carpeta amarilla de él y se la entregó al comandante que no dudó en cogerla—. Nunca escuché sobre un proyecto para desarrollar personas inmunes a ASFIXIA, pero como sabe, a nosotros no nos decían demasiado. Justo después de que se la llevaron para interrogarla por segunda vez, revisé el sistema que está conectado al antiguo sistema de archivos extraoficiales del Pentágono y encontré un informe que había sido recibido desde un organismo privado. Dice muy poco porque parece rutinario, es posible que haya sido enviado para ser almacenado en el registro, pero su nombre figura en él y no solo el suyo, sino el de diez personas más. De esas diez, se menciona que tres murieron durante los procedimientos y que siete sobrevivieron exitosamente a los métodos utilizados. En sí, el objetivo que se plantea en él era crear personas inmunes a los efectos del proyecto ASFIXIA, por esa razón lo llamaron proyecto INMUNOEFICIENCIA. El término ni siquiera es correcto dentro de algún área científica, pero parece definir muy bien lo que buscaban lograr.

De todos los recuerdos que tenía de mi niñez, en ninguno figuraba haber pasado más de un día en un hospital o en algún centro en donde hubieran podido experimentar conmigo. Por tal razón, lo que escuché me sonó ilógico. Si habían hecho algo en mi cuerpo debía recordarlo, pero, aunque lo intentara, las memorias de mi vida eran normales y, de hecho, muy felices.

Nada de lo que dijo tomó lugar en mi cabeza.

—Esto es… sorprendente —murmuró el comandante. Sus ojos se deslizaron sobre las palabras escritas en el papel—. ¿Y ya le preguntaron si recuerda

algo?

—En el informe están descritos algunos métodos utilizados para que los individuos pudieran regresar a la vida diaria, para poder introducirlos de nuevo a la cotidianidad. La terapia electroconvulsiva fue una de esas técnicas —alegó el hombre—. Si fue así me temo que, aunque se lo preguntemos, ella no va a recordarlo, no por ahora.

Quise gesticular, aunque fuera una mínima reacción, pero me sentí incapaz de moverme.

—Permítame decir que esto es importante, ella es importante —añadió Julian después de un minuto de silencio que el comandante usó para examinar el informe—. Me gustaría tratarla y realizarle algunos análisis. Va a quedarse, ¿no es así?

—Por supuesto que va a quedarse —aseveró el portador de la boina dorada.

El comandante volvió a entregarle la carpeta al doctor y entonces posó su mirada sobre mí de nuevo, como si necesitara observarme por más tiempo para asegurarse de que era real. Nuevamente, el brillo de familiaridad me inquietó.

—¿Ya estaba así de magullada en el rostro o fue obra de Carter? —indagó, hundiendo el entrecejo—. Tiene moretones por todos lados.

Vi como el doctor bajó la cabeza, casi apenado.

—Fue Carter —respondió sin más.

—¿La golpeó de esa manera sabiendo quién era? —soltó con un dejo molestia en la voz. Julian no pudo encararlo, mientras que las otras dos personas presentes en la habitación solo se dedicaron a escuchar en silencio.

—No, él no lo sabía. Asumió que ella intentaba infiltrarse y la trató como a

un enemigo —confesó el doctor.

La mandíbula del comandante se tensó y las venas de su cuello brotaron salvajemente.

—¿Y ella dijo quién era? ¿Dijo que era inmune? —inquirió casi intentando no perder la paciencia.

—Dijo que venía de la ciudad, que no sabía nada de lo que le preguntábamos. Ella ni siquiera sabía sobre ASFIXIA. Se ha enterado hace poco, no tenía consciencia de que era inmune.

El comandante asintió tan lentamente con la cabeza que causó temor en los presentes. Estaba molesto, cualquiera podía notarlo. Se giró sobre sus pies y enfrentó a cada uno con una expresión acusatoria.

—Justo ahora me gustaría saber, ¿quién es Carter para tomarse atribuciones que no le corresponden? Se supone que todo lo que suceda debo saberlo primero, ¿no es así? Y más si es algo tan importante como esto. —El comandante señaló al hombre que estaba al lado de la pelirroja—. Ligre, déjale dicho a Carter que quiero verlo en la oficina.

El hombre al que se había referido como Ligre, asintió y sin perder tiempo u objetar algo, se marchó para ir a cumplir la encomienda.

—No teníamos ni idea… —objetó el doctor Julian, cabizbajo.

—Aunque no la tuvieran, esto no era necesario —vociferó el comandante, señalándome con el dedo—. ¡Saben que no apruebo este tipo de bestialidad! Tenían que haberme llamado, o siquiera haberla escuchado.

La mujer de los abundantes rizos rojizos dio un paso adelante con la intención de hablar.

—No podemos ser condescendientes con cualquier desconocido, recuerda

que estamos en tiempos difíciles —intervino ella, para luego dedicarme una mirada cargada de desconfianza.

—No ser condescendientes y aplicar este tipo de salvajismo son dos cosas muy distintas. La podían haber dejado en una celda hasta que yo me ocupara, pero parece que a veces se les olvida quién está al mando —bufó. Su actitud era imponente y ellos parecían respetar eso, entonces comprendí que era el comandante de todo, incluso luciendo tan joven—. Nosotros no lastimamos a inocentes.

—Todos juran ser inocentes —comentó la mujer en tono desafiante. El comandante hundió más las cejas.

—Aunque no lo parezca, aún quedan inocentes en este mundo, además, ¿cómo van a pensar que El Imperio lanzaría a un infiltrado de esta forma? —continuó hablando en voz alta, reprendiendo—. ¿Creen que este grupo se levantó para que fuéramos unos mercenarios como ellos?

—¡Carter solo hacía el trabajo que tú le concediste! —exclamó la pelirroja, molesta, irritada.

—¡Un trabajo que debe ejecutar después de comprobar que no tratamos con un inocente! ¿O no son esas mis reglas? ¿No son esas las malditas reglas que impuse? —reprochó el comandante, ganando la discusión ante el silencio que envolvió la estancia.

—Levi, no estoy de acuerdo con tu reacción —repuso la mujer.

Todo mi cuerpo reaccionó ante el nombre. Escuchar «Levi», bastó para que mi cerebro enviara impulsos que me obligaron a levantarme con rapidez. A causa de la impresión, todo en mí se aceleró. Quedé sentada en la camilla, con aquellos pares de ojos mirándome, cada uno con expresiones diferentes.

—¿Levi? —pronuncié con voz temblorosa.

—Sí, Drey, soy el comandante Levi Homs —habló en tono calmoso mientras se acercaba de nuevo a la camilla.

—Levi —susurré.

Los recuerdos del libro atiborraron mi mente. Sus palabras, sus escritos que me habían hecho compañía y la expectativa que había despertado en mí. ¿Realmente era el Levi que había conocido mediante el diario? Porque antes de caer en la grieta me había quedado claro que él no estaba vivo, pero en ese instante, teniéndolo ante mí, además de la sorpresa, la confusión se unió a la pila de emociones que estaba experimentando.

Vivo, él estaba vivo.

—Yo te buscaba… —confesé— estás aquí.

Volvió a hundir el entrecejo, demostrando desconcierto. Por supuesto, él no lo entendía, no sabía que había salido de casa para buscarlo, que había sufrido al no encontrarlo y que en cierta parte por esa razón había terminado allí. Quise decírselo, contarle lo que había sucedido, pero, aunque mis labios se entreabrieron para emitir palabra, de nuevo no pude pronunciarlas. La imagen de Carter sustituyó todo lo demás y la sensación de dolor me abordó haciendo que recordara cada insulto, cada risa fingida y cada golpe.

Caí en la realidad tan rápido como había descendido por la grieta. Las personas que tenía ante mí eran crueles y nada podía asegurarme que en cualquier momento no empezarían a tratarme como lo había hecho el especialista.

Vi a alguien acercarse del mismo modo que lo había hecho Levi y aunque sabía que era el doctor Julian, mi mente jugó contra mí, confundiéndome, haciéndome observar por un instante una silueta distinta, muy oscura y amenazante que no tardaría en lastimarme. Negué con la cabeza a medida que

se aproximaba, el temor casi oprimió mis pulmones y como si de nuevo me hubieran cubierto con la bolsa plástica, sentí que me ahogaba, que me quedaba sin aire y que en solo segundos me desplomaría.

—Drey, ¿estás bien? —escuché decir, aunque no pude reconocer a quién emitió las palabras.

Trepidé y me aferré a las sábanas para poder moverme hacia atrás. Sentí la tela haciendo fricción sobre mis piernas desnudas, y luego el borde de la camilla más cerca.

—Aléjese… —pude decir. La silueta se acercó mucho más y un grito salió de mi boca—: ¡No! ¡Digo la verdad! ¡Le digo la verdad! ¡No sé de qué habla!

—Drey, lo sabemos, te creemos, tranquila —escuché.

Cerré los ojos con fuerza y cuando los abrí, las cosas se habían tornado peores. Tantas manchas, tantas imágenes difusas e indescifrables.

—¡No! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir con él! ¡Quiero ir a casa! ¡No me golpeen! ¡Digo la verdad, lo juro! ¡No, por favor! —repetí sin cesar.

Ellos venían para atraparme y llevarme de nuevo a aquella lóbrega sala. Mi visión era confusa, borrosa y parecía que poco a poco se oscurecía amenazando con desaparecer. Sentí tanto frío que creí entumecerme.

—¡Drey!

Las siluetas acudieron con mayor rapidez. Sentí un tirón hacia atrás y caí contra la camilla. La cabeza me dio vueltas y las luces que provenían del techo me cegaron, obligándome a cerrar los ojos. Los escuché cerca, alrededor mío. Me agité y moví con desespero, quise levantarme y correr, pero algo me lo impidió, una fuerza mayor. Giré mi cabeza hacia ambos lados, repetidamente. Abrí los ojos y visualicé la negrura más pronunciada; solo un pequeño espacio me dejó observar a los desconocidos.

—¿Qué le sucede? —preguntó con insistencia uno de ellos.

—Está teniendo un ataque.

—¿Un ataque?

—Va a convulsionar.

Y todo se apagó.

Me incorporé con brusquedad apenas desperté. La habitación médica estaba completamente sola en ese momento, y junto a la camilla un pitido sonaba intermitentemente. Podía ver todo con claridad, pero recordaba haber experimentado una sensación de confusión desesperante. Me observé a mí misma. Vestía la bata médica y tenía el hombro izquierdo vendado, permitiéndome muy poca movilidad en el brazo.

No sentía dolor en ninguna parte del cuerpo, por lo tanto, lo más lógico y sensato era salir de ahí aprovechando que no había nadie más presente.

Tenía que abandonar el sitio y retornar a la seguridad de mi casa, aunque hacerlo me condenara a la soledad eterna.

Bajé con cuidado de la camilla. Resultaba un poco incómodo tener el brazo izquierdo inmovilizado, pero, aun así, después de que mis pies se acostumbraron a la calidez del suelo, mantuve el equilibrio al caminar.

Avancé hacia la puerta y apegué mi oreja a ella intentando poder escuchar algo del otro lado, pero el silencio era abrumador. Coloqué una mano sobre la manija y la impulsé hacia abajo, abriendo con lentitud para poder salir sin hacer algún ruido. Miré de un lado a otro y vi un largo y solitario pasillo de paredes blancas por el cual avancé sin dudar.

Demasiadas puertas cerradas y ningún cartel que señalara la salida de emergencia o alguna salida alterna. No podía detenerme a abrir cada una de

ellas, pero, sin importar cómo debiera hacerlo, hallaría la forma de escapar.

Siguiendo mi instinto, doblé a la derecha en el primer cruce que encontré. Vi más puertas y otras posibilidades para girar hacia donde se extendía el pasillo. Fue justo ahí donde no supe qué camino tomar.

Uní mis dedos y comencé a apretujarlos con cierto nerviosismo porque sabía que, si escogía un mal camino, la decisión podía jugar en mi contra. ¿Izquierda o derecha? ¿Una puerta u otra?

Una voz proveniente del pasillo que tenía justo atrás, me sobresaltó.

—¡Si te callas, Butterfly, Julian nos puede explicar todo con exactitud!

Reconocí aquella voz masculina y autoritaria. Era él. Di vuelta inmediatamente y me aproximé al lugar desde donde provenían las palabras. Entre la soledad del pasillo, una gran puerta doble se hallaba entreabierta. Avancé hacia ella y teniendo cuidado de no hacer ruido o de no alertar con mi presencia, miré a través de la abertura. Contemplé al doctor Julian frente a una pantalla gigante que reflejaba algunas estadísticas; también, sentados en una gran mesa ovalada, reconocí a la mujer pelirroja y al hombre que habían estado dentro de la habitación médica. En el centro, casi como cabecera, estaba Levi Homs.

—Lo que quiero decir, comandante, es que en el informe no está registrado exactamente qué tipo de alteraciones aplicaron en el cuerpo de Drey. No puedo saber qué métodos utilizaron a menos que haga análisis profundos a su organismo, y aun así no puedo asegurarle que lo descubra del todo —explicó el doctor Julian. No se veía muy cómodo hablando ante ellos—. Debo someterla a estudios delicados que por ahora no creo necesarios.

—¿Por qué no los considera necesarios? —preguntó la pelirroja.

—Debido a la tortura, presenta síntomas claros de un trastorno de estrés

postraumático. Es posible que le tome tiempo asimilar que no vamos a lastimarla, porque su mente se encarga de crearle regresiones del momento en el que sus niveles de miedo y shock emocional fueron extremadamente altos —aclaró con cierto pesar mientras que miraba a cada uno de los presentes—. Este tipo de trastorno tiene que ver directamente con la ansiedad, así que puede sufrir episodios de desconfianza o ira en los que ella creerá que volverá a protagonizar el suceso que la marcó.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar? —indagó el comandante después de frotarse el rostro con inquietud.

—No podría decirlo con exactitud, todo dependerá de ella. Podemos ayudarle siendo condescendientes para que entienda que no le haremos daño, pero es importante saber que estamos ante una persona que permaneció sola por aproximadamente un año; alguien que presenció la muerte de la humanidad y que, tan joven, enfrentó los riesgos de la supervivencia —respondió Julian, ya con un poco más de fluidez—. Puede presentar distintas características muy propias del aislamiento que solo se superan con el tiempo y la compañía. No la veo siendo capaz de adaptarse ahora, de sentirse cómoda o de expresarse amenamente, pero con el tiempo su psique puede recuperarse por completo, ella comprenderá que aún quedan personas y superará las dificultades emocionales.

—Y cuando lleves a cabo las pruebas, ¿crees que encontrarás las respuestas a su inmunidad? Una posible… ¿cura? —inquirió Levi al echarse hacia atrás para apoyarse del espaldar de la silla.

—Ya he dicho varias veces que no hay una cura para el proyecto ASFIXIA. En cuanto a hallar respuestas, no puedo asegurarlo, pero tengo que intentarlo —contestó y dio un paso hacia adelante, con un brillo de emoción en sus ojos—. Lo que sea que haya en el cuerpo de Drey puede ser la clave para comenzar a

tomar como opción el regreso a la superficie. Quiero decir que, si ella es capaz de inhalar las toxinas del gas y aun así sobrevivir, entonces todavía hay una esperanza muy alejada del término «cura». Es más probable aprender a vivir dentro de la atmósfera letal, que erradicar por completo el proyecto.

Lo que escuché generó en mí más dudas. Si había podido soportar el gas, entonces, ¿mi organismo era diferente?, ¿cómo había llegado a serlo? A su vez, una pregunta más sustanciosa sustituyó a las demás: si los otros seis sobrevivientes habían podido vivir entre el gas, ¿por qué habían muerto tan pronto?, ¿y por qué yo no?

—¿Y ya estás completamente seguro de que ella es inmune tal y como lo dices? —intervino la mujer con cierta duda y desconfianza.

—Ella lo asegura y el informe lo confirma —alegó Julian. La pelirroja enarcó una ceja y se removió en la silla, vacilante.

—No confío en papeles, nunca lo he hecho. Deberíamos verlo con nuestros propios ojos, confirmarlo del todo, pues con las pruebas se va a corroborar lo que dice. Además, no sé si saben que cuando la encontraron, tenía una máscara en el rostro, si es inmune, ¿por qué la usaba? —expresó ella con un claro tono de impertinencia. El hombre a su lado la miró, dubitativo.

—¿Propones que la expongamos al gas? —le preguntó aquel llamado Ligre, a lo que ella asintió con la cabeza, afirmando su deseo.

—No, no podemos hacer eso, al menos no por ahora —se adelantó a intervenir Julian, negando con la cabeza.

—¿Qué sugieres tú? —preguntó Levi, dirigiéndose al doctor.

Julian se quedó en silencio por unos segundos y luego habló:

—Que le demos la atención médica que necesita, le expliquemos en dónde se encuentra, le permitamos integrarse y luego, que con su consentimiento

hagamos las pruebas, porque, aunque sea valiosa, continúa siendo una persona y debe saber lo que significa para el planeta.

Levi soltó una gran exhalación.

—Nadie puede enterarse de esto —terminó por decir después de unos minutos de silencio—, para cualquiera que lo pregunte, ella es un miembro más de LA RAI. No podemos ni siquiera arriesgarnos a que El Imperio sepa quién es Drey.

La mujer pelirroja se colocó de pie y le dedicó una mirada de contrariedad al comandante.

—Entonces, ¿debemos esconderla? ¿Ahora le guardaremos secretos a nuestra población? —resopló mientras afincaba sus manos sobre la mesa. Levi la enfrentó.

—Podemos salir y decirles que Drey tiene la clave para volver a la superficie y eso les creará una esperanza, pero, ¿qué sucede si la investigación demuestra que no podemos extraer de ella lo que necesitamos?, o peor aún, ¿qué sucede si no arroja ningún resultado? Tendremos que volver a salir para decirles que solo eran suposiciones y que viviremos enterrados por siempre —soltó él con un tono autocrático que podía intimidar a cualquiera. A diferencia de ella quien se mostró enojada, él se dejó ver tranquilo pero imponente—. No es lo que quiero para mi gente y no es así como lo haré. Mi deber es resguardar a la población y eso implica resguardar las ganas de vivir que perdieron y que poco a poco recuperaron aquí. —Se tomó un segundo para levantarse y le dedicó una mirada tajante a cada presente en la habitación—. Ahora Drey es parte de mi población, por lo tanto, también voy a protegerla. Si alguien se opone o tiene una objeción, perderá su tiempo al decirlo porque yo doy la última palabra y esa es que Drey se queda aquí y la verdad sobre quién es se mantendrá en secreto hasta que ordene lo contrario.

Todos se quedaron en silencio. Levi sabía de qué manera imponerse y de qué forma hacer entender que él llevaba las riendas del grupo. Sin embargo, a pesar de su actitud, lo que había dicho de mí me hizo comprender una cuarta parte de lo que aún no entendía; que ni Julian ni él querían lastimarme y que tampoco deseaban hacerlo aquellos dos que se hallaban presentes en el salón.

Sorpresivamente, una voz nueva para mis oídos se escuchó en el interior de la sala. Acercándome más a la abertura de la puerta, pude darme cuenta de que había una quinta persona dentro del lugar en quien no había reparado. La dicción era femenina, suave y pausada, pero colmada de un tono inquietante, muy capaz de causar escalofríos.

—¿Van a experimentar con ella? —inquirió la voz. Por más que intenté colocarme en una posición que me permitiera observar todo el plano, no lo logré.

—No, no es así como lo haremos. Primero tenemos que explicarle quién es y lo que puede llegar a ser —aclaró Julian.

—Creo que ya lo sabe —informó la voz misteriosa.

Cada uno de ellos fijó su vista en la puerta que, sorprendentemente, se deslizó unos cuantos centímetros. Quise correr cuando todos me observaron, pero mis piernas me fallaron dejándome postrada en el sitio. Toda mi atención recayó sobre la silueta que desaparecía por una puerta contigua. No supe entonces quién había hablado, ni sabía qué pasaría por ser descubierta husmeando.

Levi dio algunos pasos hacia mí y yo rápidamente di otros hacia atrás. Por un microsegundo su imagen semejó a la del especialista Carter, pero después de parpadear volvió a normalizarse. Era Levi, sí, no me cabía duda, no tenía puesta la boina y su cabello estaba despeinado dándole aspecto más informal, pero era él.

—¿Qué haces fuera de la habitación? Debes volver, Drey, no estás en condiciones de pasear —objetó el doctor con preocupación, avanzando también hacia mí.

—Estoy bien, estoy bien —respondí alzando una mano para indicarle que no se acercara demasiado.

Él lo entendió, porque no dio otro paso más. Quien no captó el mensaje fue Levi, ya que se apresuró a acortar lo más que pudo el espacio que nos separaba.

—Te acompañaré —soltó después de detenerse cerca de la entrada.

—No —negué velozmente— quiero hablar contigo a solas —me atreví a decir sin demasiada seguridad.

—Con «usted» —intervino la mujer pelirroja en tono de reproche, dando un paso hacia adelante para hacerse notar—. Estás hablando con el comandante, un superior.

Levi le dedicó una mirada no muy agradable, haciéndola callar. Ella tensó la mandíbula con impotencia.

—Claro que podemos hablar, Drey. Vayamos a tu habitación —terminó por decirme.

—¡No! —exclamé—. Aquí, que sea aquí.

—Entonces así será. —Asintió y se volvió hacia los demás—. ¿Nos dejan a solas? Vayan a ocuparse de sus deberes. Ligre, ¿puedes encargarte de la inspección hoy?

—Claro, no es que tenía otras cosas que hacer después de todo, claro que no. Bueno, ¿qué más da? —aceptó Ligre, encogiéndose de hombros.

La mujer pelirroja se movió lentamente, y solo dejó el lugar junto a Ligre

después de mirarme con suspicacia. Julian, por su parte, se alejó a paso rápido sin objetar algo.

Después de escuchar el sonido de la puerta cerrarse, hablé:

—Oí todo lo que dijeron —informé. Levi formó una fina línea con sus labios.

—No era la manera, lo lamento —se excusó.

Exhalé un suspiro y negué.

—No, de hecho, creo que era la mejor manera —confesé. Estaba haciendo un gran esfuerzo por no tropezar las palabras y salir corriendo—. Escucha, yo... quiero irme a casa.

De repente, una oleada de nervios me puso a temblar mientras esperaba su respuesta. Alcé la mirada y lo vi fruncir ligeramente el ceño. También pude notar en ese instante, debido a la cercanía, que había una pequeña mancha blanca en el iris de su ojo derecho.

—¿A casa? Bueno, no creo que sea posible —dijo con simpleza.

—Sé que puedo soportar el gas —le recordé.

—Soportar el gas sí, pero no ese entorno. No puedes estar sola por más tiempo, quién sabe qué pasaría contigo.

—Nada pasaría conmigo; sé mantenerme allá arriba —me limité a decir.

Se cruzó de brazos y alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿quieres decir que estabas muy cómoda con la soledad? ¿Podrías describirlo como un paraíso? —preguntó, entornando los ojos.

Pude haber dicho que sí, pero no tenía intenciones de mentir, ya que, de hecho, debía admitir que había estado tan desesperada por obtener compañía

que fácilmente me había dejado impulsar por su diario.

—No del todo cómoda, pero era mejor que esto —murmuré, desviando la mirada, posándola sobre la pared vacía.

Él supo a lo que me refería, porque cuando volví a verlo pude identificar el pesar en su rostro.

—Lamento mucho lo que Carter hizo. Yo no lo habría permitido. Si te hace sentir mejor, no lo pasé por alto. Me parece que debes quedarte. Nadie va a lastimarte más. Te ayudaremos, y cuando estés completamente bien, Julian te hará las pruebas necesarias si decides que quieres someterte a eso. No haremos nada en contra de tu voluntad —dijo con voz afable—. Si crees que al quedarte te mantendremos encerrada en aquella habitación médica permíteme demostrarte que no será así.

Levi se dio vuelta y fue hasta el fondo de la sala, ahí en donde una ancha cortina azul cubría lo que debía ser una pared. Colocó sus manos en ella y me llamó antes de hacer otro movimiento.

—Ven. Tranquila, solo ven.

Le obedecí y me acerqué a paso inseguro. Él desplegó las cortinas con un rápido movimiento para mostrarme lo que se ocultaba tras ellas: no era una pared, sino un enorme ventanal que daba vista a una ciudad. Edificios —no tan altos— agrupaciones de cabañas, terrenos, calles de tierra y una multitud de personas andando de un lado a otro. Reconocí mujeres cargando cestos llenos de algo, niños corriendo, adolescentes trotando y camiones blindados trasladándose por las vías.

—Esta es LA RAI —habló. Sus ojos estaban fijos admirando la imagen—. Iba a ser una ciudad secreta que pertenecía a tres de las antiguas potencias mundiales; un proyecto que se inició como vía de escape y protección para

políticos en caso de un ataque nuclear, pero fue abandonada antes de culminarse debido a los problemas que se presentaban con los ductos de ventilación —explicó con detenimiento—. La tomamos unas semanas antes del incidente.

Lo escuché inhalar profundamente, como tomando fuerzas para seguir pronunciando las palabras.

—Si hay algo que debes saber es que, para los políticos, para las figuras importantes y para los altos mandos militares, sí hubo una alerta. Fueron advertidos previamente para que tuvieran la oportunidad de salvarse de ASFIXIA. Yo me enteré tres semanas antes gracias a una fuente muy confiable y en ese instante supe que no habría esperanza para el resto de la humanidad. —Había cierto disgusto en el tono de su voz—. Quise avisar, sí, pero no nos dejaron salir de las bases durante esas semanas y con disimulo nos retuvieron. Aquel primero de septiembre, para cuando el gas estaba dispersándose por el mundo, muchas personas ya habían escapado. Algunas de esas personas no sabían demasiado sobre lo que sucedía, mientras que otros sí tenían claro lo que pasaba.

»Antes se preparaban proyectos e investigaciones privadas que se llevaban a cabo por órdenes de los más altos dirigentes mundiales, cosas que cualquier civil ni siquiera podía imaginar. El proyecto ASFIXIA fue uno de esos secretos, la creación de esta ciudad fue otro y la creación de una segunda y mayor preparada ciudad subterránea, fue el tercero. Esa segunda ciudad es El Imperio, y aunque ahora se encuentra lejos de nosotros, es nuestro mayor enemigo porque en él residen los creadores y desarrolladores del proyecto.

»Antes de que el incidente tuviera lugar, varios sectores sociales importantes se enteraron gracias a distintas fuentes, y no tardaron en mostrarse dispuestos a ir en contra de ese acto genocida que El Imperio pretendía llevar a cabo.

Analizando la situación fui audaz y no me quedé de brazos cruzados. Reuní a todos aquellos que conocía dentro de la base, hice algunas llamadas y recluté a un grupo de personas capaces de alzarse sin miedo, todo eso, siendo un simple soldado. Butterfly, Ligre, Julian y Carter se unieron a mí, y con ellos más personas, todos dispuestos a seguir viviendo. Fue así como me convertí en comandante. No por tener años de experiencia, no por subir de rango gracias a pequeños y grandes logros, sino por querer que las personas sobrevivieran y por atreverme a tomar esta ciudad como refugio.

»En estos momentos, El Imperio necesita que nos disolvamos porque representamos una amenaza para su nuevo orden mundial. Ellos saben que este pueblo está convirtiéndose en lo que un principio debió ser, una ciudad. Saben que tenemos hombres dispuestos a luchar para proteger a la población, que hacemos expediciones a la superficie para abastecernos de materiales y crear nuestra propia red tecnológica, y saben que un simple soldado no va a dejar que hundan de nuevo a lo que queda de la humanidad.

Su mirada se deslizó desde la imagen del pueblo hasta mí.

—Mira, Drey, si quieres irte no te retendré. Puedo ordenar que abran una de las salidas para ti, pero ¿te digo la verdad?, no quiero que lo hagas y no lo quiero por dos razones. Primero, porque nadie merece vivir en un mundo vacío y deteriorado, y segundo, porque sé que podemos encontrar una posibilidad en ti, y si nos das la oportunidad, algún día todos podríamos volver a la superficie. No vamos a obligarte, pero eres especial y solo tú debes decidir si quieres formar parte de esto. Tampoco te mentiré diciendo que allá arriba será mejor que esto, porque no estoy seguro si El Imperio sabe de ti o no. Es probable que nunca te hayan encontrado por tu ubicación o que justo ahora te estén buscando, o que realmente no sepan nada sobre tu existencia y tu inmunidad, pero puedo asegurarte que de todos modos ellos van

a descubrirlo, y si dejas que te encuentren y te atrapen, Drey, si lo permites, será muchísimo peor que lo que te ha sucedido aquí.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —inquirí casi en un susurro. Pude jurar que mi pregunta le bajó los ánimos.

—Mandamos un infiltrado a El Imperio un año atrás con la intención de saber qué puntos atacar, pero salió muy mal. Después de un mes lo descubrieron. Un gran fallo. Lo interrogaron de forma muy cruel y luego nos enviaron sus huesos ensangrentados y unidos por una cadena junto a una grabación del interrogatorio. Él nunca reveló nada. Fue inhumano lo que hicieron, porque así actúan ellos, sin compasión —intentó disimular el desagrado en su voz—. Durante el mes que nuestro infiltrado estuvo vivo, pudimos ver las condiciones en las que El Imperio tenía a su pueblo. Dividieron a las personas, pero a la mayoría los obligan a trabajar. Les dan dos comidas diarias. A aquellos de piel oscura y creencias religiosas acentuadas, los tratan peor. Los vigilan todo el tiempo, y si alguno intenta opinar, sencillamente los matan o los castigan hasta agonizar. Si necesitas pruebas, la grabación del infiltrado estará a tu disposición, solo tienes que pedirla. Ellos juegan sucio, por esa razón Carter pensó que pertenecías a su grupo, porque son muy capaces de devolver la jugada que nosotros intentamos ejecutar —terminó por añadir. Se quedó en silencio y muy quieto frente a mí, con un tenue brillo de desesperanza en los ojos.

Me exigí razonar, aunque en ese momento mi mente no fuera precisamente un sitio esclarecido. Mi vida en la superficie había sido un calvario lleno de depresión que, si comparaba con lo que estaba ante mis ojos en ese instante, resultaba una pesadilla. El pueblo que tenía frente a mí me infundía calma y protección, una sensación agradable, de compañía, de que ahí no habría esquinas solas o cadáveres reposando sobre el suelo.

Quedarme implicaba unirme a LA RAI y permitir que buscaran en mí aquello que me hacía inmune, y también significaba convertirme en enemigo de un grupo al que no conocía. No sabía si quería eso, o que un grupo de doctores me examinaran como rata de laboratorio, pero sí estaba segura de que no deseaba volver a estar sola nunca más.

Una parte de mí quería permanecer allí, pero otra parte ansiaba huir y evadir cualquier responsabilidad que el ser inmune me otorgara, incluso si eso representara un acto de cobardía. Pero no era cobarde, no tanto como para eludir una situación tan importante; no era tan débil como para volver al sitio del que había querido escapar, y tampoco era tan egoísta como para negarme a concederle no solo a Levi, sino también a todos los supervivientes la oportunidad de salir del abismo.

—Esa mujer desconfía de mí y probablemente el hombre que anda con ella también —señalé.

—¿Butterfly? Ella siempre tiene esa actitud y Ligre, bueno, es mi hombre de confianza —objetó él, esbozando una escasa sonrisa.

—Si voy a quedarme no quiero que piensen que soy una mentirosa, así que, tengo una prueba de que estuve arriba. Tengo algo que te pertenece, algo que demuestra que soy inmune al gas. Yo... yo tengo una parte de ti, conmigo.

7

—¿Qué?

Si con el diario podía demostrar que realmente había vivido arriba después del incidente, estaba dispuesta a enseñárselo, aunque, confesar que me había servido de compañía y que por él había salido de mi pueblo, era algo que no valía la pena mencionar.

—Para mostrarte necesito que me devuelvan mis cosas. Llevaba una mochila cuando caí dentro de la grieta, ¿podrían dármela? —dije. Su expresión facial se suavizó y entonces, asintió.

—Ordenaré que la lleven a tu habitación —enunció mientras se volvía hacia el ventanal para cerrar las cortinas—. ¿Y qué es eso que quieres enseñarme? ¿A qué te refieres con «una parte de mí»?

—Bueno, es... —intenté decir, pero otra voz me interrumpió.

—¡Levi!

El hombre cuyo nombre era Ligre, entró con tanta urgencia a la sala que no pudo disimular el agite y la preocupación que denotaba su rostro. Ignoró completamente mi presencia y se dirigió directamente al comandante:

—Tienes que venir rápido a la sala de control, y sí, sé que me dijiste que me encargara de la inspección, pero es muy importante —le informó con apremio. Levi reaccionó sin tardar.

—Voy de inmediato —manifestó para después volverse hacia mí—: Te

buscaré más tarde y hablaremos de lo que quieres mostrarme, ¿de acuerdo? Ahora, por favor regresa a la habitación y descansa un poco.

Los nervios se disiparon después de que lo vi salir. Al menos tendría una buena cantidad de tiempo para pensar en cómo le diría que poseía su diario; lo único que no terminaba de convencerme de decir toda la verdad, era el miedo a obtener una mala reacción de su parte.

Me acerqué al ventanal y corrí las cortinas yo misma. Observé de nuevo la gran civilización y una sensación de temor me abrumó. Las palabras de Julian habían estado cargadas de esperanza, por lo tanto, cuando toda esa gente supiera que era inmune al gas, ¿pondrían sus esperanzas en mí? Incluso pensarlo comenzaba a pesarme, y me pregunté: ¿por qué yo?, ¿por qué Dan y también Diana y todos los demás?

—A veces yo también me quedo mirándolos por un largo rato —habló alguien.

La voz me tomó por sorpresa, alarmándome. Era Julian quien había emitido las palabras.

—Sé que tienes miedo —añadió después de que mi silencio se extendió—, y debes saber que eso es completamente normal.

—Miedo y muchas dudas —confesé mientras intentaba apaciguarme un poco. Julian asintió y reajustó sus gafas.

—Cualquier cosa que necesites, coméntamela. Quizás no pueda despejar todas esas dudas, pero puedes contar con que te diré lo que sé sobre nosotros, nuestros enemigos y tu inmunidad.

Eso de la inmunidad era tan difícil de creer como la historia de que el gas estaba impregnado en el ambiente. Necesitaba digerirlo para poder entender la complejidad de la situación. Sabía que existían dos grupos proclamados

enemigos: El Imperio y LA RAI. También sabía que la superficie se hallaba completamente contaminada por un gas letal, producto del proyecto ASFIXIA. Además de eso, de diez personas, solo siete habíamos sobrevivido al segundo proyecto llamado INMUNOEFICIENCIA, aquel que nos había otorgado la capacidad para no morir al inhalar el gas. De esas siete personas solo quedaba yo, y como si no fuera poco, había sido sometida a terapia electroconvulsiva para no poder recordar la época de mi vida en la que había formado parte del proyecto.

Tenía todo eso muy claro, pero no mi decisión. ¿Quería convertirme en un conejillo de indias para LA RAI? ¿Quería entregarme como experimento para una posible solución a ASFIXIA? Además, ¿y si no encontraban en mí lo necesario para regresar a la superficie? ¿Qué harían conmigo después? La idea de que al no ser útil me entregaran a Carter, me estremeció de pavor, pero, ¿y si realmente funcionaba?, ¿y si la humanidad resurgía?

—¿Drey?

La voz me despertó de mis pensamientos. Había olvidado que Julian estaba frente a mí y que esperaba alguna palabra de mi parte.

—¿Sí? —respondí.

Él ladeó la cabeza, escrutándome. Después de un pequeño rato de silencio, alzó las comisuras de sus labios formando una gentil sonrisa.

—Debo examinarte, vamos.

Volvimos a la habitación sin pronunciar palabra alguna. El haberme dejado guiar hacia ella sin oponerme, significaba que estaba considerando quedarme, pero no quería tomar una decisión apresurada sin antes hacer más averiguaciones.

Tranquilamente, permití que el doctor Julian me examinara las heridas

mientras permanecía sentada sobre la camilla.

—Doctor —pronuncié justo cuando él se acercó con un martillo de reflejos —, creo que quiero quedarme.

—¿Lo dices en serio? Vaya, me alegra oírlo. Créeme que he estado a la expectativa de tu decisión.

—Sí, pero antes… —murmuré al mismo tiempo que sentía los pequeños golpecitos sobre mis rodillas—. ¿Podría decirme exactamente por qué El Imperio es enemigo de LA RAI?

—Son varias las razones, en realidad —comenzó a decir sin dejar de prestarle atención, esa vez, a la herida que tenía en la barbilla—. El hecho de que Levi haya recuperado esta ciudad, que tan joven se haya posicionado como comandante, que algunos militares y especialistas se hayan unido a él, pueden ser las principales causas, pero les molesta más no saber cómo destruir esto que se ha construido. Ellos tenían su camino bien planeado, y el auge de LA RAI fue como una gran piedra en medio de la carretera que les ha impedido continuar.

—Pero, ¿por qué no se unen?, ¿ambos no quieren regresar a la superficie? Es un interés en común, además, mucho más importante que destruirse —inquirí. Julian soltó una ruidosa espiración, casi de rendición.

—No hay una unión o un acuerdo porque El Imperio quiere cosas muy distintas a las que queremos nosotros. LA RAI desea regresar a la superficie para retomar la vida que perdimos. El Imperio, en cambio, quiere regresar para implantar un nuevo régimen y someternos a él —explicó con suma tranquilidad—. Aceptar las condiciones que ellos imponen sería darle paso a la tiranía. El tipo de gobierno que quieren establecer es uno sin divisiones territoriales, sin países, sin ciudades, como si el mundo de nuevo fuera una gran Pangea liderada únicamente por un hombre, Gregori Nikolayev. Sin

embargo, Drey, aunque LA RAI exista para impedir que eso suceda, El Imperio sigue siendo más fuerte, sobre todo porque ellos tienen bajo su poder y autoridad a cuatro de los seis científicos que desarrollaron el proyecto ASFIXIA.

—¿Y por qué no tienen a los otros dos científicos? —pregunté, ya después de oír eso, sintiendo un gran interés por la conversación.

—Esos dos… bueno, uno está desaparecido, probablemente muerto, y el otro... —Julian desvió la mirada y se dio vuelta para devolver los implementos a un estante cercano—. El otro soy yo. Yo participé en el proyecto, sí, pero porque inicialmente el objetivo era plantar las flores en los campos enemigos para la guerra civil de Siria. A los seis nos reclutaron a base de engaños, y después, cuando supimos la profundidad del proyecto junto a su verdadera finalidad, nos retuvieron con amenazas, obligándonos a terminarlo a toda costa.

Lo observé, atónita. Ante mí estaba uno de los creadores del proyecto, cabizbajo, pronunciando cada palabra con remordimiento y pesadumbre.

—Julian —susurré, abrumada—. ¿Cómo escapó?

—Ligre y Butterfly me rescataron una semana antes del incidente —confesó después de girarse hacia mí. Un brillo de decepción destelló en sus ojos, una decepción que solo podía ser propia de la culpa.

—Si se supone que El Imperio es tan poderoso como dicen, ¿por qué no han salido ya a la superficie?, ¿están estancados solo por LA RAI? —indagué.

—Ya lo intentaron o al menos así tengo entendido, pero en ese caso están igual que nosotros —respondió para comenzar a caminar por toda la habitación—. El proyecto se les salió de las manos después de ejecutarlo. ASFIXIA comenzó a expulsar gas sin medida, llevándose consigo todo lo que

respirara. Ellos piensan que no tienen poder sobre el proyecto al no tener a dos de los seis científicos, pero yo pienso que, aunque estuviéramos juntos, no podríamos hallar una solución. ASFIXIA no fue creada para eliminarse, Drey, y eso es lo que El Imperio no termina de entender.

—¿Por qué hicieron algo sin una solución o una cura?

—No se trata de una cura porque ASFIXIA no es una enfermedad, y no tiene tampoco una solución porque… bueno, no fuimos nosotros… Bien, eso te lo explicaré después, es demasiada información como para poderse asimilar tan rápido y no quiero que te agotes ni física, ni mentalmente —dijo entre el esbozo de una amplia sonrisa—. Tu hombro se recuperará muy rápido si no lo mueves. Por la caída habías perdido un diente, te colocamos otro, pero, ¿te importa que haya sido de un soldado que murió? —Negué con la cabeza—. Perfecto. También tienes una herida en la barbilla, nada grave, así que mejorará sin inconvenientes y en unos días podré quitar la sutura, solo te quedará una cicatriz. ¿No hay problema?

—Doctor, tengo cicatrices peores y mucho más profundas que esa, no me importará tener una marca en el rostro.

Por primera vez, quise sonreírle con amabilidad, así como él lo había hecho para mí.

Ansiaba seguir escuchando sobre El Imperio y el proyecto, pero estaba claro que Julian no tenía muchas ganas de hacerlo, incluso cuando había prometido contarme todo lo que sabía.

Lo poco que había dicho bastó para sacar algunas conclusiones que me servirían al momento de tomar una decisión. Si me iba y regresaba a la superficie, era posible que El Imperio superara a LA RAI, entonces, cuando los humanos volvieran a ver la luz del sol sería para vivir bajo la autoridad del hombre que Julian había mencionado. Lo que Levi me había dicho también

influía. Tenían a las personas viviendo días terribles, en malas condiciones, obligándolos a tomar rumbos que no deseaban.

Quizás debía permanecer.

Antes de poder agregar algo, nuestra conversación se vio interrumpida por el sonido que produjo la puerta al abrirse.

—Oye, papá, me dijeron que estabas aquí.

Un muchacho de aspecto curioso se introdujo en la habitación. Con un atisbo de indolencia y un aire despreocupado, poseía rasgos faciales finos y ojos oscuros. A pesar de que se había referido a Julian como papá, las diferencias entre ellos eran grandes, y solo un exiguo parecido los delataba como familiares, ya que el doctor tenía hebras puramente rubias, y su hijo un cabello castaño más oscuro y sumamente despeinado. Lo que me llamó la atención de él, fue la mochila que sostenía con la mano derecha. Mi mochila.

—Te he dicho que no puedes entrar a los laboratorios cuando se te dé la gana, Exen —le reprochó Julian. El muchacho se adentró más en la habitación y sonrió como si acabara de cometer una travesura.

—Calma. Vine porque necesito que convenzas a Levi de que le diga a Ligre que no soy una máquina de trote, ¿qué le pasa a ese sujeto? No sé qué tiene contra mí, ¿yo que le he hecho? También estoy aquí porque lo vi hace un rato, pero no me dejó hablar y me ordenó que viniera a traer esto —soltó y alzó la mano dejando ver la mochila.

Él aún no se molestaba en observarme, así que no pudo notar la vergüenza que expuso mi rostro por pensar en la posibilidad de que hubiera hurgado entre mis cosas.

—No me meto en esos asuntos —bufó Julian cruzándose de brazos—. Si te uniste al equipo de combate, entonces acepta tus responsabilidades —le

reprendió—. ¿De quién es eso? —añadió mientras que, con el ceño fruncido, miraba la mochila colgando de la mano de su hijo.

—Es mía —intervine rápidamente.

El muchacho, todavía sin reparar en mí, dio un paso hacia adelante y levantó la otra mano para negar con su dedo índice.

—No me sermonees, me uní al equipo de combate porque quería pelear, usar las armas, hacer algo útil, no para que me destrozaran las piernas trotando innecesariamente —alegó sin que el tono vivaracho desapareciera de su voz.

Julian negó con la cabeza, como si no supiera qué hacer con la persona que tenía en frente. El chico entonces dejó de ignorarme y se acercó a la camilla para depositar la mochila sobre mis piernas.

—Te juro que no la revisé —murmuró. Me guiñó el ojo con complicidad y prosiguió a encarar a su padre—. Creo que tenía que decirte algo más, algo importante, no lo sé, ni siquiera lo recuerdo, de seguro ni era tan importante como creo. En fin, ¿hablarás con Levi?

—No lo haré, asume las consecuencias. No puedes ir por la vida con esa actitud tan desganada —amonestó Julian a su hijo. El muchacho inmediatamente giró los ojos con tedio.

El doctor se dirigió al estante y comenzó a coger algunas cosas.

—¡Ah, pero mira! Ya lo recordé —soltó el hijo con una torpeza fingida—. Te necesitan en cirugía, un tonto le disparó a otro más tonto por error y creo que era una emergencia.

Julian se exaltó y cuando se volvió hacia nosotros pude ver el enojo en su mirada. Ni siquiera se detuvo a regañar a su hijo, por lo que, murmurando algo que nadie pudo escuchar, salió de la habitación con rapidez para acudir a la emergencia.

Una vez solos en el recinto, el muchacho se dirigió a mí:

—¿Y a ti que te pasó? —inquirió. Reparé en que su uniforme era igual al que portaba Ligre—. ¿Quién te golpeó así?

Recordé que nadie podía saber sobre mi inmunidad. Me cohibí al intentar emitir las palabras. Después de un año me parecía un acto desconocido hablar con alguien que podía tener mi misma edad, como cuando un infante intentaba dar sus primeros pasos pero no sabía cómo mantener el equilibrio al levantarse. ¿Podía uno perder la habilidad para socializar? Cruzar palabra con Julian había sido fácil, escuchar a Levi y decirle unas cuantas cosas no había sido problema, pero, ¿cómo le respondía a aquel muchacho?, ¿cómo mentir si ni siquiera podía comunicarme con facilidad?

—Mira, no eres la única que escucha tras las puertas, Drey —me susurró al no obtener respuesta—. Carter es un maldito, ¿sabes? Lo es con todo el mundo.

—No sé de qué hablas —solté. Él arrugó la nariz e hizo un falso mohín de dolor.

—Yo creo que sí, pero puedes negarlo si quieres, aunque ya sé quién eres y también de dónde vienes —objetó, encogiéndose de hombros—. Pero espera, que descortés soy, déjame presentarme. Me llamo Exen, y sí, Julian es mi padre.

—Casi no se parecen —me atreví a decir. Exen curvó la boca hacia abajo.

—Eso dicen —dijo, pero rápidamente cambió el tema—. Lo escuché todo. Si uno no pone interés en averiguar las cosas, nunca se entera de lo mejor. Así que... inmune al gas, eh.

Me bajé con cuidado de la camilla y esquivé su mirada. No supe cómo responder, aunque si Levi se enteraba de que aquel muchacho sabía todo, no

podía culparme. Él lo había escuchado por sus propios medios.

—Lo tienen que estudiar, no es seguro —comenté, tratando de restarle importancia.

—Pero si estuviste allá arriba, está más que confirmado, ¿no crees?

Dejé la mochila sobre un pequeño sofá que se hallaba en una esquina de la habitación. Lo cierto era que no deseaba hablar con nadie, pero me sentí incapaz de ser descortés con él. Irónicamente, necesitaba un rato a solas para reflexionar y decidir si quedarme o no, aunque también requería de más respuestas para complementar el debate mental que se llevaba a cabo dentro de mí.

—Nunca me habían dejado como farol en una habitación —le escuché decir de repente. Noté que había estado aguardando por mis palabras.

—Lo lamento, no tengo muchas ganas de charlar —confesé haciéndole frente, sin ánimos de alargar la conversación.

—¿Y qué tal si te muestro el lugar? No tendrás que hablar, solo escuchar —propuso—, al menos déjame darte un recorrido, porque si no sabes ni en donde estás, no podrás mantener la mentira de que has vivido aquí desde la catástrofe. ¿Qué dices?

Lo consideré porque sonaba sensato. ¿Cómo mantener la mentira si no conocía a LA RAI? Además, distraerme funcionaría para comenzar a salir de mi estado de confusión. Mantenerme encerrada era absurdo, necesitaba sanarme a mí misma y volver a adquirir la habilidad social que había perdido.

Escudriñé con la mirada a Exen, si era el hijo de Julian, nada malo podía pasarme estando con él. Dudé y mi rostro lo demostró.

—Si no te atreves, aunque te quedes aquí, te sentirás igual que estando allá arriba. Afuera hay muchas personas, ¿no quisieras verlas? —añadió con

detenimiento.

—De acuerdo.

Exen sonrió ampliamente.

—Bien, espera —soltó, encaminándose hacia la puerta. Vi cómo se inclinó hacia afuera y como se enderezó sosteniendo una pequeña pila de ropa perfectamente doblada—. Vístete con esto, yo espero en el pasillo.

Tomé la vestimenta y la extendí sobre la camilla. Era un uniforme y parecía ser el doble de mi talla.

• • •

Con esfuerzo logré vestirme. El uniforme me quedaba holgado, pero no era un inconveniente para mí, así que me calcé los zapatos y antes de salir dejé la mochila con el diario debajo de la almohada para que nadie pudiera verla o sentir ganas de hurgarla.

Exen aguardaba en el pasillo, estaba recargado en la pared con la mirada perdida en el vacío, pensativo. Hasta ese momento me parecía un muchacho intrigante, pero también algo entrometido.

—Realmente estás muy delgada —dijo cuando observó lo grande que me quedaba la ropa. No contesté su comentario, así que luego añadió—: bien, andando.

Inició la caminata sin prisa, conduciéndome a través de los mismos pasillos blancos que había visto al salir de la habitación médica con intenciones de huir. Aquel lugar era inmenso y no solo eso, contaba incluso con un ascensor frente al que nos detuvimos a esperar. El hecho de que hubiera un elevador hizo que me preguntara cómo proporcionaban electricidad a la ciudad subterránea.

—¿Cómo tienen...? —intenté inquirir, pero Exen fue más rápido.

—Hay un par de centrales eléctricas y eólicas por aquí cerca. Está todo conectado a ellas. Mandan trabajadores para allá todo el tiempo, con trajes protectores, claro.

El ascensor se abrió frente a nosotros y nos introdujimos en él. Al salir, sin haber entablado otra conversación, seguimos esa vez por un pasillo más largo. Pude imaginarme perdida entre pasajes y puertas semejantes y supe que hallar la salida por mi propia cuenta habría sido toda una odisea.

Cruzamos una puerta doble y salimos del edificio. La intensidad de la luz me cegó por unos segundos, pero cuando todo se dilucidó, experimenté una oleada de impresión y emoción. Las personas iban y venían frente a mí, caminando alrededor de cabañas y siguiendo por calles de tierra que conducían a lugares que no alcancé a ver.

Elevé la mirada y observé un majestuoso cielo de piedra semejante a una bóveda. Desde él colgaban inmensas lámparas que proporcionaban toda la luz al lugar. Al fondo, a donde todas las miradas podían llegar, reposaba un gran reloj digital que marcaba la hora, y según él eran apenas las dos de la tarde. Debajo de la estructura, cayendo con fluidez y agresividad, el agua en forma de cascada le robaba todo el protagonismo al entorno.

Me sumí en la enormidad de LA RAI y en la grandeza de los muros que se alzaban en las esquinas.

—Puedes disimular un poco, ya sabes, haz como si lo conocieras todo —me susurró Exen. Salí de mi embelesamiento, suspiré fatigosamente y asentí porque tenía razón.

—¿El agua de esa cascada está limpia? —indagué.

—No del todo. La purifican para que se pueda ingerir, pero creo que no te lo

han dicho, ¿cierto? —contestó él, casi divertido—. ASFIXIA tiene una peculiaridad, no puede contaminar completamente el agua. Mi papá lo explica mejor, pero te lo diré como me lo dijeron a mí, es una cuestión de química. En el agua no hay tanto oxigeno de la superficie como se suele pensar, está disuelto en pequeñas cantidades, así que la contaminación no es tan alta porque el oxígeno de los mares y océanos se produce por otros medios que están a salvo de ASFIXIA. En conclusión, el agua de esa cascada está contaminada en un treinta por ciento y puede limpiarse exitosamente. Lo importante no es cuánto oxígeno pueda producirse, porque en los mares se genera oxígeno limpio todo el tiempo, el problema está en que se contamina cuando sale a la superficie.

—Entonces, ¿los peces pueden estar vivos?

—Me temo que no porque ellos consumen el oxígeno que proviene de la superficie, aunque, han hecho algunas investigaciones y se han encontrado pequeños grupos de peces vivos que al poco tiempo mueren —respondió con cierta pesadumbre—, pero eso es un caso muy extraño y cuando se puede envían a algunas personas a estudiarlo. Aunque, la realidad es que sí hay muchos animales vivos, solo que los tiene El Imperio y eso es un gran problema. El otro problema aquí es que no somos expertos, los profesionales son pocos y la mayoría resultamos siendo aprendices. Las personas que ves se salvaron porque pertenecían a familias importantes y recibieron la alerta, otros pocos eran familiares de miembros de la milicia. No hay casi nadie que no esté relacionado al área política o militar. Levi logró reclutar a muy pocos especialistas y esos son los que hoy en día nos enseñan a hacer lo que nunca imaginamos que haríamos. Un soldado decidió ser soldado antes, pero ahora ese soldado deberá ser un analista o un ingeniero mecánico, o algo más, todo dependiendo de lo que necesitemos —explicó e hizo un movimiento con la mano, indicándome que le siguiera.

Avanzamos por la primera calle central. Alrededor de ella se levantaban cabañas con pequeños grupos de niños saltando por doquier, vistiendo los mismos ropajes verdes y blancos y riendo a estrepitosas carcajadas. Lucían felices, como si el saber que estaban atrapados bajo tierra, no les afectara en lo absoluto.

—Levi piensa que, si se les enseña desde pequeños que hombres y mujeres no deben diferenciarse con colores, temas o juguetes, al crecer creerán fielmente en la igualdad —comentó Exen mientras observábamos a los infantes jugar—, por esa razón los visten con las mismas ropas.

Me pareció magnífico que intentaran cultivar en los niños la creencia de la equivalencia de géneros, pues eso solo demostraba que Levi comandaba el grupo con total equidad.

Volví a fijarme en las personas entonces. Las mujeres sostenían y trasladaban cestas repletas de delgadas y extrañas bolsas, y los hombres, en su mayoría, iban corriendo o transportando cajas, todos colaborando de algún modo.

—Las cabañas están divididas —comenzó a decir Exen, señalando una de ellas—. Las familias de cuatro, o sea mamá, papá e hijos pequeños, ocupan una entera; los más jóvenes, o aquellos que están solos, comparten la cabaña con alguien de su mismo sexo. La mía la comparto con dos compañeros del equipo de combate. Caben hasta cuatro personas en cada una. Cuando te den la tuya, seguramente estarás con otras chicas, pero no te preocupes, aquí nadie es tan cruel como Carter —agregó sonriendo.

Comprobé que se me helaban las manos con tan solo escuchar el nombre, y también cómo en pocos segundos podía pasar de la tranquilidad al pasmo. Mis pies se detuvieron en medio del camino y por un instante todas las voces mezcladas parecieron hacerse demasiado fuertes.

Cerré los ojos e inspiré hondo mientras mi mente evocaba, de forma

deliberada, cada golpe que había sentido sobre mi rostro. Aunque tratara de alejar los recuerdos, los mismos se empeñaban en regresar tan vívidamente que me lastimaban.

Di un pequeño brinco cuando sentí el peso de una mano sobre mi hombro. Abrí los ojos y descubrí a Exen observándome con inquietud.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—No es nada… ¿Seguimos?

Asintió y juntos retomamos la caminata. Me concentré enteramente en mirar la vía por la que transitábamos, sin pensar en algo más que no fuese el escueto diseño de las cabañas o la interesante facilidad con la que circulaban los camiones blindados. Negarlo era absurdo, estaba impresionada y lo estuve aún más cuando visualizamos una anchurosa estructura con regios ventanales que despertó mi curiosidad.

—Ese es el comedor —aclaró Exen—. Si estarás aquí debes aprenderte los horarios. Las comidas son cuatro. A las siete de la mañana el desayuno, a las doce y treinta del mediodía el almuerzo, a las cuatro de la tarde es la merienda y a las siete de la noche es la cena. Comemos bastante porque ya no podemos darle a nuestro cuerpo los mismos nutrientes que antes, esos que estaban en las carnes y otros alimentos, así que con cuatro comidas intentan equilibrarlo.

—¿Todos comen ahí?

—Absolutamente todos —respondió—. Trata de no llegar tarde o te quedas sin alimento. Son muy estrictos con las horas. —se mantuvo en silencio por menos de un minuto, casi pensativo—. Bueno, en realidad no es que te quedas sin comer, pero debes reportarlo para que te den doble ración a la hora siguiente, así que de igual modo tienes que esperar unas cuantas horas.

—Entendido.

Dejamos atrás el comedor y continuamos por el camino ya sin ver el conjunto de cabañas. Pasamos a otra área con una fila de grandes contenedores situados alrededor de la vía. Exen extendió su brazo y señaló un pequeño edificio de un piso con dos puertas en cada esquina.

—Esos son los baños —me informó—, para hombres y para mujeres por separado, claro. Siempre están manteniéndolos muy limpios, y si quieres ducharte sin tanto revuelo, como a las seis de la tarde ya no hay casi nadie en ellos.

Después de pasar los baños y los contenedores, avanzamos por una pendiente con dos caminos a la izquierda y a la derecha. El de la derecha conducía a una entrada con una puerta doble de metal —semejante a la que había visto en el fondo de la grieta— rodeada de paredes de piedra.

—¿Qué hay ahí? —inquirí señalando la puerta para que Exen supiera a lo que me refería.

—Esa es una fosa. Adentro se manipulan las maquinarias y los conductos de ventilación. Nadie puede entrar a menos que esté autorizado, porque se necesitan trajes especiales para trabajar en ella —expuso con simpleza—. Es una labor muy difícil, ¿sabes? Muy riesgosa.

—¿Cómo funciona eso de la ventilación? —pregunté.

—Hay cuatro fosas desde las que se puede obtener el oxígeno contaminado de la superficie. Esa que ves es la fosa del norte y es la principal. En ella hay máquinas especiales que purifican el aire para liberarlo del gas y esparcirlo por toda LA RAI. Eso fue idea de Levi y funcionó bien, pero, solo pueden limpiar cierta cantidad de oxígeno en un largo periodo de tiempo, así que, otra idea que tuvo papá fue crear un jardín con plantas que produjeran oxígeno limpio, por lo tanto, en otro edificio hay una cámara especial, que en lo que a mí respecta ya casi parece un bosque, protegido por una cúpula transparente

en donde se produce también el oxígeno que necesitamos —explicó con esmero para que pudiese entenderle a la perfección.

—Han tenido ideas maravillosas —comenté con cierto asombro.

—Las suficientes para mantenernos con vida, pero lo de las máquinas aún está en desarrollo ya que es muy peligroso —contestó, circunspecto—. El año pasado ocurrió algo desastroso. Se fugó un poco del aire contaminado y murieron cinco trabajadores. Fue en la fosa del este, así que la sellaron porque no pudieron repararla, creo que había una grieta o algo así. Bueno, ahora solo funcionan tres fosas nada más, pero lo hacen a la perfección y con el jardín tenemos oxígeno suficiente —añadió haciendo algunos movimientos con la mano. Recordé haber escuchado que me habían encontrado en esa fosa, así que el motivo de su deterioro estaba claro ya.

Recorrimos un poco más LA RAI hasta que visualizamos un gran terreno vacío en el que más de dos docenas de hombres, con uniformes de camisas verdes, se hallaban alineados en fila. Frente a ellos, andando de un lado a otro con las manos unidas tras la espalda estaba Ligre, aquel al que Levi había encargado de una inspección, el mismo que había entrado muy agitado a la sala para decirle que debía ver algo importante. No muy lejos de él, con los brazos cruzados y la barbilla en alto, también estaba Butterfly.

—Yo debería estar ahí —resopló Exen con diversión.

—¿Y por qué estás aquí, entonces?

—Se supone que somos el equipo de combate y Ligre es quien nos entrena, pero lo único que hace es ponernos a trotar por casi dos horas, gritar y soltar insultos supuestamente para motivarnos —confesó con un atisbo de molestia.

—Ligre… ¿Es su verdadero nombre? —inquirí. Exen se cruzó de brazos, separó las piernas y por un minuto entero lo observó gritar.

—No —dijo finalmente—. Se llama Adán, pero su nombre código es Ligre. Butterfly, Carter, Levi y él tienen códigos —contestó mirando a las tropas con un dejo de disgusto.

—¿Por qué?

—Porque son una unidad especial. Levi es el comandante, Ligre es el subcomandante, Butterfly es la jefa de inteligencia y tecnología, y Carter es el especialista en interrogación —explicó. Pude ver un ligero brillo de fascinación en sus ojos—. Representan la unidad principal y la más fuerte. Butterfly —dijo señalándola—, es una analista militar experta en el uso y estudio de armas tanto convencionales como nucleares. Ligre —continuó y movió su dedo para señalarlo—, es profesional en el área de entrenamiento de supervivencia y preparación de fuerzas terrestres y aéreas. Carter o Cobra, como ya sabes, es un especialista en interrogación, diestro en técnicas de tortura. Y Levi o Jaguar, es el primero al mando en organización estratégica militar y métodos de infiltración. Es muy habilidoso y dicen que también un excelente francotirador, sin olvidar que era un simple soldado.

Hasta ese momento entendí que todo lo que había creído conocer de Levi, no representaba ni la mitad de lo que realmente era. ¿Cuándo se había convertido en un soldado completo y en un comandante respetado? ¿A qué edad había escrito el diario?

—Suena impresionante —admití.

—Lo es, bueno, ¡ah, claro! Hay un miembro más... —intentó decir hasta que se vio interrumpido.

—¡Exen!

Nos dimos vuelta apenas escuchamos el llamado. Exen arrugó la nariz en un gesto de desagrado y sin miedo a que alguien le escuchara, dijo:

—Ah, qué fastidio.

La persona que había hablado poseía el característico tono agudo de una mujer ansiosa. Al verla supe que era tan joven como nosotros y que, a pesar de la palidez de su piel, que no podía deberse más que a la carencia de sol, había sido dotada de belleza. Con una cabellera rubia, intensos ojos azules y nariz respingada, se acercó furiosa hacia nuestra posición. Entre todas las personas que había visto durante el recorrido, no había ninguna que resaltara tanto como lo hacía ella con su expresión de disgusto y su caminar frenético.

—Me dejaste esperando toda la noche —bufó la desconocida, cruzándose de brazos, fulminando a Exen con la mirada.

—¿Debíamos vernos anoche? —soltó él con ingenuidad. Ella se ofendió, demostrándolo con exageración.

—¡Claro que sí! Tú mismo me lo pediste —soltó con reproche. Exen elevó las cejas, asombrado, y luego hizo un falso gesto de dolor.

—Ah, ya. Bueno, es que estaba ocupado —se excusó lentamente. La chica resopló con una diversión fingida y pasó a verme, apenas notando mi presencia.

—¿En serio? Ya veo con qué «cosas» te ocupas —expresó.

—¿Me dijo «cosa»? —pregunté, para mi entera sorpresa, con brusquedad. Exen me colocó una mano en el hombro.

—No, no —negó para luego poder encarar a la chica—. Didi, hablaremos luego, ¿sí?

—¡No! ¡Quiero hablar ahora! —exclamó con furia, dejando caer sus brazos—. ¡Sabes que no voy a soportar que me engañes de nuevo!

—No te estoy engañando —soltó él poniendo los ojos en blanco.

—Puedo seguir por mi propia cuenta —intervine hacia Exen, sabiendo que el problema era entre ellos y que lo mejor era dejarlos a solas.

—No. —Me detuvo rápidamente, entonces, miró a la chica con cierto hastío —. ¿Quieres dejar tus estúpidas escenas de celos? Estoy encargado de darle un recorrido a ella porque sufrió un fuerte golpe en la cabeza y tiene dificultades para recordar las cosas. ¿Entiendes ahora, hija del diablo... digo, cariño?

—¡No te creo! —repuso con ira.

—Puedes preguntarle a mi papá si tanto desconfías de mí —propuso él, encogiéndose de hombros, desafiándola con sus ojos negros.

Didi dudó un momento y alternó la mirada entre ambos, como si estuviera estudiándonos minuciosamente. Después de unos segundos, todo su rostro se suavizó.

—Lo lamento, es que no quiero que suceda de nuevo —confesó con pesadumbre. Su expresión facial de repente pareció indefensa, casi inocente.

—Te dije que eso ya no va a volverá a pasar, ¿no es así? Entonces créelo — le dijo él con un tono dócil y, por último, le dedicó una sonrisa casi encantadora. Ella fluctuó un instante, pero después exhaló.

—De acuerdo, te creo —aceptó y se volvió hacia mí—. Discúlpame, espero que recuperes tu memoria.

—Vale, yo también lo espero —respondí. Didi asintió con la cabeza, apenada.

—¿Te veo en la cena? —le preguntó a Exen con una emoción repentina.

—Claro que sí, preciosa.

Didi se fue esa vez más contenta. Cuando se alejó lo suficiente de nosotros,

reemprendimos el recorrido. Me quedé con la confusión de lo sucedido. Había presenciado una escena de celos y Exen no se mostraba alterado con respecto a eso, todo lo contrario, su andar era relajado al igual que sus facciones.

—Definitivamente cenaré a escondidas —confesó con diversión—. Ni te imaginas lo intolerable que es.

—¿Y cómo es que son novios si no la soportas? —inquirí. Exen me observó como si estuviese demasiado loca.

—Pues, considerando que la población es limitada, ¿cómo podría terminar con alguien a quien veré todos los días por el resto de mi vida? Prefiero mentirle porque luego puedo hacer que me crea. Si acabo la relación, me hará la vida imposible y no quiero eso para mi eternidad en esta tumba —explicó y negó lentamente con la cabeza.

La población era limitada, en eso tenía razón. ¿Cuántas personas podía haber en LA RAI? ¿Cuántas en El Imperio? En total, ¿cuántas en el mundo? Un sinfín de cantidades aparecieron en mi mente, pero lo único que podía hacer eran aproximaciones.

—Entonces, ¿la engañas? —pregunté. Exen esbozó una sonrisa, gesto que le otorgó a su rostro un aire de malicia.

—¿Me guardas el secreto?

—Pues, perdí la memoria, ¿no? Ni siquiera lo recuerdo —dije.

Exen asintió y me palmeó con suavidad la espalda.

—Me parece que nos llevaremos muy bien, Drey.

Posterior a eso, la conversación fue más amena. Me atreví a ampliar la comunicación, a hacerle más preguntas, a responder con más confianza, y entonces descubrí que Exen tenía comentarios entretenidos para casi todo y

que su definición de diversión no era común. Hacía chistes un tanto crueles, se apegaba al humor negro como característica y, aun así, me agradaba escucharle.

En lo que quedaba de camino me mostró la escuela para los niños, una cancha improvisada de futbolito, la tienda de uniformes —donde cualquiera podía pedir uno si el suyo estaba en mal estado— y los almacenes, en donde, según Exen, permanecían los tanques, los camiones y vehículos blindados.

Cuando pasamos frente a un gran edificio que era la base de control, vimos a Levi salir de él acompañado de alguien. Nos observó y no tardó en acercarse después de separarse del hombre que había estado a su lado.

—¿Qué haces fuera de la habitación? —me preguntó para luego pasar a mirar a Exen—. ¿Y tú no tienes que estar en entrenamiento ahora? Te dije que solo debías entregar la mochila y que no podías volver a saltarte las prácticas o te expulsaría del equipo de combate —le reprochó.

—Comandante, yo... —empezó a decir, pero rápidamente me le adelanté.

—Está conmigo porque le pedí que me diera un recorrido, quería conocer LA RAI para poder tomar una decisión —mentí, pero Levi nos miró con cierta suspicacia—. Si lo que le preocupa es que sepan quién soy, puede estar tranquilo, ya he pensado en algo. Diré que me golpeé la cabeza en un entrenamiento y ahora se me dificulta recordar las cosas. ¿Sabe? Eso realmente sucede.

—Bien —dijo el comandante después de un corto silencio—, te lo dejaré pasar, Exen. Gracias por mostrarle el lugar a Drey, ahora vuelve al entrenamiento como es debido.

—De acuerdo —aceptó sin muchas ganas.

Exen se despidió con el saludo de visera y después se alejó en dirección

contraria. Sabía que no quería volver al entrenamiento, así que supuse que desecharía la orden de Levi y se iría hacia algún otro lugar.

—¿Se portó bien contigo? —me preguntó.

Bajo el brillo de las enormes lámparas, reconocí la intensidad de los ojos verdes que había visto en el niño del relicario.

—Sí, fue muy agradable —respondí, asintiendo.

—Bueno, iba justo para tu habitación. Tenemos una conversación pendiente, ¿no?

Mientras regresábamos, muchas personas se detuvieron a saludar al comandante. Le desearon buenas tardes y él les devolvió las palabras con la misma amabilidad. Estaba claro que le tenían aprecio y, más que eso, se sentían cómodos con él al mando.

LA RAI podía ser mucho más que un grupo —o así lo veía yo— era un refugio y una recompensa por haber sobrevivido a la catástrofe. Si todas esas personas se habían mantenido allí y habían puesto su confianza en Levi, ¿por qué no podía hacerlo yo? En la superficie no tenía absolutamente nada, pero en la ciudad subterránea existían personas a las que aún les quedaba demasiado por lo que vivir. Entendí rápidamente que la oportunidad que el comandante quería darles, podía mejorarse gracias a mí. Si yo había respirado el gas y si lograban hacer que todos lo inhalaran también, la soledad que tanto me había abrumado podía verse pisoteada por el resurgimiento de la humanidad.

No podía apostar por mí, pero podía apostar por ellos.

—Levi —pronuncié cuando faltaba poco para llegar.

—¿Sí? —contestó sin apartar su vista del camino, restándole importancia al hecho de que lo había tuteado.

—Me gustaría vivir aquí —confesé.

—¿Esa es tu decisión?

—Sí, pero no quiero dormir hoy en esa habitación —aclaré.

—¿Tan pronto quieres integrarte?

—Sí, quiero una cabaña y no me importa compartirla.

—¿Estás completamente segura? Si es así, supongo que puedo ponerte en una cabaña con chicas de tu misma edad, pero tienes que recordar mantener el secreto de la inmunidad —aceptó con tranquilidad.

Llegamos más rápido de lo que esperé. Una vez en la habitación, él cerró la puerta tras de sí y el corazón comenzó a palpitarme con tanta fuerza que lo sentí incluso en la garganta.

Tomé la mochila que había dejado bajo la almohada y antes de extraer el diario, dudé. Temí por su reacción y también que le pareciera inapropiado el hecho de haber leído algo tan personal, porque, vamos, leer el diario de alguien más era como meter las narices en su alma; pero lo que más me hacía fluctuar era saber que, al confesarle todo, debía devolverle lo que le pertenecía, y muy en el fondo no deseaba desprenderme de lo único que me había restituido las ganas de vivir; pero si el hombre que tenía tras de mí era el mismo de la torpe caligrafía, el mismo Levi H, su reacción no podía ser negativa.

Apelando a eso, abrí con cuidado la mochila y vi todo lo que había dentro de ella: las llaves del auto que había dejado en la carretera, unos cuantos caramelos caducados, una toalla sanitaria para mis peores días, el libro de Levi y el relicario de su madre. Me di vuelta aún sosteniéndolo, y ante un comandante expectante, hablé:

—Fue casualidad. Iba camino a casa y me encontré con tu antiguo hogar.

Entré en él por curiosidad, porque algo me impulsó a explorarlo y entonces, encontré esto.

Saqué el libro de la mochila y se lo extendí. Se quedó paralizado, con los párpados desplegados al límite, mirando el diario, casi anonadado.

Y me tembló cada centímetro del cuerpo.

8

—Pero… —murmuró, acercándose.

Las manos me temblaron, aun así, intenté sostener el libro con firmeza. Mi mente comenzó a imaginar lo peor. Esperé gritos de reprimenda por haber violado la privacidad, esperé su completa indiferencia e incluso el destierro a la superficie, pero lo único que recibí fue la mirada de un Levi asombrado y estupefacto.

—Lo conseguí por casualidad —dije. Él lo tomó de entre mis manos y con cuidado extendió la tapa.

Miró la primera hoja, ahí en donde decía «Este libro pertenece a Levi H» y estudió cada letra como si no pudiera creer que el trazo fuera real.

—Estuviste en mi casa —comentó. Su voz sonó más dócil.

—Estuve en muchos lugares —respondí con cierto nerviosismo, alternando mi mirada entre el diario y su rostro.

—Lo leíste todo —añadió aún sin verme.

—Sí. Antes de llegar aquí, yo ya te conocía.

Levi se mantuvo en silencio. Pasó una hoja y sus ojos se movieron en dirección a las líneas escritas. Casi inconscientemente, caminó hacia la camilla y se sentó en ella, inmerso en el texto. Por mi parte estaba atenta a cada una de sus expresiones y reacciones, aguardando por escuchar sus palabras.

—Escribí esto hace diez años, cuando tenía apenas dieciséis —declaró después de unos minutos de silencio—. Estaba muy confundido.

Pasó otra hoja, casi boquiabierto, haciéndome pensar que posiblemente las emociones estarían mezclándose en su interior al reencontrarse consigo mismo. Habría dado cualquier cosa por saber qué pasaba por su cabeza en ese instante, o aún mejor, para que él mismo las dijera, pero al no obtener explicaciones solo podía intentar adivinar.

—Levi —susurré con impaciencia. Él ni siquiera me observó.

—Gracias por dármelo —dijo de repente, y entonces se colocó de pie dando por finalizado el momento—. Entonces, ¿querrás una cabaña?

Al oír su respuesta sentí como todo el nerviosismo se disipó dando paso a la confusión.

—¿Qué? —solté, ceñuda.

—Una cabaña, me la pediste —aclaró con naturalidad.

—No, no, ¿qué pasa con el diario?

—¿Qué puedo decir? —inquirió como respuesta con un ligero encogimiento de hombros. Resoplé sin poder entender lo que escuchaba.

—Pues, no lo sé, ¿qué te parece si comienzas por aclarar lo que escribiste? —refuté, señalando el diario.

—¿Por qué debería hacerlo, Drey?

Lo miré como si fuera un desconocido. Ciertamente, no había considerado ese punto, ¿por qué debía explicarme lo que había escrito de forma tan personal a sus dieciséis años?, ¿por qué debía rendirle cuentas a una completa extraña?

—Que lo hayas encontrado no significa que te debo una explicación, porque

como has dicho, lo hallaste por casualidad, ¿no es así? Me lo entregaste y ahora solo me queda agradecerte por ello.

—Pero eso…

—Son solo pensamientos —expuso, despedazando cualquier otra idea—. Mira, sé que lo que hay escrito aquí puede resultar confuso, pero es parte del pasado y no significa nada. Era un adolescente con todas las rarezas de la pubertad y eso es todo. Debes olvidarlo, ¿de acuerdo?

Colocó una mano sobre mi hombro derecho en un intento de consuelo que falló, porque de inmediato me alejé repeliendo su tacto como cualquiera podía hacerlo ante un extraño. Sus labios formaron una fina línea y sus ojos demostraron pesar, quizás porque mi rostro manifestó toda la decepción que sentí.

—Drey, debes olvidarlo porque esto no forma parte de tu vida, sino de la mía —añadió, negando con la cabeza.

—Pero, quiero saber qué fue lo que pasó contigo —confesé con apenas un hilo de voz—. ¿Qué era lo que te causaba esas lagunas mentales? Quiero saber de ti, Levi.

—Este no es tu asunto, ¿de acuerdo? —bramó con una notable incomodidad —. Este libro no tiene un significado, no es relevante y creo que ya no debo repetirlo. Son solo escritos sin sentido —agregó haciendo énfasis en esa última frase.

Alcancé a entender que lo que había deseado escuchar de él no saldría de su boca, y que el Levi que había conocido mediante los escritos, no existía. Estaba ante una persona distinta. Tenía en frente al comandante Levi Homs, un hombre, no al muchacho del diario, por lo tanto, mi búsqueda había sido en vano. Había dejado mi hogar y la seguridad de la soledad por perseguir una

absurda ilusión, y entonces había terminado en aquel abismo llamado La Resistencia Antiimperialista con muchas más dudas que antes y pocas respuestas.

—No entiendes lo que eso llegó a significar para mí —declaré, tensando la mandíbula, tratando de no gritar por la rabia—. Creí que lo entenderías y que me darías al menos una explicación, pero no será así, veo que pensé de modo absurdo, ni siquiera sé por qué lo hice. Supongo que mi desestabilidad emocional me llevó a esto.

—Drey… —pronunció.

—No —le interrumpí con prisa, alzando la barbilla, intentando no parecer débil—, este no es mi asunto y debo olvidarlo. Entonces, así será.

—No quiero que pienses que este libro es importante, porque la verdad es que yo solo era un crío raro, nada más —discrepó de un modo más informal.

—Entiendo, no es importante.

Un silencio incómodo se extendió por toda la habitación. No quise que nuestras miradas se encontraran por mucho tiempo para que no pudiera percatarse de cuán mal me encontraba, así que posé mi vista sobre algún punto y contemplé el vacío. Tenía una única explicación para todo: había estado sola y tan necesitada de compañía que eso me había llevado a aferrarme a unos escritos pasados, unos escritos de los que no obtendría explicación alguna. Sentí la ira atenazándome por ello, la furia hacia mí misma por permitirme forjar otra esperanza, y entonces, con toda la desilusión comprendí que se me tornaría más difícil tomar una decisión.

—Mira, esto es tonto. No llenes tu cabeza con pensamientos sobre lo que hay escrito en este absurdo libro —dijo y palmeó el diario. No pude decir nada al respecto—. Drey…

—Necesito descansar, debo tomar una decisión y quiero hacerlo con la mente fría —exigí con gesto hermético.

Extrañamente, un atisbo de orgullo me exigió no demostrar ni miedo, ni dolor, ni ninguno de mis sentimientos ante él.

—Pero habías dicho que querías quedarte, ¿no?

—Debo considerarlo mejor —me limité a contestar.

Después de eso no dijo nada más y se dirigió hacia la puerta para irse. Pensé que desaparecería rápidamente, pero antes de atravesar el umbral pude escuchar que decía algo:

—Por si decides quedarte, ordenaré que te asignen una cabaña y que te traigan ropa adecuada. Espero que mejores pronto.

Y con el sonido de la puerta al cerrarse, todas mis emociones fluyeron de forma casi asfixiante. Quise descargar la frustración gritando, pero me contuve intentando armarme de paciencia. Debía pensar en tantas cosas, tratar de procesar lo que hasta ese momento aún no había asimilado completamente, como, por ejemplo, lo diferente que era mi organismo, las posibilidades de regresar todos a la superficie y cómo sería mi vida si decidía quedarme en LA RAI. No obstante, todavía el entorno parecía tan irreal y no lograba apartar de mi mente el hecho de que el diario ya no estaba en mis manos.

• • •

Un soldado desconocido no tardó en llegar. Llamó a la puerta para informar que me habían asignado una cabaña en la que podía alojarme, me entregó un pequeño papel con un número y se fue.

Observé el papel como si fuese la carta de la jugada decisiva. Podía ir a buscar la cabaña con el número correspondiente y eso automáticamente me haría miembro de LA RAI; o podía dejar el papel a un lado, tomar mi bolso y

pedir que abrieran la fosa para regresar a la superficie. Una de las dos opciones me mostraba un futuro incierto, mientras que la otra revelaba un destino predecible.

La dificultad para poder decidir radicaba en que no encontraba un motivo para quedarme. No tenía una razón para estar ahí, y tampoco sabía si tenía una razón para estar en la superficie. La confusión oprimió mi mente. Era tan complicado elegir un camino, tanto que comencé a sentirme agotada. Quizás si daba un paseo y observaba la ciudad con más calma, podía llegar a una conclusión. Quizá si le echaba un vistazo a la cabaña, mis pensamientos podían aligerarse y fluir con mayor facilidad.

Me colgué la mochila del hombro y aún sosteniendo el papel, salí de la habitación.

Agradecí el recorrido con Exen, porque entonces encontrar las cabañas fue mucho más fácil. Al localizarla, me postré frente a la escalerilla que daba a la puerta y contemplé con indecisión la fachada. Tenía una ventana a cada lado de la entrada y la madera parecía estar poco pintada. No había nada en ella que me produjera desconfianza, pero el temor no me permitía dar otro paso adelante porque sabía muy bien que no deseaba dar marcha atrás. Podía batallar conmigo misma, pero la idea fluyó con tanta potencia que impidió el surgimiento de otras: ¿por qué no quedarme?

Subí los cuatro peldaños, giré la perilla de la puerta y oficialmente entré en ella. Mi primera impresión fue que era muy simple pero acogedora. Cuatro camas reposaban a cada lado de las paredes y un estante bastante alto junto a pequeñas y desgastadas mesas de noche, se arrimaban contra la madera. A pesar de su simplicidad, me hechizó por completo.

Sobre una de las camas reposaba una pila de ropa perfectamente doblada, también había una toalla y lo que parecía ser un pequeño bolso hecho a mano.

Después de inspeccionarlo supe que en su interior tenía un cepillo dental, una bolsita con toallas sanitarias de tela que decían «desechables», un recipiente con champú, una cajita con un jabón y cinco piezas de ropa interior femenina junto a una coleta para sujetar el cabello. Con una ligera sensación de agradecimiento, lo dejé todo ordenado como lo había encontrado. Guardé la mochila debajo de la cama y me senté en ella, tanteando la suavidad de las sábanas.

La puerta se abrió abruptamente y una muchacha desconocida se introdujo en la cabaña. Su cuerpo era voluptuoso y sus mejillas algo rechonchas. Llevaba el cabello negro y corto hasta por debajo de las orejas, el rostro pecoso, la piel muy pálida, y con sus manos luchaba por sostener unos pequeños pastelillos. Inmediatamente, el nerviosismo causado por la presencia de otra persona me puso a temblar, pero ella con total confianza se acercó a mí.

—Hola, ¿cómo está tu cabeza? —me preguntó de manera afable. La pregunta me confundió, pero poco después reparé en la gran mentira que había surgido cuando Exen se había encontrado con su novia.

—Está bien por ahora, gracias por preguntar —dije. Pude sentir que los labios me vibraban al pronunciar las palabras. Ella sonrió ampliamente y se sentó junto a mí sobre la cama.

—Soy Nina —se presentó, dejando los pastelillos sobre la mesa de noche—, mi cama es la de al lado. Por ahora solo seremos nosotras dos aquí porque una de las chicas ha pedido permiso para quedarse con su madre en otra cabaña ya que está muy enferma, y la otra está embarazada, así que la cambiaron a la cabaña de su esposo. Se saltó las reglas de natalidad, ya sabes, eso de que no podemos quedar en estado, ¿puedes creerlo? Fue un lío, los superiores estaban molestos, pero el comandante decidió que podía dar a luz a su hijo, aunque tener un niño en estos tiempos es casi como un castigo —explicó como si

estuviese cotilleando, pero prontamente su expresión cambió—. Oh, cielos, tienes el cabello tan largo. ¿Cómo lo ocultas? Qué extraño que no te lo han cortado. No nos permiten dejarlo crecer tanto. Bueno, supongo que se les ha pasado por alto. Sería una lástima que lo hicieran.

Inconscientemente, me sostuve un mechón mientras que ella lo observaba con fascinación. Después del incidente lo que menos me había preocupado era hacerme un buen corte de cabello, así que había impedido que me estorbara recurriendo a una eficaz cola de caballo, pero había crecido tanto que caía libremente hasta mi cintura.

—Me gusta así. Solo hago una coleta y luego lo enrollo hasta que queda muy corto —mentí. Ella asintió, asombrada—. Me llamo Drey, por cierto.

—Drey, qué bueno que llegaste, ya no me estaba gustando estar tan sola aquí. Durante la noche me ponía muy nerviosa, pero, ¿quién no? A esas horas todo está muy callado —comentó. Hacía muchos gestos y muecas al hablar y pronunciaba las palabras tan rápido que era inevitable no verla de una forma divertida—. Y dime, ¿qué hacías antes de lesionarte?

—Bueno... —dudé antes de responder porque no había planeado lo que había más allá de la mentira—. Estaba en el equipo de combate —dije finalmente, ya que, de hecho, era el único equipo del que había escuchado.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron y sus párpados se abrieron hasta el límite—. A mí me parece que todas las personas del equipo de combate son geniales, tan valientes, son como nuestros propios héroes. ¡Es increíble! Comparto cabaña con un miembro del equipo de combate. A mi mamá le dará un ataque de emoción.

Extendió el brazo y alcanzó uno de los pastelillos que había dejado sobre la mesa de noche.

—¿En serio crees que son unos héroes?

El nerviosismo desapareció y de repente sentí la misma comodidad que había experimentado al hablar más a fondo con Exen. Ella le dio un mordisco a su pastelillo y asintió con la cabeza muy rápidamente.

—Claro que sí, es que ustedes portan armas, entrenan muy duro e incluso se preparan para ir a la superficie con los trajes especiales —dijo al mismo tiempo que masticaba el trozo de pastelillo—. A mí me daría mucho miedo subir, ¿sabes? Todo allá debe estar tan solitario. Imagina los cadáveres en las calles, me da escalofrío de solo pensarlo, sin olvidar que si hay aunque sea una pequeña falla en tu traje podrías morirte en un segundo —tragó lo que había en su boca y continuó—: Además, con eso de que El Imperio quiere exterminar a LA RAI, todos estamos algo inquietos y nerviosos, pero estoy muy segura de que todo el equipo de combate podrá mantenernos a salvo y que el comandante hará lo que sea para protegernos.

Ver cómo una persona ponía toda su esperanza en un grupo de combatientes me hizo recordar que, casi siempre, las esperanzas que colocábamos sobre los demás, se derrumbaban.

—Los admiras.

—Formo parte del equipo de desarrollo tecnológico, pero sé que los del equipo de combate tienen el trabajo más difícil —objetó y después elevó las cejas como si hubiera olvidado algo—. ¡Qué descortés soy! ¿Quieres un pastelillo? Los hace mi mamá. Ella trabaja en la cocina y me deja tomar unos cuantos en secreto. Son de arroz, muy sabrosos.

Me extendió uno de los postres. No lo rechacé porque lucía delicioso, así que después de darle un mordisco, la conversación se tornó más entretenida. Me habló de lo mucho que le gustaba manipular objetos, tratar con tecnología y reparar cosas, y entonces descubrí que era la primera vez que conectaba

amistosamente con alguien después de tres años, y me agradó esa sensación de compañía femenina.

—¿Qué es lo que se te hace más difícil de recordar? —inquirió después de tragar el último bocado de pastelillo. Aproveché su pregunta para tratar de averiguar más sobre LA RAI.

—No lo sé, olvidé muchas cosas. Recuerdo el equipo de combate y el equipo que has mencionado, el de desarrollo tecnológico, pero… ¿Hay otros más?

—Sí, claro. Hay siete equipos en total. Además de los que ya sabes, están el equipo médico y de análisis científico; el equipo de comedor y mantenimiento sanitario; el equipo de estrategia e inteligencia; el equipo de construcción y edificación, y el equipo de control social.

—Lo tienen todo bien organizado.

Nina tomó otro pastelillo y comenzó a comer nuevamente.

—Y además no hay nadie que se quede sin hacer nada, todos colaboran y todos estudian para aprender algo nuevo. La mayoría son novatos, pero poco a poco se van especializando —añadió con un atisbo de orgullo en sus palabras.

Nos quedamos charlando hasta que miré por una de las ventanas y el gran reloj avisó que eran las siete. Ya para ese momento mi decisión estaba implícita, no podía marcharme. Había conectado con Nina y probablemente también con Exen, y me gustaba saber que la sensación de soledad poco a poco podría desvanecerse hasta llevarse consigo todas sus consecuencias emocionales.

Al salir de la cabaña comprobé la importancia de las luces que colgaban del cielo de piedra, pues se habían hecho más tenues semejando la noche, algo que le concedía al ambiente un exiguo toque de realismo.

Nos encaminamos al comedor para cenar. Cuando llegamos, me impresionó la amplitud del interior, sin embargo, podía percibirse el cambio de temperatura dentro de la estructura; tantas personas reunidas dentro de un edificio ubicado bajo la superficie, solo podían aportar una cosa al ambiente: calor. Mi frente comenzó a sudar, pero no me importó.

Mi atención recayó completamente en la cantidad de gente que hacía la fila para recibir los alimentos y que avanzaba con rapidez para que nadie tuviese que esperar demasiado, pero Nina me sacó del embeleso al tirar de mi brazo derecho con insistencia para que nos dirigiéramos a donde entregaban las bandejas de plástico.

Cuando una rechoncha y muy amable señora colocó una gran ración de ensalada y un pequeño recipiente con sopa de verduras sobre mi bandeja, no fui capaz de ocultar la expresión de gratitud y emoción que se reflejaba en mi rostro. Degusté con entusiasmo la primera cena recién hecha; la primera comida casera que probaba en tres años. No estaba rancia, ni caducada, ni congelada y sabía a gloria. La sopa humeaba y aunque el calor nos hacía transpirar, la tibieza del caldo me reconfortó.

Comimos en tranquilidad, ambas sentadas en una mesa conversando sobre temas triviales. Lo cierto era que Nina no tenía muchos amigos, solo conocidos que no se preocupaban por más que saludarle, así que nadie se atrevió a sentarse junto a nosotras. Me olvidé de todo durante el tiempo que cenamos. Olvidé el suceso con Levi, a Carter, las dudas que me abrumaban, y también olvidé la soledad que aún me atormentaba.

Cuando volvimos a la cabaña estábamos satisfechas y exhaustas. Nos dejamos caer sobre nuestras respectivas camas y poco a poco pudimos conciliar el sueño.

• • •

Desperté sobresaltada, angustiada, sudorosa y con el corazón palpitándome velozmente. Había tenido una pesadilla. Se me formó un nudo en la garganta. Ver a Carter en mis sueños, torturándome sin compasión, amenazaba con convertirse en un mal sueño recurrente. El dolor de los golpes y la sensación de ahogo seguían ahí, en mis recuerdos, marcados en mi cuerpo como heridas que no sabía de qué manera sanar.

Me sobresalté cuando escuché un ruido.

Aferrada a la sábana que cubría el colchón, giré la cabeza rápidamente y vi a Exen golpeando la ventana de la cabaña. Exhalé con alivio y me aseguré de que Nina no hubiese escuchado el sonido también. Después de comprobar que estuviera completamente dormida, con cuidado avancé hasta la ventana, busqué el modo de abrirla y contemplé a Exen con extrañeza.

—¿Qué haces? —le pregunté después de deslizar el cristal.

—Esto parece raro —susurró con diversión— pero hay una reunión de emergencia en el edificio de control y pensé que quizás te gustaría acompañarme a escuchar sobre lo que sucede —añadió.

Pude jurar que estaba un poco somnoliento.

—¿Por qué querría ir? Podrían vernos —murmuré, acercándome más a la ventana. Exen arrugó la nariz.

—Nunca me han descubierto. ¿No quieres saber lo que pasa? De seguro tiene que ver con El Imperio.

Lo pensé por un instante y decidí ir porque realmente quería saber el motivo de la reunión. Si estaba relacionado con El Imperio, entonces también lo estaba con mi inmunidad.

—Bueno, espera —acepté y cerré la ventana.

Con sumo cuidado de no hacer ruido, tomé los zapatos y me los calcé. Me dirigí a la puerta y la abrí lentamente sin apartar la mirada de Nina quien apenas se movió por lo inmersa que estaba en su sueño. Salí de manera exitosa y cerré la puerta tras de mí.

Exen aguardaba con ansias, así que sin perder tiempo corrimos al edificio de control. Nos escabullimos por una puerta trasera que él conocía, asegurándonos de no emitir ningún sonido o levantar sospechas. Avanzamos por un largo pasillo y después de unos cuantos cruces, vimos una puerta doble.

Exen impulsó la manija hacia abajo y abrió la puerta con una lentitud casi desesperante, hasta dejar una abertura que nos permitiera observar el interior. Inmediatamente, las voces de la sala se hicieron audibles. Nos situamos estratégicamente frente a la delgada abertura, y una vez en posición correcta tuvimos una vista excelente de lo que acaecía.

Observé unas grandes pantallas que reflejaban mapas y estadísticas; también otras que presentaban imágenes bajo visión nocturna de la superficie. Ligre, Butterfly, Julian y Levi se hallaban de espaldas a nosotros, mirando los monitores mientras que algunos hombres manipulaban las computadoras y las proyecciones con notable ansiedad.

—¿Lo lograste? —inquirió Levi. Su voz se escuchaba neutra y autoritaria.

—Estoy intentando *hackear* el enlace vía satélite, pero toma algo de tiempo —respondió uno de los hombres que estaba sentado tecleando con rapidez.

—¡Tiempo es lo que nos falta! ¿Podrás evitar que reciban información? —intervino Butterfly. En el tono de voz se podía notar su irritabilidad.

—No del todo. Este tipo de vehículos aéreos no tripulados están reforzados para que la comunicación entre el vehículo y el puesto de control sea completamente eficiente y rápida —explicó el hombre. Levi se frotó el rostro

con una disimulada frustración.

—Malditos sean —se escuchó decir a Butterfly.

—Puedo intervenir la conexión para desprender al vehículo aéreo de su punto de control, pero necesito un poco de paciencia —añadió el hombre.

No teníamos claro exactamente qué era, pero sabíamos que algo peligroso estaba sucediendo. Mencionaron un vehículo aéreo y lo primero que imaginé fue una especie de avión o un helicóptero, pero el ambiente, las acciones y los gestos me hicieron pensar que iba más allá de los transportes convencionales.

—¿Los radares detectaron algún otro? —les preguntó Levi a los hombres.

—Solo ese, comandante.

—Levi, lo que ha enviado El Imperio es un *predator*. No necesita un piloto porque es manipulado desde una base en tierra y está perfectamente diseñado para llevar a cabo misiones de reconocimiento con vídeo y sonido. Si bien puede ser *hackeado* e intervenido, ya le habrá proporcionado a Gregori la información que necesita —habló Ligre con un sorprendente conocimiento sobre el tema—. A lo que quiero llegar es que, seguramente, El Imperio ya sabe cuáles puntos atacar, así que no te sorprendas si recibimos una lluvia de misiles.

—Activa la cúpula protectora.

—Activada, comandante.

Se escuchó un estruendo y entonces una de las pantallas reflejó el movimiento de lo que podía ser la cúpula. Se desplegaba según un nivel de porcentaje que aumentaba cada segundo. Curiosa, me volví hacia Exen y le susurré:

—¿Esa cúpula nos protegerá de un ataque? —pregunté. Él se aproximó más a

mí para asegurarse de usar un tono de voz muy bajo al responder.

—No. Lamentablemente, lo único que nos protege de un ataque es la superficie que nos cubre. Esa cúpula sirve para evitar la detección térmica por infrarrojo. La activan para que no detecten las ondas de calor producidas por el cuerpo, es decir, para que no sepan cuantas personas hay aquí. No sé exactamente de qué está hecha, pero he escuchado que usaron materiales como aluminio, espejo y tela aislante térmica —aclaró con cierto entusiasmo.

Retorné mi atención al interior de la sala, y cuando notamos que Levi se dio la vuelta, nos impulsamos súbitamente contra la pared, alejándonos de la abertura para que no pudiera vernos. Nos mantuvimos así por un minuto entero hasta que Exen se atrevió a mirar y me indicó que estaba despejado.

Presenciamos la situación de nuevo; el comandante se movía de un lado a otro un tanto inquieto, mientras que los demás, cruzados de brazos, solo observaban las pantallas, aguardando. Las figuras líderes como Levi, Butterfly y Ligre podían mantenerse firmes, pero los trabajadores e incluso el mismo doctor Julian emanaban toda la tensión, los nervios y la intranquilidad que sentían.

—Infórmame —exigió el comandante ubicándose detrás de uno de los hombres. Desde mi posición pude notar cómo los músculos de su cuello se tensaron.

—Se está tornando difícil. Cuando se controla un vehículo por un medio satelital es altamente complicado realizar una intervención, pero por supuesto, todo sistema es vulnerable y *hackeable*, no será imposible —explicó el hombre.

—¡Necesitamos inhabilitado a ese maldito espía aéreo! —intervino el subcomandante. Aquellos que manipulaban los teclados, apresuraron sus acciones.

—Lo estamos intentando —dijo uno de los trabajadores.

—¡Quiero que lo intenten todo! —exclamó Levi con un ápice de ira.

—Hay que romper el canal de comunicación, ejecuten el programa más estable —soltó otro de los hombres, y entonces los demás comenzaron a actuar aún más rápido.

Incluso yo comencé a sentir la impaciencia. Nunca había visto un *predator*, pero era evidente que se trataba de un avión enemigo que intentaba tomar información de LA RAI para El Imperio, y eso tenía a Levi al borde de la ira y a los demás al límite de la preocupación.

Estaban tomando todas las medidas necesarias para evitar que el avión continuara volando en la superficie, pero, aunque trabajaran ágilmente, había algo en la expresión del comandante que me decía que El Imperio iba en ventaja.

—Pude entrar —informó uno de los hombres, de repente. Toda la atención recayó sobre él, esperando sus explicaciones. El hombre tecleó algo y luego miró la pantalla—. El *predator* está haciendo varias tomas aéreas.

—Quiero saber desde dónde lo controlan —demandó Levi con prontitud.

El hombre tecleó de nuevo, pero al ver que no pronunciaba palabra, otra voz se hizo escuchar:

—Rastrea el origen, ubica las coordenadas de la base de control —ordenó Butterfly dando un paso hacia adelante.

—Rastreando.

—Levi, hay que derribarlo —propuso Ligre, pero el comandante negó de inmediato.

—¡No! Si logramos hacerlo aterrizar será beneficioso para nosotros —

exclamó, imponiéndose—. Necesito saber desde dónde lo están controlando.

Detrás de la puerta, Exen y yo nos mantuvimos expectantes, ansiosos y por supuesto nerviosos. Si El Imperio recibía información y datos sobre LA RAI, no solo tendrían ventaja, sino que podrían atacar en cualquier momento.

Inesperadamente, por una puerta que había en el interior de la oficina de control, apareció la imponente figura de Carter. De forma instintiva retrocedí, pero el cuerpo de Exen golpeó contra el mío, deteniéndome. Sentí su mano sobre mi hombro apretando con suavidad, entonces me obligué a tomar aire.

El especialista se acercó a los monitores y comenzó a evaluar la situación sin pronunciar palabra. Las voces acallaron y solo predominó el sonido de las teclas y los movimientos. Había incertidumbre y también temor.

Uno de los hombres habló tan fuerte que hizo que mi cuerpo comenzara a temblar.

—No hay coordenadas, no las hay —vociferó. Butterfly frunció el entrecejo y se acercó a él con prisa.

—Imposible —soltó y estudió con atención la pantalla para después girarse hacia el comandante; sus ojos brillaban de impotencia—. Levi, este vehículo no está siendo controlado desde una base. Lo que hace ahora está en la configuración de su programa.

—¿Nadie lo controla actualmente?

—Está trabajando solo, fue programado para eso. No obtendrás una dirección, pero estamos dentro de su sistema; podemos hacerlo aterrizar —contestó ella y bruscamente corrió hacia otra pantalla para hacer algo que no vi.

—Bien, háganlo descender —ordenó Levi. Todos se pusieron en marcha de nuevo.

—¡Mira qué asunto! Esta sí es la parte interesante —susurró Exen.

Mientras los trabajadores se ocupaban del *predator*, me fijé en que Julian no se había movido ni un poco y que solo permanecía quieto, presenciando todo. Para nuestra sorpresa se oyó un fuerte pitido y uno de los hombres se levantó de la silla de forma alarmante.

Mi corazón se aceleró al ver el pánico en el rostro del trabajador. Algo salió mal.

—¡No! Sabían que intentaríamos hacerlo aterrizar. Comandante, este no es un *predator* normal, está automatizado y sorprendentemente reforzado.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres decir? —preguntó él, alzando la voz con exigencia. Todos se tensaron. Julian suspiró y tembló en silencio. Ligre se removió sobre sus pies. Butterfly entreabrió la boca. Carter pareció menos intimidante y más rígido.

—El *predator* recibió la orden de aterrizaje como un ataque y se ha puesto en defensa.

—Me lleva la que me trajo... —murmuró Ligre.

—Va a bombardearnos en catorce minutos.

Entonces, Exen me tomó del brazo y juntos entramos a la sala de control.

9

Me desorienté por un instante debido a la rapidez con la que Exen nos introdujo en la sala, pero rápidamente recobré la noción del tiempo para poder comprender lo que acontecía.

—¡¿Nos van a bombardear?! —preguntó Exen, atónito.

—¡Exen! ¡Joder! —bramó el doctor mientras se acercaba a él—. ¿Qué haces aquí? ¿De nuevo estás escuchando a escondidas?

Julian lo miró con todo el disgusto que sentía, pero Exen solo se dedicó a observar al comandante esperando una respuesta. Por mi parte permanecí inmóvil, escuchando cada sonido que se emitía en la sala y deseando que mi presencia se minimizara por el riesgo del bombardeo, pero no fue así, porque incluso Julian me observó con decepción.

—¡Ya te he dicho que estos asuntos no te incumben! —soltó el doctor hacia su hijo.

Pero antes de que Exen pudiera refutar, uno de los hombres sentados frente al monitor se levantó para informar a todos:

—Trece minutos con cuarenta segundos para que el *predator* ataque.

—No, ese maldito no nos va a bombardear, no a mi ciudad —profirió Levi con determinación. Ligre se apresuró a situarse frente a él.

—Esperamos órdenes, comandante —le dijo.

—Vamos a derribarlo —dictaminó Levi, decidido, y entonces los hombres

volvieron a sus lugares—. Preparen las plataformas antiaéreas. Controlaremos el disparo por radar, podemos atacar antes de que él nos ataque.

—Trece minutos con treinta segundos —volvió a decir el hombre.

Ligre corrió hacia el otro lado de la habitación, tomó asiento frente a uno de los paneles y comenzó a operarlo mientras que los demás trabajadores se comunicaban información por medio de audio; por otro lado, Levi se colocó en el centro para poder tener completa visión de lo que cada persona hacía, y aunque no tenía contacto con ninguna de las máquinas, era él quien estaba al mando y tomaba las decisiones.

—Las plataformas han ascendido, comandante. Iniciando el proceso de detección de objetivo —informó Ligre con voz audible.

—Trece minutos.

—Sistema preparado, diez segundos para iniciar primer lanzamiento —soltó el subcomandante sin apartar sus manos de las teclas.

Levi se movió hacia otra pantalla y nuestras miradas también; podía apreciarse perfectamente una gran plataforma de lanzamiento. Poseía un vago conocimiento sobre ellas, ya que las únicas que había visto pertenecían a los videojuegos.

—Esta es la última vez que escuchas detrás de las puertas, ¿queda claro? —dijo Julian a su hijo. Exen puso los ojos en blanco y se giró para encararlo.

—Ambos sabemos que eso no va a pasar —refutó el muchacho.

Decidí ignorar aquella discusión y me concentré en la imagen. Gracias a la pantalla observamos cómo el lanzador de la plataforma se movió hacia la derecha y se elevó. Uno de los trabajadores detalló el proceso. Primero, por medio de un radar, la plataforma detectaría al *predator,* segundo, el lanzador se movería en la dirección seleccionada, y tercero, dispararía en cuanto el

subcomandante, detrás del monitor, enviara la orden.

—Todo está listo, comandante —avisó Ligre.

—Doce minutos con treinta segundos.

Levi asintió con la cabeza y vociferó:

—Disparen.

Todos esperamos observar el proyectil, pero no hubo ni siquiera un destello y el lanzador se reflejó inmóvil en la pantalla. El desconcierto se apoderó de la sala; los trabajadores quedaron estupefactos, pero fue Butterfly aferrada al espaldar de una de las sillas quien expresó preocupación.

De nuevo, algo iba mal.

—El sistema no está recibiendo la orden de lanzamiento —voceó Ligre, anonadado, pero indiferentes a su semblante, sus dedos continuaban moviéndose sobre el panel.

—¡Los misiles estaban preparados desde hace unas semanas; funcionaban a la perfección cuando hicimos las pruebas! —profirió Levi.

—Hay una falla con la conexión que envía la orden desde el panel de control, hasta el radar del lanzador —explicó el subcomandante.

—Doce minutos con cuatro segundos para el ataque.

—¡Algo está haciendo interferencia, pero no sé qué es! ¡Las demás plataformas tampoco reciben la orden de disparo! —bramó Ligre.

Butterfly comenzó a presionar con gritos y bufidos a los hombres que, con esmero, intentaban hallar el motivo de la falla. Empecé a experimentar el temor que Julian no se molestaba en ocultar. Busqué la mirada de Exen esperando recibir un poco de calma, pero fue en vano porque incluso él había perdido el destello de diversión en su rostro para dar paso a la misma

intranquilidad que demostraba Carter, una que seguramente les habría gustado encubrir; pero no parecía posible, ni siquiera para mí.

—¿Con qué tipo de misiles cuenta? Necesito saber qué tanto daño puede causar —exigió saber Levi.

Ligre voceó algo que no entendí sobre misiles y sus características.

—Destruirían la cúpula, pero no alcanzarían la ciudad, sin embargo, pueden hacer que algunas de las lámparas se desprendan y eso sí sería peligroso porque caerían sobre los edificios y las cabañas —expuso el comandante.

—Entonces traslademos a las personas a los hangares; las lámparas no alcanzarán a hacer demasiado daño en esa zona —intervino Butterfly, pero Levi descartó la idea con tan solo un movimiento de cabeza.

—No hay tiempo, no todos llegarían —señaló mientras contemplaba atentamente la imagen en donde se mostraba la plataforma de lanzamiento.

—¿Y si los bajamos a los cultivos? Esa área es amplia, está en un nivel más profundo —propuso la pelirroja como segunda opción, pero esa vez quien intervino me hizo retroceder.

—Corremos el riesgo de que, por la sacudida, se desprendan no solo las lámparas, sino también algunas rocas, así que si bajamos a los cultivos podemos quedar sepultados por la propia ciudad sin ninguna salida —objetó el especialista Carter.

Entonces alcancé a entender la preocupación de los superiores. Los misiles del *predator* no eran capaces de destruir la ciudad en un segundo, pero podían causar un gran estremecimiento, hacer caer las lámparas y aplastar a la población.

—Once minutos con veinte segundos —pudimos escuchar.

—Es muy peligroso, Levi, si nos bombardean no sabemos qué podría salir mal. Digamos que la cúpula podría resistir el primer misil, pero entonces se agrietaría y con el segundo, se rompería. Estamos bajo tierra, esta ciudad no fue terminada, tú lo sabes, la protección contra explosiones es nula. ¡Hay que buscar una manera! —intercedió Julian, reajustando sus gafas con manos temblorosas.

—No, definitivamente el lanzador no recibe la señal —dijo Ligre y luego se giró sobre la silla para mirar al comandante—. Sabes que hay otra forma de lanzar el misil y es desde la caseta en tierra, pero tú decides, esperamos tus órdenes.

Aunque el bullicio en la sala lograba distraer, sentí que por un instante las voces se atenuaron y que la indecisión de Levi era lo único que podía percibir. El escenario se tornó abrumador, el ambiente se tensó y el miedo me mantuvo postrada en el mismo lugar. No había forma de lanzar el misil desde la sala, pero sí desde la superficie. La idea se batió por mi mente como si intentara distinguirse, podía ir, podía ayudar…

—Diez minutos con cuarenta y cinco segundos.

—Voy a subir —dijo Levi para sorpresa de casi todos.

Butterfly se aproximó a él.

—No puedes, sabes que los trajes que tenemos aquí no han sido probados y que los que sí funcionan están en el área de desarrollo tecnológico. Tomaría entre cinco y seis minutos llegar hasta ella, perderías demasiado tiempo —comentó con apremio mientras le sostenía del brazo, pero el comandante hizo caso omiso a sus palabras y se zafó.

Corrió hacia la puerta gris que había cerca de una de las esquinas de la gran habitación y la abrió dejando ver dos trajes blancos muy parecidos a aquellos

que usaban los astronautas. No solo eran anchos y grandes, sino que también lucían pesados; entonces, mi mente se negó rotundamente a permitir que él fuera a la superficie con un traje que no había sido probado y que podía costarle la vida.

—¡Yo puedo subir! —exclamó Exen rápidamente, asombrándonos tanto a mí como a su padre—. Levi, déjame hacerlo, sé cómo manejar la plataforma, no me importa que los trajes no hayan sido probados —añadió, suplicante, pero el comandante no se interrumpió y tomó uno de los trajes que colgaban del pequeño almacén.

—No, Exen, es peligroso —fue lo que le respondió.

Contemplé, intranquila, el rostro perplejo y mucho más pálido de Julian ante la propuesta de su hijo. Era peligroso ascender y todos en la sala de control estaban conscientes de ello.

Dos de los trabajadores se levantaron de sus sillas y acudieron para ayudar al comandante en su tarea de colocarse el traje.

—Diez minutos con veinte segundos.

Estaba decidido a hacerlo, aunque no supiera si el traje era estable, porque no detuvo su intento de colocárselo. Todos demostraron preocupación por el comandante, por su líder, por la figura que representaba esperanza para el grupo, pero no se negaron a dejarlo ir y comprendí que la razón era muy obvia. Levi les había enseñado que antes que él y antes que cada uno de ellos estaba el pueblo, los supervivientes, las personas que le habían otorgado su puesto y que, el sacrificio en momentos de crisis y en donde las soluciones eran inalcanzables, resultaba ser la mejor opción. Entonces, el factor inmunidad me permitió comprender que poseía la valentía pero que nunca la había dejado surgir. Si me habían otorgado la capacidad para respirar en un ambiente altamente toxico, debía ser apta para usarla.

Si Levi luchaba por todas esas personas, si lo primordial era su pueblo, si iba a arriesgar su vida para salvarlos, valía la pena que todos los demás lo hiciéramos también. Había perdido a mi familia y a mis amigos, no tenía una razón para batallar, pero observar a aquel hombre tomar una decisión sin pensarlo dos veces, me hizo entender que las razones no se obtenían, uno las elegía, y yo podía elegir salvar a LA RAI.

—¡Yo subiré! —hablé. Levi se detuvo—. ¿No lo recuerdan? Puedo estar arriba sin la necesidad de usar algún traje, así que yo dispararé el misil. No habrá riesgos.

—¡No! No hemos realizado las pruebas necesarias para saber si… —soltó Julian rápidamente, pero yo le interrumpí.

—¿Para saber qué? ¿Aún no confían en que sí puedo soportar el gas? Vamos, creo que no hay tiempo para dudar.

—No te pondremos en peligro de esa manera —dictaminó el comandante. Con premura me acerqué a Ligre.

—¿Cómo disparo el misil? —le pregunté. El subcomandante me observó patidifuso y después miró a Levi esperando su aprobación, una que no recibió.

—No irás —bramó desde donde estaba.

—Drey, Drey —expresó Exen entre algunas risas nerviosas—. ¿Te están comenzando a afectar los golpes? Subir es muy peligroso. Si no lo haces a tiempo el *predator* disparará, y como estarás arriba morirás al instante, además, tienes el hombro fracturado, ¿cómo crees que puedes ir?

Ignoré sus palabras y me volví hacia Levi. Manteniendo una posición firme y aprovechando el silencio que se había extendido, manifesté:

—Es probable que no llegues a tiempo, también es probable que el traje

tenga una falla y mueras intentando llegar hasta la plataforma, así que, aunque suceda una cosa o la otra, mucha gente en la ciudad podría ser aplastada por las lámparas, ¿eso quieres? Porque tienes la opción de enviarme para lanzar el misil, y si no lo logro, las personas que sobrevivan al menos seguirán teniendo a su líder para que pueda levantarlos, si lo haces tú y mueres, no tendrán a nadie, al menos no a alguien que se preocupe por ellos de la misma forma en que tú lo haces —dije con fiereza, dejándolo pasmado por el tono que había utilizado al hablar, el cual podía no ser el apropiado para dirigirse a un comandante.

—Nueve minutos con cincuenta segundos.

Apartando las posibilidades de no llegar antes de que el *predator* atacara, me sorprendí a mí misma por la ráfaga de valor que me impulsó a expresarme con tanta osadía.

Abandoné mis pensamientos cuando avisté a Levi acercarse. Había logrado introducirse en el traje y solo su cabeza y cuello eran completamente visibles. Redujo el espacio que nos separaba y se dedicó a mirarme durante unos pocos segundos como si el tiempo estuviera a nuestro favor y no en contra. La cercanía me permitió notar de nuevo la redondeada mancha blanca sobre su iris derecho. Finalmente, asintió con la cabeza y dijo:

—Ve.

Los hombres que habían estado ayudándolo con el traje se acercaron a mí para colocarme en ambas orejas unos protectores de oído que también funcionaban como comunicadores de audio y, además, una linterna de cabeza. Con aprobación de Julian, me quité la venda del brazo izquierdo para descubrir que casi no me dolía. Seguidamente, Ligre me explicó en cuestión de segundos lo que debía hacer.

Antes de irme, Exen intentó persuadirme de hacerlo, pero mantuve mi postura

y mi decisión. Después de entregarme la llave especial, me condujeron por un largo pasillo ubicado en el edificio. Atravesé una puerta reforzada que impedía el paso del gas y luego esperé treinta segundos dentro de una cámara que purificaba el aire. En último lugar entré al ascensor.

Era la primera vez en toda mi vida que me arriesgaba de esa manera, porque salir en busca de Levi sonaba como un acto pequeño comparado con ir a la superficie para derribar un avión enemigo, por lo tanto, el nerviosismo me acometió hasta el punto en que consideré el arrepentimiento, pero rápidamente traté de disiparlo.

Cuando el ascensor se detuvo y abrió sus puertas, no me estanqué a pensar y procedí a seguir las instrucciones.

Lo primero que debía hacer era subir las escaleras y abrir una rejilla puesta sobre el suelo de la superficie, así que subí los escalones sin perder ni un segundo. Impulsé la rejilla para apartarla y escalé apoyándome de unos sobresalientes en la pared.

Al emerger, la oscuridad y la frescura de la noche me recibieron con nostalgia. Accioné el botón de la lámpara de cabeza para poder iluminar el camino que me esperaba y partí rumbo a la plataforma que, efectivamente, podía visualizarse desde mi posición.

—Drey, te quedan siete minutos, así que corre lo más rápido que puedas. El panel está activado para que puedas usarlo —reconocí la voz de Ligre a través del comunicador de audio en mi oído.

Apresuré el paso, el terreno era liso así que podía correr sin obstáculos. No había ningún árbol cerca pero sí otras dos plataformas a lo lejos, y aunque quise echar un vistazo hacia donde estaba el *predator*, mantuve mi vista fija en el lugar de destino.

Llegué hasta la caseta con la respiración agitada. Velozmente extraje la llave del bolsillo del uniforme, y al tratar de sostenerla bien, cayó al suelo debido al temblor de mis manos. Me incliné para recogerla, sintiéndome torpe, intentando alejar los pensamientos en los que todo salía mal.

—Seis minutos con treinta segundos.

Introduje con éxito la llave en la cerradura de la puerta y la misma cedió después de dos giros. Entré en la caseta, cerré la puerta tras de mí para que aislara el sonido y observé el panel de control, extenso, legible para profesionales y todo un enigma para novatos. Solamente sabía que debía presionar el interruptor titilante y que eso bastaría para que el lanzador recibiera la orden, pero tantos botones, indicadores y medidores me marearon.

—Estoy dentro, voy a accionarlo —informé.

Sabía que ellos, abajo, serían capaces de escucharme.

—Muy bien, Drey. Lo lograrás.

Inspiré profundamente y activé el interruptor.

Nada sucedió.

Solté un estrepitoso jadeo y alterné mi mirada entre todos los botones. Alcé la vista y observé la plataforma de lanzamiento. No disparó. Volví a accionar el interruptor, pero no funcionó, lo intenté por tercera vez con rapidez, pero era inútil. Consideré la posibilidad de haberme equivocado, pero no había ningún otro botón dentro del panel que titilara.

—¡No funciona! ¡No dispara el misil! —exclamé, alterada. El conteo regresivo fue lo único que se disparó en mi mente.

—¡Maldita sea! —soltó Ligre a través del comunicador—. Estoy intentando enviar de nuevo la orden, espera un momento, Drey, no te inquietes.

—Pero, ¡¿qué hago?! —respondí mientras, nuevamente, accionaba el interruptor—. ¡¿Cuánto tiempo queda?!

Al no recibir una respuesta inmediata, me incliné hacia adelante para poder mirar a través del vidrio, y aunque no pude ver nada, supe que el *predator* estaba arriba y que atacaría en cualquier momento. Lo que no sabía con certeza era lo que podía estar aconteciendo bajo mis pies en la sala de control. Me pregunté a mí misma si estarían buscando desesperadamente una solución o si por el contrario estarían decidiendo dejarme morir en el bombardeo. Experimenté el temor de ser traicionada con mucha más fuerza que el miedo a morir, y gracias a ello entendí que no me asustaba la idea de fallecer, sino la idea de no vivir esa nueva vida que me habían presentado. Comprendí que quería regresar, que quería formar parte de LA RAI.

—Drey, tendrás que correr hasta el ascensor y volver —dijo Ligre.

—¿Tendré tiempo suficiente? —inquirí tratando de apaciguar mi respiración.

—Quedan cinco minutos para el ataque —escuché decir a uno de los hombres.

—¡No podré! ¡No podré! —exclamé con exaltación. El corazón comenzó a palpitarme tan fuerte que pude sentirlo en la garganta.

—Tienes que intentarlo, vamos, corre al ascensor, date prisa —contestó con apremio el subcomandante.

Mis piernas se paralizaron, todo mi cuerpo se detuvo por el miedo que sentí en ese preciso momento. Cinco minutos parecían no ser suficientes y si me quedaba tan estancada como lo estaba, pronto serían cuatro y luego menos y finalmente moriría, estallaría en pedazos y justo cuando había hallado una razón, habría perdido todo. Iba a fracasar.

—¡Drey, vamos! —volvió a decir Ligre, pero mis piernas se negaban a

responder.

—Cuatro minutos para que el *predator* ataque.

El miedo me atenazó y la imagen burlona de Carter se reflejó en el cristal que tenía en frente. Me aferré a la pared de la caseta mientras mi pecho subía y bajaba con agresividad. Mis sentidos y mi capacidad de coordinar se bloquearon completamente. De nuevo el temor me debilitó, y una tenue voz en mi mente me preguntó cómo había pensado que podía lograrlo. Intenté moverme, pero en lugar de eso, trepidé. Cerré los ojos con fuerza y tragué saliva. Un tic tac imaginario empeoró la situación y cuando creí que me quedaría allí sin reaccionar, una voz conocida me obligó a desplegar los párpados.

—Drey.

Escuché hablar al comandante.

—¿Levi?

—¡Muévete en este maldito instante! ¡Es una orden! —bramó con exigencia.

—Pero yo…

—¡Que te muevas, joder! ¡Regresa aquí! —gritó.

Mis músculos se relajaron lo suficiente como para permitirme salir gracias a un impulso repentino. Quedaban menos de cuatro minutos y eso podía bastarme para bajar por la rejilla ya que solo debía correr, pero las dudas resurgieron de forma abrumadora.

Si regresaba, el *predator* lanzaría su ataque y las lámparas caerían sobre las cabañas. Los niños, las madres, Nina, Exen, todos ellos saldrían heridos o peor, muertos. Aquellas familias dormían absortas de todo, pensando que bajo el liderazgo de Levi estaban a salvo, y si volvía sin haber detenido el

bombardeo, la culpa no me permitiría dormir jamás.

Me detuve en seco y contemplé la tribuna de lanzamiento no muy lejos. Según mis conocimientos, la plataforma podía tener incorporado un panel de disparo, lo cual significaba que el misil podía ser lanzado directamente desde allí. Me vi capaz de intentarlo, pero, ¿y si no tenía un panel?, ¿y si no respondía a la orden de lanzamiento?, ¿y si no alcanzaba a llegar?, ¿qué podía perder?, ¿la vida? Sacrificar una vida para salvar muchas más, eso era precisamente lo que el comandante haría, era lo que yo podía hacer.

Sin pensarlo más, cambié la dirección de destino y corrí directo hacia la plataforma.

—¡Dos minutos para el ataque! ¡Drey! ¡Corre hacia la rejilla!

Todo sucedió en cuestión de segundos.

No supe si en la sala de control sabían que me había desviado, pero corrí más rápido de lo que hubiese podido correr alguna vez, porque me desplacé con una razón importante y esa era la de no permitir que todos abajo murieran.

Llegué hasta la plataforma, me subí al asiento incorporado y por suerte unos cuantos botones fueron visibles para mí.

—¡Un minuto! —pude oír.

Los recuerdos llegaron a mi mente en forma de momentos. Me había encontrado sola en una ciudad vacía y por ello mi único deseo había sido el de morir. En ese instante luché en contra, batallé para sobrevivir y para que los demás también pudieran hacerlo. No había un punto de guardado, no había segundas oportunidades, pero mientras tuviera esa, la aprovecharía.

—¡Treinta segundos!

—Quien haya dicho que los videojuegos son una pérdida de tiempo, nunca

tuvo que lanzar un misil —me atreví a decir.

Coloqué la mano sobre el gatillo del panel en la plataforma de lanzamiento y, un segundo después, el misil salió disparado del lanzador y me dejé caer por el aturdimiento.

• • •

Con esfuerzo me levanté del suelo. Un intenso pitido ofuscaba mis pensamientos, y todo aquello en donde la linterna de cabeza me permitía mirar, daba vueltas y se duplicaba.

El misil se había lanzado, pero no alcancé a ver los restos del *predator*. Intenté recordar si lo había escuchado caer, pero el sonido del lanzamiento había sido tan fuerte que minimizó cualquier otro ruido.

Ya en pie, con dificultad traté de orientarme para poder regresar y bajar por la rejilla.

—Drey, ¿estás bien?

Era la voz de Levi, se oía lejana. Me tomó unos cuantos segundos recordar que venía desde el comunicador de audio.

—¿Qué pasó con…? —pregunté, pero incluso mi voz penetró mis oídos débilmente.

—Lograste lanzar el misil, el *predator* ha caído. Ahora vuelve al ascensor, vamos.

Me pareció que tardé más de cinco minutos en llegar a la rejilla debido al aturdimiento. Era extraña la sensación, como si el suelo bajo mis pies se estremeciera intentando hacerme caer, así que fue un desafío descender —sin desplomarme— por las escaleras que conducían al elevador.

Me introduje en el ascensor y me apoyé en la pared del mismo para evitar

deslizarme hasta el suelo. Cuando se detuvo y abrió sus puertas, tuve que esperar un minuto que la cámara especial purificara tanto el aire como mis vestimentas. Después de eso pude avanzar, y justo al abrirse la gran puerta gris, lo primero que vi fue a Exen acercarse para brindarme apoyo.

Una ráfaga de aplausos empeoró el dolor de cabeza que me comprimía.

Exen me sostuvo y me quitó los protectores de oído. Observé a los presentes con la satisfacción de la calma expresada en unas pocas sonrisas. Julian se acercó, tomó mi rostro con una de sus manos, y con la otra sostuvo una pequeña linterna cuya luz dirigió directo a mis pupilas. El destello me fastidió.

—Mírame, Drey, ¿te duele algo? —inquirió mientras apuntaba la luz hacia cada ojo. Intenté apartar mi rostro, pero él lo mantuvo quieto—. Llévala a los laboratorios, voy a examinarla mejor —le dijo a Exen.

—¡No! Estoy bien.

Avisté con cierta dificultad una figura aproximarse a mí y quise retroceder, pero Exen continuó sosteniéndome.

—Necesitamos asegurarnos de que todo está en orden contigo —expuso el comandante.

Los murmullos y las voces se mezclaron con los zumbidos en mis oídos. El pitido aumentó su nivel y los rostros frente a mí se distorsionaron por completo. La debilidad me obligó a dejar caer los brazos y a cerrar los ojos.

—Quiero ir a la cama, quiero estar en donde haya silencio.

—Hay que sacarla de aquí —advirtió Julian.

Cuando volví a mirar, Levi se estaba acercando. Se inclinó, colocó un brazo en mis muslos y otro en mi espalda y entonces me impulsó hacia arriba para cargarme.

El tiempo transcurrió con lentitud, ni siquiera pude reconocer la sala. Sentí el calor de unos brazos soportándome con seguridad y firmeza, y no puse objeción, no me resistí. Poco a poco, los ruidos, las voces y el bullicio se fueron alejando para que el silencio apaciguara el descontrol de mis sentidos.

—¿Levi?

Sabía que él estaba en movimiento, pero no podía distinguir el camino.

—Dime.

—¿Lo hice bien?

—Lo hiciste perfecto.

Lo rodeé con el brazo y apoyé mi cabeza en su hombro. La punta de mi nariz palpó la piel de su cuello y me aferré a él como si fuese lo único en el mundo de lo que no podía caer y, tranquilamente, acepté que me llevara sobre sus brazos.

10

Cuando recobré la conciencia, reconocí a Julian y a Levi contemplando un examen de rayos X.

Me removí sobre la camilla tratando de contar las veces que había terminado dentro de aquella habitación, y mientras me observaba, me di cuenta de que aún vestía el uniforme y que tenía el brazo vendado de nuevo. No tuvo que haber pasado demasiado tiempo, aun así, no podía saber con exactitud cuánto había sido.

—Esta radiografía la hicimos el mismo día que encontramos a Drey en la fosa —exteriorizó Julian—. Como ves, muestra una fractura de húmero proximal no desplazada, por lo tanto, su recuperación no superaría las cuatro semanas. Ahora, esta otra radiografía... —añadió y tiró de ella para poner a la vista otra diferente— la hicieron justo después de que fue sometida a las torturas. Se puede notar que la fractura empeoró casi al punto de necesitar una fijación con placas y tornillos para asegurar la reparación completa del hueso, algo que tomaría meses en suceder. —Cambió la radiografía reflejada en el negatoscopio, por una tercera—. Esta última, la que me sorprende, fue hecha hace unas horas. Es el mismo hombro y se ve muy claro que la fractura se redujo casi en un noventa por ciento. Eso significa que la herida de Drey está sanando a una velocidad inexplicable. En dos días será como si nunca se hubiese fracturado un hueso.

—¿Sus heridas se curan con rapidez? —preguntó Levi con cierta fascinación.

—Las heridas profundas como la fractura y el trauma acústico que sufrió

anoche, sí. Cuando despierte será capaz de escuchar con claridad, no habrá daños colaterales y su hombro estará a la perfección en menos de una semana; pero las heridas superficiales como la que sufrió en la barbilla debido a la caída en la fosa, sanan a un ritmo normal.

—Es impresionante —dijo Levi. El doctor se reajustó las gafas como siempre lo hacía.

—Comenzaré a hacerle estudios. Tengo algunas muestras de su sangre, así que empezaré por ahí. —Julian se dio vuelta. Rápidamente cerré los ojos fingiendo estar dormida—. Lo que sé ahora es que Drey pudo haber sido objeto de varios proyectos que ni siquiera será capaz de recordar. No me gustaría pensar que las alteraciones en su organismo podrían llegar a ser incluso indescifrables, pero como médico y especialista me temo que siempre es así con los individuos que se usan para experimentos. Tú sabes a lo que me refiero, conoces a la mayor prueba viviente de ello.

No pude ver qué más sucedía, así que me valí de mi oído para tratar de imaginar la postura de cada uno. Si notaban que había despertado, seguramente acabaría la conversación.

—Opino que hay demasiado de Drey que aún no sabemos —agregó el comandante.

—Cuando esté más tranquila quisiera hacerle unas preguntas, ya que hay algo que me tiene muy pensativo, pero para usted también tengo interrogantes más importantes. ¿Qué fue lo que sucedió con las plataformas antiaéreas? —inquirió el doctor, cambiando el tema.

—Las plataformas habían sido probadas con anterioridad, la falla que se presentó anoche fue un asunto muy extraño —manifestó Levi.

—Pero, ¿tienen idea de qué pudo ocasionar el fallo? Según entendí, el

lanzador no recibía la orden de disparo.

—No solo tengo idea de lo que pudo ocasionarlo, sino de quién pudo causarlo —confesó el comandante Homs.

—¿Quiere decir que alguien manipuló las plataformas? —preguntó Julian. El asombro se notó en el tono de su voz.

—Sí, es lo que pienso.

—¡Pero eso es muy grave!

—Estamos en tiempos de guerra, Julian, se puede esperar cualquier cosa. La idea de un infiltrado en LA RAI, no es tan absurda como algunos podrían creer. —Supuse que el comandante se tomó un momento, porque hubo un pequeño silencio que terminó cuando añadió—: Si hay alguien de El Imperio entre nosotros, lo encontraremos.

—Me impacta lo que está sospechando.

—Por ahora no sacaré conclusiones apresuradas, pero me encargaré del asunto. Lo que sí quisiera, Julian, es que todo lo referente a Drey quede entre la unidad, usted, su hijo y yo. ¿Podría hablar con Exen para que contemos con su discreción? Es imprescindible que, por ahora, nadie sepa lo que ella es capaz de hacer.

—Absolutamente, comandante. Exen parecerá un poco revoltoso y rebelde, pero sabe que una información confidencial no debe ser divulgada —aseguró Julian.

—Confío en eso, entonces. También confío en usted para que podamos saber con exactitud qué sucede en el cuerpo de Drey.

—No se arrepentirá. Bien, debo irme. Quiero comenzar a efectuar algunos análisis. Una enfermera vendrá en media hora. Cuando Drey despierte, ya que

durmió toda la noche, podrá irse a su cabaña si así lo desea.

—Me parece perfecto, puede retirarse, yo me quedaré aquí un rato —dijo Levi.

—¿Le preocupa mucho?

De nuevo, el silencio se extendió en la habitación por unos minutos. Mientras duraba, evité moverme o abrir los ojos.

—Drey es muy importante, ambos lo sabemos —contestó Levi en un tono dócil—. Me preocupa lo que El Imperio pueda hacer al enterarse de su existencia.

—Tiene toda la razón. Bueno, le veré luego.

Escuché pasos y después el sonido de la puerta cerrarse. Ante lo que había escuchado, intenté evocar sucesos de mi infancia, pero no era capaz de recordar algo fuera de lo normal en ella. Había tenido una niñez tranquila y común, entonces, ¿en qué momento de mi vida había sido un sujeto de pruebas? Las únicas personas que podían haberlo sabido eran mis padres, pero por supuesto, ellos estaban muertos y se habían llevado consigo la verdad.

—Sé que estás despierta —escuché de repente.

—No, no lo sabes.

—Sí, vamos, abre los ojos.

Los abrí y encontré a Levi sentado justo a un lado de la camilla. De nuevo, la pequeña mácula blanca en su ojo izquierdo llamó mi atención, y las diferencias entre el niño del relicario y el comandante, se acentuaron.

—¿Cómo estás? ¿Aún escuchas zumbidos?

—Ya desaparecieron —respondí mientras intentaba incorporarme sobre la

camilla.

—¿Y qué hay del hombro? ¿Te duele?

—No, pero ya sabes que está casi curado.

—Sí, pero quería oírlo de ti —dijo para, posteriormente, exhalar un suspiro —. Drey, ¿por qué te arriesgaste de esa manera? Te ordené regresar al ascensor y me desobedeciste dirigiéndote hacia la plataforma. Pudiste haber muerto.

—No podía regresar sabiendo que era posible que las lámparas cayeran sobre las cabañas —confesé y esquivé su mirada de reproche—, de igual modo funcionó, ¿no? Pude lanzar el misil.

—Funcionó, pero, ¿y si no hubiese sido así?

—Pues, al menos lo habría intentado. Si la mayoría moría, no habría vuelto a pegar un ojo por las noches, no sabiendo que pude haber hecho algo para impedir que sucediera.

—Fue un acto muy valiente —aceptó él. Vi la radiografía que se había quedado atrapada en el negatoscopio. El hueso estaba en el lugar al que pertenecía.

—Entonces no veo razones para quejarse —repuse.

—Drey, mírame —me ordenó. Expulsé un suspiro y giré la cabeza para observarle. Tenía un aire informal sin su boina dorada y con el cabello enmarañado—. Escuchaste lo que le dije a Julian, ¿no? Eres importante, así que no puedes ir por ahí pretendiendo que te dejaré arriesgarte solo por tu inmunidad.

—Mi inmunidad nos salvó anoche y podría salvarnos cuando la situación empeore, porque empeorará, ¿no es así? El Imperio seguirá atacando.

—Lo de anoche no fue un ataque —enunció.

Ceñuda, solo pude emitir una palabra:

—¿Qué?

—Después de que el *predator* cayó, enviamos a un grupo a inspeccionar sus restos —explicó en un tono amargo—. Descubrimos que los misiles que supuestamente lanzaría, no tenían ojivas, por lo tanto, no causarían daño alguno porque carecían de material explosivo.

—Y si no iba a bombardearnos, ¿qué pretendía a hacer? —pregunté, completamente asombrada.

—Recolectar información, confundirnos, hacernos creer que estábamos en peligro para obligarnos a actuar de forma desesperada. Por los momentos no lo sé con exactitud, pero debes saber que tú y tu inmunidad tienen que ser un secreto. No puedes exponerte.

—No quiero exponerme, simplemente deseo ayudar. Cuando estaba allá arriba entendí que mi inmunidad puede beneficiarnos —alegué y me removí sobre la camilla—. Creo que debería unirme al equipo de combate. No, no lo creo, debo hacerlo.

—¿Perdiste la cabeza? No te unirás a ese equipo —bramó con aspereza. Se levantó de la camilla y me observó como si acabara de decir algo terrible—. Dejarte ir a lanzar el misil fue un error, y no cometo los mismos errores dos veces.

—¡No fue un error! Fue lo mejor que pudiste haber hecho —le dije. Él negó con la cabeza—. ¿Crees que esto debe desperdiciarse? Puedo soportar el gas y ahora sabemos que puedo recuperarme internamente más rápido de lo normal. Está muy claro. ¿No lo entiendes? Sería útil para LA RAI. Lo que necesiten hacer arriba, puedo hacerlo, lo que necesiten buscar arriba, yo

puedo buscarlo, las pruebas que necesiten tomar con el gas, puedo tomarlas, y si necesitan luchar, puedo pelear junto a ustedes.

—Ya tenemos personas que hacen eso, además, es absurdo —refutó desde el centro de la habitación.

—Absurdo es que, sabiendo todo lo que puedo hacer, aún no hayas visto los beneficios y las posibilidades —disentí de sus palabras. Él se tanteó la nuca y exhaló como si estuviese tratando de mantener la calma.

—Sí las vi, sí las pensé, pero también consideré lo que podría sucederte si te sometes a todo eso. Ser un soldado no significa solo vestir un uniforme, sostener un arma o acatar ciertas órdenes de un superior. Ser un soldado significa entregarse a sus ideales, servir, tener plena consciencia de que se puede perder la vida en cualquier momento y, aun así, arriesgarse por su pueblo, protegerlo y luchar por él hasta el final. Un soldado es leal, valiente, firme y siempre está dispuesto a todo porque sabe que el campo de batalla nunca será como en los entrenamientos. Esto no es un pasatiempo o algo que se puede decidir en unos segundos, es serio y puede costarte la vida. —Se paseó con algo de inquietud por la habitación—. No digo todo esto porque quiera decidir por ti, lo digo porque para arriesgarse de esa forma hay que tener una gran razón.

—¿Qué te hace creer que no tengo una razón? —inquirí. Él intentó responder, pero no se lo permití—. Sé que no tengo familia, sé que puede parecer que ni siquiera tengo ganas de vivir, pero cuando estaba allá arriba creyendo que no llegaría a tiempo y que moriría en el bombardeo, lo único que deseaba era poder volver. Me sentí débil y casi me estanco, pero me arriesgué porque cuando llegué aquí y vi que las personas estaban vivas, comencé a recuperar la alegría. Sentí que ya no íbamos a ser solo el silencio y yo, y aunque muchas de mis esperanzas murieron en esa sala de torturas, no murieron mis ganas de

ver al mundo tal y como era antes. —Hice una pequeña pausa y continué—: Es posible sufrir muchas veces en la vida y aun así tener una razón para continuar. Mi razón es igual a la tuya, a la de Julian, a la de Butterfly y Ligre, y a la de todas esas personas que están en la ciudad: poder volver a la superficie. Si tú luchas por ellos, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Todos luchamos por regresar, lo hacemos de diferentes maneras, algunos como soldados, otros como ayudantes, otros como agricultores, otros como cocineros. Hay muchas formas de hacerlo —rebatió, negándose a comprender mi punto.

—Pues yo quiero luchar como soldado.

—¡No te expondremos de esa manera! —exclamó con impaciencia—. ¿Es que no entiendes lo importante que es tu inmunidad?

—Te diré algo, sé que eres el comandante de LA RAI, pero eso no te da derecho a mandar sobre mí o a exigirme que haga lo que quieres.

—No es así, Drey… —intentó decir, pero le interrumpí.

—Puedes impedir que sepa la verdad sobre tu diario, pero no puedes disuadirme de que me una al equipo de combate. Ellos están dirigidos por Ligre, y él también tiene poder. Será él quien decida si soy apta para integrarme a las filas o no —añadí.

Tensó la mandíbula. No estaba de acuerdo con mis palabras, ni con mi actitud, pero sabía muy bien que no podía exigirme actuar según sus deseos.

—En ese diario no hay ninguna verdad y no te estoy impidiendo nada. Quiero que te des cuenta de lo irracional que es tu decisión —Se acercó para observarme con desaprobación—. Eres la única persona inmune, debes estar a salvo.

—Quiero regresar a mi cabaña —me limité a decir.

Procedí a bajarme de la camilla con cuidado. No pretendía quedarme en aquella habitación discutiendo con él, solo porque quería mantenerme como un objeto de porcelana que no podía correr el riesgo de romperse. Mis criterios y los suyos diferían totalmente y no conseguí una forma de hacerlos coincidir. Si no había recibido una explicación por el diario, tampoco creía posible llegar a un acuerdo.

Avancé hacia la puerta para marcharme, pero antes de poder abrirla, sentí su mano sosteniendo mi brazo.

—Quiero que lo pienses mejor, todo esto te lo digo como persona, no como comandante. No creas que quiero mandar sobre ti, lo único que quiero es que analices la situación, que tengas en cuenta que nuestro enemigo es audaz. Piensa bien si quieres arriesgar tu vida de esa manera, porque si no lo deseas, yo te mantendré a salvo. Mira, Drey, eres especial para mí, ¿lo sabes? Muy especial.

—Ah, ¿sí? —murmuré, sintiendo una repentina chispa de ilusión que se rompió un segundo después cuando aclaró:

—Por supuesto, tienes la inmunidad. Eres especial para todos.

—Ajá. Bien, no tengo nada que pensar; sé protegerme sola —respondí de mala gana—. ¿Me deja ir, por favor?

—Claro —musitó y deshizo el agarre.

—Por cierto, ya verá que sí soy capaz de luchar —solté y atravesé el umbral de la puerta.

Me contuve para no regresar hasta donde él estaba y pedirle discutir con más calma. Suspiré con cansancio, ni siquiera sabía lo que mi propio cuerpo escondía y temía que el tiempo no alcanzara para descubrirlo. Merodeaba por mi mente la idea de contribuir a LA RAI, porque, aunque varias veces me había

dicho a mí misma que no volvería a crearme falsas esperanzas, una nueva ilusión había surgido, y esa era la de hacer que los humanos volviesen a poblar la tierra.

• • •

De camino a la cabaña me encontré con Nina, y sin intención de mantener en mi mente la casi discusión con el comandante, me uní a ella para conversar e ir a tomar un descanso.

Los ánimos y el entusiasmo de Nina eran contagiosos. Comía casi cinco veces por día lo que su mamá le daba en secreto y eso se volvía un excelente tema de conversación para ella. Ser hija de la cocinera la hacía sentir orgullosa hasta tal punto que, en ocasiones, hablaba de su madre con gran admiración, pero el tema en cuestión de algún modo me afligía, porque me hacía recordar a mis padres. La nostalgia y la tristeza que experimentaba al evocarlos comenzaba a mezclarse con la duda y la desconfianza. Era probable que ellos supieran sobre mi inmunidad y no lograba comprender por qué lo habían ocultado.

Con respecto a Nina, finalmente tenía una compañía, alguien con quien sentarme a comer, alguien que ante mis preguntas sin dudar daba respuestas, sin embargo, tenía en cuenta el hecho de que le estaba mintiendo.

—Entonces estás en el equipo de desarrollo tecnológico —le comenté cuando entramos a la cabaña. Ella se apresuró a dejarse caer sobre la cama con los brazos extendidos.

—Sí, y de vocación, eh —respondió entre risas—. Por ahora soy aprendiz, pero me desenvuelvo más rápido que los demás. A muchos les toma trabajo porque no sienten que nacieron para eso, pero a mí sí se me da muy bien. En unas semanas tendré una prueba dentro de las fosas, será una inspección, y si la apruebo subiré de nivel. ¡Podré enseñar!

—¿Qué es lo que hacen ustedes exactamente? —inquirí.

Nina dio un salto fuera de la cama y corrió hasta el armario que reposaba contra la pared. Lo abrió de par en par y, de entre algunas cosas que no reconocí, tomó un objeto plateado. Lo acercó a mí y me permitió detallarlo. Estaba hecho de puro metal y tenía forma de abeja; no era más grande que su mano y el aguijón resplandecía bajo la luz que entraba por las ventanas.

—Esto es lo que hacemos —murmuró con fascinación. Accionó un pequeño interruptor debajo del aguijón y la abeja se elevó sobre su palma, haciendo revolotear sus alas mecánicas—. Creamos lo necesario para que la vida humana se mantenga. Diseñamos armas, nuevos artefactos y cualquier cosa que se requiera para sobrevivir. El único límite que tenemos es ASFIXIA, pero aun así hicimos estas abejas para que polinicen en los cultivos. ¿Sabes lo importante que es la polinización para la vida? Bueno, gracias a estas abejas hoy nos alimentamos.

—¡Es fantástico! —admití. Dejé escapar una pequeña risa cuando coloqué mi dedo índice sobre la abeja y la misma vibró.

—Nunca habías visto nada parecido, ¿no es así? —comentó Nina ensanchando su sonrisa. Presionó de nuevo el interruptor y la abeja descendió poco a poco hasta su mano—. Me la quedé porque tenía una falla. Normalmente están programadas para hacer su trabajo, regresar a sus lugares y apagarse, pero esta de aquí bloqueaba cualquier orden, de todos modos, me gusta verla volar de vez en cuando.

—Como si fuera libre —agregué a lo que había dicho. Ella se dirigió al armario para depositar a la abeja en su lugar.

—Supongo que verla zumbar por la cabaña me hace mantener la esperanza. Son maravillosas.

• • •

Después de darme un baño, llegué al comedor a tiempo para el almuerzo. Tomé asiento en una mesa vacía y me dediqué a aguardar por Nina para poder hacer la fila junto a ella, pero la persona que se situó frente a mí no fue aquella que esperaba. Exen se apoyó de la mesa esbozando una anchurosa sonrisa cargada de diversión y socarronería.

—¿Cómo está la chica de los misiles? —preguntó animosamente.

—¿Chica de los misiles?

—Sí —afirmó haciendo un ademán de indiferencia, dejando claro que no pensaba dar explicaciones sobre la elección del apodo—. Fui a visitarte esta mañana a los laboratorios, pero Levi no me dejó entrar, dijo que no podías recibir visitas. Anda de muy mal genio hoy.

—Quizás algo no le ha salido como quería —comenté encogiéndome de hombros. Exen curvó la boca hacia abajo y asintió lentamente con la cabeza.

—O quizás lo del *predator* lo tiene abrumado —añadió en un tono de voz que apelaba a la confidencialidad—. ¿Ya te enteraste? No había bombardeo, fue toda una farsa.

—¿Cómo es que te enteras de todo? —indagué después de inclinarme hacia adelante para reducir el espacio que nos separaba. Exen ensanchó las comisuras con cierta picardía.

—Te dije que no eres la única que escucha tras las puertas —alegó para luego asegurarse de que nadie que estuviera cerca nos escuchara—. Esto se está poniendo interesante. ¿Por qué El Imperio no quiso hacernos daño? Tiene que haber una razón mayor a la de que solo necesitaba recolectar información. Ellos saben muy bien en donde estamos y me parece que han tenido muchas oportunidades para destruirnos, pero que no han visto conveniente hacerlo.

—Esa es una excelente teoría —admití—, pero no podemos estar seguros. Escuché cuando Levi le dijo a tu padre algo de un infiltrado entre nosotros.

—¡Eso es! —exclamó por lo bajo tratando de ocultar su impresión—. ¿Sabes qué debemos hacer? Yo creo que…

Una voz femenina interrumpió sus palabras, pronunciando su nombre con un tono gélido.

—Exen Palafox —le dijo Nina.

Con los brazos cruzados y una expresión completamente alejada de la alegría, demostró que no estaba ni un poco contenta de verlo.

—¿Qué hay, Nina? —saludó él, proyectando una sonrisa fingida.

—Ah, pero mira, pensé que no te comunicabas más que para pedirle a alguna chica que se meta a la cama contigo —bufó. Exen carraspeó la garganta y se levantó del asiento como si algo lo hubiese impulsado a alejarse.

—También es bueno verte. —Asintió hacia ella, luego se volvió hacia mí y se despidió—: Ya me voy, hablamos luego.

Ella tomó asiento, y aún mirando hacia la dirección en que Exen se había ido, refunfuñó algo que no pude entender. Cuando él se perdió de vista, Nina me observó con los ojos entornados, casi con sospecha.

—¿Está intentando ligar contigo? —me preguntó.

—No, ¿cómo crees? La verdad es que llevo mucho tiempo conociéndolo —mentí. Después de un corto silencio en el que temí pudiera adivinar algo sobre mi verdadero yo, ella relajó el rostro.

—Bien, ¿vamos por nuestras bandejas? —preguntó y esbozó una amplia sonrisa.

Acepté y fuimos por la comida. No le pregunté la razón de sus palabras hacia

Exen, porque tenía fama de mujeriego y me pareció posible que hubieran tenido algo en el pasado, así que decidí no ahondar en el tema.

Mientras degustábamos el almuerzo, se escuchó un altavoz. Me di cuenta de que, en cada esquina de la estructura, se encontraban instalados unos pequeños amplificadores. Todos se quedaron en silencio cuando se oyeron las palabras «información importante».

—Después del almuerzo, todos y cada uno de los miembros de LA RAI deberán dirigirse al Patio Central —pudimos escuchar.

La voz cesó y todo regresó a la normalidad. Se volvió a escuchar el bullicio.

—¿Qué hay en el Patio Central? —inquirí, dejando la cuchara sobre la bandeja. Ella se tomó un segundo para tragar lo que había estado masticando.

—Es en donde el comandante reúne a todos para informarnos sobre lo que él considere tan importante como para que lo sepamos —contestó con simpleza y se llevó otro bocado de comida a la boca.

—¿Lo hace a menudo?

—No, en realidad lo ha hecho como dos o tres veces nada más, pero nunca ha dicho nada malo. La última vez lo hizo para decirnos que no teníamos que preocuparnos de que El Imperio nos asesinara, porque estamos bien protegidos.

—Ah.

—¿Eso no lo recordabas? —preguntó, ceñuda.

—No, el golpe fue demasiado fuerte —me limité a decir.

Debía tener cuidado de no levantar sospechas en ella, porque, aunque parecía que Nina solo ponía atención a todo lo que podía engullirse, era en realidad muy inteligente e intuitiva. Una prueba de ello era lo bien que le iba

dentro del equipo de desarrollo tecnológico.

Después de terminar la comida, fuimos directamente hacia el Patio Central junto con todas las personas que conformaban LA RAI. Cuando los vi reunidos, supe que la cantidad podía superar los mil. El lugar estaba ubicado en el centro de la ciudad como su nombre lo decía; le rodeaban algunas cabañas, y en el medio de todo, contra una pared, había una tarima muy sencilla con un pedestal y un micrófono.

Nina y yo nos posicionamos detrás de la primera fila, y después de varios minutos de espera pudimos ver cómo Levi se acercaba al pedestal seguido por el subcomandante Ligre. Quizás no necesitaba a nadie más para hablar, pero me pareció extraño que estuviesen solamente ellos dos.

Ligre se posicionó con autoridad a la derecha del comandante y este se detuvo a pocos centímetros del micrófono mirando a la multitud. Todos hicieron silencio.

—Lamento haber dispuesto de la media hora de descanso que tienen después del almuerzo, pero necesitaba reunirlos para informales de algo muy importante —comenzó a decir con voz audible. Cada uno se mantuvo atento—. La unidad no quería que se los dijera, pero considero que, como trabajadores de esta ciudad y como miembros indispensables para el desarrollo de la misma, deben saber lo que sucede en todo momento y más aún cuando eso pudo haberles quitado la vida. —Después de su última palabra, algunas personas ahogaron gritos y comenzaron a murmurar—. Anoche, casi dada la una de la mañana, nuestros radares detectaron un vehículo aéreo enemigo que tenía la capacidad de volar sobre la superficie para hacer fotos y grabaciones de lo que sucedía bajo tierra.

»En un intento por intervenir los sistemas del intruso, fallamos, ocasionando que este activara su modo de defensa en el que lanzaría dos misiles de alto

impacto después de catorce minutos. Intentando hacerlo caer, también fallamos debido a un error en las plataformas antiaéreas. Por un momento pensamos que no lo lograríamos y que los misiles destruirían la cúpula, pero fue gracias a un valiente soldado que aun sabiendo el peligro que suponía ir hasta la superficie, se arriesgó para disparar nuestro misil desde la plataforma.

»Con esto quiero decir que, si el avión enemigo hubiese lanzado el ataque, las lámparas habrían caído sobre muchos de sus hogares. Ya sabemos lo que El Imperio es capaz de hacer. Ellos saben que no estamos en paz, que intentan destruirnos, pero también saben que mientras tengamos soldados como el que nos salvó anoche y como los que todos los días entrenan para protegernos, no podrán eliminarnos. A pesar de lo sucedido, quiero que mantengan la calma y sigan trabajando con normalidad, porque estamos para resguardar la seguridad de todos.

No dijo nada más y se despidió dejando a la multitud con dos emociones distintas: temor y duda sobre quién había sido el heroico soldado que había arriesgado su vida por todos ellos. Me quedé pensando en si realmente había sido un acto tan valiente como para merecer un reconocimiento, pero poco después, Nina me zarandeó el brazo con entusiasmo y me sacó de mis suposiciones.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Te lo dije! —soltó con exaltación, ampliando sus comisuras hasta más no poder—. Los del equipo de combate son unos héroes, ¿tú cuándo regresas al equipo?, regresarás, ¿cierto?, ¿quién crees que haya sido el soldado que disparó el misil?, ¿crees que lo conoces? ¡Quizás es algún amigo tuyo! ¡Podrías presentármelo!

—Tranquila, tranquila —dije entre risas por su actitud—. No sé quién pueda ser, pero te lo presentaré si lo conozco. Y sí, regresaré al equipo en cuanto me lo permitan.

—¡Perfecto! —exclamó. Las personas comenzaron a dispersarse a nuestro alrededor—. ¿Sabes? Yo creo que no tenemos de qué preocuparnos. Nos protegerán, no moriremos por culpa de El Imperio.

—Yo creo que por ahora debes preocuparte más por estudiar para que apruebes la inspección en las fosas —comenté, haciendo referencia a lo que me había explicado sobre su prueba para subir de nivel en el equipo de desarrollo tecnológico.

—Me quedan quince minutos de descanso, vayamos por un postre.

Nos apresuramos a llegar al comedor de nuevo. La madre de Nina era una señora muy dulce cuyo esposo había pertenecido a la embajada de su país, pero que lamentablemente ese mismo año había muerto dentro de LA RAI por un ataque al corazón.

Cuando ella tuvo que regresar a sus clases, no supe qué hacer para distraerme. Faltaban unos pocos días para que mi hombro sanara —aunque no me dolía y ya no lo llevaba vendado— así que ni siquiera podía postularme para el equipo de combate. No sabía si debía pasar una prueba, pero estaba dispuesta a hacer lo que se requiriera para entrar.

11

—¡Palafox, o mueves esas piernas o te haré trotar hasta que se te desprendan del cuerpo! —gritó con severidad el subcomandante Ligre.

Todos los miembros de una de las tropas de LA RAI, trotaban alrededor de un campo bien aplanado bajo las órdenes de Ligre. Los soldados lucían enérgicos excepto Exen, por supuesto, que corría como si cinco kilos de tierra estuviesen sujetos a sus pies.

Durante mi estadía en la ciudad, en ningún momento me había detenido a hablar con él, pero después de cuatro días de intentos fallidos al pedirle a Levi que me aceptara en el equipo de combate y con un veredicto del doctor Julian, mi brazo estaba completamente sano y yo estaba lista para unirme a las filas, así que viendo inútil tratar con el comandante, decidí hablar con el segundo al mando.

Ligre me miró con ojos entornados. Sin duda era un hombre que podía impresionar, y que, a pesar de su rostro jovial, debía tener unos treinta y cuantos años. Su mata de cabello castaño oscuro estaba muy bien peinada y cortada sobre sus orejas, dándole un aire intimidante y de rectitud; y su cuerpo fornido cubierto por el uniforme, además de sus robustas botas negras, le hacían resaltar la musculatura.

—¿Y por qué quieres unirte? —me preguntó después de asegurarse de que todos, sobre todo Exen, estuviesen trotando como él lo había ordenado.

—Creo que podría ser beneficioso, además, supongo que ya han considerado

todo lo que podrían hacer teniéndome en el equipo —respondí con firmeza. No quería mostrar ni una pizca de duda o debilidad.

—Antes de darte una respuesta debo hablarlo con Levi —repuso, para luego posar su atención en Exen quien se había detenido entre todos los que aún corrían—. ¡Te dije que te muevas, Exen, o créeme que te vas a arrepentir!

—¡Ya estoy arrepentido de haber venido, no creo que usted pueda superar eso! —bufó el soldado desde su lugar y volvió al trote. Ligre frunció el entrecejo y después me miró con más calma.

—Levi ya lo sabe, y aunque se oponga no podrá impedirlo —objeté con un dejo de molestia.

—Me agrada tu actitud, Drey, y me pareció magnífico lo que hiciste aquella noche con el misil, pero tengo órdenes de hablar con él antes de tomar cualquier decisión referente a ti —alegó y se cruzó de brazos.

—Soy responsable de mis propias decisiones y ya tomé una. Quiero unirme al equipo, así que creo que al menos deberías considerarme, ¿no? Sé que tú lo ves como una gran oportunidad —alegué casi con insistencia.

—Podría serlo, claro que sí, pero no es tan simple como unirse y ya. Necesita tiempo y entrenamientos de prueba, y no todos cumplen con los requisitos físicos y mentales que se necesitan para entrar. Sobre todo los físicos... —Me echó una mirada de soslayo, como evaluando mi aspecto—. Lo primordial es no ponerte en peligro, así que tendrás que esperar a que me reúna con Levi para decidir si aceptarte o no.

Resoplé con enfado. No me pareció justo el hecho de que pensaran que podían decidir lo que haría y lo que no. Deseaba hacer algo, ser parte del equipo, quería actuar en beneficio de todos, pero se empeñaban en hacerme sentir que no tenía voz propia o que podían hacer caso omiso a mis peticiones.

Rememorando la noche en la que había derribado al *predator*, fácilmente comprendí que, si pretendía hacer valer mis decisiones y que, si necesitaba dirigir los hilos de mi vida, tenía que hacer lo que yo creía correcto y no lo que los demás dictaran.

Di algunos pasos hacia atrás y, sin que Ligre me observara, ejecuté una corta rutina de estiramiento, luego, sin avisar, corrí hacia el terreno y me uní al trote. Me fijé en el rostro de Ligre por un momento, se mostró confundido, pero a pesar de que pudo haberme sacado de ahí, no lo hizo.

Esa mañana me ejercité como nunca antes lo había hecho.

• • •

—¿Y aún no te permiten regresar al equipo? —me preguntó Nina en apenas un susurro.

—No, todavía no quieren que entre por mis heridas, pero el doctor Julian me dijo que ya están curadas en su mayoría —respondí y me llevé una cucharada de sopa a la boca—, de igual modo estoy muerta, me duele todo porque me uní al entrenamiento.

La hora del almuerzo en el comedor era como todos los días, bulliciosa pero agradable. A medida que pasaban los días, la amistad con Nina se fortalecía y el afecto que se formaba entre nosotras era algo que empezaba a apreciar, porque cuando estábamos reunidas comiendo o charlando dentro de la cabaña, de alguna manera hallaba la forma de hablarle acerca de lo que me sucedía con el equipo sin que ella supiera la verdad sobre mi inmunidad.

—¿Y a ti cómo te fue en las clases? —le pregunté.

—¡Maravilloso! El profesor piensa que soy de las mejores, dice que hasta podría reparar las máquinas de la fosa del este para que podamos volver a usarla, ¿puedes creerlo?

—Claro que puedo creerlo, de hecho, yo también pienso que puedes repararlas —confesé. Sus ojos parecieron iluminarse, pero rápidamente su gesto cambió a uno más serio.

—Te diré algo, Drey, no solo me siento capaz de reparar las fosas, sino que también sé que puedo crear cosas muy útiles para LA RAI —murmuró después de inclinar su torso hacia adelante.

—¿Y por qué no haces oír tus propuestas? —inquirí empleando el mismo tono de voz bajo que ella había usado.

—No las escucharían de una simple estudiante —bufó y se inclinó hacia un lado para tomar algo que estaba debajo de la silla—. Quiero que veas esto.

Después de alzarse, colocó un morral sobre la mesa y extrajo de él un libro de tapa dura que me hizo recordar el diario de Levi.

—Este es mi cuaderno de ideas, aquí plasmo mis creaciones.

Lo abrió sobre la mesa dejando a la vista numerosas ideas, diagramas, esquemas, bosquejos y anotaciones, todos perfectamente escritos y trazados en lápiz de forma profesional. Lo que más atrajo mi atención se delineaba sobre una de las hojas con el título «segunda cúpula» encima de un dibujo detallado en todos sus ángulos y con cada una de las medidas aproximadas.

—¿Segunda cúpula?

Nina asintió con entusiasmo.

—Mantiene el diseño básico de la cúpula de aluminio, pero esta no solo sirve para protegernos de la detección térmica, sino que también es capaz de resistir un bombardeo y de mantener estables las lámparas —explicó.

—Esto es increíble y absolutamente necesario —murmuré sin dejar de pasar las páginas—. Tienes que mostrárselo a Levi.

—No lo creo —resopló con pesar—, quien toma las decisiones en esa área es Butterfly, y es una pesada porque casi no toma en cuenta a nadie. Sus diseños son los únicos que se desarrollan. Ella ideó las abejas.

—Es injusto. Lo que tienes aquí son ideas que podrían beneficiarnos y salvarnos en los peores casos.

—Pues, creo que se quedarán siendo solo eso, ideas —soltó con un dejo de resignación y cerró el cuaderno sobre la mesa para proceder a guardarlo de nuevo en el morral.

La conversación pasó a ser más trivial y nos entretuvo hasta que una risa pretenciosa y escandalosa reunió toda nuestra curiosidad. Ambas vimos cómo, en otra mesa, Didi reía al lado de su novio. Estaban sentados junto a un par de muchachos cuyos rostros denotaban toda la diversión que el momento les causaba. Exen, por su parte, completamente hermético, tenía la vista fija en donde Nina y yo nos encontrábamos, ignorando lo que sucedía en su propia mesa.

—No puedo creerlo, ella es aún más tonta que él —resopló Nina mientras observaba a la rubia menear su cabellera.

—¿Qué sucede entre Exen y tú? No te agrada, ¿cierto?

—¿No recuerdas lo que sucedió por su culpa?

—No —negué inmediatamente, tratando de no cometer algún fallo respecto a la mentira—. Ya sabes que el golpe fue muy fuerte. Quizás si me cuentas un poco pueda recordarlo.

Nina suspiró. Su semblante cambió y toda la alegría que acostumbraba a demostrar, se esfumó. Aunque intentó relajarse, se le vio tensa.

—Fue el mismo año del incidente. Trata de recordarlo. Estábamos deprimidos, vulnerables y, sobre todo, inestables, pero mucho más lo estaba

Adela, la chica que se enamoró de él. Adela era mi prima, la única de mi familia que pudo escapar además de mis padres porque estaba de visita en nuestra casa cuando nos alertaron de lo que sucedería con ASFIXIA. —Hizo una pausa para respirar, como si le costara hablar—. Cuando ella lo conoció, el incidente aún no nos había hecho madurar, por lo tanto, al haberse quedado sin nada se refugió en él, creyó sus falsas promesas y se entregó. Una acción muy tonta a mi parecer, pero para ella no era así, estaba cegada, creía que él era perfecto, hasta que un día…, lo descubrió escondido tras unas rocas con otra chica, con esa chica... —Con disimulo miró hacia la mesa en donde se hallaban y rápidamente comprendí que hablaba de Didi—. De seguro sabes que a los dieciséis años no se tiene la madurez física y mental como para mantener enteramente una relación, entonces Adela colapsó ante el engaño e hizo algo horrible.

—¿Qué hizo?

—La furia y la tristeza la enloquecieron. Al día siguiente de haberlo visto con otra, entró a la fosa del este y comenzó a golpear las máquinas con todo lo que encontró. Incendió unos cables y provocó una gran fuga que no solo la asesinó a ella, sino a cinco trabajadores más. Fue casi una catástrofe, todos tuvimos que refugiarnos en la cámara especial por si el aire contaminado entraba por algún otro lugar mientras que Levi y los superiores se encargaban del asunto —bajó la mirada con algo de vergüenza—. Lo peor es que yo la había visto esa misma mañana, ella me lo contó todo, su rabia hacia él, su dolor, pero omitió lo que pensaba hacer. La habría detenido si tan sólo… es que yo… no tenía ni idea.

—¿Ella causó el cierre de la fosa del este? Pero... —murmuré con desconcierto.

Lo que Exen me había dicho sobre el cierre de la fosa por una fuga

accidental a causa de una grieta, no concordaba de ninguna manera con lo que Nina acababa de contarme, y si era cierta esa historia, entonces él me había mentido. Pero, ¿por qué había visto necesario alterar lo que en realidad había sucedido?

—Por eso no soporto ni siquiera verlo, porque arruinó la vida de alguien que solo estaba vulnerable, y porque a él no le importa nadie más. Es egoísta, es un completo idiota —soltó con furia. Sus ojos se humedecieron, quizás ante la impotencia que sentía por haber perdido a su prima—. ¡Y sigue estando con ella! No logro entender por qué, pero sé que ambos tuvieron la culpa. Ambos asesinaron a Adela.

—Lo lamento mucho —le dije con voz suave, dedicándole una sonrisa afable —. ¿Sabes? Creo que ahora lo recuerdo todo, y sí, es un completo imbécil.

Le eché una última mirada a la mesa en donde él se encontraba y supe que, si era capaz de mentir de esa manera, había algo mucho más oscuro detrás del soldado.

• • •

Después del almuerzo, Ligre me ordenó que me reuniera con él en el edificio de control. No sabía para qué y tampoco me detuve a adivinar, pero cuando llegué hasta la estructura, un hombre me informó que el subcomandante estaba esperándome en la sala de reuniones y que me guiaría hasta ella.

Al entrar me hallé ante una gran sala con sillas perfectamente enfiladas frente a una pantalla que reflejaba las iniciales de LA RAI. Ligre estaba situado junto a un librero y sostenía una carpeta de color amarillo; a su lado, un muchacho de buen aspecto y cabello de color cobrizo, se encontraba sentado leyendo un libro.

—Por favor, siéntate —dijo el subcomandante después de notar mi

presencia.

Obedecí y me senté en el centro en donde podía verlo muy bien a él y observar a la perfección la pantalla, aunque no hubiera nada que ver en ella. Ligre dejó a un lado la carpeta y se dirigió directamente a mí:

—Fuiste muy osada al unirte al entrenamiento, aunque te dije que debías esperar.

—Esperar no me parece una buena opción; no me arrepiento de lo que hice —confesé con voz neutral. Él asintió y alzó una mano para hacer un ademán de indiferencia.

—Eso estuvo bien para mí, pero sabes que Levi no te quiere en el equipo de combate y es él quien tiene la última palabra —intenté objetar algo, pero me hizo callar para poder continuar—: Sin embargo, yo sí te quiero en el equipo, y como soy el subcomandante me tomé el atrevimiento de refutar su decisión, así que lo discutimos y llegamos a un consenso. Estarás en el equipo y no como una simple aprendiz de tropa, sino como la aprendiz de la Unidad de Operaciones Especiales o mejor conocida como OPE. Esto quiere decir que tu entrenamiento será más duro que el de los otros soldados y que deberás estar dispuesta a asistir a cualquier misión que se te ordene, en cualquier momento y ante cualquier circunstancia. Si quieres hacerlo, tendrás que estar enteramente comprometida con el equipo.

—Estoy decidida a hacerlo —acepté con firmeza.

—Antes que todo, creo que hay algunas cosas que debes saber —expresó y se acercó de nuevo al librero. Le seguí con la mirada—. Formar parte de la OPE significa que podrás estar al tanto de situaciones e información que no se les comunican a los soldados de las tropas, es decir, eres parte de un equipo élite, por lo tanto, tienes un nivel más alto y mayores posibilidades de efectuar misiones mucho más peligrosas, pero, sobre todo, confidenciales.

—¿Y por qué me asignan a esta unidad especial? —me atreví a preguntar, un tanto sorprendida. Ligre alzó la comisura derecha de su boca.

—¿Te suena peligroso? A mí también, pero esa fue la condición que Levi impuso alegando que esto era lo que querías, beneficiar a LA RAI, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Eso no podrías haberlo hecho siendo parte del equipo de combate, ya que, en realidad, ellos solo se dedican a entrenar para una futura batalla —me interrumpió—, por el contrario, la OPE está en constante movimiento, hace expediciones a la superficie y lleva a cabo misiones que nos benefician de algún modo.

La puerta de la sala se abrió y Levi se hizo presente en el lugar. Sus botas negras ni siquiera hicieron algún sonido tras sus pasos, y su expresión facial se mostró circunspecta, propia de un comandante. El muchacho desconocido, finalmente, apartó la mirada del libro y observó la escena con curiosidad.

—Querías que viéramos las posibilidades y los beneficios, ¿no? Entonces eso es lo único que hemos tomado en cuenta. Te utilizaremos dependiendo del nivel de tus capacidades, y como ya sabemos que eres capaz de disparar un misil y también de desobedecer, creo que es conveniente que te tratemos como lo que quieres ser: un soldado inmune al gas —su voz era firme e imponente —. Así que estamos respetando tus decisiones. Tienes un gran potencial, y como ahora perteneces a LA RAI, lo vamos a explotar.

Parpadeé reiteradamente; sí, yo había exigido entrar al equipo sin saber que había unidades especiales, pero la decisión de Levi sonaba completamente abrupta, como si su objetivo fuera hacerme temer.

—Te entrenarás con Ligre desde las cuatro de la mañana hasta la hora del almuerzo; después del almuerzo tendrás práctica de tiro hasta las tres de la

tarde; desde las tres hasta las seis te entrenarás con Carter, y después de eso podrás ir a descansar. Esa será tu rutina diaria —vociferó.

La mención causó un escalofrío en mi cuerpo. Las heridas más profundas, aquellas marcadas en mis recuerdos, palpitaron como si lo sintiesen cercano. Si normalmente rogaba por no tener que mantenerme en un lugar donde estuviera él, pensar en tener que enfrentarlo todos los días hacía que me redujera a nada, como si realmente fuera eso, nada.

—No, no puedo... Yo creo que… —musité con inquietud, negando con la cabeza al mismo tiempo.

—Accediste a unirte, ¿no? Estas son las reglas. Después de tu entrenamiento con Carter podrás visitar al doctor Julian para recibir terapia psicológica —expresó Levi. No había ningún rastro de condescendencia o de piedad en su voz—. Necesitamos soldados preparados y capacitados, no queremos mentes débiles, y me parece que has deseado dejarnos claro que no eres temerosa.

—No lo soy —susurré más para mí misma que para ellos.

—Bien, porque no aceptamos gente cobarde entre nuestras tropas.

El comandante se acercó a Ligre para decirle algo que no alcancé a escuchar. Mientras tanto, sentí el peso de la mirada del desconocido sobre mí. Al intentar escrutarlo, mi mente rememoró aquellos espantosos momentos dentro de la sala de torturas. Había sido golpeada y humillada, me habían dejado débil y muy asustada, y como consecuencia, confesándome víctima de la paranoia, no dejaba de pensar que podía repetirse; pero mi voluntad —una que no sabía de donde había surgido— me mantuvo rígida y sentada frente a los superiores. Inmóvil ante la mirada del extraño.

Ligre se colocó frente a la pantalla que reflejaba las iniciales. La imagen cambió y exhibió otra. Se vio a un hombre poseedor de rasgos caucásicos,

cabello recortado al estilo militar y pequeños ojos ovalados. Desde la fotografía no inspiraba confianza, y si se le observaba muy bien llegaba a incomodar.

—Este hombre es Gregori Nikolayev, de origen ruso, exministro federal de defensa, actual líder de El Imperio y uno de los creadores del proyecto —explicó Ligre señalando la imagen—. Es nuestro principal enemigo, un tirano capacitado para dominarlo absolutamente todo. Sin embargo, cabe aclarar que cuando hablamos de ASFIXIA hay dos partes implicadas: creadores y desarrolladores. Entre los creadores tenemos a aquellos que idearon el proyecto y lo propusieron, seis personas, incluyendo a Gregori. Ellos fueron las mentes tras la catástrofe, pero desconocemos en donde se encuentran. Por otro lado, los desarrolladores fueron todos aquellos que estructuraron el proyecto y le dieron vida, seis científicos de los cuales cinco siguen vivos.

—Debes saber —intervino Levi—, que Gregori actúa para su propio beneficio, no para el beneficio de quienes viven dentro de su imperio, y eso es exactamente lo que le diferencia de nosotros. Es poderoso, tiene armas, equipo, un gran sistema de defensa y especialistas, pero, aun así, el proyecto se le salió de las manos y está igual de atrapado que nosotros porque aún no encuentra la forma de neutralizar el gas.

—Gregori tiene dos objetivos en estos momentos. Uno es recuperar al doctor Julian Palafox, el quinto científico que trabajó para desarrollar el proyecto y que reside aquí desde la catástrofe —indicó Ligre—. Y el segundo objetivo es destruir completamente a LA RAI porque representamos una amenaza para su nuevo orden mundial. Hasta ahora hemos impedido su regreso a la superficie por tener de nuestro lado a Julian, pero también hemos impedido que nos asesinen porque saben que, si ellos atacan, atacaremos también.

La pantalla volvió a mostrar el logo de LA RAI, pero el rostro de Gregori ya

se había grabado en mi mente.

—Esto es lo único que debes saber por ahora, ¿tienes alguna pregunta?

—No.

—Perfecto, hoy puedes tomarte la tarde para que Julian te examine y también puedes pasar buscando tu nuevo uniforme —agregó Levi. Su actitud era muy diferente a la del hombre que me había hablado en la habitación médica.

Supe que la reunión había terminado cuando Ligre se despidió diciendo que tenía asuntos que atender, así que después de que ambos salieran de la sala me quedé postrada en la silla con una sola palabra revoloteando por mi mente: Carter. Pero rápidamente el nombre se desvaneció debido al inconfundible sonido de un libro cerrándose de golpe. Contemplé a la persona que aún permanecía sentada y admiré por un instante el brillo en el ámbar de sus ojos.

—¿Asustada? —inquirió. Asumí que tenía tan solo un par de años más que yo—. No deberías estarlo, nada puede pasarte allá arriba.

—¿Y cómo estás tan seguro? —le pregunté. Él sonrió con afabilidad.

—Lo único que puede lastimarte está aquí, bajo tierra. Allá arriba no hay peligros, no para una persona inmune —respondió con serenidad. Se levantó del asiento y avanzó hacia mí—. También soy parte de la OPE, así que te doy la bienvenida. Somos solo tres, los otros dos están entrenando justo ahora, supongo.

—¿Y tú qué hacías aquí?

Él elevó el libro que sostenía y lo mostró. En la tapa se podía leer el título «1984».

—Cada vez que hacemos alguna expedición, me tomo el atrevimiento de recuperar todos los libros que pueda. El comandante me deja guardarlos aquí,

así que vengo a leerlos de vez en cuando —contestó ensanchando la sonrisa, la cual no era perfecta pero sí reanimadora—. No sabía que habría reunión, pero de todos modos Ligre me dejó quedarme. Somos el grupo de mayor confianza y como ellos te han dicho, lo que se habla aquí, se mantiene aquí.

—Lo entendí perfectamente —aseguré.

—Muy bien, te dejaré para que digieras todo esto —dijo y se aproximó a la salida, pero antes se volvió para agregar—: me llamo Ecain. Nos veremos en los entrenamientos.

Aún sin moverme de la silla, y entre el silencio de la sala, exhalé ruidosamente y recargué mi torso en el espaldar. Los sentimientos comenzaban a mezclarse dentro de mí: la decepción, el miedo, la tristeza y las ansias, y no hallaba forma de lidiar con todos ellos.

No comprendía por qué razón aún no lograba endurecer la mente y los sentimientos. Quería resistir, pero, ¿qué tan fuerte se podía ser realmente? La idea de que mi llegada a aquella ciudad había sido un completo error y que haber encontrado el diario de Levi también lo era, me agobiaba, sin embargo, ¿cómo podría llamar error a los escritos que me habían devuelto la esperanza?, ¿cómo podía denominar error a los sucesos que me habían hecho sentir seguridad y ganas de luchar?

Los estragos que causaron en mí esos tres años de soledad, la depresión, la confusión, la tortura, los golpes y el pánico, me hacían dudar incluso de mí misma. Quizás, en realidad no tenía una verdadera razón para luchar, pero, ¿cómo podía saberlo?, si aunque estuviese o no estuviese rodeada de gente, ya no me quedaba nadie. No tenía una familia, a alguien a quien proteger o por quien levantarme cada mañana, entonces, las ganas de ver al mundo tal y como era antes, ¿serían suficientes para combatir? No tenía un pilar para sostenerme o una base para alzarme, y al dilucidarlo comprendí que la soledad no había

estado esfumándose, solo había alcanzado otro nivel.

Intenté analizar las cosas desde otro punto de vista. Con Nina tenía una amistad por primera vez. Ella tenía una madre, aquella que todos los días preparaba los alimentos para más de mil personas, y esas mil personas que estaban conformadas por niños, adultos e incluso ancianos, tenían familia y ganas de vivir, así que posiblemente no estaba tan sola, quizás sí tenía a alguien —o tenía a muchos— pero también tenía miedo, tanto como el día en que me había despertado rodeada de cadáveres, y aquel había sido un miedo tan profundo que me redujo de ser una persona, a ser un saco de órganos y huesos sin ganas de continuar existiendo.

El fatídico primero de septiembre me había sentado a llorar en un rincón, ¿me sentaría a hacer lo mismo después de treinta y seis meses? ¿Podían mis simples dieciocho años ser un impedimento para convertirme en alguien capaz de enfrentar la dureza y la realidad de ese brutal y nuevo mundo? No, ningún factor podía detenerme; ni la soledad, ni el miedo y Levi H mucho menos. Lo único que podía impedirme surgir era yo misma, y no pretendía dejar que eso sucediera.

Salí del edificio para ir a la cabaña. Avancé a paso rápido entre algunas personas. Era plena tarde, así que la gente caminaba de un lado a otro para cumplir con sus deberes.

De repente sentí el impacto de un cuerpo contra el mío.

—Ten cuidado, chica de los misiles —soltó Exen, tomándome por los hombros para evitar hacerme caer—. Te andaba buscando.

Reaccioné ante su tacto y me alejé.

—Me mentiste —le hice saber. Él frunció el ceño, dándome a entender que no sabía a lo que me refería—. Eres un mentiroso, pero ¿sabes? Las mentiras

tienen patas cortas, Exen.

—¿En qué te mentí? Explícate, mujer, que no comprendo lo que dices.

Inspeccioné ambos lados para asegurarme de que nadie estuviese lo suficientemente cerca como para escuchar.

—Me dijiste que en la fosa del este había ocurrido un simple accidente y no fue así, lo que pasó ahí no fue más que tu culpa por engañar a esa muchacha llamada Adela —bufé, apretando los dientes. Exen se quedó inmóvil y lentamente entreabrió los labios. Su expresión se tornó seria y sombría.

—Eso te lo dijo Nina, ¿no?

—¿Qué importa? Eres un mentiroso, y sí, un idiota como muchas personas dicen.

—¡¿Te lo dijo ella?! —preguntó. Su voz de repente pasó a ser más grave.

—¡Que no importa! ¿Te divierte engañar a las personas? Confié en ti porque no sabía nada de esta ciudad y estaba muy confundida, y lo primero que hiciste fue mentirme —le reproché.

—¡No es así como crees! —soltó y se atrevió a tomarme por el brazo para dirigirme a la parte trasera de una de las cabañas por donde no transitaba casi nadie.

—¡Suéltame! —exclamé tratando de liberarme de su agarre, pero era inútil, me superaba en fuerza y tamaño—. ¡¿Qué les pasa a todos que me agarran como si fuera muñeca de trapo?!

—Mira —comenzó a decir cuando me acorraló contra la pared de la cabaña—, no me gusta mentir, no así. Sí, eso sucedió, lo de Adela es verdad, lo que no es verdad es la forma como lo cuenta Nina porque está resentida.

—Pues no te creo. Le mentiste a esa chica, le mientes a Didi y a todo el

mundo, ¿no es así? —refuté. Él tensó la mandíbula.

—No le mentí, yo estaba enamorado de ella, aún… estoy enamorado de ella. Todas las malditas noches me culpo por lo que sucedió. —De pronto comenzó a sonar desesperado—. ¿Sabes lo que se siente cargar con la muerte de alguien que querías? No me importaría matar a cien personas si esas muertes disminuyen el peso de la de Adela en mí. Ella tenía unos jodidos dieciséis años, era una niña y yo era un maldito inmaduro, pero la quería.

—Y si la querías tanto, ¿por qué la engañaste? —murmuré. Los ojos de Exen expresaron dolor, al igual que su voz.

—Lo que ella vio tras esas rocas no fue un engaño, pero nunca pude explicárselo. Asesiné a la persona con la que quería estar, a la persona con la que quería sobrevivir, ¿cómo podía decirte eso sin que huyeras o me tacharas como lo hacen los demás?

Nos miramos en silencio por unos segundos, pero él después soltó mi brazo para tomar distancia. Pasó la mano por su cabello y miró hacia el suelo como si se sintiera muy apenado.

—Mira, Exen… —intenté decir, pero me interrumpió.

—No hay día en que no piense en ella. Tenía ojos color café, ¿sabes? De esos que te quitan el sueño. También tenía unos rizos castaños preciosos, como ondas, como si giraran para hipnotizar, y se le dibujaba una sonrisa encantadora, viva, muy animada. Parecía un parque de diversiones, sí, así, porque podías conocerla y divertirte sin parar y entonces no querías irte, no querías alejarte de ella, querías quedarte por siempre para perderte entre sus increíbles atracciones. Era magnífica, risueña, todo lo contrario a mí; ella era dulce, especial, y tenía grandes sueños, como el de volver a la superficie para que nos fuéramos lejos cuando cumpliéramos la mayoría de edad. Decía que éramos pájaros enjaulados, pero que tarde o temprano alguien llegaría para

liberarnos, para dejarnos volar.

El soldado apartó la mirada del suelo y me observó con una sonrisa melancólica. Su confesión pareció genuina y sincera. El dolor se le dibujó en cada facción del rostro, y me invadió el arrepentimiento por no haber escuchado su parte de la historia antes de reprocharle.

—Lo lamento, no lo sabía. Reaccioné mal.

—No podías saberlo porque nadie conoce la verdad más que yo. Dejé que todos creyeran la historia de que la engañé —comentó e inhaló profundamente —. Prefiero que me culpen a mí y no que tengan un mal recuerdo de ella.

—Pensé que comenzábamos a ser amigos, por eso me tomé muy mal lo que dijo Nina —confesé con un poco de vergüenza—. No sé cómo manejar eso de la amistad. No después de tanta soledad.

—¡Soy tu amigo, Drey! —exclamó—. Y también seremos compañeros cuando pertenezcas al equipo de combate.

—Eh, sí, sobre eso… Hay algo que debo contarte —comencé a decir ya dejando a un lado el tema de Adela, el cual, notablemente, no le agradaba discutir.

Cuando ambos nos tranquilizamos, le di la noticia sobre mi ascenso. La tomó muy bien, aunque también pensó que era peligroso, pero a diferencia de los demás, Exen no intentó convencerme de elegir lo que él creía correcto, todo lo contrario, alegó que, si lo deseaba, lo único que debía hacer era desechar las opiniones indeseables y perseguir lo que estaba decidida a lograr.

Y ese era, exactamente, el camino que iba a tomar.

12

«Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece. Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece».

Al despertar tan abruptamente, casi caigo fuera de la cama. Me tomé unos minutos para calmar la agitación y me limpié las gotas de sudor que me recorrían la frente.

La ciudad podía llegar a ser muy calurosa, pero no había sido solo la temperatura la causante de mi sudoración, sino también las pesadillas en donde Carter sonreía de forma intimidante, amenazando con abalanzarse sobre mí a golpes. Además de eso, el inquietante sonido de una caja de música ambientaba la escena hasta que el tintineo de una campana me despertaba, después se me era imposible volver a conciliar el sueño.

Coloqué los pies fuera de la cama y me levanté para acercarme a la ventana de la cabaña. Le eché un vistazo a Nina. Ella dormía plácidamente al igual que todos los demás en la ciudad. Después de tres años había logrado acostumbrarse al calor; yo no, pues sentía que estaba a punto de hervir.

Casi como si quisiera torturarme a mí misma, recordé que cuando el reloj diera las cuatro de la mañana, debía asistir a mi entrenamiento con Ligre, pero del que realmente temía era de mi entrenamiento con Carter. ¿Acaso Levi había decidido atacarme por los puntos más bajos solo por querer combatir? Sus palabras, aquellas en las que había asegurado desear protegerme, ya no tenían sentido alguno. Me había empujado a un abismo tan solo con asignarme a Carter como entrenador.

Sintiendo de nuevo la frente empapada, supuse que un baño de madrugada podría refrescar mi cuerpo acalorado y relajar mis músculos adoloridos debido al ejercicio del día anterior. Al menos el agua que salía de las duchas estaría fresca. O... ¿Y si solo me lanzaba a la cascada?

Ventaja número uno de ser inmune: poder zambullirme en agua contaminada. Desventaja número uno: exceso de ideas estúpidas.

Tomé mis cosas y salí de la cabaña sin hacer ni un mínimo ruido. Afuera, los caminos estaban vacíos y envueltos en un profundo silencio. Me dirigí sin prisa a los baños, pasando por vías que casi no reconocí por no estar abarrotadas de gente.

Y me detuve cuando vi una cabaña de puro metal. Pensé que el calor me estaba haciendo alucinar, pero era tan real como el suelo que pisaba. Sí, estaba hecha de metal, no de manera como todas las demás, sino de metal mismo.

Podía ser posible no haber reparado en ella porque no me había tomado el tiempo necesario para recorrer toda la ciudad, y porque también solo conocía los caminos que conducían a los laboratorios y al edificio de control.

Escrutando la cabaña desde mi posición —que estaba lo suficientemente lejos como para no parecer una fisgona y lo suficientemente cerca como para observarla con detenimiento— contemplé cómo la puerta se abría lentamente y cómo de ella salía un hombre.

Reconocí a Levi de inmediato. Se detuvo de frente, como si estuviese diciendo algo hacia el interior, y entonces un delgado y pálido brazo femenino se desplegó hacia él, extendiendo una mano portadora de largas uñas. Él la tomó y se inclinó hacia adelante para depositar un beso sobre los nudillos de la persona desconocida, en un claro gesto de caballerosidad.

Eso me desagradó.

La puerta de la misteriosa cabaña se cerró, Levi se giró para irse y yo fui incapaz de mover un pie para continuar mi camino. Entonces, ambos nos miramos con desconcierto.

—¿Qué haces despierta a esta hora? —preguntó después de llegar a donde me encontraba. Lucía muy informal con un pantalón de tela suave, una camisa sin mangas y el cabello negro completamente despeinado, incluso guapo...

—Iba a bañarme —respondí. Volví a echar un vistazo a la cabaña y pregunté —: ¿Quién vive ahí?

—No puedes andar por aquí a estas horas. La gente duerme, Drey —contestó en tono de reproche.

—¿Es su novia? ¿Se ven a escondidas?

—No puedo permitir tanta confianza, tengo una postura que mantener, por lo tanto, lo que haya hecho no te concierne —se excusó casi con amabilidad.

—Bien, ya sé que es propio de usted ocultar las cosas —murmuré con un ápice de molestia. El comandante frunció el ceño.

—Ve a dormir lo que resta de horas porque hoy tendrás un fuerte entrenamiento —expuso e intentó irse, pero antes de que desapareciera le dije:

—¿Por qué hace esto? Sabe que tengo mucho miedo de que Carter se acerque a mí.

—Querías ser un soldado, ¿no?, pues los soldados pasan por cosas muy duras y aun así tienen que aprender a enfrentar sus miedos. Carter está bajo mis órdenes, ya no puede hacerte daño —refutó con voz neutral.

—Necesito tiempo… —musité, casi suplicante. Por unos segundos solo se dedicó a observarme, pero después bajó la cabeza.

—No hay tiempo. Debemos atenernos a las consecuencias de nuestras propias decisiones, sean buenas o malas hay que enfrentarlas —dijo y avanzó por mi lado para alejarse, pero no sin antes añadir—: Ve a bañarte y luego regresa a tu cabaña, es una orden.

No me volví para ver su figura alejarse, tan solo mantuve la mirada fija en la enigmática cabaña de metal. El deseo de saber a quién pertenecía el escuálido brazo me incitó a acercarme para averiguarlo, pero un impulso más fuerte y menos reconocible me exigió no mover ni un pie, así que terminé pensando que lo mejor era irme ya que no tenía derecho a inmiscuirme en los asuntos del comandante.

De igual modo sentí cierta decepción porque no podía negar que el diario, lo que tenía escrito, había despertado en mí una pequeña ilusión hacia Levi. Podía ser admiración, aunque no era capaz de reconocer por completo el sentimiento, o simplemente no quería darle nombre.

Había pasado la mitad de la adolescencia con los otros seis supervivientes y nunca hubo tiempo para permitir que surgieran las actitudes propias de la edad, por lo tanto, había tenido que aprender a ser adulta y a reprimir cualquier aspecto de la inmadurez y la juventud. En aquel momento pude dar por desecha la ilusión y me encaminé hacia los baños.

Tardé más de lo que había planeado mientras dejaba que el agua corriera sobre mi cuerpo. Pensé en profundidad lo que me habían hecho durante la niñez, en mi inmunidad, en la OPE, en las mentiras de Exen, en la estúpida actitud del comandante, en el desconocido y maldito brazo —denominado así igual que los malditos cadáveres— y en si mi madre y mi padre habían permitido que experimentaran conmigo.

Pensé en todo y a la vez no llegué a nada.

Quedé con más dudas que antes.

• • •

El entrenamiento matutino con Ligre era como cualquier otro. Se llevaba a cabo en el terreno libre de la ciudad junto a los demás soldados. Yo los había llamado «tropas» por mis conocimientos básicos militares, los que sabía por cultura general, pero Exen me explicó que el equipo de combate de LA RAI estaba muy bien estructurado.

El subcomandante era quien los dirigía y quien tenía total control sobre ellos. Constaba de mil doscientos soldados dispuestos bajo el mando de Ligre, divididos en dos unidades llamadas «defensa» y «ofensiva», con seiscientos hombres y mujeres en cada una. Las unidades especiales como la principal y la de operaciones, poseían menos miembros con mayores capacidades. Entonces, Exen pertenecía a las tropas de defensa, pero se empeñaba en dejar claro que su deseo era formar parte de las tropas de ofensiva, a las que Ligre no le había concedido entrar.

Durante el trote, el soldado no dejó de hacer comentarios sobre mi ascenso a la OPE, casi haciéndome sentir culpable por haber entrado sin hacer esfuerzo alguno.

—Harás los mejores trabajos y solo llegaste hace una semana. Yo llevo tres años aquí, he pedido ingresar cinco veces y sigo siendo parte de la defensiva. No te lo voy a negar, Drey, te envidio mucho en este momento —bufó con voz jadeante. Yo corría a su lado.

—Los mejores trabajos son los más peligrosos. Tú al menos estarás seguro aquí, yo ni sé que sucederá conmigo, quizás muera en la primera misión.

—No lo creo. Tus heridas internas sanan rápido, eres resistente, por eso sobreviviste a la tortura de Carter. Bueno, ahí tienes la razón por la que te unieron, no para que le cojas miedo, sino porque creen que eres lo

suficientemente fuerte para luchar.

—Si tuvieras esta capacidad que tengo, ¿harías lo que estoy haciendo? Digo, ¿tomarías la decisión que tomé acerca de unirme al equipo? —le pregunté. El resopló con diversión.

—Lo que yo haría sería quedarme quieto para que los demás lo hagan todo, y como yo sería «la posible solución para regresar a la superficie» exigiría demasiado, como, por ejemplo, que Ligre trotara para mí durante ocho horas seguidas —contestó, pero luego se echó a reír—. No, en realidad no haría eso. Lo cierto es que tomaría la misma decisión que has tomado y usaría todas mis capacidades para ayudar, así que no te preocupes, contribuirás mucho, yo creo en ti.

Ambos nos sonreímos.

—¡Palafox, Moretti! —gritó Ligre en tono de reproche cuando pasamos trotando frente a él. Inmediatamente nos detuvimos al mismo tiempo que corríamos sobre nuestros pies. El subcomandante se acercó—. ¿Qué es tan gracioso? ¿Quieren que los expulse del entrenamiento la semana entera?

—¡Sí! —exclamó Exen rápidamente—. Me leyó la mente, es casi mi sueño.

Tuve que reprimir las ganas de reír.

Ligre tensó la mandíbula, entornando los ojos. El comentario no le cayó bien, pero parecía que a Exen le importaba muy poco el hecho de hacer disgustar a su superior. El hombre cambió la expresión y lentamente formó una sonrisa que ensombreció su rostro.

—Te la das de humorista, ¿cierto? —pronunció con detenimiento, mirando al soldado—. Veamos si sigues siéndolo cuando se hagan las dos de la tarde y aún estés trotando.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! ¡Eso es demasiado tiempo! —bramó Exen.

—Fue mi culpa —intervine—. Lo distraje hablándole sobre lo mal que quedaron algunos miembros del equipo por el trote.

Ligre me miró. Continué corriendo sobre mis pies, aún sin cansarme demasiado como para quejarme. Él enarco una ceja; no me dedicaba miradas tan intimidantes como las que le dirigía a Exen, sin embargo, sentí que estaba reprochándome algo.

—Casi lo olvido —dijo finalmente en tono hermético—. Debes ir al edificio de control. Levi quiere hablar contigo —anunció y posteriormente devolvió su atención a Exen—. ¿Tú qué esperas? Ponte en marcha, y por cada vez que te detengas será media hora más de trote.

Exen me observó con pesar. Me habría gustado poder interceder por él, pero sabía que cualquier cosa que dijera no sería tomada en cuenta.

No me hice ninguna idea acerca de lo que Levi quería hablar conmigo, pero cuando llegué al edificio de control y me introduje en la sala de reuniones, la curiosidad me invadió al ver al comandante, a dos hombres —entre ellos el muchacho de cabello color cobrizo— y a una chica.

—Ya estamos completos —vociferó Levi después de que entré.

Me ubiqué en uno de los asientos que estaban dispuestos frente a la gran pantalla que reflejaba el logo de LA RAI y luego me fijé en los presentes. El hombre que se hallaba más cerca de mí lucía muy joven, casi como Exen, y poseía unos profundos y llamativos ojos azules que contrastaban a la perfección con su cabello castaño claro.

Miré más allá de él y le eché un vistazo al portador del cabello color cobrizo cuyo nombre era Ecain. El brillo del ámbar en su mirada volvió a otorgarme calma y tranquilidad, como si todo él emanara serenidad.

—Drey, como ya sabes formarás parte de la OPE —dijo Levi, sacándome de

mis pensamientos—. La unidad está dividida en dos partes: operaciones interiores y operaciones exteriores. Las personas que ves aquí, sentadas al igual que tú, son los únicos miembros capacitados para realizar las operaciones exteriores y serán tus compañeros de ahora en adelante. Son personas responsables y entrenadas. Están al tanto de tus capacidades y han jurado mantener la confidencialidad del asunto como lo han hecho desde el instante en que la unidad se creó.

Nuevamente observé a los demás. El tercer miembro era una muchacha cuya expresión denotaba mesura. Ella tenía un estilo que, debía admitir, lucía genial. Su cabello estaba corto hasta debajo de las orejas por un lado, y largo hasta el final del cuello por el otro; era lacio y muy negro, sumado a eso poseía unos ligeros rasgos asiáticos, finos y agraciados.

—El motivo de esta reunión es puramente informativo —continuó el comandante—. Anoche recibimos un mensaje importante. El Imperio dio un paso adelante. Tomaron una sección de la superficie y están tratando de limpiarla para poder poblarla. ¿Cómo lo hacen? Al parecer han creado trajes que les permiten estar arriba por mucho más tiempo. Esto nos perjudica, así que debemos actuar rápido. Me reuní con la Unidad Principal de Especialistas y decidimos que es momento de empezar a intervenir más a fondo. No podemos dejar que poco a poco El Imperio se vaya apoderando de pequeños territorios en la superficie, así que llevaremos a cabo la misión que nos habíamos planteado dos años atrás. Rescataremos a los cuatro científicos que, como sabemos, El Imperio mantiene cautivos bajo amenazas. —Levi inhaló suavemente y se hizo a un lado permitiéndonos mirar la pantalla que aún no reflejaba más que el logo—. La información llego a nosotros esta mañana por medio de un video enviado desde la misma sede de El Imperio. La persona que se arriesgó de esa manera es Daniel Garrier, uno de los científicos. Lo verán ustedes mismos.

Todos se inclinaron un poco hacia adelante, expectantes. Esperamos unos segundos y después la pantalla pasó de mostrar el logo a reproducir una imagen. Apareció un hombre a punto de decir algo. Era delgado, portaba gafas pequeñas y tenía aspecto cansado.

—Julian, amigo, espero que veas esto tan pronto lo recibas. Me aseguré de enviarlo a donde tú mismo me indicaste la última vez que hablamos. Me dijiste que vendrían por nosotros y no esperaba que fuera pronto, lo sé, pero el objetivo de este mensaje es para pedirte que aceleren el proceso —la voz del hombre en el video se escuchaba algo temblorosa. Detrás de él lo que se veía era el ambiente de una sala de laboratorio—. Nos obligaron a trabajar con los trajes para mejorarlos, hicimos lo que pudimos y logramos prolongar la estadía en la superficie, pero el material que utilizamos no es fácil de encontrar, así que quieren más. Ahora piensan que lo hemos hecho a propósito para limitarlos y no nos dejan salir de los laboratorios.

»Amigo, ¡esto es un infierno! Han logrado subir y están intentando limpiar el territorio. Es terrible que ustedes estén en el Sur y nosotros en el Norte, pero no me preocupo demasiado. Piensan purificar secciones de tierra para ir dividiendo a la población en pequeños grupos que pertenezcan a uno más grande, uno que determinarán por su descendencia. Gregori se esconde bajo un lema de paz que es solo una fachada. Jura que ha terminado con las divisiones, con las catástrofes, con las guerras y con la mala economía, pero sabemos que no es verdad. Adviértele a tu grupo, Julian, ellos están tomando áreas, Gregori está haciendo de esto su nuevo orden mundial, y ni siquiera podrás imaginar todo lo que ha hecho dentro de El Imperio.

»Las personas que se unieron a él, como población, ahora son sometidas a una «limpieza». Los obligan a asistir a cuarenta y siete horas de sesiones en donde les imparten la nueva modalidad de vida. Unos pocos se resistieron,

pero los lanzaron a la superficie. Los que aún no han sido limpiados, viven con miedo. Temo por nosotros, Julian, ¿qué pasará si Gregori logra purificar esta tierra? Hará un imperio mundial gobernado bajo sus ordenanzas. No podemos permitirlo, pero nosotros aquí podemos hacer muy poco. Si llegamos a desobedecer, nos matan.

»Me gustaría que lo vieras con tus propios ojos, que vieras las condiciones de vida que tenemos. Hace de las mujeres un género muy inferior, no hay igualdad: ellas sirven, los hombres ordenan. Pero solo aquellos hombres privilegiados pueden mandar, porque los demás deben trabajar para beneficiar a otros. Intentan hacernos retroceder. Vaya, quién diría que este proyecto terminaría tan mal, pero sé que si nos unimos podremos acabar con las flores y con el gas. Solo debemos trabajar en equipo, pero para que suceda, tenemos que estar juntos.

»Estaremos esperando, sepan que Gregori no es un líder, es un dictador, uno que sabe que, si nadie se resiste, puede lograr cualquier cosa que se proponga; pero ustedes son LA RAI, ¿cierto? Mientras ustedes existan, él se verá limitado de alguna manera. Este imperio es muy grande, como si fuese un país entero, las personas tienen miedo, pero no pueden alzarse porque saben que están atrapados bajo tierra. Lo único que necesitamos es libertad y esperanza, algo que les haga pensar que pueden surgir, pero mientras no podamos demostrar eso, todos seguirán bajo la opresión. Nadie es libre aquí, ni siquiera el mismo Gregori, y además de él nuestro peor y más grande enemigo reside en la naturaleza, ¿cómo podríamos vencerlo? No se rindan.

El video finalizó y la indignación y el coraje se manifestaron en los rostros de los otros tres miembros de la unidad. Pude percibir el temor y la desesperación en la voz del científico, y por un momento sentí que formaba parte de ellos, que también estaba atrapada bajo la crueldad de Gregori, y

entonces sentí rabia hacia él, tanta que se convirtió en impotencia.

—¿Han logrado obtener alguna otra información sobre su ciudad? —inquirió la chica ubicada en una de las sillas. Levi negó con la cabeza.

—Desde que perdimos a nuestro infiltrado no hemos podido saber nada más de la vida en los terrenos de Gregori —confesó el comandante—. Por ahora no vemos conveniente enviar a otro hombre porque la única entrada que conocíamos está siendo resguardada por la guardia de El Imperio. Necesitamos estudiar la zona para encontrar entradas alternas, o al menos para hallar la forma de crear una.

—Estamos a ciegas, entonces —comentó el hombre de ojos azules.

—No por mucho tiempo —aseguró Levi—, pero como les decía, retomaremos la misión que nos habíamos propuesto. En cuanto fijemos una entrada a la ciudad subterránea, los enviaremos a rescatar a los científicos. Disponemos de aproximadamente dos meses para prepararlo todo. Si logramos planear una buena estrategia, los tres irán en avión hasta un punto de aterrizaje lejano a la sede de El Imperio para que no puedan ser detectados por los radares, y a partir de ahí podrán trasladarse en vehículos que pondremos a su disposición.

Me atreví a interrumpirle.

—¿Los tres? —pregunté, confundida—. Somos cuatro.

El comandante me observó y luego miró a los demás como si hubiese algo que yo no supiera.

—Tú no irás —respondió con simpleza.

—Pero soy parte del equipo —expuse, aún más confundida.

—Sí, eres parte del equipo, pero también eres la única persona inmune,

¿cómo crees que vamos a enviarte a los terrenos de El Imperio? Eso sería entregarte a ellos en bandeja de plata —explicó como si fuera muy obvio—. Tú asistirás a las expediciones para recolectar materiales —luego de decir eso, no me permitió objetar algo más y continuó—: entonces, esta será una misión de alto riesgo, por lo tanto, se asegurarán de que nadie les vea. Se trasladarán vistiendo los trajes y cuando ingresen a la ciudad, podrán dejarlos en algún lugar seguro y lejos de la vista de cualquier residente. Así tendrán toda la movilidad que se requiera para poder extraer a los científicos.

Nadie puso objeción alguna, todos parecían estar de acuerdo, incluso parecían preparados, pero yo, yo estaba indignada sobre mi asiento.

Quizás tenía cara de estúpida, pero no lo era. Por supuesto que no iban a elegirme para una misión tan importante, porque probablemente mi idea de que Levi me había incorporado a la unidad para hacerme temer no era la correcta. Él conocía a su equipo, podían ser profesionales, pero yo no lo era, por lo tanto, no se arriesgaría a que una novata lo echara todo a perder. No había otra verdad; estaban intentando mantener segura la inmunidad, no a Drey.

Cuando indicó que la reunión terminó, todos salimos de la sala. Observé el gran reloj desde una de las ventanas del edificio. Me quedaba una hora para el almuerzo, después de eso, tendría práctica de tiro.

Justo antes de salir rumbo al comedor, alguien me interceptó en uno de los pasillos. El hombre del cabello color cobrizo se situó frente a mí.

—No te decepciones, si yo fuera el comandante tampoco te dejaría ir —dijo, acompañando las palabras con una sonrisa reconfortante. De inmediato, me sentí más tranquila—. Cuando supe que eres inmune, ni siquiera podía creerlo. Nunca pensé que fuese posible.

—También fue una sorpresa para mí.

—Bueno, tampoco es que se pueda pensar que alguien que luce tan frágil tenga un secreto tan grande —dijo, encogiéndose de hombros.

—Ya ves, las apariencias engañan.

—Sabemos que eres muy inexperta —comentó ensanchando la sonrisa, como si la afabilidad fuese parte de su rostro—. Aunque no me lo creo del todo. Si estuviste allá arriba, algún instinto o alguna capacidad tuviste que haber desarrollado.

—Era todo muy fácil, en realidad —confesé—. La comida estaba a nuestro alcance y las medicinas también, así que no había necesidad de recurrir a trucos o habilidades para conseguir lo que queríamos, pero tan tonta no soy y puedo aprender, y Levi parece no darse cuenta de eso. Solo... pensé que me habían incluido en el equipo para contribuir.

—Y si no es para contribuir, ¿entonces para qué? —inquirió, un poco confundido.

—No lo sé —resoplé con cierto fastidio—. Creo que al final tiene razón. Sería muy peligroso.

—Todo lo que tenga que ver con El Imperio, lo es —expuso. Su mirada apacible alejó cualquier disgusto que pudiese sentir—. Enviarte sería una muy mala idea. Por ahora deberías concentrarte en aprender, ya que dices que se te da bien. Después, cuando te hayas fortalecido, no le quedarán dudas de que tiene que enviarte a una misión importante.

—Gracias, eso me tranquiliza.

Me propuso ir juntos al comedor. Dejé atrás todos los pensamientos y las ideas que solían confundirme y di paso a la calma que me inspiraba su compañía.

Nunca había conocido a una persona que emanara tanta serenidad. Me

agradó, sobre todo porque su presencia resultaba indirectamente consoladora. Probablemente, debía dejar de agobiarme a mí misma con tantas dudas y permitir el paso a la tranquilidad, aunque fuera por un rato. Tal vez solo debía concentrarme en mis objetivos, en mi entrenamiento y en la nueva vida que tenía la oportunidad de llevar.

Quizás, solo quizás, debía empezar a cambiar.

13

A través de la ventana del consultorio del doctor, podía verse el gran reloj.

—Deja de mirarlo, aún te queda media hora —me repitió Julian. Él estaba de pie frente a mí anotando algo en su libreta, mientras que yo, sentada en la camilla, solo dirigía mi vista hacia los dígitos que en él se reflejaban.

—Siento que pasa muy rápido. No puedo creer que Levi haya adelantado mi entrenamiento con Carter —murmuré y entrelacé los dedos para apretarlos con nerviosismo.

Julian me observó por encima de sus gafas. Tan solo media hora atrás, el comandante me había mandado a decir que mi entrenamiento con el especialista no sería a las tres, sino dos horas antes pues lo ideal era que tuviera más tiempo de aprender todo lo que se requería para poder alcanzar el nivel de la unidad. La noticia me tomó por sorpresa y me había dejado pasmada.

—Ya te dije que es muy normal lo que sientes. No es fácil para la mente liberarse de un estrés y un trauma tan grande como el que sufriste. Puedes estar paranoica, pero lo vas a superar, así que debes venir a esta hora todos los días para que podamos trabajar en ello. Ahora, ¿por qué no me cuentas de tus sueños?

—Son pesadillas y en todas está él. Es como si fuese a golpearme de nuevo, a hacerme cosas peores —respondí, pronunciando las palabras con cuidado —. Tengo una mente muy débil.

—No, claro que no. Los humanos sentimos miedo, Drey, incluso los más fuertes lo sienten, pero han aprendido a sustituirlo con algo igual de intenso como… la ira, aunque ese no es un buen sentimiento. ¿Te gustaría sustituir tu miedo por algo mejor?

La propuesta me sonó tentadora.

—Sí, no quiero sentirme temerosa o frágil y creo que ya no puedo permitírmelo —confesé. Tragué saliva y busqué los grisáceos ojos del doctor —. Pero es algo que me sucede sin pensarlo o esperarlo. Mi cuerpo reacciona en defensa si alguien se me acerca demasiado, y a veces veo a Carter en todos lados a punto de llevarme a la sala de torturas.

—Drey —comenzó a decir después de un suspiro. Se sacó las gafas y se encaminó hasta el escritorio para dejar su libreta sobre él—. Levi te está enfrentando a Carter porque sabe que no te hará daño. Tienes que hacerle entender eso a tu mente, que no te lastimará de nuevo porque tiene claro que no eres el enemigo. Cuando pienses en él, con miedo, aleja el temor pensando en algo positivo, como, por ejemplo, tus razones para soportar esto, para ser un soldado. ¿Por qué quieres serlo? —preguntó después de girarse.

Se cruzó de brazos y entonces esperó pacientemente mi respuesta.

—Ayer solo lo deseaba para demostrarme que soy fuerte. Hoy, después de ver el video que envió uno de los científicos, supe que debo hacerlo por todos —contesté—. Esto va más allá de lo que quiero. Yo, entre todas estas personas, puedo respirar el gas. No soy alguien normal y eso significa que debe haber una razón ligada al proyecto. Usted lo entiende. Si yo fuese una chica común sin órganos internos que sanan con rapidez o sin la capacidad de inhalar gas letal, quizás no tuviera un motivo para luchar, pero mi realidad es otra, doctor. Quiero ayudar y también saber por qué mi organismo es tan resistente. Siento que más que una capacidad, ser inmune es una

responsabilidad. Estoy lista para someterme a las pruebas. No podemos seguir esperando.

Mis palabras causaron un brillo de fascinación en sus ojos. Era momento de comenzar a buscar respuestas y de descubrir por qué era diferente a los demás.

—Muy bien, tenemos que empezar tan pronto como podamos. Quiero tomar algunas muestras y también analizar más a fondo tus tejidos, pero, claro, antes de hacer todo esto debo decírselo a Levi —expresó con entusiasmo.

Di un pequeño salto fuera de la camilla. Me quedaban veinte minutos, pero ya no estaba tan nerviosa.

—Él estará de acuerdo, ¿no?

—Por supuesto, solo esperábamos que dieras tu consentimiento.

Hubo un pequeño silencio en el que lo único que hice fue acercarme a la ventana. La ciudad estaba como todos los días, tranquila y concentrada en sus deberes.

—Doctor —le llamé sin girarme para observarlo. Supuse que él estaba prestándome atención—. ¿Por cuánto tiempo planearon el proyecto ASFIXIA?

—Tengo entendido que desde el año dos mil ya se estaba estudiando la posibilidad de alterar genéticamente las plantas. En secreto, por supuesto. Eran pequeños proyectos altamente confidenciales sin buenos resultados —explicó—. El proyecto ASFIXIA fue ideado por seis personas, entre ellas Gregori, y posteriormente fue puesto en desarrollo por un científico cuyo nombre nunca fue revelado. Ese hombre trabajó en él por siete años y después, por causas que desconocemos, fuimos reunidos seis científicos más para finalizarlo porque aquel sujeto ya no podía continuar. Para ser más claro, nosotros trabajamos con lo que ya se había desarrollado, una base. Fue fácil, la mitad ya estaba estructurada.

—Entonces, ¿ustedes no desarrollaron por completo el proyecto?, ¿los seis científicos no son los desarrolladores? —indagué.

—No, antes de que nosotros interviniéramos alguien más ya lo había puesto en marcha. Solo nos encargamos de terminarlo.

Lo encaré y noté su expresión facial ansiosa, un tanto inquieta, como si no le gustara mencionar demasiado el proyecto.

—¿Pasa algo? ¿Le incomoda hablar del tema? —inquirí, ceñuda. Él rápidamente negó con la cabeza.

—No pasa nada. Me pone nostálgico recordar aquellos tiempos de trabajo, cuando no teníamos ni idea de que el proyecto sería ejecutado de esa forma tan cruel —comentó y se pasó la mano por la nuca—. Los seis sabíamos que era delicado y peligroso, y aun así juramos terminarlo. Pudimos haberlo detenido, pudimos haber eliminado el proyecto, si tan solo no hubiéramos tenido tanto miedo... Siempre fue difícil. Daniel, el hombre que viste en el video, decía que estábamos manipulando la naturaleza y que ella iría contra nosotros por eso. Es un castigo para un científico creer en algo más que lo comprobable, sin embargo, él pensó que estábamos haciendo un gran mal.

—Y si sabían lo peligroso que era, ¿por qué no lo abandonaron?, ¿sólo por miedo? —pregunté. Julian resopló con falsa diversión. Fue un gesto muy parecido al de su hijo.

—No podíamos. Trabajábamos para el gobierno, no para cualquier cosa. Habíamos firmado un contrato, pero ni siquiera era al papel a lo que lo temíamos, era a lo que podían hacerles a nuestras familias lo que nos ataba al proyecto —bufó, pero después su rostro se entristeció—. Tenía que pensar en Exen. Su madre había muerto y debía mantenerlo conmigo dentro de las instalaciones del gobierno. Nos habían dado una casa e incluso una niñera. Teníamos todas las comodidades, todos los lujos, él iba a una buena escuela,

tenía buenas cosas, pero ese crío era muy astuto y se escabullía para meterse en todos lados. Me causó muchos problemas, aun así, era mi hijo y debía protegerlo.

Me divirtió la imagen de un Exen más joven y revoltoso escuchando tras cada puerta.

—Entonces, estaban obligados a terminar el proyecto, pero, ¿por qué ustedes y no el hombre que lo inició? ¿Por qué él no lo finalizó?

—Nunca lo supimos. Esa información no nos concernía. Lo único que debíamos saber era lo que ese hombre estructuró del proyecto para poder terminarlo —dijo. Lucía un tanto abatido al hablar de aquello—. Había demasiadas cosas que no sabíamos, como el proyecto INMUNOEFICIENCIA en el que participaste. No tenía ni idea de que cuando estábamos desarrollando ASFIXIA, siguiendo el esquema que el científico anterior estableció, INMUNOEFICIENCIA ya estaba terminado. ¿Lo ves? Sucedían muchas cosas en secreto y siempre ha sido así. Lo que hay detrás de los planes gubernamentales ha estado bien protegido por décadas, y en todos los casos ha sido terriblemente perverso.

Volví a mirar por la ventana. Lo que me quedaba de tiempo se había ido en la charla. Disponía de ocho minutos para llegar al entrenamiento.

—Ya debo irme, pero volveré mañana. Me gustaría seguir esta conversación. ¿Está usted dispuesto a contarme todo sobre el proyecto?

Julian se relajó un poco al saber que habíamos terminado con el tema.

—Claro que sí, igual podemos hablar de lo que quieras durante las pruebas —aceptó—. Y recuerda, Drey, puedes sustituir el miedo por un sentimiento mejor e igual de intenso. Deja de temer.

El entrenamiento con Carter se daba en un lugar que todos llamaban «La

Cancha», un espacio muy grande y dividido en tres áreas especiales para entrenamientos. Cuando me introduje en la primera área de paredes lisas, con estantes y sacos de boxeo cerca de las esquinas y con una gran almohadilla cuadrada reposando sobre el suelo, vi al especialista aguardando por mí. Tal y como en mis pesadillas, la diversión estaba reflejada en su rostro.

El corazón me palpitó con rapidez. Las manos me temblaron, pero traté de que las palabras de Julian sobre el miedo, persistieran en mi mente.

—Drey, adelante —le escuché decir.

Mis pasos no eran seguros, pero traté de no demostrar el temor. Debía sustituirlo por algo más intenso. Sí, por las ganas que tenía de ser un soldado; por el sonido de todas las voces en LA RAI; por el mundo que queríamos volver a poblar.

Me detuve frente al inicio de la almohadilla como si fuera mi límite, y ahí me mantuve hasta que él decidió acercarse.

—Tuvimos un mal comienzo, lo admito, pero no tiene que haber resentimientos, ¿o sí? —dijo y aguardó por mi respuesta. Me le quedé mirando con toda la desconfianza que me inspiraba.

Finalmente, después de un minuto, hablé:

—No, no debe haberlo.

—Bien, muy bien, porque ahora seré tu entrenador. Qué irónico, ¿cierto? Uno puede aprender de quien menos lo espera —comentó. Aquel toque satírico en su voz me hizo pasar de la inquietud al disgusto—. Bueno, no le demos más larga, tienes demasiado por aprender. Primero quiero saber unas cuantas cosas, ¿tienes alguna habilidad? Supongo que tres años en la superficie tuvieron que haberte forjado alguna destreza.

—Nada además de ser inmune.

—¿Has disparado un arma con anterioridad?

Negué con la cabeza. Nunca había disparado. En la superficie no habíamos tenido la necesidad de hacerlo, así que las clases de disparo nunca se llevaron a cabo. Carter se acercó más para rodearme. Se paseó alrededor mientras me estudiaba de arriba abajo.

—Estás muy delgada —terminó por decir sin detenerse—. De ahora en adelante comerás doble ración. Necesitas ganar masa muscular para poder sostener las armas, aunque también podríamos usar tu peso a tu favor. El combate cercano y el combate cuerpo a cuerpo son las técnicas básicas de los soldados de LA RAI, pero no te iría del todo bien con ellos pues no creo que puedas siquiera retener a un hombre con esos brazos tan flacos.

No poseía un cuerpo ni un poco parecido al de los soldados. No estaba del todo en forma, me veía como una muchacha desgarbada, pero podía hacer lo necesario para aumentar de peso y recuperar la masa perdida por los tres años de mala alimentación. La comida en el comedor estaba estrictamente preparada para proporcionarle a los soldados los nutrientes necesarios para ser robustos y vigorosos, por lo tanto, si debía engullir doble ración, lo haría.

—Trabajaremos en todas las áreas. Puedo enseñarte lo básico para el combate cercano, sin embargo, no será tu fuerte hasta que ganes fuerza y resistencia —agregó a su detallado análisis sobre mis incapacidades—. No tendrás una habilidad específica, no voy a limitarte, te haré dominar varias y todas vas a usarlas según lo veas necesario. Aprenderás a desarmar, neutralizar, interrogar, disparar y pelear. Yo te imparto los conocimientos, aplicarlos correctamente dependerá de ti. Sígueme.

Nos trasladamos desde la primera área de La Cancha a la segunda, la cual era una sala de tiro. Tenía más de cuatro estantes llenos de armas de todo tipo y una gran variedad de blancos situados al fondo.

Carter se dirigió a uno de los estantes y los examinó buscando algo.

—¿Ya conociste a los demás miembros de la OPE?

—Los vi, pero no interactué con ellos —confesé.

—Muy mal. Lo primero que un soldado debe hacer es conocer su equipo y sus capacidades. —Procedió a tomar una pistola del estante. No reconocí el tipo porque no sabía demasiado sobre armas, pero semejaba a las que, anteriormente, los policías más comunes habían utilizado—. Ecain dispara con mucha precisión, lo suyo son las armas cortas. Muy eficaz si de enfrentamiento directo se trata, en casos de urgencia, cuando lo único que quede sea asesinar. —Se acercó a mí y me extendió la pistola. La tomé por la empuñadura y sentí todo el peso de ella. Inmediatamente notó el temblor en mis manos y volvió a coger el arma para regresar al estante con ella—. Sora, la muchacha, se especializa en explosivos. Sabe cuál podría sacarlos de una mala situación y cual podría empeorarlo todo. Puede desactivarlos perfectamente y colocarlos de forma estratégica. —Con sus dedos señaló un estante que contenía todo tipo de granadas y otras cargas que no reconocí. Posterior a eso, avanzó a otra de las repisas en donde había una larga fila de cuchillos y objetos parecidos a varas eléctricas—. Leiton, el tercero, se desenvuelve en combate cercano. Puede estrangular en cuestión de segundos y ejecutar técnicas que dejarían inconsciente hasta al más peligroso guardia de El Imperio. Y bien, tú, la cuarta… —Hizo una pausa para volver al estante de armas, y antes de abrirlo me observó—: Si te hubieras tomado el tiempo para conocerlos, sabrías que lo único que le falta a este equipo para ser eficiente al cien por ciento en batalla, es un francotirador.

Tomó un rifle y me lo ofreció. Era tan grande que dudé en poder sostenerlo, así que, al percibir mi fluctuación, el especialista me insistió en tomarlo y me señaló la forma correcta de aguantarlo. Una mano sujetando bien el

guardamano y la otra sujetando la empuñadura; mis brazos se acoplaron al rifle a la perfección. Me pidió que no me moviera y que no intentara apuntar, que tan solo me mantuviera quieta. El arma pesaba, pero por alguna razón no tanto como para hacerme temblar los dedos.

—En este caso, una francotiradora.

Me pidió que girara hacia la derecha y entonces me vi reflejada en el cristal del estante. La figura alta y desgarbada había cambiado con tan solo el porte del rifle, se había potenciado y parecía propia de un soldado, justo como quería verme. Carter se situó a mi lado y se sumó a la imagen.

Por primera vez desde la tortura, no me estremecí al ver su rostro. Había sido mi verdugo y en ese momento pasaba a ser mi maestro. Quizás el miedo no se había evaporado del todo, pero comprendí que ya no podía hacerme daño.

—Los hombres de El Imperio se hacen llamar guardias, pero son mercenarios —explicó—. Si te enfrentas a ellos tienes que saber que no les importará matar, por lo tanto, a ti tampoco deberá importarte. ¿Estás lista para el verdadero entrenamiento?

—Estoy lista.

• • •

Durante la cena, Nina escuchaba mis charlas sobre Ecain. A pesar de que ella estaba haciendo anotaciones en su cuaderno de ideas, de vez en cuando me miraba al percibir que mi voz adquiría un tono de emoción.

Estaba exhausta por tantas horas de entrenamiento, y aunque la idea de estar cerca de Carter aún me incomodaba, ya no me afligía tanto. Por el contrario, había decidido obedecerle en cuanto a subir de peso, así que, por pertenecer al equipo de soldados, recibí doble ración de comida y no tuve problema en

engullirla.

—La cabaña de Ecain está cerca de la cabaña de mi mamá. Es muy amable, siempre da los buenos días, abre las puertas y hace todas esas cosas caballerosas. La verdad es que es demasiado bueno como para ser cierto —comentó ella mientras conducía su lápiz sobre la hoja, creando trazados casi perfectos.

—¿Qué? ¿No puedes creer que existan personas así? —inquirí con un toque de diversión después de tragar lo que había estado masticando.

—No es que no lo crea, solo pensé que no había espacio para la caballerosidad en estos tiempos, pero en eso de que el muchacho es agradable y atractivo, no puedo refutarte. Ecain está como quiere. —Hizo un último trazo y dio vuelta al cuaderno para que pudiera observarlo—. Bien, querías que te hablara sobre los trajes protectores que tenemos, ¿no?

—Por supuesto —afirmé e hice a un lado la bandeja; estaba satisfecha.

Señaló una de las hojas en donde había dibujado un traje tal y como si un maniquí lo portara. Era amplio y parecía pesado, semejante a la vestimenta de un astronauta.

—Lo cierto es que no son muy eficientes. Cualquiera puede pensar que es muy sencillo crear trajes protectores de gas, pero, para comprender lo difícil que en realidad resulta producirlos, se necesita saber más sobre ASFIXIA —comenzó a decir de manera muy elocuente, demostrando su amplio conocimiento sobre el tema—. El gas es muy inteligente y muy capaz de colarse hasta por los espacios más pequeños, por lo tanto, la única opción para subir es separar el gas del oxígeno y purificarlo, pero con las maquinarias que tenemos el proceso es lento, así que aquí se hicieron trajes con tanques de oxígeno incluidos que permiten estar sobre la superficie por seis horas consecutivas. Está muy bien por ahora, pero los trajes de El Imperio

permiten al menos nueve horas porque ellos tienen mayor acceso a materiales y a ingenieros que pueden hacer diseños de alto nivel.

—¿Lo único que los limita es la falta de materiales?

Nina asintió.

—Y de profesionales también. No es imposible crear un traje que permita estar en la superficie por tiempo ilimitado, pero es muy difícil encontrar los materiales y las maquinarias que requiere su producción —aclaró y pasó algunas hojas para mostrar otro traje—. Yo diseñé este, es capaz de purificar el aire por su propia cuenta para que el sujeto pueda tener tanto oxígeno como hay en la tierra, pero para producir uno se necesitaría hacer varias expediciones a antiguas sedes científicas y trabajar con nanotecnología avanzada.

El boceto del traje no solo lo hacía ver ligero, sino también muy moderno. Se adhería al cuerpo y tenía una máscara conectada a la tela por manguerillas muy delgadas, todo lo contrario al traje que Levi había pretendido usar la noche del *predator* y al anterior dibujo que me había mostrado.

—Tienes que enseñarle este cuaderno a Levi, él sí tomará en cuenta tus ideas.

Ella sonrió con cierta suficiencia, haciendo un gesto bastante gracioso que realzó sus redondeadas mejillas.

—¿Sabes qué? Lo he considerado. Se lo mostraré después de mi prueba en las fosas. Cuando sepa que aprobé para subir de nivel, estaré mucho más tranquila y lista para exponerle cada cosa que hay en estas páginas.

En ese instante vi al comandante entrar al comedor. Casi todos lo saludaron, como de costumbre, y él les devolvió el saludo en forma respetuosa. Se dirigió a donde estaban las bandejas, recibió la comida y fue a sentarse en su

mesa con los demás superiores. A su lado derecho siempre estaba Ligre, y al izquierdo estaba Butterfly, que, aunque era muy obvio que le coqueteaba, no era la mujer del maldito brazo, y yo quería saber quién era.

Volví mi atención hacia Nina. Se había dedicado a dibujar y hacer anotaciones. Quise preguntarle acerca de la cabaña, pero tenía que asegurarme de no hacerle sospechar nada.

—Nina —le llamé. Ella, muy concentrada y sin mirarme, respondió con apenas un sonido, así que aproveché para soltar la pregunta—: ¿Recuerdas la cabaña de metal?

—Sí, ¿qué hay con ella? —contestó sin mucho interés.

—Se me ha hecho muy difícil recordar quien vive allí. ¿Podrías decirme?

Dejó el lápiz a un lado e inhaló hondo mientras miraba al vacío.

—A ver... Creo que tampoco lo recuerdo… ¡Ah, claro! Sí, ya sé, ahí vive...

Y entonces le interrumpieron. La voz de Exen llegó hasta nuestros oídos arruinando la confesión de Nina. El soldado parecía ansioso, pero también obstinado, como si algo le molestara demasiado.

—Necesito hablar contigo —dijo.

—Espera a que termine la hora de la cena —le dije y volví toda mi atención hacia Nina, esperando que pudiéramos retomar la conversación, pero Exen se mantuvo ahí.

—No, debe ser ahora —refutó, insistiendo.

—Ya, Exen, lárgate de aquí, hueles a puros engaños —bufó Nina con molestia al ver que no se iba. Exen la ignoró por completo.

—Drey, es necesario que hablemos —pronunció él con detenimiento, intentando hacerme saber que era algo muy importante.

—No irá, así que ya vete, solo estás estorbando como siempre —rebatió Nina, pero para sorpresa de ambas, Exen apoyó sus palmas sobre la mesa y se inclinó hacia ella. Sus rostros quedaron muy cerca.

—No estoy hablando contigo, nunca hablo contigo. ¿Por qué no dejas de meterte en todo y te dedicas a comer ya que se nota que es lo único que sabes hacer bien?

Lo miramos estupefactas. Los párpados de Nina se abrieron y cerraron repetidamente, mientras que yo buscaba las palabras necesarias para intervenir sin causar una discusión entre ambos.

Me apresuré a levantarme de la silla y tomé a Exen por el brazo para hacer que se enderezara.

—Vamos —le dije, pero antes de irme posé una mano en el hombro de Nina para luego susurrarle—: yo me encargo.

Lo seguí a la salida del comedor hasta que estuvimos lo suficientemente lejos como para no ser vistos o escuchados. Nos ubicamos detrás de una de las cabañas por donde ya no pasaba ni un alma, y le encaré bajo la tenue luz de las lámparas.

—¿Qué pasa contigo? ¿Por qué le hablas así? —reproché—. Realmente te comportas como un idiota algunas veces.

—Nina me da igual. Cada vez que me ve intenta provocarme, y se me hace muy difícil quedarme callado —respondió con indiferencia y cambió rápidamente de tema—. Necesito contarte algo. Hace unas horas escuché una conversación muy importante entre Levi y Ligre.

—¿Qué escuchaste?

Miró hacia ambos lados antes de hablar.

—Bueno, primero hablaban de ti, sobre lo inexperta que eras y de lo mal que fue tu primer día de entrenamiento con Carter. ¿En serio eres tan torpe? —murmuró. Eso me desanimó un poco, pero era cierto.

—Pues sí, pero, ¿qué esperan? Nunca había hecho algo así. No soy la chica que sale de la nada con dotes y cualidades magníficas, que puede controlarlo y lograrlo todo.

Exen curvó su boca hacia abajo y asintió con la cabeza.

—Sí, en eso tienes razón. No te convertirás en un buen soldado de la noche a la mañana. En fin, después de que hablaron de ti, Levi le mencionó a Ligre que sospechaba que había un infiltrado de El Imperio entre nosotros.

—¡Te lo dije! —exclamé sin alzar demasiado el tono de voz. Exen dio un paso hacia adelante para acercarse más a mí.

—¡Ajá! Pero eso no es lo más extraño. Lo que me pareció raro fue que se lo estuviera diciendo solamente a Ligre y no a Butterfly y a Carter que también forman parte de su unidad principal —añadió—. ¿Sabes? Creo que hay algo muy raro aquí, algo interesante está pasando. Ellos son una unidad, si van a hablar de cosas importantes lo hacen juntos, no por separado.

—¿Escuchaste algo más?

—Levi dijo que una traición no se pasa por alto, y que quien sea que fuese, lo agarrarían.

—¿Una traición? ¿Por qué habla de traición? ¿Será que cree que el infiltrado es alguien cercano? —murmuré.

—Y ese alguien debe ser el mismo que saboteó las plataformas.

—Pero, ¿será de la Unidad Principal de Especialistas?

Se formó una sonrisa en el rostro de Exen.

—Tenemos que descubrir quién es —propuso—. Debemos hacerlo.

—¡¿Y qué es lo que tienen que hacer?!

Una voz femenina y chillona nos sobresaltó. Cuando nos dimos vuelta, nos encontramos ante una Didi enfadada, con los brazos cruzados y la ira llameándole en la mirada. Me di cuenta de lo mal que podía verse la escena a través de sus ojos. Exen y yo nos hallábamos completamente solos, casi a oscuras, muy cerca el uno del otro.

—Me habías dicho que esta… chica, solo era tu amiga, pero veo que es otra de tus millones de mentiras. Debí imaginar que te escondías por aquí con ella, imbécil —bramó la rubia, paseando su mirada despectiva sobre ambos.

—¿No puedes quedarte quieta en un solo sitio? —le preguntó con cierto fastidio—. ¡¿Tienes que seguirme a todos los jodidos lados?! ¿Eres mi cola o qué?

—¡Eres mi novio, por lo tanto, tengo derecho a saber todo lo que haces y con quién lo haces!

—¡Te he dicho que no, que no debes saber todo lo que hago! ¡Maldita sea! ¡Me tienes la vida hecha mierda! ¿No lo entiendes? —soltó él.

No supe si irme despacio o quedarme ahí escuchando la discusión.

—¡Y tú me volverás loca con tus infidelidades! ¡Siempre lo haces! ¿Por qué tienes que engañarme de esa manera?

Casi gritaban, así que supuse que pronto alguien más escucharía el escándalo.

—¡Que no te estoy siendo infiel! ¿Podrías dejar el drama aunque sea por un momento?

—¿Entonces qué haces aquí, escondido, murmurando, y con ella? —alegó y

por último me señaló.

—¡Estamos hablando! ¡Hablando! ¿Sabes lo que es hablar? No, no lo sabes, porque solo sabes gritar y discutir —vociferó Exen, haciendo gestos exagerados—. ¡Estás loca y desquiciada!

Didi resopló tan fuerte que pudimos escucharla. Apretó con fuerza sus manos y formó puños tensos. Estaba muy enojada y aunque por la poca luz que había no podía detallar bien sus ojos, estaba segura de que se le habían humedecido. La forma en la que ambos se trataban era detestable y muy injusta tanto para ella como para él, pero yo era la que menos podía opinar o intervenir, así que no pronuncié palabra.

—¿Sabes qué, Exen? ¡Te detesto! Me aseguraré de que todos sepan lo mentiroso que eres, me aseguraré de que te arrepientas de haberme engañado —pronunció ella, con detenimiento, haciendo énfasis en cada palabra.

Exen puso los ojos en blanco y torció el gesto. La amenaza no le asustó, pero a mí me sonó muy convincente.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a decirles a todos que soy un infiel porque no ando pegado a ti a toda hora? ¿Vas a decirles que soy malo porque no hago lo que tú quieres? Si vas a hacerlo, entonces asegúrate de añadir que tú tampoco eres una santa.

—Ya verás, Exen Palafox —murmuró Didi con una nota de resentimiento en su voz.

Y se fue. El soldado suspiró con cansancio, también estaba molesto, pero la rubia lo estaba más. Aunque las amenazas de su novia no le hacían temer ni un poco, a mí me parecían bastante reales. No había nada peor que una mujer dolida, y si Didi era tan manipuladora como parecía, lo que deparaba para Exen y su relación no podía ser nada bueno.

—Hablaremos mañana, ¿de acuerdo? —me dijo.

Asentí haciéndole entender que lo comprendía completamente. Sin perder tiempo se apresuró a marcharse, pero mientras se alejaba pude escuchar:

—¡Didi! ¡Didi! ¡Joder, ven aquí ahora mismo!

Eran una pareja muy extraña, pero no me concernía su relación, así que me dediqué a pensar en el tema del infiltrado. Eso ya lo había escuchado de Levi en la habitación médica, pero no le había dado toda la importancia que merecía. El hecho de que él se lo dijera exclusivamente a Ligre podía dar a entender que no confiaba demasiado en los otros dos miembros de la unidad, por lo tanto, valía la pena preguntarse: ¿por qué? Que hubiera un infiltrado era peligroso, eso podía deducirlo cualquiera, pero, ¿quién podría ser?, ¿de quién se podía sospechar?

Repentinamente, sentí una punzada en la cabeza. Me llevé la mano a la frente y emití un quejido; era un ligero dolor, uno incómodo. Fruncí el ceño y luego volví a sentir otra punzada, como si algo hiciera presión en mi cerebro. Inhalé hondo y cerré los ojos con fuerza, esperando que pasara. Después de unos segundos, el dolor cesó por completo, pero la inquietud se mantuvo palpitante en mis pensamientos.

14

—La anestesia hará efecto de inmediato, no te preocupes —dijo el doctor Julian.

Estaba sentada sobre una camilla. Me habían colocado anestesia para poder realizar una biopsia y también me habían explicado que estaría despierta en todo momento, pero que no sentiría dolor alguno.

—¿Cree que mis pulmones puedan revelar algo? —inquirí. En la sala de operaciones solo estábamos el doctor, una enfermera muy joven y yo.

—No estoy seguro, pero espero que los análisis del tejido nos proporcionen información importante —respondió él—. Por favor, recuéstate boca abajo, pero antes es necesario que tengas el torso desnudo. ¿Estás de acuerdo?

—No hay problema.

Sin vestir nada me veía mucho más delgada, pero no siempre había sido así. Antes, cuando las personas aún poblaban la tierra y mi madre me alimentaba y podíamos consumir todo tipo de nutrientes, había tenido más peso, piernas más llenas, brazos más llenos y mejillas más llenas, y cuando lo recordaba terminaba extrañando aquellos días. No había parecido tan frágil ni tan menuda, y pretendía volver a esa contextura.

Me coloqué boca abajo en la camilla, ya con el torso desnudo. Un segundo después, la enfermera acudió a mí, puso una almohada bajo mi estómago y entonces me incliné hacia un lado, recostándome con los brazos extendidos por encima de la cabeza. En esa posición mi pecho estaba totalmente al

descubierto. No me sentía del todo cómoda, pero debía soportarlo porque no duraría demasiado.

Julian se aproximó con un carrito de implementos médicos y después de dejarlo cerca, fue a lavarse las manos. Me fijé en que detrás de mí había un aparato con una pantalla que supuse que él usaría.

—Mantendrás el brazo alzado hasta que te lo indique —dijo después de regresar y de que la enfermera le colocara sus respectivos accesorios médicos.

—Esto es incómodo —confesé.

—Tranquila, no tardaré. Relájate.

No sentí nada, pero supe que él estaba haciendo su trabajo.

Los minutos pasaron y solo me dediqué a esperar o a mirar hacia el vacío. Perdería ese día de entrenamiento, pero lo veía necesario. Nadie más que yo deseaba con tantas ganas conocer el origen de la inmunidad, y estaba dispuesta a someterme a todos los procesos que se requirieran para poder descubrirlo.

La puerta del quirófano se abrió y el comandante se introdujo en el lugar. La vergüenza que sentí por tener el pecho desnudo ante él, me obligó a sonrojarme. Me observó por un instante, entrecerrando ligeramente los ojos, pero luego posó toda su atención en lo que Julian estaba haciendo.

—Lo lamento, estaba en una reunión importante con Ligre —habló. Llevaba una bata y un tapabocas como los del doctor—. ¿Va todo bien?

—Este es un procedimiento sencillo, ya te lo dije, pero por hoy no podrá entrenar. Para mañana no habrá inconveniente con que lo haga, ya que internamente sanará muy rápido —le informó Julian.

Levi fijó su atención en mí.

—¿Cómo te sientes, Drey? —me preguntó.

Tragué saliva. ¿Que cómo me sentía? Expuesta, apenada, con unas inmensas ganas de salir corriendo de allí. Busqué la mirada de Julian, por si acaso entendía que quería cubrirme, pero estaba sumido en su trabajo y no se percataba de nada más. Observé también a la enfermera en busca de ayuda, pero ella también estaba ensimismada en lo que el doctor hacía. El comandante lucía tranquilo, muy cómodo con mi desnudez al descubierto.

—Bien —me limité a responder.

—Todo acá luce normal; voy a extraer lo que necesito —comentó Julian. Ambos miraron por encima de mí, quizás hacia la pantalla.

—¿Los exámenes de sangre dieron algún resultado importante? —inquirió Levi.

—La hematología completa nos dice que Drey está en perfecto estado, aunque con un poco de anemia por la mala alimentación, pero no mostró nada fuera de lo normal. Hay que hacer exámenes más profundos para buscar alguna variación, alguna diferencia en ella que nos dé pistas sobre qué la hace tan resistente al gas.

El comandante asintió con la cabeza, como aprobándolo todo.

—Haz los exámenes que creas pertinentes.

Pasados unos minutos, nuestras miradas se encontraron. Estaba segura de que mis mejillas lucían rojas como un tomate y que parecía un cachorro asustado. No deseaba ser observada en ese estado y mucho menos por él. Me pregunté entonces por qué Julian lo había dejado entrar, por qué le había permitido verme tan vulnerable, y quise reprocharle por eso.

—Julian me dijo que has tenido pesadillas —comentó. Alcé las cejas con sorpresa.

—¿No se supone que eso es secreto entre psicólogo y paciente? —pregunté. El doctor Julian rio entre dientes y dijo:

—No hay secretos para el comandante, Drey.

—¿Mi desnudez no podía ser un secreto? —bufé.

—Tú no te preocupes, Levi es tan profesional como yo. Si no lo supiera, no estaría aquí —expresó Julian—. Hay cosas que no sabes de él, como que estuvo estudiando enfermería por dos años mientras estaba en el ejército.

—Ah, qué polifacético —refuté, girando los ojos.

Aunque hubiese estudiado para ser astronauta, no le daba el derecho de hacerme sentir expuesta.

—No tienes nada que no haya visto ya —intervino Levi—. Ahora dime, ¿todas tus pesadillas son con Carter o hay algo más en ellas?

Lo pensé por un instante. El sonido de la caja de música, el tintineo y además los números…

—Números. Hay unos números, a veces en una canción y otras veces solo escucho que alguien los pronuncia, una voz irreconocible, como si no tuviera género.

Ambos hombres fruncieron el ceño. Lo de los números era intrigante, pero no les había dado importancia. Realmente, no le estaba dando importancia a lo que debía.

—¿Números? ¿Puedes decírmelos?

—Eh sí, creo que era: cero, uno, uno, dos, tres, cinco… —pronuncié, pero por más que traté de recordarlos completamente, no pude—. Lo siento, no recuerdo qué sigue.

—¿Será cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece? —soltó Julian.

—Sí, así es.

El doctor continuó mirando lo que hacía, pero había duda en su rostro. Levi, en cambio, lo observó esperando una aclaración que yo también quise escuchar.

—Esos números pertenecen a la sucesión de Fibonacci. Es una sucesión infinita en donde cada término es la suma de los dos términos anteriores. Se define por la relación de recurrencia; uno más uno es dos, dos más uno es tres, tres más dos son cinco, cinco más tres son ocho y así sucesivamente. Es infinita, pero… no le encuentro una explicación a por qué está en tus sueños —explicó Julian.

—¿No tienes ni una pequeña idea de lo que pueda significar? —le preguntó el comandante. El doctor extendió la mano hacia la enfermera quien le proporcionó algo que no pude observar bien.

—Tengo una idea, pero no del todo clara. Se me ocurre que puede ser la manifestación de algún recuerdo que la terapia electroconvulsiva bloqueó. Si es así, entonces es algo muy bueno, así que, el hecho de que sueñe con una sucesión de números es algo que no se puede pasar por alto —dijo y luego suspiró—. Tú sabes que nunca he estado de acuerdo con esto, pero creo que debes llevar a Drey a ver a Pantera.

—¿Crees que sea buena idea?

Julian se giró para encararlo, dejando a un lado el procedimiento de la biopsia, aunque en realidad no supe si había terminado.

—Confías en las capacidades de Pantera, ¿cierto? —le dijo—. Entonces es momento de permitir que ella entre en la mente de alguien más.

El comandante me echó una última mirada, pero esa vez fue más completa. Desde mi torso desnudo hasta mi rostro sonrojado; vi cómo sus ojos

recorrieron mi piel. No pude decir nada, ni siquiera quise hacerlo.

Después salió de la habitación sin decir algo, y en mi mente solo había una duda: ¿quién era Pantera?

• • •

Después de que Julian realizara la biopsia con éxito, me indicó que debía ir a la cabaña a descansar por el resto del día, porque a pesar de que no se trataba de un gran procedimiento quirúrgico, tenía una abertura suturada que sanaría en tan solo veinticuatro horas.

Me había quedado pensando en lo que se habló dentro del quirófano, aquello sobre una tal Pantera y sobre que Levi debía dejar que ella entrara en otra mente. Había sido una conversación muy extraña, pero, ¿qué no era extraño en aquel lugar?

Cuando llegué a la cabaña, me encontré a Ecain parado frente a la puerta. Llevaba el habitual uniforme de camisa verde y unas botas negras muy parecidas a las que usaba Ligre. Bajo la luz especial de las lámparas, su cabello lucía más brilloso y él parecía más encantador. Al verme esbozó una gran sonrisa y todo su semblante cambió.

—Espero no molestar, quería hablar contigo un rato —dijo cuando me acerqué.

—No molestas, vamos, pasa.

Abrí la puerta y ambos entramos a la cabaña. Nina no estaba ahí porque sus clases duraban casi todo el día, así que me fui con cuidado a la cama para poder recostarme. El efecto de la anestesia estaba pasando, así que comenzaba a sentir una ligera molestia en la espalda y no tenía ganas de quedarme por mucho tiempo de pie.

—¿Te incomoda si me recuesto? Es que acaban de hacerme unos análisis —

le dije mientras me posicionaba sobre el colchón.

—Para nada, ponte cómoda, es tu cabaña. —Se sentó al final de la cama, muy cerca de mis pies—. ¿Te están haciendo muchos exámenes? ¿Te sientes bien con ello?

—No tantos, pero di mi consentimiento. Todos queremos saber qué es lo que me hace tan diferente —confesé. Él se quedó en silencio por un momento, como si dudara en hablar.

—Bueno, vine porque quería preguntarte algunas cosas, nada fuera de lugar. No sé, siento mucha curiosidad sobre ti, pareces ser muy especial.

—Bien, ¿qué quieres saber?

Ecain separó las piernas, entrelazó los dedos y miró hacia arriba.

—A ver… —murmuró, pensativo—. ¿Qué se siente respirar el gas? Digo, ¿huele a algo?

—No, no huele a nada. Ni siquiera sabía que había gas en el aire, no puede diferenciarse del oxígeno.

Me entretenía hablar con él, tal y como lo habíamos hecho en el comedor después de la reunión con la unidad.

—¿Y cómo es estar sola allá arriba?

La pregunta me hizo recordar aquellos años, mi poco entendimiento sobre lo que había sucedido, mi confusión y mi forma de reaccionar ante la soledad. Tantas noches de insomnio, tantas preguntas, tantas caminatas por las calles pobladas de malditos cadáveres, tanta tristeza me había dejado en un muy mal estado. Desde que llegué a LA RAI, nadie se había atrevido a hacerme esa pregunta, y ahora que Ecain me la formulaba ni siquiera sabía cómo responderle o cómo resumir todo lo que había sentido.

—Es terrible —fue lo que pude decir. Se me formó un nudo en la garganta. Ecain puso cara de vergüenza.

—Lo lamento, no quería dar en un punto sensible —se excusó—. ¿Te sientes bien aquí en LA RAI? Todo esto debe ser muy nuevo para ti.

Tomé un poco de aire y me obligué a formar una sonrisa que no se parecía ni un poco a las maravillosas y tranquilizadoras que él me obsequiaba.

—Me siento bien aquí.

Él asintió.

—Bien, tú… ¿Necesitas algo? Puedo traerte la comida, ¿quieres? Tenía muchas preguntas, pero como que se me esfumaron de la mente.

—Eres demasiado amable, Ecain, más de lo normal —le dije. Se rascó la nuca.

—¿Eso es bueno o malo? —inquirió con algo de preocupación.

—Es bueno, aunque no sé si eres amable conmigo porque puedo soportar el gas o porque te agrado.

Lo dije en broma, pero él pareció no darse cuenta.

—Siempre soy así —alegó y me miró con timidez, algo que me tomó por sorpresa—. Pero sí, me agradas y también me pareces muy bonita.

Era la primera vez en toda mi vida que alguien —a excepción de mi madre— me halagaba de esa manera. No supe qué decir.

—Supongo que debo agradecer —murmuré y torcí el gesto. Ecain frunció el ceño.

—¿No te gustan los cumplidos?

El ambiente se tornó un poco incómodo.

—Nunca me habían hecho uno y, de todos modos, nunca estuve tan de acuerdo con los halagos innecesarios a la apariencia física.

—Pues vaya, eso es un gran pensamiento —soltó alzando las cejas—. ¿Puedo al menos pensar en secreto que eres bonita?

—Eso no puedo impedírtelo —dije, riendo.

Él también rio, con dulzura, con un poco de timidez y con un brillo maravilloso en los ojos. Ecain era muy diferente a las personas que conocía. Era notablemente diferente a Exen, a Ligre, a Carter, a Julian y sobre todo a Levi, porque sentía que cuando me observaba veía a Drey, a una chica, y no a la persona capaz de respirar el gas, lo cual la hacía valiosa. Con Ecain el ambiente era distinto, más tranquilo y muy sereno, casi reconfortante. No había preocupación ni temor alguno, solo existía la satisfacción de una conversación agradable y de una compañía entretenida.

—Entonces, ¿querrás que te traiga la comida? Puedo cenar aquí contigo —preguntó nuevamente.

—No, no te preocupes, puedo caminar. Aunque no suena nada mal —bromeé, pero entonces sentí la necesidad de esclarecer la duda que tanto me estaba inquietando—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Quién es Pantera? —inquirí—. No la conozco, pero lo que he oído de ella hasta ahora me causa mucha curiosidad.

Ecain relajó el rostro. Quizás se esperaba una pregunta diferente.

—Pantera es la quinta miembro de la Unidad Principal de Especialistas —contestó bajando un poco el tono de voz—. Diría yo que la más interesante de esa unidad, pero también la más peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Por qué?

Miró hacia un punto fijo del vacío y vaciló en responder, lo supe por el silencio que mantuvo durante un minuto y por la expresión de incomodidad que se le dibujó en el rostro.

—Toda unidad, grupo, movimiento y hasta ejército, tiene un arma secreta. Pantera es tan importante para LA RAI como tú. Es un arma de doble filo —explicó. No parecía muy cómodo hablando de ello—. Es una mujer... diferente.

—Eso no responde completamente a mi pregunta. ¿Por qué es peligrosa?

Ecain exhaló. Era notable que no quería hablar de eso, pero deseaba saber qué había tras aquella persona. Si preguntárselo a Nina no funcionaba, con Ecain debía obtener al menos alguna aclaración.

—Todos pensamos que lo es, pero deberías esperar a verla tú misma. En algún momento tendrás que conocerla, todos en algún momento la conocemos.

—No entiendo por qué tanto misterio —murmuré—. ¿Cómo que es diferente?

—Mira, Drey, lo que pasa es que a mí no me gusta hablar mucho de ella o mencionarla. Si le preguntas a cualquier soldado sobre Pantera, te dirá que es mal augurio. Cosas tontas, sí, pero cuando la conozcas probablemente pienses lo mismo.

—¿Un mal augurio mencionar a alguien? Eso parece de leyenda urbana —objeté, cruzándome de brazos.

—No tanto así, es solo que no les gusta el tema. Creo que a nadie le gusta. Todo lo relacionado a ella es muy raro. ¿Por qué crees que nunca la has visto desde que estás aquí? No se mezcla con la gente.

Quise levantarme para quedar sentada sobre la cama, pero sentí un dolor

punzante en la espalda y solté un quejido. Ecain acudió de inmediato y al acercarse demasiado percibí su aroma. Olía a jabón, a frescura. Se inclinó, colocó una mano en mi espalda y con la otra tomó mi mano.

—No te esfuerces —me susurró. Me sentí extrañamente nerviosa.

—Ya, solo quería acomodarme.

Su rostro se mantuvo cerca y su expresión denotó preocupación. Era atractivo, al menos para mí, así que deseé que el momento se ralentizara y no terminara.

—¿Segura? ¿Te duele algo? ¿Quieres agua? ¿Necesitas acompañante? —preguntó con rapidez, intentando no disimular la diversión.

—Basta... —musité riendo.

Me agradaba, aunque no sabía mucho de él, pero me gustaba tenerlo cerca. Probablemente era porque mis hormonas nunca afloraron o porque mis necesidades adolescentes estaban reprimidas, pero sentí que Ecain causaba algo en mí, una chispa, un cosquilleo, algo que nunca había experimentado. Encogí las piernas y le permití sentarse frente a mí. Estábamos cara a cara, y como cada vez que lo tenía cerca, me encontré en calma.

—¿Sabes? Me ha ido muy mal en los entrenamientos —le comenté—. Carter dice que tengo brazos muy delgados, y pues no quiero que piense que no puedo ser capaz de convertirme en buen soldado. ¿Podrías ayudarme a entrenar más duro? Podrías aconsejarme, no lo sé. Eres casi un experto.

—Claro que sí —aceptó con ánimo—. Podemos hacer fuertes esos brazos de pollo.

—¡Los pollos no tienen brazos!

A ambos nos causó gracia. Se me relajó el cuerpo al reír. Podía incluir a

Ecain en mi círculo de posibles amigos, pero si era sincera, muy en el fondo, algo me dictó que podía incluirlo en el círculo de posibles más que amigos. Un círculo que acababa de trazar.

—¿A qué hora quieres empezar? —inquirió después de que se prolongó mi silencio.

—Bueno, puedo una hora en la mañana, entre el almuerzo, y una hora en la tarde, tú escoge.

De repente se puso serio, como si acabara de ver algo que le disgustó.

—Esos moretones que tienes en la cara, ¿cómo te los hiciste?

Él ignoraba por completo lo que Carter me había hecho, porque entre la información que Levi les dio, de seguro no añadió ese pequeño detalle. Me llevé los dedos a la comisura de la boca, ahí en donde sabía que tenía un golpe que ya estaba sanando. Deseé en ese momento que las heridas externas pudieran curarse tan rápido como las internas.

—Me los hice cuando caí en la fosa, cuando llegué aquí —mentí.

Se movió un poco hacia adelante y con su mano acarició uno de los moretones.

—Les falta poco para sanar.

Pudimos quedarnos así por un buen rato, solo mirándonos. Pude haberle pedido que dejara su mano sobre mi mejilla o también pudimos habernos conocido mucho más de no ser porque la puerta se abrió y el sonido producido por unos pasos, llenó el recinto.

Giramos la cabeza al mismo tiempo y nos encontramos ante la imponente presencia de Levi. Ecain bajó la mano rompiendo el contacto y entonces sentí un gran disgusto hacia el comandante por haber arruinado el momento.

—Ecain —dijo. Completamente circunspecto, nos evaluó como si nos hubiese encontrado haciendo algo malo—. Pensé que a esta hora entrenabas con la unidad.

—Sí, pero me tomé un momento para visitar a Drey. Me enteré de que le estaban haciendo algunos procedimientos y quise saber cómo estaba.

—¿Y ya te aseguraste de que está en perfecto estado? ¿Viste que está entera? —soltó Levi. Quise interrumpirle y pedirle que se marchara, pero no pude hacerlo delante de Ecain.

—Sí, señor.

—Entonces puedes volver a tu entrenamiento —le ordenó.

El soldado se levantó de la cama y me dedicó la mejor sonrisa que tenía. No quería que se fuera, pero el comandante había hablado y él, como inferior, no podía refutarle o negarse a cumplir con lo ordenado.

—Te veo mañana —me dijo.

Mientras salía de la cabaña, le seguí con la mirada. Así de frustrante se sentía cuando algo que te gustaba, acababa. Levi se acercó, pero yo seguí observando el lugar por el que Ecain se había ido. El instante estropeado me dejó una sensación de vacío.

—¿Les arruiné el momento? —dijo de repente. Me concentré en él, recordando que seguía ahí.

—Mentiría si le digo que no —contesté con un muy disimulado toque de molestia.

—Mejoras en sinceridad y comunicación, pero no en los entrenamientos. ¿Cómo funcionas, Drey? —comentó con cierta diversión, una que no compartimos.

—Bueno, lamento decepcionarle. Ahora, ¿qué necesitaba?

—No tienes que enojarte, verás a Ecain todos los días. Vine porque necesito que me acompañes.

—¿Y a dónde? —pregunté. Él tomó asiento en la cama, pero mantuvo la distancia.

—¿Recuerdas algo de tu infancia que tenga que ver con el proyecto INMUNOEFICIENCIA? —inquirió. El cambio de tema me desconcertó.

—No, todos los recuerdos que tengo son normales —confesé. Levi asintió como si lo supiera.

—Bueno, eso es un telón —dijo. No comprendí el término—. Tus recuerdos normales y felices cubren los recuerdos del proyecto, de los experimentos, de todo aquello que no serás capaz de saber a menos de que el telón se abra —explicó.

—¿Un telón? ¿Y usted cómo sabe eso?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que tenemos que abrirlo. Tenemos que ver lo que está oculto en tu mente —expuso con insistencia—. Drey, para que sepamos por qué eres inmune, vas a tener que recordar.

—Y, ¿cómo lo haré?

—Vas a acompañarme. Te llevaré a conocer a alguien que te ayudará. Ella abrirá tu telón.

15

Levi y yo salimos de la cabaña cuando todos se dirigían al comedor para la cena. La anestesia había pasado y sentía un incómodo dolor en las costillas, pero no era nada que me impidiera caminar.

Supuse que me llevaría a ver a Pantera, tal y como se lo había dicho Julian, así que estaba ansiosa por saber quién era ella y por qué había tanto misterio relacionado a su persona.

Esa incertidumbre que experimentaba se transformó en confusión cuando me di cuenta de que íbamos hacia la cabaña de metal. Quise preguntar algo, pero ni mi boca ni mi mente me lo permitieron.

Las ansias aumentaron.

Nos detuvimos frente a la puerta. El comandante le dio unos toques. Pasados unos segundos, nadie abrió, así que él se encargó de hacerme pasar.

La piel se me erizó al atravesar la entrada. Las paredes eran enteramente de color plateado; había un pequeño y gastado refrigerador contra una de ellas y algunos sofás se hallaban dispuestos en el centro. No había ninguna cama ni nada relacionado a los muebles básicos de una habitación.

Era una cabaña muy vacía y deprimente.

En una esquina, frente a un gran espejo ovalado, sentada sobre un pequeño banco de madera perteneciente a un viejo peinador, estaba una mujer de tez nívea que peinaba con delicadeza su largo y lacio cabello negro azabache. Solamente movía sus brazos con cierta gracia, aun cuando los mismos

parecían débiles.

Reconocí los pálidos nudillos y las largas uñas, por supuesto, porque era la mujer con la que Levi había estado aquella madrugada.

—Pantera, ella es Drey —habló el comandante.

A ella pertenecía el maldito brazo, y sentí cierta molestia al estar ahí.

La mujer dejó a un lado el cepillo y se levantó del asiento para dar la cara. Un iris casi transparente, brilló. En sus sienes se exponían dos cicatrices redondeadas y abultadas, además, su rostro exhibía una belleza indiscutible. Entendí entonces por qué el comandante mantenía una relación con ella, era hermosa.

La misteriosa dama se aproximó con un sugerente contoneo. Sobre su escuálido cuello reposaba un bonito collar plateado que casi parecía de metal, como todo a su alrededor.

—Conozco a Drey —dijo—. Sentí su llegada.

Su voz era suave, penetrante, instigadora y también reconocible para mí. Era la misma que había escuchado en los laboratorios, la de aquella mujer que nunca pude ver. De inmediato, el recuerdo de las palabras de Carter llegó a mi mente:

«¿Que no ves que quería infiltrarse? De no ser por Pantera, jamás lo hubiésemos sabido. Pero qué suerte que es muy tonta la rata esta, quiso entrar por una de las fosas abandonadas. Ni siquiera merece vivir...».

Pantera. Ella les había informado sobre mi caída en la fosa, pero, ¿cómo? Solo habría podido saber en dónde me encontraba si me hubiese visto caer, pero nadie lo había presenciado, había estado sola. Entonces ella… había sentido mi llegada. Otro recuerdo se hizo presente. En la fosa, cuando casi me daba por vencida, sentí fuertes punzadas en la cabeza. Eso había sido como...

había sido...

—¿Cómo si alguien penetrara en tu mente? —inquirió Pantera.

—Tú... Tú causaste las punzadas en mi cabeza. Tú haces que me sucedan.

Las comisuras de sus gruesos labios se elevaron paulatinamente y una sonrisa maliciosa se dibujó en su lozano rostro.

—Las punzadas que sientes se producen porque tu mente colisiona con la mía —aclaró mientras se acercaba a Levi—. Así sucedió cuando caíste en la fosa, sentí tu miedo, tu dolor, y te encontré.

—Entonces sabías que no era una infiltrada —murmuré, intentando comprenderlo. Miré al comandante tratando de encontrar alguna respuesta, pero él se mantuvo en silencio.

Pantera pasó una mano por su hombro, casi como una caricia. Él no se inmutó.

—Puedes irte —le dijo ella después de extender el roce hasta su barbilla. Parecía ser muy afectiva, pero, ¿sería así solo con él?

No quise que nos dejara a solas. Traté de transmitirle mi inquietud con la mirada, pero él asintió, obedeció y se encaminó hacia la puerta para desaparecer. Fui incapaz de emitir alguna palabra que le hiciera quedarse. Ante Pantera me sentí diminuta, casi indefensa, pues su intimidante presencia hizo que el ambiente se tornara pesado y turbio.

—No tengas miedo, al menos no de mí —me dijo—. Se quedará afuera. Se preocupa demasiado como para irse.

Me pregunté por qué estar cerca de ella producía una sensación de intranquilidad agobiante. Era como si dentro de la cabaña fuese un mundo distinto, uno más sombrío y triste.

Miré hacia todos lados estudiando el entorno. No había más que una simple ventana y al no hallar otra, el aire comenzó a faltarme. En la pared que estaba a mi izquierda pude visualizar algo que me llamó mucho la atención. Cuatro recortes de periódico estaban adheridos en forma de collage, reflejando algunas noticias que no podía leer desde mi posición.

Pantera se dirigió hacia el gran sofá que había en medio del recinto —muy cerca de una puerta que podía conducir a alguna parte— se sentó en él y me indicó que tomara asiento a su lado.

—¿Qué es lo que quieres recordar? —me preguntó.

Desde mi sitio podía detallarla mejor, pero traté de no concentrarme en las cicatrices de sus sienes.

—Levi quiere que... —comencé a decir, pero antes de continuar, ella me interrumpió.

—No me interesa lo que Levi quiera. Pregunté qué es lo que quieres tú, así que dime, ¿qué es lo que deseas recordar?

Me hice la misma pregunta. ¿Qué era lo que yo quería? Necesitaba recordar el momento en que habían experimentado conmigo, pero más que eso, deseaba saber si mis padres lo habían consentido, si todo había sido planeado. Quería saber a qué edad, en qué momento y en dónde había tenido lugar la intervención.

—No lo sabes con exactitud, ¿cierto? —comentó, rompiendo el silencio. Se le veía muy serena, completamente cómoda.

—Sí, es solo que... —reí con cierto nerviosismo—. No comprendo cómo vas a ayudarme. No lo entiendo.

Ella dejó caer lánguidamente sus párpados, tomó aire, sonrió como si estuviese disfrutando el momento y entonces, en un tono hermético, dijo:

—En esta vida existe una gran conexión entre una mente y otra. Hay quienes lo llaman «almas gemelas», pero no es más que el cerebro humano atrayendo como un imán a su semejante. No se trata de parejas, ni de amor. Es una conexión únicamente mental, y no han existido nunca más de dos mentes relacionadas entre sí… hasta ahora. Es posible desprenderlas, eliminar el lazo que las une, pero, aunque lo intente, la conexión entre tu mente y la mía no se rompe. Estamos vinculadas.

Cerró con más fuerza los ojos y experimenté una intensa corriente en la cabeza. Tuve que soltar un quejido por el dolor, pero la incómoda sensación desapareció después de unos segundos cuando ella relajó el rostro y desplegó los párpados.

—¿Cómo haces eso? —no pude evitar preguntar, asombrada.

—¿Cómo respiras el gas?

—Por un experimento llamado INMUNOEFICIENCIA —le respondí. Su sonrisa volvió a ensancharse, como si acabara de oír algo entretenido.

—Estamos cortadas por la misma tijera. No tienes ni idea de quién eres, pero lo podemos descubrir.

Pantera se levantó del sofá y se acercó a la pared en donde estaban adheridos los recortes de periódico. Me coloqué de pie y le seguí. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para leer los encabezados, fueron una revelación.

DESPUÉS DE DIECISÉIS AÑOS, EL PROYECTO ULTRAMIND ES DETENIDO POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS.

GOBIERNO ESTADOUNIDENSE REVELA LAS ATROCIDADES COMETIDAS BAJO EL PROYECTO ULTRAMIND.

MÁS DE DOSCIENTAS PERSONAS FUERON SUJETO DE PRUEBA PARA EL PROYECTO SECRETO CONOCIDO COMO ULTRAMIND.

EL PROYECTO ULTRAMIND HABRÍA PROMETIDO EL COMPLETO DESARROLLO INTELECTUAL DEL SER HUMANO.

—¿Proyecto *ULTRAMIND*? —repetí, consternada. Incliné la cabeza hacia atrás para poder mirarla ya que ella era mucho más alta.

—Tú y yo somos hijas de proyectos. Nací en Washington bajo las sombras de esta investigación, fui la única que sobrevivió, por lo tanto, la única que usaron para continuar experimentando incluso después de que fue cancelado. A diferencia de ti, sé todo lo que he vivido, todo por lo que he pasado.

Contemplé con atención las noticias en los recortes. Entreabrí los labios, perpleja.

...los científicos niegan haber asesinado animales durante el proyecto...

...«perversos» es la palabra utilizada para describir los actos cometidos por laboratorios secretos en Norteamérica...

Inconscientemente, posé mis dedos sobre el viejo papel periódico, tanteando.

—¿Te usaron para un proyecto relacionado con el cerebro? —inquirí, intentando hacer encajar los encabezados—. ¿Algo atroz?

—Atroces eran las personas encargadas de la investigación —confesó con suma tranquilidad—. Atroz era mantener encerrada a una niña desde su nacimiento, sedarla, inyectarle drogas, darle una pila de medicinas por día, lastimarla con choques eléctricos, obligarla a hacer cosas que no debía o quería.

—¿Ellos...?

—El objetivo del proyecto *ULTRAMIND* era desarrollar el cerebro humano a más del cien por ciento. Querían manipularlo para que fuera capaz de desafiar las leyes naturales, y también hacerlo apto para ser usado al límite —comenzó a explicar—. La alteración iniciaba desde el embrión y continuaba a medida

que el sujeto crecía. Manipular el cerebro era una tarea riesgosa que requería someter a la persona a experimentos complejos que, más que ser cuidadosos, eran un tormento. Privación del sueño, terapias de shock, consumo de drogas, control alimenticio, lavados mentales, esos eran solo algunos de los procedimientos que doscientas personas tuvimos que soportar. —Hubo un corto silencio en el que mi consternación disminuyó para dar paso a la pena que me produjo escucharla—. Yo debía ver el futuro, Drey. Ese era el objetivo del proyecto.

—Entonces, ¿eres psíquica?

Aquello pareció divertirle un poco.

—Para la ciencia eso no existe —dijo—. Soy muchas cosas, pero en realidad una sola: un proyecto fallido.

—¿No puedes ver el futuro?

—No, pero puedo ver el pasado. Desde que nací en aquel laboratorio, desde que ellos me dijeron que no servía para nada, puedo ver lo que ha sucedido, pero nunca lo que sucederá.

Repentinamente, sentí una punzada en la parte trasera de la cabeza, y como si no estuviéramos solas en aquella cabaña, sino acompañadas de otras personas, escuché voces.

—Pantera, ¿puedes ver algo? —Era una voz masculina.

—Dolor y angustia, mucha angustia —respondió una niña.

—¿A quién ves?

—A ustedes, quemándose en el infierno.

—Basta de bromas, Pantera. No vamos a tolerarlo más. Limítate a contestar lo que te preguntamos. ¿Ves a alguien?

—Todos se van a quemar, todos se van a quemar, van a arder, van a sufrir —murmuró y soltó una carcajada nerviosa.

—¡Suficiente!

Se oyeron lejanas y entre ecos. Me giré y no vi a nadie. Luego la contemplé a ella y lo entendí. Era un recuerdo, y lo había puesto en mi mente.

Seguido a eso, a mi mente también llegó la imagen de la noticia de un periódico nacional.

ESTALLA EN LLAMAS UN LABORATORIO SECRETO DEL GOBIERNO DEJANDO MÁS DE TREINTA CIENTÍFICOS MUERTOS.

Salí de aquel recuerdo como si me hubieran expulsado. Desorientada, casi caí al suelo por falta de equilibrio, pero como pude me mantuve en pie. Atónita, observé la calma en su actitud. No se había inmutado ni un poco. La habían lastimado y usado, y debido a eso se había convertido en un ser…

—Cruel.

—Tú los mataste. Quemaste a los científicos que experimentaron contigo.

—Se quemaron en el fuego de sus propias almas, Drey —repuso ella como si no significara nada.

—Pero... ¿Qué fue lo que hicieron contigo? ¿Qué eres capaz de hacer?

—¿Qué eres capaz de hacer tú?

—Quiero saberlo, quiero saber de qué soy capaz —confesé sin dudarlo.

—Entonces vamos a descubrirlo.

Me indicó que me sentara a su lado y lo hice, porque el miedo que podía sentir hacia ella no era más grande que la curiosidad que despertó sobre mí misma.

Se despojó del collar de metal y después de dejarlo a un lado, alzó una mano

para colocar su dedo índice en mi sien. Cerró los ojos, inhaló profundamente y exhaló un jadeo.

—Eres muy ingenua, muy vulnerable. La debilidad es peligrosa y letal para un soldado, ¿sabías eso? —dijo después de un minuto—. Esto es interesante...

—¿Qué?

—Hay un telón, hay imágenes bloqueadas. Dame un recuerdo, algo de tu infancia, lo que sea.

Pensé en mi primer día del sexto grado. Un recuerdo muy feliz porque mis padres me habían comprado la hermosa mochila verde que tanto había querido. Vi a mamá y papá sonrientes, vi mi antigua escuela, sentí la emoción de aquel día, pero luego la imagen fue absorbida y todo se tornó negro.

Un hilo de sangre brotó de la nariz de Pantera.

—Hay un daño en tu mente, un descontrol. Hay muchos recuerdos reprimidos, así que no será fácil.

—¿Recuerdos reprimidos? —susurré. Ella sonrió con complicidad.

—Y hay amor —continuó—. Parece que no solo compartimos una conexión mental. —El hilo de sangre casi rozó sus labios. Ella apartó el dedo y abrió los ojos—. Tu mente parece un cubo de Rubik.

—¿Podré recordar algo?

—Nosotros mismos bloqueamos lo que no queremos ver. Si algo nos asusta, cerramos los ojos, si algo no nos gusta, lo ignoramos. Tienes que querer ver. Tú abres las puertas de tu mente y yo entro en ella para sacar la verdad. ¿Estás de acuerdo?

No lo pensé demasiado, la afirmación salió de mi boca con total libertad, como si no necesitara motivos para emitirse.

—Sí.

Pantera inclinó el torso hacia adelante para aproximarse a mí. La cercanía —la cual me incomodó— reafirmó la confidencialidad de lo que estaba a punto de decir. Un ligero aroma a alcohol etílico que me llevó a pensar en el antiguo aroma de los hospitales, penetró mis fosas nasales.

—A partir de ahora tu mente es la mía y mi mente es la tuya.

Me perdí en la transparencia de sus ojos. Una sensación de llenura me invadió, como si acabara de comer un gran plato de comida y mi estómago no aguantara más. Sentí un ligero ardor en las sienes mientras que la idea de que habíamos hecho un pacto, merodeó por mi mente. Pensé en retractarme porque aún tenía tiempo, pero la puerta de la cabaña se abrió y Levi se internó en el recinto. Parecía preocupado.

Con un ligero brillo de suspicacia en los ojos, paseó su vista sobre ambas.

—Drey ya se va —anunció Pantera.

—¿Recordaste? —fue lo que preguntó. Iba a responderle, pero la mujer se me adelantó.

—Levi, no seas impaciente. ¿Cómo crees que va a recordar tan rápido? —soltó ella haciendo un ademán de indiferencia.

—Al menos tuvo que haber visto algo —dijo. Pantera giró los ojos.

—Requiere tiempo, es lo único que puedo decirte. Drey ya se va y tú también. No me gusta tener compañía por demasiado tiempo.

Levi frunció el ceño, pero también pude percibir la decepción que la respuesta de Pantera le hizo sentir.

—Bien, vamos —terminó por decir.

Me levanté del sofá sin poner objeción y nadie dijo nada más.

En cuanto coloqué un pie fuera de la cabaña, me puse en marcha con la idea de buscar a Exen porque era la única persona a la que le podía contar lo ocurrido. Confiaba en él y no podía negarlo, sobre todo porque en los últimos días el lazo de amistad se había fortalecido, pero, cuando creía que había dejado al comandante atrás, mis oídos alcanzaron a escuchar el resonar de sus pasos contra el suelo. Me había seguido.

—Cuéntame lo que pasó ahí —murmuró después de que me detuve.

—No pasó nada, solo conversamos como usted deseaba.

—Pantera tenía sangre en la nariz, tuvo que haber visto algún recuerdo —objetó.

—Le mostré un recuerdo de mi niñez; el primer día del sexto grado, nada relevante —refuté de mala gana y giré para poder seguir mi camino, pero de nuevo me impidió continuar, tomándome por el brazo.

—Drey, algo tuvo que haber visto.

De un jalón zafé mi extremidad de su agarre y entonces tomé distancia.

—No sé qué vio, no me lo dijo, solo sé lo que le mostré, ¿por qué no le pregunta usted mismo cuando venga a meterse de madrugada a su cabaña? De seguro sabrá hacer que se lo cuente —bramé. Él miró hacia ambos lados para asegurarse de que no nos hubiera visto o escuchado alguien.

—Si Pantera te menciona algo debes decírmelo, cualquier cosa, hasta el más mínimo detalle. Soy el único que te protege —expresó en voz baja. Resoplé como si acabara de escuchar un chiste.

—¿Me protege? ¡Claro! Me protege al obligarme a entrenar con Carter aun sabiendo lo que me hizo. Buenísima forma de proteger a alguien, comandante.

—¿No querías esto? Así es la vida de un soldado. Dura, real y cruda —soltó

con un dejo de disgusto—. Yo te lo advertí.

Alcé las cejas con sorpresa y entonces proferí una pequeña y falsa risa. Sus palabras sonaban molestas a mis oídos.

—Ah, ya entiendo. Esto es porque me lo advirtió y no le obedecí, ¿cierto? Me envió con Carter porque las cosas no salieron como usted quería — exclamé, tensando cada centímetro de mi cuerpo. Sentí ira hacia él, rabia e indignación.

—No, no se trata de eso. Se trata de que esta es la realidad —contestó. Lucía algo frustrado—. ¿Tú qué creías?, ¿que solo con decir que querías ser un soldado mágicamente te convertirías en uno? No, Drey, pon los pies en la tierra. No es un juego y tampoco es fácil.

—¡Ya sé lo que implica! —bufé, intentando contenerme para no dejar fluir toda la furia—. ¡Sé que debo esforzarme! ¡Sé que tengo que luchar! ¡Hasta sé que puedo morir! Pero quiero intentarlo. Lo estoy intentando.

—¡Es que no puedes ponerte en peligro de esa manera! No quisiera perderte, no quisiera perder a ninguno de mis soldados. Mi deber es cuidarlos a todos y tú intentas salirte de mis manos, joder.

Su semblante cambió. Sus ojos verdes parecieron más intensos por la ira y entonces comprendí que seguir discutiendo sería una pérdida de tiempo. Ambos estábamos enojados, pero yo lo estaba mucho más y temí que ese nuevo nivel de rabia me llevara a pronunciar palabras innecesarias.

—No se preocupe, no va a perder la posibilidad de volver a la superficie. No perderá la inmunidad que hay en mí —murmuré—. Porque eso teme, ¿no? Eso es lo único que no desea perder.

Me fui tan rápido como pude para no alargar la discusión. Sentí tanta rabia que quise gritar, correr lejos, atravesar los muros de piedra y perderme entre

la inmensidad del inhóspito mundo.

Maldito Levi.

Él no creía en mí y debía aceptar que los demás superiores tampoco. Pensaban que era débil e ingenua como Pantera lo había dicho en su cabaña; pensaban que, porque mi cuerpo era delgado y porque lo había perdido todo, ser un soldado no era una opción para mí.

Ah, pero podía demostrar que no era así.

Apresuré el paso, deseé alejarme de todo y de todos. Pasé entre cabañas y las vi todas iguales sin ni una mínima diferencia. Segundos después, todo a mi alrededor transcurrió mucho más rápido que las zancadas que con tanto impulso daba. Ni siquiera me fijé por donde iba o a donde me dirigía, hasta que, entre la vertiginosa huida, mi cuerpo golpeó fuertemente contra otro. Un inmenso dolor me recorrió el torso y unos cálidos brazos me rodearon para sostenerme.

—¿A dónde vas tan apurada? —soltó Exen.

Al saber que era él, lo primero que hice fue aferrármele. Lo abracé como nunca antes había abrazado a nadie, permití que la impotencia me dominara, hundí la cara en su pecho y descargué la ira en un grito cuyo sonido disminuyó porque la tela de su camisa oprimió mi boca.

—Drey, esto es demasiado afecto —comentó él con un toque de diversión, una que no compartí—. ¿Qué pasa? ¿Todo está bien?

—Nada está bien —rugí. Sus manos reposaron sobre mi espalda, ya devolviéndome el gesto.

—Suenas muy molesta. De acuerdo, no entiendo nada, mejor explícame. ¿Te pasó algo?

—No puedo decírtelo aquí. ¿Por qué este lugar tiene que ser tan pequeño? Siento que en cualquier parte nos oirán.

—Vamos a otro sitio, entonces —propuso.

Acepté su propuesta. Mis ganas de golpear cuanta cosa se me atravesara, comenzó a disminuir. Me quedé en silencio, con la cabeza hinchada por tantas dudas e inquietudes, y con el cuerpo temblando por la rabia. Pasado un minuto, Exen habló:

—Drey, para que podamos caminar debes soltarme —expresó con incomodidad.

—Lo siento.

Rompí el abrazo y me alejé de él. El soldado se apresuró a detener mis manos con las suyas. Hundió el entrecejo y miró mi torso.

—Estás sangrando —anunció, preocupado.

—Joder —bramé observando la camisa del uniforme. Había una mancha roja sobre la tela—. De seguro se abrió la sutura por el esfuerzo. Julian me dijo que debía tener cuidado.

—Nunca obedeces —me reprochó—. Vamos, te llevaré con él.

Dejé que me guiara hasta los laboratorios. No sentía dolor, pero la sutura continuó manchando el uniforme. Cuando llegamos, el doctor Julian estaba por irse a descansar, pero al verme casi pegó un grito al cielo. Me hizo todas las preguntas que pudo y luego me sermoneó por no haberme quedado descansando como él lo había ordenado. No le mencioné que había ido con Levi a ver a Pantera, y asumí toda la culpa del hecho.

Exen esperó afuera mientras Julian se aseguraba de que la abertura quedara bien cerrada y de que no hubiese peligro alguno.

Cuando terminó de encargarse de la sutura, volvió a recordarme que no debía hacer esfuerzo y le exigió a su hijo que me llevara de vuelta a mi cabaña, responsabilizándolo por cualquier cosa que pudiese pasarme en el trayecto. Exen aceptó con compromiso y me llevó del brazo, pero lo detuve en el camino.

—En serio necesito contarte lo que pasó —le dije. Por esos lados no transitaba casi nadie a esas horas.

—¿No puede ser mañana? Ya mi papá dijo que debías descansar —contestó y trató de hacer que volviera a caminar, pero me negué.

—Es que debo hablarlo con alguien y ya sabes que no puedo decírselo a Nina. Si no te lo cuento, voy a explotar.

Exen suspiró.

—Bien, tengo una idea. Camina.

Confié en él porque realmente no dudaba de lo que pudiese hacer. Después de unos pocos minutos de caminata me di cuenta de que nos dirigíamos a una de las cabañas más lejanas.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté. Él no me soltó.

—A mi cabaña, ahí podemos hablar.

—¿Y tus compañeros qué? ¿Haremos una pijamada?

Se detuvo abruptamente.

—Joder, me olvidé completamente de ellos —contestó y seguidamente formó una sonrisa ladina, de esas que le otorgaban un aire de malicia—. Bueno, como no puedes esperar hasta mañana y no podemos quedarnos por aquí afuera hasta tan tarde porque luego nos mandan de una patada a nuestras cabañas, solo hay un lugar al que podemos ir.

—¿Cuál?

—Nada más deja que yo te guíe.

—Pero, ¿a dónde?

Él amplió la sonrisa y me guiñó el ojo.

—Drey, solo confía.

Me tomé un momento para pensarlo y después de un suspiro pesado, acepté.

—Bien, llévame.

Aún del brazo, me condujo alrededor de las cabañas, por esos lugares en los que no se veía nadie. Traté de adivinar, pero la idea de que iríamos a escuchar otra conversación secreta —que fue la única que me llegó a la mente— rápidamente fue descartada cuando nos desviamos y tomamos un camino completamente diferente al que conocía. Cruzamos unas cuantas veces y llegamos a un edificio cuya mitad de la estructura desaparecía detrás de los muros de piedra, haciéndolo parecer adjunto a las rocas.

Adentro, completamente iluminado, se parecía un poco a los pasillos de los laboratorios con paredes blancas y sobrias, distintas puertas y algunos pasajes. Atravesamos uno de los accesos aun sin ver a nadie, y transitamos por un pasillo muy amplio con una fila de bombillos que terminaban justo por encima de una puerta de acero. Frente a ella, Exen hundió una mano en su bolsillo y extrajo de él una tarjeta de color azul. La deslizó por un sistema de seguridad situado en donde debía ir el cerrojo y la puerta se abrió.

Accedimos a otro pasillo en forma de pendiente. El piso era de tierra aplanada y las paredes de piedra se extendían en todas las direcciones.

Descendimos hasta que nos recibió una cueva amplia y abovedada, cuya boca, que mostraba el mismísimo cielo estrellado, se encontraba sellada por

un cristal. Comprendí entonces que seguíamos en las profundidades, protegidos por el oxígeno limpio de LA RAI, y que esa abertura a varios metros de altura era la única en toda la ciudad que permitía contemplar un retaso de la superficie contaminada.

Después de admirar la noche, mi mirada descendió hasta una ermitaña y delgada planta que reposaba en el centro, clavada entre un círculo de tierra. La luz de la luna formaba tenues rayos que sucumbían sobre sus verdes hojas, y solo ese espacio, solo ese que estaba cubierto por la capa de cristal, se hallaba iluminado naturalmente, porque todo lo demás a su alrededor, las esquinas y los anexos de la cueva, habían sido arropados por la oscuridad.

Me vi embelesada y conmovida por la humilde belleza de la naturaleza que aun encerrada vivía. Fue la primera vez que me sentí tan feliz de ver la noche.

Exen tiró suavemente de mi brazo y me indicó que podíamos sentarnos contra las rocas, así que le obedecí y le imité, dejando descansar la espalda contra la dureza de la cueva.

—Ceno en este lugar cuando Didi se pone insoportable. Lo descubrí hace pocos meses. Purifican el aire aquí también, solo para esa planta —añadió y la señaló. Su tallo era largo, sinople y firme—. Es muy especial, necesita la luz del sol y de la luna, por eso crearon esa abertura, pero la cubrieron muy bien para que el gas no se colara.

—Es preciosa —murmuré sin dejar de observarla.

—Y ha estado mucho tiempo sola en esta cueva, pero sobrevive. ¿Crees que se parece a alguien?

—¿A mí? —inquirí.

Exen asintió con la cabeza.

—Es la Sanguinaria. Luce frágil, ¿cierto? De ella brota la flor que expulsa el

gas.

—Pero…

—Esta no ha sido alterada —indicó rápidamente—. Verás, ella nace siendo una simple planta y luego forma una simple flor, una flor indefensa y blanca, nada sorprendente ni especial. Es sencilla, no tiene una forma que la haga resaltar, no tiene un olor que la haga diferenciarse y tampoco tiene alguna cualidad que la haga ser la más hermosa, pero, aun así, es curiosa, ¿sabes? Cuando la ves te intriga porque parece tan vulnerable, tan frágil, que no puedes evitar querer tomarla —Exen inhaló hondo—. Pero no puedes tomarla porque sabes que le harás daño y que no podrá soportarlo. Sin embargo, lo hicieron, le causaron mucho daño porque nació siendo indefensa y la arrancaron, experimentaron con ella cuando ni siquiera había brotado y envenenaron sus raíces. Lograron hacer de algo hermoso, un peligro. Siento que te pareces a ella, Drey —dijo y entonces volvió su rostro hermético hacia mí—. Si alguna vez pensaste que es a ella a quien tienes que temerle por expulsar el gas, te equivocaste; debes temerle a quienes la dañaron. No es el hecho lo que debes culpar, es a quienes lo causaron a los que hay que acusar.

—No le temo. Le temo a muchas cosas, pero no al gas y tampoco a quienes lo crearon. Temo fallar.

Podía enumerar mis miedos y hacer una lista encabezada por el temor a perder las razones para continuar, para luchar. Lo cierto era que me aterrorizaba volver a sentirme perdida, no salir nunca del pozo de la depresión, caer nuevamente en la confusión y destruir lo que en los últimos días había recuperado, las esperanzas. Temía quedarme siendo solamente una persona con la capacidad de respirar el gas y no una persona capaz de ayudar con su inmunidad; terminar defraudándome a mí misma.

—No lo harás. Yo creo en ti.

—¿Por qué piensas que me parezco a ella? —pregunté.

—Ambas parecen frágiles, pero podrían ser letales —respondió, encogiéndose de hombros. No pude evitar sonreír por su comentario.

—¿Crees que puedo ser letal? —inquirí con un ápice de diversión.

—Venga, cualquier mujer que sepa lanzar un misil, sin duda es letal —expresó entre risas que rápidamente moderó—. Bueno, ¿qué tal si me cuentas eso que no podía esperar hasta mañana porque si no lo hacías ibas a explotar?

—Bien… Levi me llevó a ver a Pantera y ella dijo que nuestras mentes estaban conectadas, que ambas éramos hijas de proyectos y que, si yo le abría mi mente, ella me ayudaría a recordar el pasado.

Exen no dijo nada de inmediato; supuse que lo pensó un poco.

—Pantera siempre me ha dado algo de miedo —confesó—. Papá me contó que todo lo que le hicieron fue tan atroz que la convirtieron en casi un demonio, y con decir demonio me refiero a alguien muy peligrosa.

—La verdad es que yo estaba muerta de pavor.

—¿Es cierto que lee mentes o algo así? Han dicho tantas cosas de ella que ya no sé qué creer.

—No solo lee mentes, sino que también me hizo escuchar algunos de sus propios recuerdos. Asesinó a los científicos que experimentaron con ella —agregué y sentí un escalofrío. Exen puso los ojos como platos.

—¡Nunca me dio buena espina! —comentó tan sorprendido que se giró sobre su lugar para mirarme de frente—. La vi un par de veces. Cuando sale de su cabaña, anda pegada a Levi, siempre a su lado o detrás de él como si no pudiera tomar otra dirección. ¿Cómo podrías estar conectada a… ella?

—No sé cómo funciona, es algo mental —expresé alzando los hombros—.

Ella lo sabía, Exen, sabía que no era una infiltrada y permitió que Carter me torturara.

—Seguro lo disfrutó.

—¿Alguna vez has logrado escuchar alguna conversación entre Levi y ella? —pregunté para no pensar en aquello.

—Nunca. Esa mujer es inquietante. Unos dicen que sabe en donde está cada persona, otros dicen que es una mentira, un chisme bastante alterado, y otros pocos preguntan que, si tan habilidosa es, ¿por qué no ha ayudado a destruir El Imperio? Nada es certero con respecto a ella, no para nosotros. ¡Ajá! ¿Y qué tal si ella es...?

—¿La infiltrada? Bueno, también forma parte de la Unidad Principal de Especialistas, así que cuenta como sospechosa.

Exen arrugó la nariz.

—Pero ya he escuchado que es la persona en la que Levi más confía. Digo, sí, Ligre es su mano derecha, pero dicen que con Pantera es distinto, más personal.

Recordé la madrugada que lo había pillado salir de la cabaña de metal, también el maldito brazo y el beso a los nudillos, y de inmediato sentí cierta molestia.

—Bueno, quizás debemos añadir a Pantera a nuestra lista de asuntos por descubrir, ¿no crees?

16

—¡Con fuerza! —gritó Carter.

Tres días después, en la primera área de La Cancha, la práctica era dura. Me abalancé contra el muñeco —que el especialista había creado a base de algunos sacos y almohadillas— y me coloqué a horcajadas sobre él. Sostuve bien el cuchillo y lo clavé contra su falso pecho, pero al no poseer tanta fuerza, la filosa hoja se empeñó en hacer difícil la tarea de extraerla.

—¡Estás frente a un enemigo, ante un guardia de El Imperio, un mercenario! —añadió entre gritos—. ¡Perdiste el arma y te queda el cuchillo! ¡Húndelo con impulso!

Penetré nuevamente la almohadilla y hundí más el cuchillo. Luego lo pude extraer con mayor facilidad. Me levanté dejando al muñeco tendido en el suelo con el torso completamente rasgado, abierto y acuchillado. Carter lo observó sin mucha satisfacción.

—Estás asesinando a alguien, no haciéndole un examen forense —bufó, cruzándose de brazos.

—Asesinar es solamente en caso de emergencia, ¿no? Si realmente estoy en peligro —comenté un tanto agitada por el forcejeo.

—Podría decirte que tu única vía para sobrevivir ante un enfrentamiento con la guardia de El Imperio, es matar, pero Levi piensa que solo debe hacerse en defensa propia o para salvar a un compañero —respondió con una ligera nota de amargura—. Así que tienes diferentes opciones. Aturdir, neutralizar,

noquear, todas con el mismo propósito, pero ejecutables de distintas maneras. De todos modos, Drey, esta lucha no es pacífica.

—¿Y qué tal si yo quiero que lo sea?

Carter entornó los ojos, un gesto que casi me hizo retroceder.

—Un soldado de El Imperio no va a aturdirte para tener una vida menos en su lista de asesinatos. Te matará sin pensarlo porque los de LA RAI solo suponen un estorbo. Para ellos, otra persona, otro superviviente, no significa absolutamente nada.

—Esa es la diferencia entre El Imperio y LA RAI, ¿no? Que a nosotros sí nos importan aquellos que aún sobreviven —refuté. Me observó por un momento, en silencio.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer? Un soldado que no dispara contra el enemigo y que no se ensucia las manos no es un soldado, es simplemente alguien que pretende serlo.

Me hice la misma pregunta y rápidamente obtuve mi propia respuesta.

—Quiero esto con las mismas ganas que usted tenía de torturarme —confesé, sosteniéndole la mirada, haciéndole ver que podía superar el miedo—. Si tengo que matar, lo haré, pero como el comandante ha dicho, únicamente en defensa propia o para salvar a un compañero. De resto, intentaré ser un soldado completo que no se ensucie las manos.

La puerta del área de entrenamiento se abrió y el hombre del cabello rubio que también formaba parte de la OPE, cuyo nombre era Leiton, entró para informar que Levi requería de mi presencia en el consultorio del doctor Julian, a lo que Carter no tuvo más remedio que dejarme ir, pero no sin antes decir:

—Drey, sube de peso, ¿quieres? Pareces un pollo enfermo.

Asentí y seguí a Leiton hasta los laboratorios. Me tomé un momento para mirarlo de soslayo mientras que avanzaba a mi lado. Sus ojos eran de un impresionante color azul, pero su expresión era seria, muy centrada, así que supuse que no era demasiado amigable.

Cuando llegamos al consultorio, estaban presentes la mayoría de los superiores: Levi, Julian, Butterfly y Ligre. Me pareció raro verlos reunidos a mi espera, así que lo primero que pensé fue que me darían malas noticias.

—Gracias, Leiton —habló Levi al hombre que me había acompañado. Él asintió y salió de la oficina cerrando la puerta con cuidado.

Tuve toda la atención de los presentes.

—Te mandé a llamar porque Julian quiere decirnos algo importante y necesita que estés aquí en estos momentos —me dijo el comandante.

Julian se levantó de la silla sosteniendo una carpeta amarilla, se reajustó las gafas y habló:

—Los resultados de la biopsia están listos —comenzó a decir. La idea de que finalmente podríamos aclarar las dudas sobre mi inmunidad, me despertó los nervios—. Fueron precisos. Los pulmones de Drey tienen el mismo tejido que posee cualquier humano incapaz de soportar el gas. Su estructura, su funcionalidad, todo es completamente normal, no hay alteraciones, no hay diferencias, no hay nada que pueda decirnos por qué es inmune.

Mi ánimo decayó.

—Pero, puedes hacer más pruebas, ¿no? —comentó Levi con una expresión de insatisfacción.

—Pues... claro, puedo hacer exámenes más avanzados. Puedo estudiar todo el sistema de su cuerpo, pero será una carrera de largo aliento. No sé cuánto podamos tardar en saber la razón de su inmunidad. Estoy buscando sin un

punto de partida, sin ninguna pista, será complicado.

Pude detectar la frustración en el rostro de Levi.

—No podemos perder el tiempo haciendo pruebas —intervino Butterfly con algo de soberbia—. Si no se puede detectar lo que hay en ella, tenemos que seguir tratando de avanzar por nuestros propios medios.

—Nadie ha dicho que no se podrá descubrir por qué Drey es inmune, además, siempre hemos tratado de avanzar sin recurrir a terceros, de eso no cabe duda —soltó Levi. Butterfly se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—Pero parece que ahora quieres poner toda tu esperanza sobre ella y sé que no me equivoco —repuso la pelirroja—. Estamos perdiendo tiempo, tenemos que responder a los ataques, buscar una forma de entrar a El Imperio, no quedarnos sentados a dedicarle todo nuestro tiempo a una muchacha.

Aquellas palabras encendieron al comandante.

—Drey tiene algo muy especial, algo que nos puede ayudar y todos lo sabemos. Si pongo mi esperanza en ella es porque creo en lo que podemos lograr al descubrir lo que hay en su cuerpo, y ustedes deberían creerlo también.

Me empezó a molestar que hablaran de mí como si no estuviese presente.

—Yo sí creo en lo que tú crees, Levi —expresó Ligre— y estoy seguro de que Pantera y Carter también, pero lo que quiere decir Butterfly es que el tiempo que tenemos es valioso y no hay que desperdiciarlo.

—No, no —soltó Butterfly, negando con la cabeza. Sus espesos rizos se agitaron con el movimiento—. Lo que yo quiero decir es que estás poniendo en ella demasiadas responsabilidades que no sabemos si puede cumplir o si nos pueden perjudicar.

—Estoy aquí, ¿saben? —dije rápidamente, pero mi voz fue ignorada.

—Estás malgastando nuestros recursos en pruebas, y sabes lo difícil que es hallar insumos y utensilios médicos que aún sean útiles —le reclamó Butterfly —. Todo por tu niñita estrella.

—¿Niñita estrella? —inquirí con molestia, dando un paso hacia adelante—. No veo que tú estés haciendo algo importante, pues solo te oyes a ti misma.

Ella alzó las cejas con sorpresa por mi atrevimiento, pero después las hundió en un claro gesto de disgusto.

—Cuida la manera en cómo me hablas, porque te puedes arrepentir —rugió con vehemencia, acercándose.

Ambas, cara a cara, nos desafiamos. No me dejé intimidar, le sostuve la mirada como ella lo hacía, demostrando que no le temía a sus palabras. Un impulso me obligó a mantenerme así, a la defensiva.

Levi se acercó y echó a Butterfly hacia atrás, mientras que Ligre posó una mano en mi brazo para apartarme.

—¿Qué les pasa? —preguntó el comandante—. Quiero respeto entre ambas.

Butterfly se apartó del lado de Levi.

—Ella debe respetarme a mí, porque, aunque sea inmune, la veo igual a todos los soldados y sigo siendo su superior —bufó la pelirroja, con ira. Estaba muy enojada, se notó por la forma en que su cuello se tensó.

—El respeto debe ser mutuo —hablé.

—Basta —soltó Levi, alzando el tono de voz, mirándonos con severidad—. No me gustan esas discusiones infantiles, así que tú —dijo y señaló a Butterfly —, mantén tu postura y cuida tus palabras. Y tú —pasó a señalarme a mí—, respeta a tus superiores, compórtate como un soldado. No sabía que las

mujeres de aquí ahora eran gallos de pelea.

Ella me dedicó una mirada recelosa y después salió del consultorio a paso rápido.

—Julian —le llamó Levi mientras se volvía hacia él—. ¿Tiene algo más que informarnos?

—No, pero me gustaría que Drey se quedara para tomarle una muestra de saliva.

Levi aceptó y ordenó que todos se fueran. Antes de marcharse, Ligre me palmeó la espalda casi como una señal de apoyo. Cuando en la oficina solo quedamos Julian y yo, él pasó a escrutarme con extrañeza, como si no me conociera.

—¿Levi te llevó a ver a Pantera? —inquirió con suspicacia.

—Sí.

El doctor se paseó desde su asiento hasta mi posición. Pareció estar analizándome, pero más que todo, pareció estar sospechando algo.

—¿Te has sentido bien?

—Sí, claro que sí —respondí. Su actitud me pareció muy curiosa—. ¿Qué sucede?

—Eso es lo que estoy preguntándome sobre ti. ¿Qué te sucede? —objetó con detenimiento.

—No le entiendo.

—La forma en como le respondiste a Butterfly, no parece propia de ti —señaló—. ¿Qué pasó con Pantera cuando fuiste a verla? ¿Levi te dejó a solas con ella?

Confiaba en Julian, no tanto como en Exen o en Nina, pero él era la tercera persona con la que podía ser capaz de desarrollar un vínculo de confianza, porque, en un principio, él me había salvado y aún no le había agradecido del todo por ello.

—Pues sí, hablamos a solas, pero no entiendo a qué se deben esas preguntas. Usted mismo le dijo a Levi que me llevara a verla.

Se sacó las gafas y se frotó los ojos con cansancio, luego volvió a ponérselas.

—Sé que le dije eso —habló mientras se dirigía a un estante para sacar algunas cosas—. Ahora creo que no debí hacerlo. Pensé que podría ver tus recuerdos, solo eso, ayudar en algo, pero Levi me dijo que no sucedió.

—¿Por qué se arrepiente? ¿Qué pasa?

Julian se tomó un momento antes de hablar, después se giró sosteniendo un paquete de guantes y una cajita con hisopos.

—¿Te has sentido más enérgica o más… agresiva? —preguntó. No entendí por qué le daba tanta larga al asunto.

—No lo sé, he estado más animada, más activa.

Él procedió a colocarse los guantes.

—Te he notado diferente durante estos tres días que han pasado, comenzando por el hecho de que no has venido a nuestras terapias —confesó mientras hundía sus dedos en la elástica—. La Drey que llegó aquí no le habría hablado a Butterfly con tanta determinación, y ahora mira, no parece que hubieras estado sola por un año.

Después de decir aquello, tomó un hisopo de la caja y se volvió hacia mí.

—Siéntate en la camilla —me indicó. Le obedecí, pero sus palabras me

hicieron considerar mi actitud.

—Las personas sometidas a un aislamiento presentan características psicológicas muy variadas, como depresión, déficit de atención, trastornos de personalidad y dificultad en la toma de decisiones —explicó y se acercó a mí para quedar justo en frente—. Tu comportamiento introvertido, tus batallas con tus propias opiniones, la dificultad para no saber qué hacer y tus cambios de humor, eran síntomas normales, no solo por no haberte relacionado socialmente por un año, sino por el trauma que supuso para ti ser torturada. Pero ahora luces en equilibrio, como si todo eso hubiese desaparecido y las huellas fuesen sido borradas. Abre la boca.

Hice lo que me pidió y sentí la suavidad del hisopo en el interior de mi mejilla.

—¿Ahora tienes una idea de lo que te quiero decir? —inquirió después de haber frotado el objeto por el interior de mi boca.

—Todos podemos cambiar, ¿no es así? —pregunté, dudando—. La felicidad... ¿no es capaz de moldearnos?, ¿de darnos voluntad?

Julian depositó el hisopo dentro de algo que no pude ver y después se sacó los guantes. Cuando me observó, esbozó una cálida sonrisa, de esas que se le ofrecía a cualquier niño inocente que no puede entender algo.

—Claro que sí, pero toma tiempo, no unas pocas semanas o días —expuso mientras se acercaba de nuevo—. Lo que a ti te pasó no fue producto de la felicidad que experimentas al estar rodeada de personas, al tener amigos o al sentir que perteneces a un lugar, pienso que fue producto de una manipulación.

—¿Qué?

—Lo que acabas de oír.

—Eso es imposible.

Julian se echó a reír.

—¿Imposible? Fuiste parte de un proyecto, respiras un gas letal, has visto esta ciudad subterránea, conociste a Pantera, ¿y crees que lo que te digo es imposible? Vamos, Drey, ya sabemos que aquí casi todo puede pasar.

En eso tenía razón, la idea de una manipulación no era tan descabellada como podía parecer. ¿Realmente había cambiado? Me sentía más enérgica, más motivada a progresar en los entrenamientos, incluso mi miedo a Carter había disminuido, pero en lo demás continuaba siendo la misma persona.

—¿Y a qué tipo de manipulación se refiere?

—Mental, por supuesto. ¿Qué te dijo Pantera cuando hablaron?

—Bueno, ella dijo que nuestras mentes estaban conectadas —le confesé. La expresión de Julian pasó a ser de preocupación.

—Mira, Drey, cualquiera podría decir que las capacidades de Pantera pertenecen a un campo sobrenatural e inexplicable, que puede ser algo fantasioso sin lugar en este mundo liderado por la lógica. Pero, lo cierto es que sí hay una explicación para las sorprendentes habilidades de la más grande manipuladora mental que puede existir en el planeta. El origen de Pantera es y siempre será completamente científico, y el origen de sus capacidades, también. Ella nació de un proyecto y se desarrolló en él, así que fue moldeada únicamente para cumplir con los objetivos dispuestos por el experimento, por lo tanto, el hecho de haberla formado de esa manera tan… antinatural, de haberla aislado, haberla hecho sufrir, de haberle inducido tantos medicamentos, trastornó la gran mente que habían logrado crear. La hicieron obsesiva, sombría, silenciosa, habilidosa, traicionera y muy egoísta.

—¿Quiere decir que Pantera tiene malas intenciones?

Julian movió su cabeza de un lado a otro para negar.

—No, el bien y el mal no tienen cabida en este tema. Lo bueno y lo malo son términos subjetivos. Ante los ojos de Pantera, puede ser malo lo que le hicieron, pero ante mis ojos, ella es alguien que solo velará por sus propios intereses —contestó—. Lo que quiero que comprendas es que la naturaleza de Pantera es oscura. Ella fue creada bajo ideales eugenésicos, bajo características egoístas, y en su mente se introdujo la idea de que cualquier cabeza es accesible para su control. Iba a ser el arma secreta de un gobierno que lo único que quería era saber las debilidades, planes y movimientos de sus enemigos, pero fue tan fuerte que se les salió de las manos, justo como ASFIXIA se salió de las manos de sus creadores.

—Quemó los laboratorios en donde experimentaban con ella —murmuré, recordando los recortes de periódico y todo aquello que me había hecho ver.

—Y lo hizo porque una de las cosas que indujeron en su mente fue la idea de matar. Que te dijera que están conectadas, fue una buena jugada, una para doblegarte. Drey, tienes que prometerme algo. Debes prometerme que, si en cualquier momento tienes pensamientos agresivos, o que, si en cualquier momento sientes ganas de herir, me lo dirás, porque no permitiré que Pantera entre en tu mente como si fueras un juguete.

—Pero ¿por qué querría ella manipularme?

Recordé las palabras «a partir de ahora tu mente es la mía y mi mente es la tuya». Eso había sido un pacto y también un error.

—Porque sigues siendo débil. Porque, aunque ella intente ir en contra de su naturaleza, no podrá. La mente de Pantera fue moldeada para apoderarse de otras, y aunque pueda ver tus recuerdos para ayudarnos a descubrir el origen de tu inmunidad, eso es lo único que debes permitirle ver —manifestó con insistencia—. ¿Me entiendes? No dejes que se apodere de ti. Tu mente es tuya, solamente tuya.

—Y si usted desconfía tanto de ella, ¿por qué la tienen aquí? ¿Por qué Pantera es parte de LA RAI?

—Eso tendrías que preguntárselo a Levi —fue lo que dijo—. Ella es parte de la unidad que él creó. Supongo que tener de lado a la única persona capaz de entrar en la mente de alguien más debe ser una gran ventaja, pero también un peligro.

La conversación me dejó en un estado neutral. Las palabras del doctor y las de Pantera se repetían en mi cabeza a cada instante. Salí de su oficina dudando de ella, pensando que realmente podía apoderarse de mi mente porque había estado de acuerdo con ello. Yo, nadie más, le había dejado entrar sin saber a lo que me estaba sometiendo. Durante el entrenamiento con Carter había hundido el cuchillo en el muñeco, sin piedad, sin pensar que en algún momento podía ser una persona real. ¿Qué sucedía conmigo? Era mi culpa, o probablemente no, más que ser mi culpa era culpa de Levi por tener a aquella mujer tan peligrosa dentro de LA RAI. ¿Cómo había podido liarse con ella? ¿Cómo podía él convivir con una persona así?

«Porque la amaba».

Sacudí la cabeza mientras avanzaba por el pasillo de los laboratorios. Negué ante ese pensamiento.

«Sí, él la ama».

Apresuré el paso, tenía que volver al entrenamiento, o al menos ponerme a entrenar por mi cuenta, pero debía hacer algo que me distrajera y me impidiera pensar.

«¿Y tú puedes amar también?».

Mi cuerpo golpeó contra otro. Cuando me espabilé, visualicé la encantadora sonrisa de Ecain. Rápidamente, desaparecieron los pensamientos referentes a

Pantera.

—¿Vas a entrenamientos? —me preguntó.

—Sí, yo… bueno, no sé. ¿Qué hora es?

Mis propios pensamientos me habían aturdido.

—Son las cuatro. Iba a ver a Julian, pero, qué bueno que te encuentro antes. Quería decirte que falta un mes para la misión, y estaba pensando que cuando regrese, tú y yo podríamos intentar ser más que amigos.

No pude evitar sonreírle. Al estar cerca de él, se me olvidaba todo. Si quería escapar de cualquier preocupación o de cualquier duda, podía buscarlo y hallar tranquilidad, sumirme en calma, disfrutar el momento.

—¿Eso quieres?

—Sí, pensé que ya te habías dado cuenta —murmuró. La suavidad de su voz era reconfortante.

—No… creo que no soy tan observadora —admití.

Me miró con dulzura, como nadie nunca lo había hecho, como una vez deseé que alguien me observara. Había salido de la nada, se había acercado a mí y me había hecho muy feliz en tan poco tiempo, y no quería que esa felicidad acabara.

Se acercó más y tuve la impresión de que también su rostro lo haría para darme un beso, y sí, también deseaba que nos convirtiéramos en algo más, deseaba que, al volver de la misión, mis pensamientos fueran solo para él.

—¡Drey! ¡Drey!

La voz de Nina resonó en todo el pasillo. Nos separamos de inmediato y ella se detuvo, asombrada.

—¡Oh, Dios! Ustedes… ustedes iban a… oh… ¡qué inoportuna soy! —soltó. Estaba agitada por haber corrido.

—No eres inoportuna —dijo Ecain en tono afable—. Quizás no era el momento ni el lugar correcto para que sucediera.

—Luces muy feliz —le comenté. Ella asintió tan rápido que se le desordenaron los cabellos.

—Me dijeron que estabas por aquí y vine a buscarte porque… ¡Me saqué las mejores calificaciones en la prueba y me gané las felicitaciones de los profesores del área de tecnología! —informó con mucho ánimo.

Dio un pequeño salto, me abrazó y le correspondí el gesto.

—¡Eso es magnífico! —exclamé. Ecain también la congratuló.

—Sí, aunque fue solo en la prueba teórica —añadió con una amplia sonrisa que dejó ver sus dientes—. En unas semanas es la gran prueba dentro de las fosas, pero sé que me irá muy bien. —Se acercó a mí y tomó mis manos—. Gracias, Drey, porque me animas todos los días y crees en mí. Fuiste la primera en quien pensé contarle esto.

—Te lo mereces.

Luego de eso, nos fuimos al comedor.

No tenía de qué preocuparme, ni siquiera por lo de Pantera, porque mi mente me pertenecía enteramente y ella no podía entrar sin mi permiso.

Las cosas tomarían un buen rumbo.

• • •

Durante lo que restó de semana, me dediqué a entrenar duro. Carter se sorprendió porque poco a poco comencé a mejorar, por toda la energía que demostraba y también porque estaba subiendo de peso.

Así fue mi rutina por tres semanas más: entrenar con descansos solo para alimentarme. Por las noches me reunía con Exen en la cueva de la flor para hablar durante un rato, y luego volvía a mi cabaña.

Las pesadillas en donde Carter me torturaba, redujeron, pero fueron sustituidas por extraños sueños en donde se escuchaba el llanto de una niña. Algunas veces me despertaba asustada, con una terrible sensación de tristeza que me inundaba los ojos de lágrimas. También soñaba con enfrentamientos en los que acorralaba a guardias enemigos, haciendo estallar sus cabezas con el rifle. El sonido del último impacto me despertaba de inmediato, pero luego un sentimiento de culpa me abatía. Eran pesadillas muy agresivas.

Hubo unas cuantas tardes en las que Ecain me invitó a ir juntos por la merienda. Era tan dulce y tan risueño que no podía evitar sentirme feliz con su compañía. Entre tantas conversaciones, me había contado que sus padres también habían muerto por el gas, y que cuando ocurrió el incidente él había estado sirviendo como soldado en un centro militar, por lo tanto, había podido huir sin derecho a buscar a sus familiares. Estaba tan solo como yo, y tal vez por eso compaginábamos.

Esas tres semanas también me permitieron conocer más de LA RAI. Ya no solo la veía como una ciudad subterránea, sino como todo un movimiento capacitado para luchar contra El Imperio.

Todos los días, cientos de hombres se entrenaban para combates, misiones y para la defensa del pueblo. Todos los días, aquellos que eran más jóvenes, estudiaban junto a los más experimentados para desarrollar tecnología, perfeccionar los trajes y, sobre todo, para buscar una posible forma de purificar la tierra aunque supieran que unas pocas máquinas como las que había en las fosas jamás serían suficientes; porque arriba el gas se extendía con el pasar del tiempo y la superficie seguía siendo inhabitable… menos para

mí.

Mi estadía en el grupo que Levi, Ligre, Butterfly, Pantera y Carter habían formado, me permitió comprender que había un enemigo, uno que solamente el gas había logrado controlar, pero que aun así intentaba hacerse grande para cumplir su objetivo. El Imperio iba un paso por delante de nosotros y no podíamos negarlo. Ellos ya habían logrado tomar una porción de la superficie para cubrirla con una cúpula y la habían limpiado, haciéndola apta para vivir, algo que LA RAI no podía hacer por falta de equipamiento, de trajes más desarrollados y de materiales básicos, pues lo que teníamos era lo que se podía conseguir en ciudades cercanas.

Aquello tenía a Levi de muy mal genio, era obvio para cualquiera, pero se consolaba y a veces nos consolaba diciendo que dentro de poco irían por los cuatro científicos. Tenerlos de nuestro lado prometía ser una ventaja, porque quitarle a El Imperio la posibilidad de desarrollarse, significaba hundirlo para siempre en su ciudad. Claro que, esos no eran los únicos planes que Levi tenía para acabar con su poder.

Detener a El Imperio iba más allá de arrancarles su fuente de desarrollo. Había que eliminar a Gregori. Pero todavía existían algunos misterios que nadie había podido aclarar, como la ubicación del sexto científico y el hecho de que yo fuese inmune al gas, lo cual se le ocultaba a la población que con tanto esfuerzo el comandante quería proteger.

Los preparativos para la misión de rescate a los científicos eran secretos. Butterfly se encargaba de guiar las pruebas de aviones y Ligre entrenaba duro con la OPE, y aunque yo no asistiría, me unía a los entrenamientos para absorber cualquier enseñanza.

Todos los días se inspeccionaban las armas, la artillería y todo aquello que se fuese a usar para la misión, porque la idea de que podía haber un infiltrado,

persistía.

Exen se había encargado de escuchar conversaciones, de presenciar reuniones y de seguir a cualquier persona con actividades sospechosas, pero no había encontrado nada, ni siquiera una pequeña pista que nos condujera al traidor.

Si había un infiltrado, debía estar oculto entre nosotros, no obstante, nuestra intención de descubrirlo no disminuía, solo aumentaba.

17

«Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece…»

Durante el entrenamiento matutino con Ligre, dentro del área de tiro de La Cancha, también estaban Sora, Ecain y Leiton, aquellos que formaban parte de la OPE.

El subcomandante quería ver qué tan buenos éramos a la hora de disparar y qué tan precisa podía ser con el rifle que Carter había escogido para mí, y por suerte ya después de haber ganado un poco más de peso, de resistencia y de fuerza, podía sostener las armas con mayor estabilidad, aunque todavía mis dedos se estremecían en un ligero temblor.

Una vez colocados los protectores de oído, estábamos en distintas posiciones. Ecain y Sora de pie sosteniendo fusiles; Leiton con una rodilla apoyada en el suelo sosteniendo una pistola semiautomática; y yo boca abajo con el rifle contra mi hombro y el piso. Aunque trataba de apuntar bien a los blancos que se situaban a varios metros de distancia, la mira oscilaba por mi completa falta de estabilidad.

—Muy bien, Sora —congratuló Ligre a la chica mientras la observaba—. Perfecto, Ecain —le dijo. Escuché los pasos del subcomandante acercarse hasta mí. Ni siquiera alcé la cabeza—. Deja de temblar, Drey, relaja el cuerpo o voy a comenzar a pensar que ese rifle es demasiado grande para ti, y un arma nunca debe quedar grande para un soldado.

—Sí, señor.

Eché un vistazo rápido a los demás. Ecain, Sora y Leiton sostenían sus armas a la perfección, sin temblar, sin dudar y con total profesionalidad.

—Tranquila, ¿sí? —me susurró Ecain después de darse cuenta de que lo observaba—. Solo relájate.

Tomé aire y volví a intentarlo. Sostuve bien el rifle y traté de estabilizarlo. Escuchar a Ecain me daba calma y seguridad. Me dije a mí misma que debía hacerlo, así que tenía que dejar de temblar, tenía que dejar de ser tan débil.

«No eres débil».

—¡Disparen!

Leiton apretó el gatillo y el sonido de la descarga se escuchó menos fuerte en nuestros oídos. La bala dio justo en el centro, como era de esperarse. Seguida y rápidamente, Ecain y Sora soltaron una ráfaga de tiros dando en el blanco.

Cuando hundí el gatillo, el sonido del disparo y el sonido de un grito, se mezclaron.

Me levanté, alertada. ¿Qué había pasado? ¿Alguien estaba herido? Imposible, pues en el área solamente se hallaban cuatro personas, todas detrás de mí. Me saqué los protectores de oído y el grito volvió a hacerse audible.

Miré a todos, ellos se encontraban bien, pero estaban tan anonadados como yo. El grito continuó y pareció aumentar en dirección a la puerta de entrada que, súbitamente, se abrió.

—¡Una fuga! ¡Una fuga! —gritó con desesperación la mujer que había entrado— ¡Hay una fuga en la fosa del norte!

Ahogué un grito. La mujer tenía el rostro enrojecido y empapado en lágrimas. Un segundo después, antes de que todos reaccionáramos, una alarma comenzó a sonar en toda LA RAI.

Era una alerta.

—No, mierda, no otra vez —soltó Ligre y corrió fuera de La Cancha.

Al igual que Sora, Ecain y yo corrimos tras el subcomandante. La alarma repicaba en toda la ciudad. Cuando salimos y la luz artificial de las lámparas nos permitió ver el caos, supe que era indescriptible. Todos corrían, unos se aferraban a otros, las madres buscaban a sus pequeños y algunas mujeres sollozaban.

Ligre, que se había detenido por un momento, se giró hacia nosotros.

—¡Sora, busca a Levi! ¡Ecain, reúnete con el grupo de emergencia para que conduzcan a todos a las salas de purificación! ¡Rápido!

Ecain me dedicó una mirada de preocupación dándome a entender que no quería alejarse de mí, pero debía hacerlo. Obedeció la orden y lo vi alejarse. El subcomandante, cuya postura de superior no se veía alterada pero sí intranquila, se dirigió a mí:

—Querías servir como soldado, ¿no? Pues corre a buscar a Julian y asegúrate de que esté a salvo.

Asentí y partí rumbo a los laboratorios. Esquivé a las personas que, desesperadas, corrían de un lado a otro. Vi a algunos soldados indicando que todos debían dirigirse a las salas de purificación, pero el ruido de la multitud, el sonido de la alarma y el pánico, eran más altos que sus voces. Entre la muchedumbre también vi a la madre de Nina tratando de unirse a aquellos que querían protegerse. Entonces, me detuve en seco, recordándola.

Nina.

Estaría en las fosas por su prueba, y si ella estaba ahí y había una fuga… Cambié de rumbo y corrí hacia la fosa del norte, repitiéndome a mí misma que podía entrar y salvarla si es que seguía con vida; podía entrar y ayudar a todos

los que estuviesen ahí.

La desesperación estaba en el ambiente, la angustia se percibía en los llantos de las personas que iba dejando atrás. ¿Cuánta gente estaría allí? Rogué para que Nina estuviera afuera, sana y salva, libre de peligro.

Visualicé la gran roca que cubría la entrada de la fosa y entonces vi que frente a la puerta de hierro que daba acceso al interior, había alrededor de quince soldados con trajes especiales. Busqué con la mirada por todos lados, no había rastro de Nina, ni de nadie que le conociera. Estaba libre de civiles.

—No podemos entrar todavía —le escuché decir a un soldado después de acercarme a donde estaban aglomerados.

Una voz anunció a los habitantes de la ciudad:

—Por favor, todos diríjanse a las salas de purificación. Por favor, vayan a las salas de purificación. No tomen otro camino, no se desvíen.

Necesitaba entrar. Algo me decía que Nina se encontraba ahí, y debía ver con mis propios ojos si estaba viva, aunque las posibilidades fueran escasas.

Los hombres rodeaban la entrada, pero no la obstruían, así que supuse que, si corría demasiado rápido, podría introducirme.

Miré hacia atrás. Vi menos personas. Todos estaban corriendo a las salas de purificación para ponerse a salvo, pero entonces escuché un grito y lo que presencié me devastó.

A pocos metros de distancia, una mujer cayó de rodillas junto a una pequeña de no más de ocho años. Ambas tosieron y se estremecieron violentamente. La imagen me tiró de vuelta al primero de septiembre de dos mil diecinueve, cuando los gimoteos de desespero y los agites de dolor de mi familia me habían dejado pasmada; cuando el mundo había muerto por asfixia. De ese mismo modo, la madre y la hija se sacudieron, colocándose las manos en el

cuello, intentando parar lo que poco a poco les impedía continuar respirando; y justo cuando cayeron al suelo, tendidas una sobre la otra, me aferré a la roca que había estado usando como escondite, asustada, horrorizada, intentando no caer en el mismo estado al que había sucumbido tres años atrás.

Desde el interior de la fosa se escuchó una explosión lo suficientemente fuerte como para sacarme del pasmo. Algo estalló, haciendo temblar el suelo.

Los soldados con los trajes se volvieron hacia atrás y despejaron mucho más la entrada.

«El gas se extiende».

De entre una cabaña salió corriendo un hombre. Se retorció iracundamente, apretándose el cuello, intentando luchar. Se agitó hasta que, de un momento a otro, cayó al suelo, inmóvil, con los brazos extendidos y el rostro colorado.

Otro muerto.

Me controlé para no gritar e intenté concentrarme en mi objetivo: ingresar a la fosa. Inspeccioné la entrada y al ver a los soldados lejos de ella, me escabullí hacia la puerta y pasé.

Escuché algunos gritos de reclamo y advertencia, pero una vez dentro, todo se tornó silencioso. Pude jurar que incluso, esa vez, sentí el gas impregnado en el aire, algo absurdo porque no tenía olor y era incoloro, pero sabía que estaba ahí y que entraba por mis fosas nasales sin hacer el más mínimo efecto.

Avancé por un estrecho pasillo alumbrado por pequeñas lámparas. Las paredes eran de piedra y el suelo también, como si estuviese entrando a una vieja mina. Atravesé otra puerta que me llevó al interior de la fosa en donde se encontraban las maquinarias, los paneles y también las víctimas. Mi cuerpo se heló. Los cadáveres de al menos siete trabajadores yacían en el suelo. Los revisé, pero eran todos masculinos, así que descarté que Nina estuviera ahí,

aun así, el lugar era más grande porque tenía varios accesos.

Observé las máquinas intentando hallar la fuga, pero no vi nada fuera de lugar, por lo tanto, comencé a abrir cada una de las puertas que conducían a las extensiones de la fosa.

Encontré otra habitación en donde yacían dos hombres, una chica de mi misma edad y un chico, también víctimas del gas. Tampoco había rastro de Nina.

Abrí otra puerta y hallé una sala vacía.

Otra puerta y me encontré en un almacén.

Estuve a punto de dar por hecho que ella no se encontraba ahí, estuve a punto de dar paso al alivio, de pensar que no le había sucedido nada, hasta que de repente la escuché.

—¿Hay alguien ahí? —había dicho con voz temblorosa, cargada de pánico.

—¡¿Nina?!

Corrí en busca del origen del sonido. Abrí las puertas con desespero, impulsándolas con temor. Cuando hallé la puerta correcta, me introduje en el anexo y observé a cinco personas en el suelo, todas con máscaras, pero muertas. Había muchos caños y conexiones, así que reconocí que era una sala de tuberías. Al fondo contemplé a alguien, de espaldas, aferrado a un gran tubo situado en una esquina.

Era ella.

Me acerqué rápidamente y luego ahogué un grito. Tenía ambos brazos incrustados en dos agujeros del tubo; y su rostro estaba contra el acero, aprisionando su cara entre el caño y una máscara antigás.

—Nina... —susurré. Ella no se movió, sin embargo, pude escuchar su

respiración pesada y forzada.

—Drey —soltó con nerviosismo.

Intentó mirarme de reojo porque no podía girar el cuello. La escena era desgarradora, sus brazos desaparecían dentro de la tubería y la piel se le había adherido al filo del acero.

—¿Qué sucedió? Nina, ¿qué...?

—Alguien rompió los tubos, hizo dos agujeros, nadie lo notó hasta que entramos aquí —comenzó a decir. La voz se le quebraba—. Tomamos máscaras porque es una zona peligrosa, pero ya estaba hecho. No sabía qué hacer, se colaba demasiado gas y si salía iba a ser peor. Esto... esto fue lo primero que se me ocurrió, de igual modo se sigue extendiendo. Drey… es horrible, todos están muertos aquí.

Escuché cómo sollozó.

—Nina, tus brazos —musité. Algunos hilos de sangre recorrían la pálida piel de sus extremidades. El filo del agujero la lastimaba.

—Tienes que hacer algo. No pueden entrar aquí hasta que lleguen con los purificadores móviles, pero les toma al menos quince minutos prepararlos porque son máquinas muy rudimentarias, y como la fuga es muy grande, las máquinas van a colapsar y expulsarán una cantidad de vapor muy peligrosa. Ya estalló una de las tuberías de arriba. Hay... hay un panel amarillo en la sala central, tienes que encenderlo presionando el interruptor rojo y luego introducir la combinación: 161094. Eso hará que las máquinas se apaguen y dejen de extraer oxígeno de la superficie, ¿lo entiendes?

—Claro que sí, lo haré y vendré a sacarte.

—¡No! —exclamó de inmediato—. Mientras tú introduces la combinación, yo cerraré las ventanillas de extracción. Si no lo hago, aunque las máquinas se

detengan el gas seguirá colándose. Tienes que cerrar la puerta y salir de la fosa lo más rápido que puedas.

—Pero tú... ¡Yo lo haré! ¿Cómo cierro las ventanillas? Claro que voy a sacarte de aquí. No me iré sin ti —insistí.

—¡No puedes sacarme, tienes que hacer lo que te estoy diciendo!

—No, no lo haré, nos iremos las dos.

Entre el pánico y el desespero, su terquedad me irritó. Nina soltó una risa nerviosa.

—Estas máscaras no son tan resistentes, ¿sabes? Cuando saque los brazos, pasarán tan solo sesenta segundos antes de que estos dos tubos estallen. Tienen mucha presión. Solo tendré tiempo para cerrar las ventanillas.

—No voy a dejarte morir.

—Y yo no dejaré morir a LA RAI —refutó en tono concluyente—. Haz lo que te dije.

—¡Tiene que haber otra manera!

Repentinamente, sobre nosotras, uno de los tubos expulsó un chorro de vapor. El sonido nos sobresaltó.

—¡Vamos! ¡Sal y cierra la puerta! —me ordenó.

El corazón me latió rápido y mis ojos amenazaron con humedecerse. No podía abandonarla.

—¡No! Piensa, tienes que saber otra manera de hacerlo, conoces bien estas máquinas.

—Desearía que hubiera otra forma, pero tienes que hacer lo que te digo o todos van a morir asfixiados, tú misma lo has dicho, las conozco muy bien y sé

que, si no se cierran las ventanillas, el gas va a apoderarse de la ciudad.

No quise dejarla ahí. Ver sus brazos atrapados, su cuerpo temblando, me llenó de dolor, de impotencia y de pánico. Quería salvarla, pero también detener el gas, y me negué a aceptar que no pudieran lograrse ambas cosas.

Otro chorro de vapor salió expulsado de la parte baja del tubo. Tuve que dar un pequeño salto para que no me quemara.

Si algo había aprendido, era que la amistad podía salvarnos en muchas circunstancias, que podía ser un haz de luz entre la oscuridad de la tristeza. Nina me había ofrecido eso, por lo tanto, para mí no existía y no existiría nunca otra persona igual a ella. Los ojos se me humedecieron. Irme y dejarla salvaría a LA RAI, pero derrumbaría todo aquello que ella me había ayudado a construir. Carter me había enseñado que los soldados se sacrificaban para salvar a su grupo, a sus compañeros y a su pueblo, y lo correcto era que yo salvara a los demás, incluso si eso requería sacrificar una vida. En ese caso, Nina era la valiente que se arriesgaba, y yo, yo solo era ese soldado que tenía que decidir si abandonarla o no. Era ese soldado que tendría que cargar con el dolor de la pérdida y que siempre recordaría lo que había sucedido allí. Era ese soldado que debía ceder.

—¡Vamos, Drey! ¡Tienes que hacerlo!

—Está bien —accedí y coloqué mi mano sobre su hombro—. Te juro que todos sabrán lo que hiciste.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Ya sabía que eras inmune —confesó rápidamente—. Lo supe cuando te conocí, pero estaba esperando que me lo dijeras, que confiaras en mí.

—Perdóname por no habértelo dicho... yo...

—No hay nada que perdonar —pronunció con suavidad—. Ahora, ve,

rápido.

Deposité un beso sobre sus alborotados cabellos y corrí hacia la puerta. Antes de desaparecer, pude oír:

—¡Drey! Dile... dile a Levi que quien hizo esto fue Didi.

—Se lo diré.

Salí de allí con prisa y cerré la puerta de hierro. Busqué el panel amarillo entre tantas maquinarias y no tardé en encontrarlo. Recordé la combinación y con dedos temblorosos la introduje rápidamente. Todas las luces de los demás paneles se apagaron. Me quedé quieta un segundo y escuché el inconfundible sonido del metal arrastrándose contra el suelo.

«Sal de ahí, Drey».

Reaccioné y salí de la fosa sin mirar atrás.

Una vez más, el gas me había arrebatado una parte de mi vida.

• • •

Después de atravesar a toda velocidad la entrada de la fosa, me detuve al ver una docena de hombres protegidos por trajes, mirándome, quizás preguntándose por qué estaba a salvo. De entre ellos se abrió paso un hombre. Se aproximó a mí y no fue sino hasta que se acercó lo suficiente que dilucidé su rostro tras el cristal. Era Levi. Colocó una mano en mi espalda y me impulsó para que caminara.

Recorrimos el centro de la ciudad y pude ver los estragos de la fuga. A pesar de que los caminos estaban despejados de civiles, en el suelo reposaban los cuerpos sin vida de las personas que no habían tenido oportunidad de huir a tiempo. A través de las calles, algunos hombres sostenían grandes máquinas purificadoras, descontaminando el ambiente.

No tardamos en llegar a un edificio que, extrañamente, no reconocí. Cuando estuvimos en su interior, después de atravesar una puerta, Levi se sacó el traje y me miró de tal forma que supe que lo único que vendría para mí sería un reclamo.

—¿Por qué entraste a la fosa así? ¿Qué pretendías hacer? ¿No has entendido nada de lo que te he dicho? ¡Fuiste a ponerte en peligro! —inquirió sin hacer pausa entre las preguntas.

—No me puse en peligro, el gas no podía matarme —defendí sin ánimos de alzar la voz o de discutir, porque mi mente estaba ensimismada en el recuerdo de Nina.

—Aunque el gas no te hiciera daño, era peligroso, las tuberías se estaban reventando —refutó. Dos líneas se formaron entre sus ojos cuando hundió las cejas—. ¿Por qué solo actúas bajo tus propios impulsos? Ligre te dio la orden de buscar a Julian y no la cumpliste, le desobedeciste. Y ahí vamos de nuevo con eso de desobedecer, Drey, es que no quieres apren...

—¡Nina estaba ahí! —le interrumpí. Intenté contenerme, pero me irritó escucharlo—. ¡Ella impedía que el gas se expandiera mientras ustedes estaban afuera esperando por sus malditas y lentas maquinas! Por eso entré, para salvarla, porque pensé que podía hacerlo. Entré por ella, para ayudar.

—¡No había nadie vivo en la fosa! Un soldado se introdujo antes para cerciorarse y dijo que no quedaba nadie con vida. Por eso no entramos tan rápido.

Me quedé sin palabras. Si un soldado había entrado a chequear, ¿por qué había ignorado a Nina? Tenía que haberla visto. De repente, mi ira se dirigió al soldado, a ese que la había pasado por alto.

—¿Quién era? —exigí saber, aproximándome con vehemencia hacia él—.

¡¿Quién era?! ¡Dímelo!

—¡Tranquilízate! —soltó y colocó sus manos sobre mis hombros, sosteniéndome con firmeza. Mi pecho subió y bajó con insistencia; estaba agitada, así que me alejé de él—. Era Leiton.

La puerta deslizable dio paso a un par de personas. Butterfly y Ligre se hicieron presentes, protegidos por máscaras antigás que rápidamente retiraron de sus rostros. Mientras que le informaban algunas cosas al comandante, mi mente no dejó de reiterar el nombre. Leiton. Un miembro de la OPE, mi compañero. ¿Por qué había dicho que todos estaban muertos? ¿Por qué no había salvado a Nina? Un arrebato de furia recorrió mi cuerpo. Debía buscarlo, exigirle una respuesta, quería…

«Matarlo».

—Drey, ¿estás bien? —preguntó Ligre. Me tomó un instante analizar la pregunta.

—Estoy bien, lamento haberle desobedecido —respondí, pero el subcomandante negó con la cabeza y esbozó una sonrisa apacible.

—No te disculpes. Sea lo que sea que hayas hecho, detuvo la fuga por completo.

—Yo no detuve la fuga. Fue Nina, estaba allí. Me dijo que introdujera una combinación para que las maquinas dejaran de extraer oxígeno. Lo hice al mismo tiempo que ella cerraba las ventanillas de extracción.

Los labios de Levi formaron una línea muy fina, como si quisiera demostrar pesar. Aunque estaba obligado a mantenerse firme y hermético porque era el líder, me puso de mal humor no escuchar de su parte unas pocas palabras de lamento por haber perdido a una gran persona.

—Encontraron muerto a un miembro de la OPE —escuché a Butterfly decir.

Temí. Lo primero que pasó por mi mente fue que Ecain era esa persona. Él pertenecía a la unidad y cuando habían anunciado la fuga, Ligre lo había enviado a reunirse con el equipo de emergencia, así que la posibilidad de que estuviese muerto no podía ser descartada. Pensando en Nina, me había olvidado por completo de él.

—¿Quién es? —preguntó Levi. Butterfly curvó la boca hacia abajo y negó.

—No lo sé, yo no trabajo con ese equipo así que no lo reconocí, pero sé que es un hombre.

—No los he visto —intervino el subcomandante puesto que a él le pertenecía la unidad—. Estuve con la unidad de limpieza. Supongo que con él ya serían ciento treinta fallecidos.

La cifra me impresionó.

—¿En dónde están los cuerpos? —inquirí. Butterfly me observó de forma despectiva, dejando claro que no me respondería, pero rápidamente Ligre lo aclaró.

—Creo que los tienen en los laboratorios.

Mi reacción fue inminente; salí de ahí ignorando las órdenes de Levi y los llamados de Ligre. Pensar que Ecain había sufrido el mismo infausto destino que Nina me puso a temblar, pero también hizo me diera cuenta de cuán importante se había vuelto para mí.

A toda velocidad me trasladé a los laboratorios, empujé con fuerza la puerta de la entrada y encontré a varias personas con trajes en la recepción. Se me quedaron viendo, impresionados, pero no me importó. Me abrí paso y avancé lentamente entre las filas de cadáveres que reposaban en el suelo, casi cubiertos con sábanas y telas oscuras. El nerviosismo que sentí me causó ansiedad, y eso no me permitió algo más que repetirme a mí misma: «Ecain no,

Ecain no, Ecain no».

Los presentes cubiertos por trajes y los pocos que solo tenían máscaras, me siguieron con la mirada. El secreto de mi inmunidad se había ido por el caño. A esas alturas, supuse que muchos lo sabían. Escuché algunos murmullos, pero seguí andando, moviendo la cabeza de un lado a otro para ver los cuerpos, tratando de reconocerlos. Uno a uno los fui observando. Uno a uno los fui detallando. Todos con los ojos aún abiertos y el cuello enrojecido por el forcejeo, por haber intentado encontrar con desesperación una forma de respirar. Mujeres, ancianos, hombres y niños. Cada uno, víctima de ASFIXIA.

Al final del pasillo, cuando casi se llegaba al ascensor, pude reconocer uno de los cadáveres. Yacía en el suelo con los ojos fijos en el vacío. Estaba hinchado y con el rostro de un tono violáceo.

Y no era Ecain.

Era Leiton, el compañero, el de cabello rubio y ojos azules, el que había visto a Nina y la había dejado morir, ante mis ojos, el traidor. Aquel que también me había acompañado al consultorio del doctor Julian y con el que había entrenado varias veces. A su lado lloraba desconsoladamente una mujer, probablemente su novia o su hermana, o su amiga. Al menos Ecain estaba a salvo, pero la escena me llevó a recordar a Nina.

Fui al ascensor y presioné el número del consultorio de Julian. Después de haber ignorado la orden de Ligre, tampoco sabía si él estaba bien, pero algo en mi interior me decía que sí.

Las puertas del elevador se cerraron y dejé atrás los sollozos y lamentos que podían debilitar hasta al más fuerte. Cuando estuve en el piso correcto y avancé por la puerta del consultorio, alguien se abalanzó sobre mí. No tardé en reconocer que los brazos que me envolvieron eran de Exen.

—¡Joder, estás bien! —exclamó, apretándome contra su cuerpo—. ¡Estaba asustado, Drey, muchísimo! ¡Pensé que te había pasado algo!

Le devolví el abrazo y me aferré a él.

—No sabes… no sabes lo que pasó —sollocé. Ya estando a su lado, no pude contener más las lágrimas. Exen apartó sus brazos y tomó mi rostro con ambas manos.

—¿Qué sucedió? Tranquila, ya terminó, están limpiando las áreas contaminadas.

—Nina… —hipé— está muerta.

Nina y él nunca se habían llevado bien, pero su silencio no fue ofensivo. Me estrechó mucho más contra sí mismo y trató de reconfortarme.

—No te preocupes, todo estará bien.

Miré por encima de su hombro y pude ver a Julian recargado en la pared del fondo, mirándonos con pesadumbre, con todo el dolor que la desgracia causada por la fuga podía ocasionar. Se esforzó por regalarme una sonrisa, pero cuando sus comisuras se alzaron, el gesto lo hizo lucir desanimado.

—¿Sabes si Ecain está bien? —pregunté después de que Exen rompió el abrazo y de que pude limpiarme las lágrimas.

—Sí, lo tienen cuidando a la gente refugiada en las salas de purificación.

Ya más calmada, inhalé hondo y pensé en cómo le diría que su novia había causado la fuga. Exen ya me había confesado antes que la razón que lo ataba a Didi, era el miedo a que ella hiciera lo mismo que había hecho Adela, pero la historia se había repetido y me preguntaba si llegaría a pensar que todo era su culpa, y si lo pensaba, ¿podría él cargar con eso?, ¿cuánto daño le haría?

Julian se acercó a nosotros y palmeó la espalda de su hijo.

—Me alegra que ambos estén a salvo. Por un momento pensé que podía pasarles algo. Esto es... terrible. Jamás imaginé que pudiera volver a suceder. Las maquinas han sido muy estables desde el último incidente.

—No fueron las maquinas quienes fallaron. Fue Didi, ella causó la fuga.

La expresión de Exen se tornó neutra. Sus ojos se ensombrecieron como si sus pensamientos más oscuros y sus impulsos más terribles se reflejaran a través de ellos. No estaba triste, estaba enojado, sin embargo, no se movió violentamente ni tensó algún músculo en señal de ira, todo lo contrario, mantuvo la serenidad.

—¿Y está muerta? —preguntó. Su voz se escuchó áspera.

—No lo sé.

Lo oí maldecir en voz baja. Se dirigió al ventanal de la oficina que daba vista a la ciudad. Ahí se quedó, rígido, mirando las cabañas que en ese momento estaban vacías. Pasados unos pocos minutos de entero silencio, me acerqué a él y coloqué mi mano sobre la suya.

—No es tu culpa —le susurré—. Nunca lo fue.

Sentí cómo su mano respondió a la mía y juntos, entre el silencio que se apoderó de la oficina, aguardamos a que todo volviera a la normalidad, a que el gas fuera erradicado de la ciudad.

La fuga se había llevado a muchos, dejando en los supervivientes —por segunda vez— un daño irreversible. Pero estaba completamente segura de algo: el acontecimiento había reforzado mis ganas de luchar. Despertó el rencor, no hacia El Imperio, no hacia Didi, tampoco hacia Leiton; mi odio era hacia el gas.

Mi enemigo número uno: ASFIXIA.

• • •

Pudimos salir del consultorio una hora y media después. Durante todo ese rato, Exen se mantuvo mirando el suelo en silencio, pensativo, con una calma casi preocupante.

Las noticias corrieron de boca en boca. Habían logrado limpiar la mayor parte de la ciudad, lo cual resultó fácil porque la fosa del sur y la fosa del oeste aún funcionaban, siendo las únicas que extraían oxígeno para LA RAI. Trasladaron a los civiles a las áreas limpias y les proporcionaron otro par de máscaras para que pudieran protegerse mientras que culminaba la purificación en las zonas aledañas.

Todo fue un ajetreo. El equipo de emergencia todavía estaba trabajando duro para poder regresar a las personas a sus cabañas, pero tomaría al menos un día conseguirlo.

Entre aquel jaleo, Levi consiguió hacer que nos buscaran a Exen y a mí para una reunión importante, así que no tardamos en acudir al edificio de control.

En la sala se hallaban Ecain y Sora, además de Ligre y Levi. Corrí y me arrojé sobre Ecain para abrazarlo. Fue un alivio sentir el calor de su cuerpo. Comprobar que seguía vivo fue tranquilizante, como siempre, porque él tenía ese efecto en mí, el de hacerme creer que las cosas andaban a la perfección cuando todo a mi alrededor indicaba que no. Al separarnos, los demás nos miraron con incomodidad y disimulo.

—Las demostraciones de afecto déjenlas para después, por favor, tomen asiento —dijo Levi. Ecain me dedicó una pequeña sonrisa y murmuró:

—Estoy feliz de verte.

Nos sentamos frente a la gran pantalla que reflejaba las iniciales de LA RAI. Solamente los superiores se quedaron de pie.

—Iré al grano porque tengo algunos asuntos que atender —soltó Levi. Parecía estar de mal humor—. Como ya saben, Leiton, antiguo miembro de la OPE, está muerto, y como solo falta un mes para que la misión de rescate a los científicos se lleve a cabo, necesitamos un cuarto miembro capaz de cumplir con las exigencias de la unidad. Ligre, por supuesto, quien desde el principio ha entrenado a las tropas, me dijo que no hay nadie mejor preparado para este puesto que Exen Palafox, así que desde ahora forma parte del equipo.

Los ojos de Exen se abrieron tanto que incluso pensé que iban a salírsele. Sabía que lo único que estaba pensando era que finalmente dejaría de trotar para colaborar como soldado, pero la noticia despertó un miedo terrible en mí, de aquel que podía confundirse con el mal augurio. Aceptaba que Ecain fuera a la misión, pero que Exen asistiera, me aterró.

—Ustedes tres irán a la misión —añadió Levi, señalándoles—. No creo que necesite explicarle a Exen de qué se trata esto porque estoy seguro de que ya lo ha escuchado. ¿No es así?

El soldado arrugó la nariz y se rascó la nuca con un gesto de vergüenza.

—Sí, ya sé de qué va todo, comandante —admitió.

—Perfecto —dijo Levi, luego se dirigió a mí—. Drey, hallaron el cuerpo de Nina cerca de las ventanillas de extracción, tal y como lo has dicho. En cuanto todo esté en orden, haremos un pequeño velorio para todos aquellos que perdimos hoy, sobre todo para ella, porque le debemos la vida de los que aún sobreviven.

Aunque ya sabía que no había tenido oportunidad de salir, la confirmación me devastó más.

—Ya se pueden retirar. Ecain y Sora pueden ir a colaborar con el equipo de emergencias. Exen y Drey, manténganse con Julian en los laboratorios.

Después de que Sora salió y de que Ecain me dio un beso de despedida en la mejilla, impedí que Ligre y Levi se fueran.

—Hay algo que Nina me dijo y que deben saber —les informé. Tanto el comandante como el subcomandante se mostraron intrigados—. La persona que causó la fuga fue Didi.

—Antes de que digan que este segundo incidente también fue mi culpa, quiero que sepan que ella nunca me importó. Si murió y encuentran su cuerpo, por favor quémenlo o hagan lo que sea con él. Didi no tenía familia aquí y realmente no me interesa reclamar su cadáver o hacerle algún velorio que no se merece —intervino Exen con una gran amargura marcada en el modo de hablar. Los tres nos sorprendimos por sus palabras.

—¿Didi? Didi… —pronunció Ligre, pensativo—. ¿Didi no es una chica rubia que está en el segundo equipo de defensa?

Exen asintió con desgano.

—Pues sigue viva, la vi con los demás refugiados cuando venía para acá —comentó el subcomandante.

—Hierba mala nunca muere, ¿no? —bufó Exen, haciendo un mohín de desprecio.

—¿Estás completamente segura de que fue ella? —me preguntó Levi.

—Nina me lo aseguró.

—Entonces hay que detenerla —anunció Ligre y se volvió hacia Levi—. ¿No crees que ella sea…?

—Podría ser, Ligre, podría ser —murmuró y nos miró con cierta intriga —. Ustedes vuelvan a los laboratorios. ¿Queda claro? No quiero desvíos, no quiero que espíen nada y tampoco quiero que anden cerca de las cabañas ni de

la fosa, porque si los encuentro por allí o alguien me dice que los vio en esos lugares, ambos serán expulsados del equipo, esta vez de forma definitiva.

Le obedecimos. Ni siquiera teníamos ánimos de desafiarlo desacatando su orden, porque hasta el mismo Exen admitió que lo único que deseaba era tumbarse en su cama y nada más.

Cuando Exen le contó a Julian que formaba parte de la OPE y que iría a la misión, el rostro del doctor palideció, siendo muy difícil para él ocultar su preocupación. Era entendible, pues Exen era lo único que le quedaba. La misión sería realmente peligrosa para quienes se adentraran en El Imperio, tanto así que para nadie era un secreto que podían no regresar.

Esperamos en los laboratorios hasta que cayó la noche. No supimos si habían detenido a Didi, no supimos nada de lo que habían hecho, pero era probable que pronto nos enteráramos.

En cuanto pudimos regresar a las cabañas, todo permaneció silencioso. El desánimo y la tristeza estaban en el aire siendo incluso más potentes que el mismísimo gas.

Por otra parte, yo había entrado en una lucha emocional justo al pisar las escaleras de entrada a mi cabaña. Sabía que en ella no estaría Nina y que las noches volverían a ser tan vacías como aquellas que había vivido en la superficie. Ya no habría charlas nocturnas, ni risas desmedidas; ya no tendría a quién contarle lo nerviosa que me ponía Ecain o lo exasperante que se tornaba Exen durante el día.

Cuando penetré en la cabaña y observé su cama vacía, se me formó un nudo en la garganta. ¿Cómo estaría su madre en esos momentos? Destrozada, por supuesto, como también lo estaba yo. Pero incluso con todo aquel dolor escociéndome el cuerpo, sentía una especie de rabia inexplicable que, aunque quería, no podía aligerar.

Sentía rabia hacia Didi.

«Ella es la culpable», pensé.

«Y debe pagar».

Nunca había experimentado tanta furia e impotencia. Era como si un pequeño pero insistente murmullo en mi cabeza me estuviese diciendo que Didi debía sufrir por lo que había hecho, porque yo tenía todo el poder para vengarme. «Vengarme», nunca había considerado hacerlo, nunca lo había visto necesario, pero tenía mucho por cobrar. ¿Podía hacerlo? ¿Podía honrar la memoria de Nina?

Sacudí la cabeza, confundida y exhausta. Me sobresalté al escuchar que alguien tocaba la puerta. Pensé que sería Exen, pues era el único que se escabullía por las noches, pero cuando abrí la puerta vi a Ecain.

—¿Es un mal momento para hacerte una visita?

—Pasa.

Cerré la puerta y lo seguí a la cama. Nos sentamos no demasiado lejos el uno del otro, porque deseaba su cercanía y su compañía en esos momentos.

—Lamento mucho lo de Nina —dijo con suavidad.

—Yo lamento no haber podido salvarla —confesé, cabizbaja. Ecain estiró su brazo y colocó su mano sobre la mía.

—Si no lo hiciste, fue porque no estuvo a tu alcance, ¿no es así? Escuché que la fuga no fue accidental.

—La causó Didi, la novia de Exen —murmuré con molestia. Ecain se removió sobre la cama y frunció el ceño.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque probablemente es la infiltrada.

—¿Infiltrada? Una infiltrada de… ¿El Imperio? —pronunció con desconcierto.

Tomé aire y luego lo exhalé con fuerza. Había soltado información confidencial, aunque, Ecain era de confianza para los superiores.

—Sí, eso es lo que Levi cree. Aún no se sabe quién es, pero con lo que ha pasado es más que obvio. Didi es la traidora.

Él se levantó de la cama y paseó por el interior de la cabaña. Me fijé en la cama de Nina, revuelta. La dejaría así para siempre, no la tocaría y eso sería un recordatorio de cada una de sus particulares características.

—¿Y están seguros de que es ella? Porque quizás tenía otras razones para hacer lo que hizo —argumentó.

—No creo que haya asesinado a tantas personas solo para hacer molestar a Exen, ¿o sí?

Ecain se mostró dudoso.

—No lo sé, yo ni siquiera la conozco —soltó alzando los hombros—, pero Adela ya lo había hecho, que Didi lo haga no parece tan absurdo. ¿Tú qué piensas? ¿Crees que lo hizo por celos?

Ante aquella pregunta recordé la escena de celos que Didi le había montado a Exen al descubrirnos murmurando detrás de las cabañas. Ella lo había amenazado, y a mí me había sonado a promesa. Ahí estaba, lo había hecho. Podía ser por eso o porque era una infiltrada, aunque de todas maneras el daño ya no podía revertirse. Lo único que necesitaba saber es que era su culpa.

Formé una fina línea con mis labios y bajé la cabeza para no tener que encontrarme con la mirada de Ecain. No dejaba de recordar a Nina, de

rememorar el momento en que aquella mujer y aquella niña se habían retorcido con desesperación. Tenía grabada la imagen de los malditos cadáveres y la de millones de cuerpos en la superficie. Una imagen era el reflejo de otra y amenazaban con no dejarme en paz, jamás.

—Lo único que sé —dije—, es que, aunque lo haya hecho por celos o por cualquier otra cosa, Didi me las va a pagar.

Nunca había dicho nada con tanta sinceridad como en aquel momento. No podía ocultarlo, ya no era la misma Drey que con tanta ilusión había llegado a LA RAI. No era la misma de tres años atrás, tampoco la misma que había apreciado con esperanza el diario de Levi. Era una mujer, una guerrera, un soldado, era una inmune y haría lo necesario para que ASFIXIA no asesinara a nadie más.

18

La gente de la ciudad se reunió alrededor del patio central en donde tenían, cubiertos por mantas, los cuerpos de todos aquellos que habían muerto por la fuga. Levi iba a dar un discurso, así que se hallaba de pie frente al pedestal con las manos puestas sobre él y la mirada fija en los cadáveres.

Yo me encontraba junto a Exen, situados entre la multitud con una muy buena vista de todas las personas que acompañaban al comandante en esos momentos. Además de los miembros de la Unidad Principal de Especialistas, se habían sumado al velorio los dirigentes de los distintos equipos que conformaban a LA RAI.

Nadie tenía buena cara. A mi alrededor, algunas personas sollozaban. La mamá de Nina estaba no muy a lo lejos con el rostro hinchado y los ojos enrojecidos por el llanto. No había podido acercarme a ella porque con tan solo verla, mi cuerpo se debilitaba. ¿Cómo le decía que había dejado morir a su hija en la fosa?

Exen tenía los brazos cruzados y el entrecejo ligeramente hundido, claramente, no muy contento de estar allí. Desde que le había dicho que Didi causó la fuga, así se había mantenido, disgustado e inescrutable, aunque era incapaz de mencionar algo al respecto.

Levi dio algunos toques al micrófono que había en el pedestal y el sonido resonó en la ciudad gracias a los amplificadores. Todos hicieron silencio.

—Ayer perdimos a ciento treinta personas —comenzó a decir. Hablaba con

firmeza y con mucha confianza—. Los honramos porque, aunque se hayan ido físicamente, hoy, mañana y siempre los recordaremos. Los cadáveres que descansan frente a nosotros son los cuerpos de aquellos que sobrevivieron una vez, pero que no pudieron hacerlo dos veces.

»No les ocultaré nada, porque hacer pública la verdad siempre será una de las bases que sostienen a LA RAI. Lo que sucedió ayer no solo fue trágico, no solo nos arrancó a nuestros compañeros, a nuestros seres queridos, a nuestros amigos, sino que también perjudicó nuestro nivel de desarrollo y avance. La fosa del norte ya no podrá extraer oxígeno. Las máquinas únicamente pueden ser reparadas con materiales que no podemos conseguir con facilidad, porque la falla que se presentó en ellas no es una avería común. Si se preguntan si fue un accidente, la respuesta es: no.

»La falla fue provocada por alguien y ese alguien tenía que poseer altos conocimientos sobre el funcionamiento de las fosas para poder desestabilizar y atacar el punto exacto que desataría una catástrofe. Ese alguien, por supuesto, ya ha sido ubicado y detenido, así que les pido que mantengan la calma porque la fosa del sur y la fosa del oeste aún nos proporcionan oxígeno.

»Me gustaría que todos dedicaran este día para velar a los fallecidos, y también me gustaría que dejen de temer, porque hablo por todo el equipo de combate y por las unidades principales cuando les aseguro que todo estará bien, que, con el tiempo, haremos funcionar la fosa principal. Ahora, tomemos este momento para conmemorar a los fallecidos entre los cuales quiero mencionar a una chica cuya determinación y valentía evitó que el gas se expandiera mucho más dentro de LA RAI. Esta chica dio su vida por todos los que aún respiramos, por lo tanto, el nombre de Nina Cauder deberá quedar por siempre marcado en nuestros recuerdos, porque sin su sacrificio el incidente habría podido alcanzar niveles más catastróficos.

El llanto de la madre de Nina fue audible para casi todos. La pobre mujer cayó al suelo de rodillas y soltó lamentos incomprensibles para los que estábamos lejos. El dolor que expresaron sus ojos, me doblegó, así que volví la mirada hacia el pedestal sin prestar atención a nada más, ni siquiera al recuerdo que amenazó con perturbarme.

—Por favor, en silencio y en calma, quiero que escuchen las palabras que Harold Lageria, supervisor de las fosas, dará en honor a los fallecidos —anunció Levi, finalmente.

Se retiró del pedestal dando paso a un hombre de piel morena y cabeza calva, y se colocó al lado de Carter para susurrarle algo. Seguidamente, se alejó de ellos y de la multitud; si no me equivocaba, iba vía al edificio de control y a paso apresurado. Posterior a su salida, le siguió el subcomandante por el mismo camino. Tiré del brazo de Exen, le susurré al oído lo raro que me había parecido la salida de ambos superiores y lo impulsé conmigo en la dirección que habían tomado.

—Pero ¿a dónde vamos exactamente? —inquirió él, confundido.

—A ver a Didi.

Dio un tirón y se zafó de mi agarre, sin embargo, continuamos alejándonos con cuidado de no llamar la atención del especialista o de Butterfly, quienes aún seguían cerca del pedestal mientras que el supervisor de las fosas daba palabras de condolencia.

—Drey...

—Necesitamos hablar con ella y saber por qué lo hizo —dictaminé.

Resopló, pero no dijo nada, porque al igual que yo, necesitaba escuchar las verdaderas razones de Didi.

Nos aseguramos de que nadie nos viera y flanqueamos el edificio justamente

cuando el subcomandante atravesó la entrada. Esperamos un minuto después de que se introdujo y entonces lo hicimos nosotros también. Lo observamos avanzar por el pasillo principal y, con sumo cuidado de no ser vistos, le seguimos hasta que pasó por una puerta con código de seguridad.

—Esa puerta va a los sótanos y a las celdas —me susurró Exen.

—¿Te sabes el código?

—Me ofendes, Drey, en serio. ¿Crees que espío absolutamente todo?, ¿que soy un metiche? —soltó en voz baja, falsamente ofendido—. Por supuesto que me sé el código, soy casi omnipresente.

Aguardamos unos pocos segundos, atravesamos la puerta y descendimos por unas largas escaleras. Cuando pisamos el último escalón, nos encontramos ante un ancho pasillo de paredes y piso rocoso con varias puertas a los lados, y con una secuencia de bombillas colgando del techo que le concedían al lugar un aire de túnel más que de sótano. Antes de poder pasar al área de las celdas, pudimos escuchar algo.

—¿Puedes calmarte, Julian? —preguntó una voz masculina. Era el subcomandante.

Exen y yo nos apegamos a la pared. Si hubiésemos dado un paso más, nos habrían visto, porque la última puerta del pasillo se hallaba abierta y de allí provenían las voces.

—¿Cómo voy a calmarme? ¡Vas a enviar a Exen al matadero! —bramó Julian. No se escuchaba contento.

—Qué poca fe tienes en tu propio hijo —resopló Ligre—. Escogí a Exen porque sé que está capacitado para la misión. Sí, probablemente actúe como un perezoso, se salte los entrenamientos y sea burlón, pero dale un arma y verás de lo que es capaz. En métodos de infiltración es sorprendente y puede

derribar en combate a mis mejores hombres. Las capacidades de Exen solo están ocultas bajo su fachada de muchacho malcriado. Pero, ¿por qué te digo todo esto? Tú lo sabes bien.

—Es muy joven, aún tiene una vida por delante —imploró el doctor.

—Es joven para la misión, dices, ¿y no era joven cuando lo usaste como tu experimento? —rebatió el subcomandante—. ¡Creaste a un soldado habilidoso! Probaste el medicamento en él y funcionó. Exen es más que un buen soldado, es lo que cualquier gobierno hubiese querido tener, y si fuera inmune, créeme que sería incluso más valioso que Drey.

La expresión de Exen manifestó sorpresa. Escruté su rostro tratando de reconocer alguna emoción en sus ojos, pero solo había asombro.

—El proyecto lo desarrollé por mi propia cuenta y utilicé a mi hijo para probarlo porque sabía que no había peligro alguno, sabía que, si algo salía mal, podía provocarle algunas enfermedades menores como gripe o migrañas —defendió Julian—. Aunque Exen era el sujeto adecuado para el proyecto, hice eso por él; lo usé para que en el futuro tuviera todas las posibilidades de mantenerse vivo. Quizás no lo hice inmune al gas, pero lo convertí en un gran soldado. Eso, en este planeta contaminado y bajo el peligro de ser gobernados por El Imperio, va a salvarle la vida. Yo aseguré la vida de mi hijo.

—Eso no cambia que haya sido tu rata de laboratorio —se burló Ligre—. No quita que le hayas mentido. Imagina cuánta confusión ha de haber sentido el muchacho. Su falta de interés en los entrenamientos no era más que una señal de que su cerebro ya sabía que él podía hacer cosas mejores que solo trotar. El hecho de que pudiera escuchar tras las puertas sin nosotros darnos cuenta, era una señal de que sus técnicas para pasar desapercibido e infiltrarse son impresionantes. Su cerebro ya le exigía riesgos, y eso, doctor, es lo que voy a darle a tu hijo, riesgos, porque Exen es capaz de cumplir una misión con éxito

sin tener alguna experiencia en ello.

—¡No puedes pasar sobre mi autoridad como padre! —exclamó Julian. Se escuchó un golpe a una mesa.

—¡Y tú no puedes pasar sobre mi autoridad como subcomandante! —gritó Ligre—. ¡En el instante en que tu hijo se unió al equipo de combate, pasó a estar bajo mis órdenes y bajo mi responsabilidad! ¿Crees que yo enviaré a un crío a una misión tan importante para dejarlo morir? ¡Son mis soldados, maldita sea! Un hombre muerto, para mí, es un hombre más que vengar. ¡Y yo voy a vengar a esas personas que El Imperio asesinó! ¡Exen se va a la misión y eso es todo!

—Levi... —le llamó el doctor. Hubo un silencio muy corto que espesó el ambiente.

—Estoy de acuerdo con Ligre —habló Levi. Él sí estaba en calma—. Exen no es un crío, no es débil, no es torpe y no va a morir allí. Tu hijo es el claro ejemplo de que la ciencia avanzada puede crear soldados eficaces y sumamente desarrollados, y es también el único soldado en el mundo que no necesita años de entrenamiento para ser un experto en el área. Hace tres años decidiste proporcionarle estas habilidades y fue por decisión propia, pero ahora Exen es parte de este equipo, por lo tanto, debe servir a él. No lo estamos mandando al matadero, aquí no somos asesinos. Estamos luchando contra El Imperio y Exen ha demostrado varias veces que quiere hacerlo también. Entonces, ¿para qué seguir reprimiendo sus capacidades?, ¿para qué dejarlo únicamente en entrenamientos? No los necesita, está listo. Reprimirlo y limitarlo no sería justo ni siquiera para él.

—Esto es... es... —decía Julian, hasta que el comandante lo interrumpió.

—Es lo que se debe hacer —le dijo con voz tranquilizadora—. Él estará bien. No puedes sobreprotegerlo por siempre.

—Lo intenté... —habló el doctor. Su voz sonó triste—. Siempre traté de sosegarlo por su propia seguridad. Siempre traté de ser más que un padre para él, incluso traté de que no le afectara el hecho de quedarse sin madre. Pero sé que mis intentos por cuidarlo han fallado, porque los problemas lo rodean y porque al creer que podía hacerlo fuerte, solo le estaba haciendo daño. Supongo que... ir a la misión, sí es lo que debe hacer.

—Es lo que he querido decirte desde que iniciamos esta conversación, además, esto no solo será bueno para Exen, también lo será para Drey —intervino Ligre—. ¿Se han dado cuenta? Ella se siente segura al lado de él. Han creado un lazo, uno que ayudará a que gane fortaleza.

—Drey ya se ha fortalecido —mencionó Levi con voz fría—. Perdió de nuevo a alguien que quería y eso es suficiente para endurecer un corazón débil. No sé si ustedes lo han notado, pero ya no es la misma.

—No es la misma desde que la llevaste a ver a Pantera —comentó Julian—, algo que ahora me parece una muy mala idea. Fue como llevarle carne fresca a esa fiera.

—Pantera no hará nada en su contra y mucho menos va a perjudicarla —replicó el comandante.

—Ya que hablas de Pantera, ¿qué tal le fue con Didi? ¿Obtuvo algo de su mente? —dijo Ligre.

—Sí. Obtuvo cosas muy interesantes —respondió Levi—. Pantera dice que Didi recibió órdenes de un hombre para entrar en la fosa, pero, lo curioso es que la imagen de ese hombre no está del todo clara para ella. Podríamos asumir que ese hombre es Gregori, pero la pregunta sería, ¿cómo pudo comunicarse ella con él? Ahondando más en su mente pudo ver una clara manipulación. Esto quiere decir que los recuerdos de Didi habían sido

modificados previamente para ser indetectables. Eso nos suma otra pregunta: ¿quién manipuló sus recuerdos?, ¿cómo?

—Entonces, ¿Didi solo fue un peón?

—Sí —aseveró el comandante—. Lamentablemente, no estamos ante nuestro infiltrado, sino ante su cómplice.

—Esto me preocupa, porque si el infiltrado es otro, es posible que El Imperio ya sepa sobre Drey —confesó Julian.

—El Imperio podría saber que tenemos a una inmune, pero no quién es exactamente —dijo Levi—. Si Gregori no nos ha lanzado su mejor ataque, no puede significar otra cosa; algo está planeando.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso?

—Es simple. No nos bombardearon la noche del *predator*, así que a Gregori no le conviene matarnos, no todavía. Ellos están listos para hacerlo, tienen la capacidad, pero no sería una jugada inteligente —explicó—, pero la de ayer, esa sí fue una buena tirada. Perdimos ochenta hombres entrenados y cincuenta civiles, ahora únicamente funcionan dos fosas, si no estuviera tan seguro de que El Imperio puede hacer cosas peores, diría que están intentando destruirnos poco a poco.

—¿Tienes planes de suspender la misión? —preguntó Ligre.

—Por supuesto que no —negó Levi rápidamente—. Los científicos son nuestra vía para combatir a ASFIXIA. La unidad está bien preparada. Con Sora y Ecain podemos lograr mucho, pero con Exen, el supersoldado, puede ser un éxito. Lo quieras aceptar o no, Julian, todo depende de tu hijo. Tres años atrás no lo habría logrado, pero ahora es incluso capaz de hacerlo solo.

—Bien, trataré de asimilarlo —intervino Julian después de un minuto de entero silencio—. Ahora debo volver a los laboratorios. Aún tengo que hacer

análisis de las muestras que he obtenido de Drey.

—También me marcho. Me ruge el estómago por el hambre —se sumó Ligre —. Supongo que tú debes ir a hacer inspección en la armería, ¿no?

—Sí, quiero encargarme de eso tan pronto como sea posible. Además, debo revisar los registros de natalidad y mortalidad. Aún hay muchas cosas que no se conectan bien en este asunto del infiltrado.

Exen tiró de mí en dirección a una de las puertas que habíamos dejado atrás, y rápidamente entramos para ocultarnos. Era una oficina pequeña con una pila de papeles y cajas. Nos mantuvimos allí hasta que escuchamos el resonar de los pasos de los superiores alejarse escaleras arriba. Cuando no se oyó nada más, Exen exhaló un suspiro.

—Soy el experimento de mi papá, así que creo que ser adoptado ya no es la noticia más impactante que un hijo puede recibir —soltó con cierta diversión y amargura. Intentó tomárselo a la ligera, pero no pudo y se le notó.

—Eres un supersoldado —murmuré, impresionada—. ¿Estás bien?

—No. Siento una rabia que jamás imaginé sentir, pero ya la dejaré aflorar en su momento. Ahora, vamos a buscar a Didi.

Hundí la manija de la puerta y lentamente la abrí. Asomé la cabeza y examiné el pasillo. No había nadie. Salí con cuidado sabiendo que Exen me seguía. Avanzamos y vimos la habitación en donde Levi, Julian y Ligre habían estado. Era un espacio amplio con una larga mesa en el centro que contenía papeles, con una cartelera en una pared y un escritorio en una esquina. Podía ser una sala secreta de reuniones o una simple oficina no usada muy a menudo.

Ignoramos la habitación y continuamos. Al final del pasillo vimos una puerta de rejillas, también con un panel de códigos. Cuando Exen introdujo la combinación correcta permitiéndonos pasar, no me sorprendí, pues Ligre lo

había dejado muy claro. El instinto de exploración del soldado no se debía más que a las alteraciones que su padre le había hecho. Exen no era metiche, no era un curioso sin remedio, así estaba destinado a ser; estaba destinado a seguir el peligro porque su mente se lo exigía. Accedimos al área de las celdas. Las puertas poseían únicamente una ventanilla de vidrio para poner mirar el interior.

—Tú chequea aquellas y yo estas —le ordené, señalando cada lado del pasillo.

Ambos recorrimos las puertas, mirando a través de las ventanillas. Todas las celdas estaban vacías, por supuesto, porque no había personas que apresar dentro de LA RAI, a menos que cometieran algún crimen o se tratase de un infiltrado.

Cuando casi nos dábamos por vencido, Exen la encontró.

—¡Aquí!

Corrí a donde él estaba y la observé. Se hallaba en el centro, sentada y atada a una silla, cabizbaja, con la melena rubia cubriéndole el rostro, tan inmóvil que no se notaba si respiraba. Exen colocó su mano sobre el asa de la puerta y la impulsó hacia adentro. Estaba abierta.

—¿Por qué está abierta? —le susurré.

—No lo sé, debe ser cosa del comandante.

Nos adentramos en la celda. Las paredes rocosas le daban un aspecto rudimentario, y la solitaria bombilla que proporcionaba la luz sobre la silla en donde ella se encontraba, acentuaba la sobriedad del recinto. Exen se adelantó y se le situó al frente, mirándola en silencio. Le dejé por un momento, respetando la relación que probablemente alguna vez habían tenido, y entonces me dediqué a observar lo bien encadenada que la tenían a la silla de hierro.

—Didi —le llamó él, de repente. Su voz se tornó seca. Después de unos segundos sin respuesta, volvió a intentarlo—: Didi. ¡Didi! —exclamó, pero ella no reaccionó—. ¡Alza la cabeza, maldita sea!

Coloqué una mano sobre el hombro de Exen y le pedí calma. Se le había agitado la respiración, así que lo aparté unos centímetros, me incliné hacia adelante y con cuidado impulsé la cabeza de Didi hacia atrás. El cabello se apartó y se le despejó el rostro. Unas muy oscuras y profundas ojeras se le dibujaban bajo los ojos que lentamente abrió como si despertara de un pesado sueño. Nos enfocó con una mirada tan desorbitada y vacía que casi me hizo retroceder. Había algo muy distinto en ella. Su semblante había cambiado y ya no parecía vivaz o pretenciosa.

—Didi, ¿por qué lo hiciste?, ¿por qué causaste la fuga? —le hablé.

Tuve que intentar contener la rabia que comenzó a acrecentarse dentro de mí. Le repetí las preguntas en un nuevo intento por obtener respuesta, pero ella no pronunció palabra y se dedicó únicamente a mirarnos.

—¿Por qué no contesta? —le pregunté a Exen.

—Seguro está haciendo una de las suyas. Es buena actriz, ¿sabes?

—No, no creo que esté haciendo algo a propósito —comenté, estudiándola.

Él formó puños con sus manos. Estaba enojado, se le notó en el rostro, en la mandíbula tensa y en cómo luchaba por mantenerse firme para no perder el control.

—¿Entonces qué? —se limitó a decir y dio algunos pasos hacia adelante para acercársele más—. ¿Didi? Didi, habla. ¡Habla! Joder, ni siquiera así te tengo paciencia.

Ella parpadeó lentamente y su boca se entreabrió, haciéndonos creer que intentaba hablar. Su estado la hacía parecer absorta de todo, como si su

cerebro no funcionara para hacer algo más que ver fijamente. Era como si estuviese vacía. Lo medité mejor y su silencio poco a poco disipó la rabia que sentía, pues ella solamente era un cuerpo, nada más, porque incluso en el fondo de sus ojos semejantes al cielo diurno, podía verse una profunda ausencia.

—Pantera la dejó así —susurré y luego me viré hacia Exen—. ¿Recuerdas lo que dijo Levi? Ella ahondó en su mente, quizás extrajo todo lo que había ahí.

—Pues no creo que haya habido mucho en esa cabeza, eh. Pero, ¿es eso posible? —inquirió él hundiendo el ceño.

—Creo que Pantera puede hacer posibles muchas cosas.

—Entonces está… ¿como muerta? —preguntó. Moví la mano frente al rostro de la rubia, pero ni siquiera con eso parpadeó.

—Creo que sí.

—Bien, era inservible antes y es más inservible ahora —soltó Exen con fastidio—. Ya vámonos. No vale la pena.

Miré a Didi antes de marcharnos. La noche anterior había deseado hacerle pagar por lo que había hecho, por la muerte de Nina y por la de todos los demás en LA RAI, pero al ver su mirada perdida y su cuerpo inmóvil, supe que perder el alma y aún tener vida era castigo suficiente. Didi jamás podría salir de ese estado, y algo dentro de mí me lo aseguraba.

Salimos de la celda cerrando la puerta con cuidado. Por un instante había pensado que podríamos obtener algo, pero sin sus declaraciones, seguíamos en el mismo punto de inicio. Solo sabíamos que ella había causado la fuga y que un hombre la había manipulado, pero, ¿quién?

—¿Por qué nunca mencionaste que Didi no tiene familia en este lugar? —le pregunté a Exen mientras subíamos las escaleras. Él se encogió de hombros.

—Tú nunca me preguntaste mucho sobre ella.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Había sido enviada a la academia militar por sus padres, porque su comportamiento era inaceptable para ellos. Era rebelde, descuidada e irresponsable —confesó él sin poner mucho ánimo en sus palabras—. Así que cuando se dio la alerta, Didi estaba en una base de práctica. Pudo huir con los demás, o al menos eso me dijo una vez.

—¿Tenía amigos?

—Creo que andaba con un grupo de chicas, pero nunca le presté atención a su círculo de amistades.

—¿O sea que no tenía amigos hombres? —pregunté. Exen se detuvo frente al último escalón y se quedó pensando por un momento.

—Pues, no lo sé. Aquí todos nos saludamos o nos dedicamos unas pocas palabras, por eso es difícil saber quién es amigo cercano de cada quien.

—Tenemos que averiguar quién es el hombre que la manipuló —le propuse. El soldado formó una amplia sonrisa que eliminó todo rastro de disgusto de su cara.

—Ah, esos trabajos sí me gustan.

Coloqué la mano sobre la manija de la puerta y la impulsé para abrirla. Luego examiné el pasillo. Estaba vacío.

—Y tenemos que hacerlo antes de la misión de rescate a los científicos.

• • •

Solo faltaba un mes para que la unidad fuera a rescatar a los científicos, por eso Ligre ponía a la OPE a entrenar sin descanso. Los adiestramientos con Carter también se habían vuelto más intensos. Él me exigía y yo cada día daba

lo mejor de mí para cumplir con sus expectativas, pero, convertirse en un buen soldado en tan solo pocos meses era una tarea muy dura para cualquier persona completamente inexperta.

—¡Deja de temblar, Drey! —me gritó Carter—. ¡Te lo he dicho más de cinco veces!

Hundió sus espesas cejas y se acercó a mí. Colocó una de sus enormes manos sobre las mías que con desestabilidad sostenían aquella pistola, y las obligó a levantarse más. El arma pesó sobre mis palmas, pero aun así hice un esfuerzo por mantenerla.

—¿Qué crees que pasará si disparas así de nerviosa? —bramó con un dejo de molestia.

—Fallaré y me matarán.

—¿Y te quieres morir de esa forma tan patética? —inquirió con el mismo tono de regaño.

—No, no quiero.

—¡Entonces sostenla fuerte y como debe ser!

Tomé aire y le exigí a mis manos mantenerse. Había estado haciendo todo lo posible por ganar peso, por aumentar mi resistencia y mi fuerza, y había logrado al menos un cuarenta por ciento de eso. Sentía los muslos más llenos, los brazos más firmes y mis capacidades en un nivel más alto. Mentalmente me sentía enérgica, capaz de hacerlo todo, pero solo durante unos pocos momentos de impulsos lograba ganarme la aprobación de Carter.

—Si yo fuera escogida para la misión, ¿qué posibilidades hay de que alguien me ataque? —le pregunté mientras trataba de apuntar al blanco—. ¿Tienen guardias por todos lados?

—Las posibilidades están ligadas al nivel de infiltración y estrategia que poseas —respondió él—. Normalmente tienen guardias en las zonas más importantes. En las entradas siempre es más probable que tengan cámaras que no pasan por alto ni un movimiento. Cuando te adentras en la ciudad, ya puedes esperar encontrarte con cualquier soldado en cualquier momento.

Pasé de estar de pie, a apoyar la rodilla del suelo y a flexionar la otra pierna. En aquella posición también debía ser capaz de apuntar a la perfección.

—¿Usted cree que la misión será un éxito? —indagué, pero él no respondió, así que añadí—: ¿O cree que será un fracaso?

Carter volvió a acercarse y me arrebató la pistola de la mano.

—Lo que creo es que ya debes irte. Tiemblas tanto que harás que pierda la poca paciencia que tengo.

Sin refutar, salí de La Cancha para ir al comedor. No comprendía al especialista. Para él, aunque hiciera mi mayor esfuerzo, nunca mejoraba, pero para mí estaba claro que había avanzado muchísimo.

Tomé el camino largo para dedicarle algo de tiempo a mis pensamientos, pero cuando pasé frente a un pequeño grupo de personas que conversaban cerca de una banca, sus palabras captaron toda mi atención.

—... a mí sí me preocupa, solo quedan dos fosas proporcionando oxígeno, ¿y si ocurre otra fuga? ¡El gas irá matándonos poco a poco! Esas máquinas no son estables.

Y al escuchar aquello, lo primero que pensé fue: «¿Cómo pude olvidarlo?».

Cambié totalmente el rumbo de mis pasos y me dirigí a la cabaña. Había olvidado algo muy importante, algo con lo que realmente podía honrar a Nina: su cuaderno de ideas. Entré rápidamente y lo hallé bajo su almohada. Aquel espacio aún olía a ella y a panecillos de arroz, a aquellos que su mamá le

regalaba por las tardes. Sentarme sobre su cama me provocó una intensa sensación de tristeza y de vacío, pero me consolé con la idea de que sus dibujos pudieran servirle a LA RAI. Sostuve el cuaderno entre mis manos y lo abrí. Todas sus creaciones estaban allí, sus bocetos, sus anotaciones y la información que recopilaba sobre tecnología. Su visión de una cúpula mejorada estaba perfectamente detallada, y a medida que pasaba las páginas podía darme cuenta del potencial que posiblemente ninguna otra persona en la ciudad podría igualar.

En las últimas hojas encontré lo que necesitaba. Su idea de maquinarias incapaces de fallar, ayudarían a la ciudad, y yo misma me encargaría de que se hiciese realidad todo aquello con lo que ella había soñado. Cerré el libro y salí de la cabaña rumbo al edificio de control. Debía tener una charla con el comandante Levi.

• • •

Toqué a la puerta unas pocas veces. Nunca había entrado a la oficina del comandante, pero estaba segura de que ahí lo encontraría cuando no anduviera por la ciudad. Apreté con determinación y esperanza el cuaderno entre mis manos. Aquello era lo único que quedaba de Nina, y si moría en el olvido o no era tomado en cuenta iba a sentir que incumplía la promesa que le había hecho en la fosa.

—Pase.

Abrí la puerta sin prisa y lo hallé sentado sobre la mesa con las piernas estiradas hacia el suelo y unos papeles en las manos. Me pregunté por qué de a ratos me empeñaba en verlo como el ingenuo chico del diario, pues claramente no lo era. Sacudí los pensamientos referentes a sus escritos y me concentré en el objetivo.

—¿Qué pasa, Drey? —inquirió después de dedicarme una mirada rápida.

Cerré la puerta.

—Necesito hablar de algo importante con usted.

Dejó los papeles sobre el escritorio y entrelazó las manos sobre su regazo.

—Bien, dime.

—Quiero que vea esto, porque nos puede ayudar —indiqué, aproximándome para extender el cuaderno hacia él—. Todos están muy preocupados porque la fosa del norte ya no funciona, y no hay que ser muy inteligente para saber que, al ser una ciudad subterránea, necesitamos todo el oxígeno que se pueda extraer. Estas son ideas de Nina.

Él tomó el cuaderno y comenzó a hojearlo. Sus ojos se movieron a medida que paseó la vista sobre los trazos. Deseé que sintiera la misma fascinación que yo había sentido al ver esos dibujos, pero era difícil reconocer alguna emoción en su inescrutable rostro.

—¿Por qué no nos había presentado estas ideas antes? —inquirió después de pasar un par de páginas.

—Pensaba que no serían tomadas en cuenta.

Volvió a mirar el cuaderno y pasó otra hoja.

—Son increíbles. —Pude percibir un toque de asombro en las palabras—. Materiales más ligeros, programación sencilla. ¡Y la Cúpula!

—Era muy buena, ¿cierto? —dije, tratando de que no se me quebrara la voz. Él cerró el cuaderno y lo dejó sobre su escritorio.

—Más de lo que cualquiera podría imaginar.

—Por favor, haga que todos sepan que ella nos ayudó —le pedí casi en tono de súplica—. Ahora, ¿puedo hacerle una pregunta?

Él aceptó.

—¿Por qué no les dijo a todos que soy inmune? —inquirí. El comandante me observó con incredulidad, como si no comprendiera mis palabras.

—Acordamos que sería un secreto, ¿no? —contestó con simpleza.

—Muchos me vieron.

—Muchos están tristes y confundidos, verte por allí sin protección es lo que menos recuerdan.

Asentí y no dije más, aunque podía haber dicho otra cosa; podía haberle preguntado si pensaba confesarlo en algún momento, o ir por algo más personal al preguntarle cómo era que había llegado a ser tan diferente al muchacho del diario, pero la relación que él y yo teníamos era únicamente la de un soldado y su superior.

Recordé vagamente que, en mis primeros días dentro de LA RAI, él había sido para mí un hombre fascinante, y en ese instante no sabía si ya lo veía del mismo modo. Probablemente no, ya que eso era lo que él deseaba, que me mantuviera al margen.

Me di la vuelta y me fui del lugar. Justo al salir del edificio de control Exen me interceptó. Estaba agitado, de seguro porque había corrido. Me sonrió ampliamente mientras el pecho le subía y le bajaba violentamente. Alzó la mano, me mostró una delgada pila de papeles y dijo:

—Conseguí... conseguí algo que nos dice quién en es el infiltrado.

19

Exen y yo corrimos a la cueva de la flor. La luz de la tarde entraba por la ventanilla que le daba vida a la Sanguinaria, la cual se mantenía en perfecto estado. Su tallo se fortalecía y nuevas hojas ascendían, avisando que la flor pronto brotaría.

Nos sentamos contra la pared. Exen se tomó un momento para aminorar su agitación y cuando pudo hablar con claridad, dejó los papeles sobre su regazo y tomó uno que desdobló con cuidado.

—Esto te va a sorprender —anunció—. Son cartas que Didi recibía de un hombre. Las encontré debajo de su colchón. Cuando sus compañeras salieron de la cabaña, entré y revisé todo cuanto pude.

—¡Dámelas!

Me las entregó y entonces procedí a leer la primera.

Didi, haré esto muy breve, aunque no sin antes decir que me complace saber que tus esfuerzos por mezclarte entre LA RAI han sido un éxito. Sé que comunicarnos con el líder ha sido una tarea difícil, pero me alegra que te estés esforzando por conseguir información aun cuando no hemos podido recibir órdenes específicas. El líder está sumamente contento con tu participación, tanto que me ha pedido que me reúna contigo para que podamos planear bien la tarea que nos encomendó. El Imperio enviará un predator este sábado para que crean que están tratando de bombardear, pero en realidad será para recolectar información. Te diré más apenas nos veamos.

Saludos, L.

—¿L? —inquirí en un susurro.

Tomé otra hoja y la desdoblé para leerla:

Didi, el bombardeo fue un fracaso porque lograron derribar al predator. El líder está echando chispas. No sé cómo lo hicieron y aunque he estado preguntándole a los superiores, ninguno ha querido aclararme lo sucedido con exactitud. Se supone que soy parte de la unidad élite, eso me hace un soldado de confianza para ellos, pero no sueltan nada. En definitiva, hay algo que están ocultando. ¿Puedes averiguar qué es? Será mejor si te escabulles dentro del edificio de control, allí tienen lugar las conversaciones más interesantes.

Saludos, L.

Tomé una tercera hoja e hice lo mismo:

Didi, solo te escribo para que repasemos lo planeado. Mañana, cuando estén haciendo inspecciones y los trabajadores estén ocupados, ingresarás a la fosa del norte. Recuerda entrar a la tercera sala, introducir el código que te he dicho y colocar el ácido que te he dado. Bastará para hacer una gran abertura. Hazte pasar por una de las estudiantes, no sospecharán de ti. Tendrás dos minutos para escapar. Yo estaré rondando las afueras, no te preocupes. El líder quiere que esto salga bien. La idea es dejar a LA RAI con una sola fosa funcionando. Por cierto, ha salido bien lo de la sustitución de recuerdos, nadie sabrá que hemos hablado. Solo ten presente que justo cuando te vayas a dormir, debes ingerir el líquido que he puesto en tu bolsillo, eso borrará toda pista en tu mente que Pantera pueda detectar. Las cosas saldrán bien mañana.

Saludos, Leiton.

Me llevé una mano a la boca, atónita por lo que leí. Nunca había sospechado de Leiton porque ni siquiera había tenido la oportunidad de conocerle a fondo.

Con su aspecto petulante había pasado desapercibido, pues nunca había deseado hablar con él o mantener una amistad.

Observé la caligrafía; cursiva y bien trazada. Me asombró el hecho de que alguien cuyo perfil siempre había estado bajo, fuera el traidor, pero también parecía extraño que, por último, probablemente en la carta más importante, su nombre estuviera escrito.

—¿Por qué la firmó con su nombre? —inquirí—. Parece un acto muy tonto de parte de un infiltrado.

—Bueno, no es que Leiton fuera muy inteligente. Lo conocí muy poco, era habilidoso como soldado, pero algo distraído —opinó Exen, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, ahora que lo pienso, suena muy estúpido. ¿Por qué Gregori escogería personas tan poco capacitadas para servirle? Didi no pensaba para dar un paso delante del otro, ¿me entiendes? No era muy estratégica.

—Por esa razón Nina sospechó de ella cuando la vio en la fosa intentando hacerse pasar por estudiante.

—Y a Leiton el gas lo atrapó por andar rondando fuera de la fosa, un movimiento tampoco muy inteligente —añadió Exen. Le entregué las cartas, las dobló y las juntó sobre sus piernas—. Me intriga mucho saber cómo se comunicaba con Gregori, pero deberíamos darle estas cartas a Levi.

—Por favor, dime que también piensas que algo no encaja.

—Es obvio que algo no encaja y ya oíste que Levi cree lo mismo, pero tenemos que entregar las cartas para que ellos también puedan hacer sus investigaciones. Aunque trabajamos por separado, ellos por un lado y tú y yo por el otro, lo hacemos por la misma causa, ¿no es así? —expuso con un ápice de diversión—. Gregori ni siquiera debe saber que perdió a sus infiltrados,

ahora sí que debe estar echando chispas —agregó en tono de burla.

Exhalé un suspiro y negué lentamente con la cabeza.

—Siento que no sé nada de ese hombre —confesé con un dejo de preocupación—. Me refiero a que, ¿de dónde viene?, ¿por qué quiere eliminarnos?, ¿de qué forma actúa? Para mí es todo un misterio.

—Nos quiere quitar del camino porque sabe que podemos alcanzar su mismo nivel —contestó con simpleza, como si no hubiera más explicación—. Hay muchas cosas que limitan a LA RAI y eso aflige a Levi. Al estar tan separados geográficamente, no se sabe con exactitud cuáles son los movimientos de El Imperio, y no somos tan sucios como para enviar de nuevo a un infiltrado al que puedan torturar, así que, la forma en la que ellos avanzan actualmente es desconocida para nosotros. —Se quedó en silencio, pero luego pareció recordar algo más—: Además, ellos ya estaban preparados para esto porque sabían lo que iba a pasar con el gas. Ellos lo planearon, así que lo que me parece lógico es que se hayan capacitado antes para vivir de este modo. Su ciudad es más grande. El Imperio ya estaba listo para ASFIXIA.

—No tan listos, porque Julian me dijo que el proyecto se les salió de las manos y que ahora, al igual que nosotros, no saben cómo pararlo —espeté mientras formaba en mi mente una posible imagen de la ciudad enemiga.

—A mí aún me parece absurdo que quienes crearon el proyecto no puedan detenerlo. Mi padre colaboró, logró que la flor expulsara el gas y ahora no tiene ni idea de cómo parar el asunto, y estoy seguro de que los otros científicos tampoco —bramó con una nota de disgusto—. El tiro les salió por la culata. Quisieron eliminar a la mayoría de la humanidad para crear su nuevo mundo y terminaron enterrados por su propia arma. Bueno, supongo que Leiton y Didi no eran los únicos estúpidos, eh.

Contemplé la pila de papeles que reposaban sobre su regazo. Tenía mucha

razón, tampoco había sido una jugada astuta de parte de El Imperio, y, de hecho, era tan poco inteligente que daba mucho qué pensar. ¿Cómo un grupo tan grande, cerebro de una catástrofe, había fallado? ¿Cómo un líder tan audaz como decían que era Gregori, había permitido que las flores se salieran de su control? De forma inmediata me percaté de algo que me abrumó, y, nuevamente, una mala sensación me recorrió el cuerpo.

—Tenemos que seguir averiguando las cosas por nuestra propia cuenta —le dije—. Por ahora, vamos a mostrarle estas cartas a Levi, pero, ¿sabes qué significa que Leiton haya tenido contacto con El Imperio? Significa que Gregori sabe que irán por los científicos.

• • •

—No entiendo, ¿por qué tenemos que esperar para ver al comandante? —bufó Exen—. Él nos permite pasar a su oficina si tenemos que decirle algo importante. ¿Desde cuándo se dan estas formalidades?

La mujer que nos impedía el paso, giró los ojos con fastidio. Llevábamos ya diez minutos tratando de hacerle entender que era un asunto urgente lo que teníamos que hablar con Levi, pero ella se negaba rotundamente a permitirnos avanzar, posicionándose en medio de la entrada al pasillo. No era para nada delgada, así que, su robustez y su mala cara era lo que nos mantenía tratando de convencerla de hacerse un lado.

—Ya se los dije, el comandante está en una reunión muy importante y no quiere a nadie rondando por aquí.

El soldado se cruzó de brazos, inquieto y disgustado.

—¡Pero si somos de la OPE! ¡Podemos entrar a todas las reuniones! —exclamó.

La mujer negó y agitó su desordenada cabellera negra poblada de

incontrolables rizos.

—Esta reunión es exclusiva para la Unidad Principal de Especialistas. Lo lamento, pueden volver más tarde y el comandante estará totalmente disponible para ustedes.

Coloqué una mano sobre el hombro del soldado cuando me di cuenta de que pretendía seguir dando pelea. Exen era terco y resultaba muy difícil obligarle a darse por vencido cuando se empeñaba en conseguir algo, por lo tanto, no dudaba de que para que le permitieran pasar, se pusiera a dar gritos hasta que el comandante saliera de su oficina, algo que nos metería en serios problemas.

—Mejor vámonos y más tarde hablamos con él —le propuse, tirando de su brazo para que pudiéramos irnos.

Exen le dedicó una mirada despectiva a la mujer, y luego, casi resignado, se dio vuelta en dirección a la salida. Asumí que finalmente había parado de intentar, así que lo seguí, pero de repente, cuando menos lo esperaba, me tomó de la mano y corrió hacia el interior del pasillo esquivando el gran cuerpo de la mujer que en cuanto pudo se abalanzó sobre nosotros, fallando y golpeando contra la pared. Casi caí, pero Exen me sostuvo. Escuchamos los gritos de reclamo y una advertencia sobre que nos haría expulsar del edificio, pero ya estábamos lo suficientemente cerca de la puerta de la oficina como para prestarle atención a la enfurecida asistente.

El soldado abrió la puerta sin avisar, y al introducirnos, las miradas desconcertadas de los cinco miembros de la unidad se posaron sobre nosotros.

—¡¿Por qué entran de esa manera?! —inquirió Levi, empleando un severo e intimidante tono de reproche. Exen levantó la mano dejando ver la pila de cartas.

—Es un asunto urgente, comandante —anunció, ignorando el disgusto en el

rostro del superior—. Descubrimos quién es el infiltrado.

Levi hundió el entrecejo hasta que, poco a poco, el enfado se desvaneció de su semblante. Se aproximó y cogió las hojas que Exen le extendía.

Aproveché para estudiar la expresión de los presentes. Butterfly no se molestó en ocultar la molestia que le causaba el encontrarme allí. Carter se mantenía sereno, como si no hubiéramos irrumpido en la reunión. Ligre aguardaba, expectante, a que Levi dijera algo; y Pantera, sentada en una silla cercana a la ventana con las piernas cruzadas, parecía sentirse complacida de verme por la pequeña sonrisa que esbozaba. Un ligero escalofrío me recorrió la espina dorsal, obligándome a mirar a otro lugar. Hallar a esas cinco personas reunidas, era un cuadro curioso. Me pregunté entonces si mantenían una amistad o si solamente estaban unidos por el hecho de compartir el mismo destino.

—Son cartas que Leiton le enviaba a Didi —informó Exen ante el silencio que se formó en la oficina.

—Ya veo… —murmuró Levi sin apartar la vista de las palabras escritas en las hojas—. Por lo que se lee aquí, Leiton recibía órdenes de Gregori.

Se escuchó un resoplido socarrón proveniente del especialista.

—Parece que Gregori no sabe escoger bien a sus informantes —soltó Carter —. ¿Leiton y Didi? Qué absurdo.

—¿En dónde encontraron esto? —preguntó Levi sin dejar de leer.

—En la cabaña de Didi, debajo de su colchón —contestó Exen—. Después de enterarnos de que ella había causado la fuga, a Drey y a mí nos pareció que podía haber algo más, así que me escabullí esta mañana cuando las otras tres chicas de su cabaña salieron y revisé todo lo que pude.

—Hay que interrogar a todos los allegados de Leiton, eso incluye a Sora.

Eran grandes amigos —puntualizó Ligre—. Si me das la orden, Levi, puedo encargarme de ello.

El comandante asintió ante las palabras del subcomandante y luego examinó los papeles un segundo más. Poco después se movió a donde estaba Pantera. Como si supiera los movimientos de Levi, ella extendió el brazo y dejó que él depositara la pila de hojas sobre su mano. Sus huesudos dedos envolvieron las cartas, y con un lento movimiento las llevó hacia su rostro para olerlas. Cerró los ojos mientras inhalaba, como si aquello fuese una droga. Un momento después, alejó el papel y exhaló un suspiro.

—Unas manos masculinas las escribieron —notificó—. Unas manos marcadas por la presión de apretar el gatillo. Manos de un soldado. Sí, fueron entregadas por un soldado sin vida. —Pantera abrió los ojos y se mantuvo en silencio por unos cuantos segundos, hasta que finalmente añadió—: Hay que buscar de nuevo en la cabaña. Algo aún espera ser encontrado.

—¿Puedes ver con exactitud qué es? —inquirió Levi. La mujer negó con el simple movimiento de su dedo índice—. Bien. Ordenaré una inspección.

Pantera le regresó las cartas a Levi. Él las colocó sobre su escritorio mientras que, por otro lado, Ligre dejó su asiento, avanzó hasta donde estaba Exen y le propinó una palmada de elogio en la espalda que lo tomó por sorpresa.

—¡Así se hace, muchacho! —exclamó con ánimo el subcomandante—. ¡Quién diría que tu entrometimiento serviría de algo!

Exen asintió con orgullo. Lo cierto era que todo el crédito debía atribuírselo, porque a él se le había ocurrido la idea de rebuscar en la cabaña de Didi y no a mí. Levi, circunspecto, sin alabar al soldado por la audaz idea que se le había ocurrido, se movió por la oficina con los brazos cruzados.

—Ya no podemos enviar a la unidad en la fecha planeada, sería muy riesgoso —confesó con aspereza—. Podemos reestructurar la estrategia, sin embargo, creo que seguiría siendo peligroso.

—Si El Imperio sabe que planeamos buscar a los científicos las cosas se complican —expresó Butterfly con voz severa—. Nos superan en número. Fácilmente podrían lanzar una emboscada.

—La cantidad no siempre implica calidad —intervino Carter.

El especialista estaba recargado en la pared, con los brazos cruzados y una expresión pacífica en el rostro. Las cartas y el descubrimiento de que Leiton había sido un traidor no parecieron significar mucho para él, pues a diferencia de los demás, no mostró haberse sorprendido ni un poco.

—Pero sabemos que a El Imperio le sobra la calidad —refutó la pelirroja con fiereza—. ¿Debo recordarles que cuentan con un ejército que nos supera en número y que está capacitado para salir a la superficie por más tiempo? Creo que se les ha olvidado que nuestro enemigo es fuerte, y pienso que también han olvidado la razón por la que aún hay que ocultarnos y por la que debemos tener cuidado de no ser asesinados.

—No se nos ha olvidado nada, Mariposa —soltó Carter, haciendo un ademán de indiferencia. Aquella palabra, la última que él había dicho, logró encender los ojos de Butterfly.

—¡No me llames así! —exclamó. Todos sus músculos se tensaron, pero al especialista no le importó en lo más mínimo su reacción.

—Mariposa, Butterfly, lo que sea —dijo él con desinterés—. Sí, El Imperio es fuerte, pero nosotros tenemos tres cosas que ellos no. El supersoldado, el éxito del proyecto *ULTRAMIND* y la muchacha inmune. ¿Cómo es que tres valiosas armas no podrían favorecernos?

Levi lo observó rápidamente por haber mencionado al supersoldado, pero Exen le dejó claro que ya sabía lo que su padre le había hecho.

—Ellos no son armas, Carter, no seas tan despectivo —intervino Ligre—. Es posible que tengamos a tres personas habilidosas, pero eso no nos garantiza una victoria. Además, poner a Drey en peligro no está en nuestros planes.

—¿Pero sí está en los planes rendirnos por temor? —refutó Carter, frunciendo el ceño.

—Nadie va a rendirse por temor. Si lo que estás insinuando es que usemos a Drey, permíteme decirte que estamos poniendo como prioridad su seguridad y no nos arriesgaremos a exponerla —aclaró Ligre con detenimiento.

Pantera se levantó lentamente de su asiento. Se aproximó a mí, atrayendo las miradas de todos. Alzó la mano, tomó un mechón del largo cabello que me caía en una coleta y lo enredó entre sus dedos. La cercanía me perturbó, no solo porque su persona me hizo sentir intimidada, sino porque expedía aquel olor característico de los hospitales, y no sabía por qué.

—Si El Imperio los espera —habló para que todos pudieran escucharla—, lleguen cuando menos los esperen. Es lógico, ¿no?

Una amplia sonrisa se formó en su rostro y sus perfectos dientes fueron visibles. Al sonreír parecía cruel, quizás por naturalidad o por su inquietante personalidad, aunque, de todos modos, no se podía adivinar si lo que reflejaba su aspecto igualaba sus intenciones. Soltó mi cabello después de jugar con él un momento y se dio vuelta sobre sus pies.

—Pase lo que pase, Drey va a estar bien, lo aseguro —anunció ella, más para Levi que para los demás—. En esta ocasión estaré de acuerdo con Carter. Abortar la misión sería un acto temeroso, una cobardía de nuestra parte, así que piénsalo, ¿vas a arriesgarte o vas a rendirte?

Levi paseó la vista sobre cada persona, la decisión la tomaba él. Debía elegir entre enviar a la unidad a la misión o cancelarla, y todos sabíamos que eso era lo que tanto debatía en su mente. Repentinamente, ante el silencio del comandante, Carter se alejó de la pared y habló:

—Prepararé a Drey para lo que viene. No debes preocuparte por eso.

Su determinación me impresionó. Al entrenar con Carter había podido comprender que era completamente capaz de fortalecer a un soldado novato, pero, convertirme en alguien capacitada para luchar en un futuro, no solo dependía de él y sus entrenamientos, también dependía de mí y mi voluntad.

—Si decides continuar —avisó el subcomandante—, te entregaré a tres soldados capaces de entrar y salir de El Imperio sin ser vistos.

Butterfly exhaló tan fuerte que pudimos escucharla. Tenía una expresión de amargura en el rostro. Tanto el especialista como Ligre estaban demostrando su apoyo y su compromiso con la misión. Buscar a los científicos no era un capricho, era una necesidad que requería la participación de cada uno de los superiores.

—Me sumo. No pienso demostrar cobardía ante El Imperio, así que puedo preparar todo y darte las armas y el equipo completamente listo para ser usado sin fallas por la unidad —dijo la pelirroja, reafirmando su respaldo a la misión.

Por último, Pantera amplió más su sonrisa.

—¿Qué dices, entonces? ¿Arriesgarse o rendirse?

Por un momento los ojos de Levi me ubicaron. No pude descifrar lo que había en ellos, pero sí pude demostrarle con mi postura y mi actitud sosegada que no tenía miedo. Aunque sabíamos que El Imperio esperaba la llegada de la unidad, dentro de mí, la reacción ante situaciones desconocidas había

cambiado. Ya no era tan asustadiza, y a pesar de que solo había pasado un mes, no experimentaba pánico al pensar en tener que arriesgar mi vida para salvar otras.

Lo había aceptado ya, no era la misma. Me sentía más segura, más preparada y ni siquiera podía explicar cómo había pasado de ser tan temerosa, a sentir que podía hacer cosas que nunca antes había hecho. Así que, fuese cual fuese la decisión que Levi tomara, la aceptaría sin poner objeción, aunque todo mi ser temiera por la vida de Exen.

—Bien, llegaremos cuando El Imperio no nos esté esperando —aceptó el comandante—. Seguiremos adelante con la misión.

• • •

Como de costumbre, a la hora exacta de la cena, el comedor estaba abarrotado de gente. Después de tomar una bandeja y recibir mi comida, ubiqué una mesa vacía y me senté en ella. Sin Nina allí, el sonido de las voces mezcladas a mi alrededor parecía no poder entrar por mis oídos, porque me sentía como si estuviese sola y encerrada en una habitación negra.

No tenía apetito, pero debía comer porque mi cuerpo lo necesitaba, aunque, no sabía por dónde empezar.

—¿Te molesta si te acompaño? —escuché—. ¿Por qué esa cara? ¿Es por la misión?

Alcé la mirada y me encontré con la de Ecain. Se sentó frente a mí y colocó la bandeja sobre la mesa. Ante su compañía me sentí mucho más tranquila, más relajada.

—Un poco —confesé, apoyé un codo sobre la mesa y dejé reposar la barbilla sobre la palma de mi mano, ignorando la comida.

—¿Te preocupa que vaya a darse tan pronto?

—No lo sé —admití y exhalé con aflicción—. ¿Te soy sincera? Me preocupa Exen. Ya sé que está capacitado para esto, pero si pienso en la misión inmediatamente pienso en él y un mal presentimiento me agobia.

—Exen es muy habilidoso, muy bueno cuando no tiene pereza —dijo él, procediendo a introducir la cucharilla en la sopa que tenía en frente—. Te preocupa porque le tienes cariño. Yo creo que, de la unidad, es el que tiene mayores posibilidades de sobrevivir.

—No hables de esa forma.

—Seamos realistas por un momento, podríamos morir o ser capturados, y si nos capturan, bueno, ya sabemos lo que harán con nosotros —comentó, fijando la vista en la sopa. Recordé lo que Levi me había dicho del infiltrado que habían enviado a El Imperio, aquel que habían descubierto.

—Nadie morirá, no seas negativo —me limité a decir. Él sonrió, contagiándome su serenidad—. Si yo hubiese sido escogida para la misión, no te estaría diciendo esto porque sería la primera en morir.

—Suponiendo que te escojan, si estoy cerca, estarás a salvo —aseguró él.

—Ese es el problema, ¿y si no estás cerca? En tal caso que me quedara sola, mis posibilidades de morir serían altas.

—Si no estoy ahí, tus capacidades van a ayudarte hasta que pueda estarlo —contestó—. Tendrías que mantenerte tranquila, porque si te afliges solo lograrías interferir y bloquear lo que eres capaz de hacer.

—Tú sí confías en mí.

Se le volvió a iluminar el rostro.

—¿Y tú confías en mí?

—Sí, y mucho.

—Entonces ten por seguro que mientras yo viva, nada malo te pasará.

Sin más que decir, se concentró en comer. No pude apartar mis ojos de él. Estaba tan lleno de energía y de palabras positivas y alentadoras que era imposible no olvidar los problemas al tenerlo cerca. Ecain era como ese respiro de aire fresco que se necesitaba al estar preso bajo la superficie. Él era calma, vida, y yo era todo lo contrario, por lo tanto, no era posible dejar de sentirlo como un complemento necesario. Lo veía como la única persona entre todas que me hacía sentir simple y normal.

—¿Cómo es que puedes ser tan comprensivo? —no pude evitar preguntar.

Él soltó una risa divertida.

—Todavía quedan buenas personas en este mundo, aunque sea difícil de creer —respondió encogiéndose de hombros—. Solo tienes que saber reconocerlas.

—Parece imposible que alguien pueda ser tan sincero en estos tiempos, ¿no crees?

Ecain asintió con la cabeza y me señaló con la cuchara.

—Fíjate que ese es el gran problema del ser humano —objetó—. Juzga lo que se sale de lo común, pero también juzga lo que está muy dentro de lo normal. Si eres demasiado bueno, hay algo malo; si eres demasiado malo, hay algo malo. Solo hay que mirar bien, más allá de lo que parece obvio, y podrían sorprenderse.

—Ah, tu forma de pensar es interesante.

—No más interesante que tú.

Me acompañó durante toda la cena, e incluso luego no se separó de mí hasta dejarme en la puerta de la cabaña. Allí, el único contacto que tuvimos fue el

de su mano entre la mía, porque estábamos demasiado ocupados riéndonos de trivialidades como para pensar en algo distinto. Después de todo, al volver tendríamos tiempo para acercarnos mucho más. Luego de dejarme caer sobre la cama, pensando en que debía entrenar mucho más duro, me sumí en un sueño muy profundo.

20

A las tres de la mañana del día siguiente, estaba lista para entrenar. Habían cambiado los horarios para que Ligre pudiera ocuparse enteramente de preparar a los que asistirían a la misión, por lo tanto, se habían cancelado mis entrenamientos con él y había tenido que pasar todo el día con Carter practicando técnicas de defensa.

Me resultaba casi imposible superar el dominio que tenía sobre esos métodos, pero al menos lograba esquivar unos cuantos golpes y lanzar algunos ataques.

—Tienes suerte de que ninguno de esos soldados sea como yo —había dicho él.

Y tenía razón, porque no solo dominaba el combate cuerpo a cuerpo y el combate cercano, sino que, además de ser un especialista en interrogación, mantenía unas impecables habilidades como soldado. Incluso, mientras exponía las diferentes maneras en las que un guardia enemigo podía presentarse, se le había escapado el cuentico de que era políglota. Carter era habilidoso y también peligroso, pero no se podía negar que era un excelente maestro.

Durante el almuerzo —mi única hora de descanso— Julian me mandó a llamar. Asumí que tenía algo que decirme sobre las pruebas que había estado haciéndome y deseé que esa vez sí hubiera noticias que pudieran llevarnos al motivo de mi inmunidad, pero, al llegar a su consultorio, justo antes de entrar, presencié una incómoda escena. Situada en el umbral de la puerta, pude ver

cómo Exen y el doctor discutían.

—Pudiste habérmelo dicho —protestó Exen. Su voz era fuerte, cargada de rabia—. Detesto esa maldita costumbre de ocultarlo todo en esta porquería de lugar.

—No hables de ese modo sobre el lugar que te ha protegido durante tres años —le reprochó su padre—. Si no te lo dije fue porque en ese momento actuabas con mucha inmadurez. No ibas a saber manejarlo.

—¡¿Y tú qué sabes?! ¿Y si hubiese sido capaz de aceptarlo? Nunca confías en lo que puedo hacer. Crees que soy débil y que no pienso bien antes de actuar. Me has decepcionado.

El doctor Julian se quedó muy quieto detrás de su escritorio. Sus ojos expresaron el dolor que las palabras de su hijo producían en él. Nunca los había visto discutiendo. Desde que los había conocido, Exen siempre había demostrado cariño hacia su padre, incluso sabiendo que era uno de los creadores de ASFIXIA, pero en ese momento su actitud había cambiado; la amargura estaba marcada en su rostro.

—Nunca haría nada para dañarte —se defendió Julian—, lo oculté porque aún no estabas listo para comprender las capacidades que te había otorgado. Eres capaz de matar con facilidad. Dos años atrás, habrías usado ese poder con demasiada irresponsabilidad. Ahora ya sabes que eres muy habilidoso, solo te pido que no hagas las cosas mal por culpa de la ira.

Exen soltó un resoplido irónico.

—No me digas qué hacer; ya no —manifestó con un ligero tono amargo—. Me mentiste, me engañaste y me usaste como un experimento. No pensaste en mí como hijo, pensaste en mí como rata de laboratorio. Ahora yo pensaré en ti como un científico incapaz de preocuparse por algo más que una porquería de

proyecto, y no como un padre capaz de preocuparse por el bienestar de su hijo.

—Exen, no digas eso, eres lo más importante en mi vida —casi suplicó Julian. Sus cejas se arquearon y la tristeza fue notable entre sus palabras.

—¿Y a Cameron? Decías que ella también era importante, ¿la habrías utilizado como experimento? —profirió con un aire de desprecio.

No esperó respuesta, avanzó a paso rápido y me esquivó para desaparecer por el pasillo. No le dije nada porque sabía que estaba demasiado molesto como para reaccionar, así que, cuando supe que ya no estaba cerca, me adentré en el consultorio. Julian se quedó mirando al vacío con los ojos vidriosos. Quizás estaba aguantando las ganas de llorar.

—¿Doctor? —le llamé. Él me enfocó como si apenas se diera cuenta de mi presencia—. Me mandó usted a llamar.

—Sí, Drey, sí —afirmó, asintiendo rápidamente. Su cuello estaba tenso.

—Si quiere puedo volver en la tarde.

—No, debe ser ahora —habló y se dejó caer en la silla para comenzar a rebuscar entre una pila de papeles que había sobre su escritorio. Sus manos temblaban.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—¿Quién es Cameron?

Sus manos se detuvieron entre el rebusque. Lentamente se echó hacia atrás, apoyando su espalda de la silla. Mi pregunta le hizo quedarse en silencio, acentuando la angustia en sus envejecidos ojos. Dudé de haber hecho lo correcto, quizás era un tema que no debía haber tocado.

—Lamento si incomodo, es que... —empecé a decir, pero él me interrumpió.

—No te preocupes —dijo, tratando de darle un tono neutral a su voz—. Cameron era mi hija menor, la hermana de Exen. Murió en el incidente porque no vivía con nosotros.

Tomé asiento, atónita por la confesión. Exen nunca había mencionado a Cameron, ni había confesado tener más familia además de su padre, pero por lo que había escuchado durante la pelea, mencionar el nombre de la hermana era un asunto delicado.

—¿Y por qué no vivía con ustedes?

—Cuando Exen nació yo trabajaba como cirujano en un hospital de la ciudad. Era un empleo que me permitía llevar una vida tranquila y normal y sostener a mi familia, por eso, después de dos años, su madre y yo decidimos tener otro hijo. Nació una pequeña niña, estuvimos muy felices por eso, pero mi esposa enfermó y murió al Exen cumplir los seis años —lo último lo dijo con voz trémula—. Después de eso, hubo un tiempo en el que mi único escape eran las noches que dedicaba a encerrarme en el sótano a realizar estudios independientes, pues desde niño mi pasión estaba en la biología... Cuidar a dos niños era muy difícil, era una tarea que quería cumplir, pero la depresión comenzó a atacarme. Un día, un agente del gobierno fue a buscarme y me propuso trabajar para ellos en una sede de laboratorios dedicados al estudio de distintas ciencias. Cumpliría mi sueño, así que acepté sin dudar y llevé a mis dos hijos conmigo. Esa fue la peor decisión que tomé en mi vida porque accedí a servirle a El Imperio sin siquiera saberlo. Cuando Cameron cumplió siete años, me exigieron que la entregara para ser usada en un proyecto que pretendía desarrollar drogas capaces de hacer que una persona dijera la verdad. Algo atroz. Me negué rotundamente y en cuanto pude envié a Cameron con la familia de su madre a las afueras. Fue devastador para Exen porque

ambos eran muy unidos. Él nunca me perdonó por haberlo alejado de su hermana, pero nunca supo por qué lo hice en realidad.

—Lo lamento mucho —murmuré. Julian bajó la mirada, evitando encontrarse con la mía.

—Tiene toda la razón al estar enojado, le he ocultado cosas que siempre ha tenido el derecho a saber. Creo que nunca supe realmente cómo protegerlo.

—Ahora está molesto, pero estoy segura de que cuando logre calmarse podrían arreglar las cosas —opiné—. Tiene que decirle por qué alejó a Cameron, no mantenerlo dentro de una mentira.

Julian esbozó una sonrisa melancólica. Sus ojos se entristecieron y su ánimo decayó. Me pregunté si durante las noches lo atormentaba el hecho de saber que el proyecto en el que había trabajado, había sido el causante de la muerte de su propia hija. Algunas veces el dolor podía notarse en una persona, pero nunca lo había percibido en el doctor hasta ese momento.

—Puedo asegurar que, por ahora, Exen no contempla la posibilidad de perdonarme —confesó con desconsuelo—, así que debo aceptarlo porque esto ha sucedido por mi culpa.

—No sea tan duro consigo mismo, doctor. Pienso que le ha dado a Exen algo magnífico, algo que le salvará la vida —comenté en un intento por subirle un poco los ánimos—. Si usted le hubiese dicho lo que pensaba hacer con él, sé que habría aceptado.

—Cometí un gran error.

—Todos cometemos errores —lo tranquilicé—. Ahora, ¿qué tal si mejor me dice para qué me mandó a llamar?

Se inclinó hacia adelante y entrelazó las manos por encima del escritorio. Recobró un poco su actitud habitual, pero no dejó de vérsele ligeramente

acongojado.

—Nada más quería informarte que todos los estudios que he hecho sobre ti, dan resultados que caben dentro de lo normal. Lo único que me dicen es que tu organismo es completamente común y corriente —notificó—. La verdad es que, hasta este punto, no logro comprenderlo.

—Si usted que es el profesional no lo entiende, menos yo. Ni siquiera puedo recordar algo que tenga que ver con el proyecto en el que participé. Realmente no sé en qué momento de mi vida fui sometida a él.

—En el informe que encontré no revelaban la edad de ninguno de los sujetos implicados en el proyecto, pero no te preocupes, tiene que haber una manera de descubrirlo.

—Doctor, ¿le puedo hacer otra pregunta?

—Claro.

Dudé un poco, pero hablé.

—¿Por qué escogió a Exen para ser un supersoldado? Y... ¿Por qué no hace lo mismo con los soldados de LA RAI?

Julian inhaló hondo.

—Lo intenté con un par de soldados, pero respondieron muy mal al procedimiento. Uno de ellos, pues... murió —confesó con un ápice de inquietud—. La verdad es que no tengo ni idea de por qué el cuerpo de Exen recibió la inyección de forma efectiva y con los demás falló, pero Levi y yo decidimos que no nos arriesgaríamos de nuevo. Es El Imperio quien usa a su pueblo como rata de laboratorio, no nosotros.

Posterior a mi conversación con Julian, asistí a la segunda ronda de entrenamientos que duró hasta que cayó la noche. Sentía que todo mi cuerpo

ganaba resistencia y que, con ello, adquiría más conocimientos que me servirían para demostrarle a los superiores que podía convertirme en un gran soldado.

Fatigada, entré a la cabaña con la intención de tomar mis cosas y darme una buena ducha para luego poder cenar, pero cuando pisé el interior, mi atención recayó en lo que reposaba sobre la cama de Nina: un pañuelo negro y dos pequeños dispositivos que no reconocí.

Fruncí el ceño con extrañeza, pues tampoco había rastro de la persona que los había dejado. Me acerqué para mirar mejor y tomé, primeramente, el pañuelo. La tela era completamente negra, pero mantenía un tenue brillo que se producía al darle la luz.

Cuando se deslizó entre mis dedos con una suavidad agradable, sentí un inquietante cosquilleo en la parte trasera de la cabeza. Me enderecé rápidamente y lo evalué mejor. Era de seda. Lo acerqué a mi rostro para olerlo y otro cosquilleo me recorrió esa vez la frente. Inmediatamente comencé a sentir sueño, pero fue cuando lo moví más entre mi mano que todo se aclaró. Se sintió como despertar de repente por una pesadilla. Mi corazón se aceleró. Emití un jadeo mientras que una muy extraña sensación de liberación se dispersó por todo mi cuerpo. Mis pensamientos parecieron más claros, como si antes de eso, algo hubiese estado obstruyéndolos.

Algo, o más bien, alguien.

No pude creerlo cuando el nombre resonó en mi mente, pero un recuerdo más intenso sobre lo que había dicho Julian, me lo aclaró:

«Lo que a ti te pasó no fue producto de la felicidad que experimentas al estar rodeada de personas, al tener amigos o al sentir que perteneces a un lugar, pienso que fue producto de una manipulación».

Abrumada, miré el pañuelo de nuevo. La persona que lo había puesto allí, lo había hecho con toda la intención de hacerme ver las cosas como realmente eran, pero, ¿cómo podía un simple pañuelo lograrlo? Me lo guardé en el bolsillo, dejé para después los otros dos objetos y salí de ahí rumbo a la cabaña de metal.

¿Cómo no había reaccionado antes? Avancé dando zancadas, aunque para ese momento sentía las piernas pesadas y adoloridas, como si hubiese estado haciendo ejercicio más de lo recomendado. Recorrí el camino sin reparar en cualquier persona que pasara a mi lado, y cuando estuve frente a la cabaña, ni siquiera me molesté en tocar.

Abrí la puerta con imponencia y entré con la ira chispeando en los ojos. Pantera estaba recostada en su gran sillón, con las piernas elegantemente situadas en una pose sugerente y formal. No se inmutó ante mi presencia, pero sí me observó con serenidad.

—¿Has estado manipulándome? —inquirí con fiereza.

—¿Quién te dijo tal cosa? —preguntó con calma, arrastrando las palabras.

—Nadie me lo dijo, lo acabo de notar. ¡Has estado en mi cabeza todo este tiempo!

Lentamente dejó caer las piernas fuera del sofá y se enderezó para quedar sentada.

—¿Tú sola te diste cuenta? Vaya, eso es interesante.

Di un paso adelante con decisión.

—Explícame por qué lo hiciste y con qué derecho —le exigí—. ¿Qué pensabas hacer?

—Pensaba hacerte fuerte, y, de hecho, lo hice —confesó con suma

tranquilidad—. ¿O no te has fortalecido durante este mes? Has cambiado, has logrado aprender con rapidez todo lo que te han enseñado y tu cuerpo ha resistido intensos entrenamientos que, sin mi control mental, no hubieses soportado. ¿Por qué eso te molesta?

—Logré mejorar porque me he esforzado.

—Lo lograste porque yo te ayudé —aclaró y esbozó una pequeña sonrisa muy inquietante—. No te lleves todo el mérito.

—No sabes lo que dices.

La sonrisa que había en su pálido rostro desapareció dando paso a una expresión circunspecta. Mis palabras no le agradaron, pero eso no me intimidó.

—No, tú no sabes lo que dices —soltó con un ápice de irritación—. ¿Crees que siendo tan débil te convertirías en un gran soldado en tan poco tiempo? Probablemente habrías podido hacerlo en algunos años, pero no en un mes y menos con la mente tan voluble e inestable que posees. Estabilicé tu mente, impuse orden en tus capacidades y alejé todo aquello que podía desequilibrarte, como esa ingenua ilusión que tenías con Levi que nada más iba a volverte endeble. Yo te ayudé, ¿y vienes a reprochármelo?

—No puedes, no tenías derecho... —musité, negando con la cabeza. Se levantó del sofá y retrocedí los pasos que había dado hacia adelante.

—Sí lo tenía, porque tú me lo diste.

«—...tú abres las puertas de tu mente, y yo entro en ella para sacar la verdad. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—A partir de ahora tu mente es la mía y mi mente es la tuya».

El recuerdo me dejó pasmada. Le había permitido entrar sin siquiera imaginar lo que podría hacer, sin pensar en las consecuencias. Era mi culpa, por lo tanto, estar ahí reclamándole resultaba absurdo.

—Si hubiese sabido...

—¿Te habrías negado? —preguntó rápidamente, de nuevo, intimidándome—. ¿Te habrías negado a la posibilidad de mejorar, de crecer como soldado y como persona? ¿Te habrías quedado siendo una niña indecisa? Porque sin mi ayuda eso serías, y nadie habría visto potencial en ti. Aunque, no sé si debo recordarte que Levi duda de tus capacidades, no cree que puedas lograr algo. Él en realidad no cree en ti.

Hizo hincapié en las últimas palabras, recordándome que lo que decía era completamente cierto. Intenté no sentirme afectada, no sentir con tanta fuerza mis defectos, pero fue imposible. Ante eso me irrité, y experimenté unas intensas ganas de salir corriendo para descargarme en un violento grito.

—Puedo lograr muchas cosas.

Pantera me interrumpió y comenzó a aproximarse, semejando el metódico paso del animal para atrapar a la presa.

—¿Tú sola? —inquirió con una pizca de diversión en su voz—. No lo creo. No aún. Lo bueno es que tienes la osadía de pensarlo, pero en este mundo, pensar y hacer son actos muy distintos.

—Solo quieres que crea que soy débil, pero no es así —solté mientras retrocedía a medida que se acercaba.

—Si no eres frágil, ¿entonces por qué tienes miedo en este momento? —objetó. Sus transparentes y blanquecinos ojos escrutaron mi rostro con insistencia—. Ya que has roto el control que ejercía sobre ti, eres capaz de desmoronarte, de caer como una vulnerable pila de barajas. Te duele el

cuerpo, ¿cierto? Es porque ahora tu mente está consciente de que tus músculos no pueden resistir demasiado, así que te seguirán doliendo mañana y te dolerán mucho más cuando intentes volver a entrenar. No podrás evitar llorar y tampoco volver a caer en la depresión, porque tú misma te hundes en ello. Eres indecisa, inmadura, un embrión en este grupo de individuos ya desarrollados. Ahora, sin mí, eres simple, eres nada.

—¡Basta!

Mi espalda y mis manos dieron contra la fría pared de metal. Pantera no se detuvo hasta encontrarse a centímetros de mí, hasta que pudo inclinarse un poco y acercar sus labios a mi oreja. Mis dedos temblaron por su cercanía, su cuerpo ni siquiera parecía cálido, sino gélido.

—Sin mi ayuda, morirás en cualquier momento —me susurró.

La evadí rápidamente y corrí fuera de aquel lugar. Mi pecho subió y bajó con agresividad por el temor, por el escalofrío que me produjo su álgido aliento al impactar contra la piel de mi oreja. Sentí el cuerpo exhausto, pero también me sentí pequeña, diminuta e inservible, porque después de todo Pantera había tenido razón al describirme. No era precisamente una persona equilibrada, no era centrada y no tenía habilidades sorprendentes. Era una simple chica con una capacidad de inmunidad que le quedaba grande.

Las lágrimas emergieron de mis ojos cuando pisé la cabaña, pero me las limpié rápidamente y las contuve. Llorar no era una opción.

Me senté sobre la cama y saqué el pañuelo de mi bolsillo. No sabía cómo, pero aquel trozo de tela había interferido con el control mental de Pantera, así que era un objeto valioso que no debía perder. ¿Quién quería hacerme despertar de la manipulación? Curiosamente, dudé de que hubiese sido un buen acto. ¿Y si fracasaba como soldado? ¿Y si todo lo que había logrado gracias a su manipulación, se desmoronaba tal y como lo había dicho? ¿Y si

realmente debía haberme mantenido bajo su control? ¿Tenía que verlo como una ayuda o como una jugada cruel de su parte? Con las palabras resonando en mi mente: «Sin mi ayuda, morirás en cualquier momento», no sabía qué iba a pasar conmigo. No podía desistir y menos arrepentirme de haberme ofrecido como soldado, pero, ¿y si realmente aquello acababa con mi vida? Volví a sentir mucho sueño.

Ahí estaban de nuevo todas las dudas.

Escuché unos toques a la puerta. Me levanté de la cama y, cuando abrí, Ecain estaba de pie frente a mí. Al verlo me di cuenta de que no sentía la misma tranquilidad que antes había sentido al tenerlo cerca, entonces me pregunté si Pantera también había influido en mi gusto por él, si eso también había sido una jugada de su parte.

—Te vine a buscar para ir a cenar —dijo—. Puedes pensar que es una cita.

—No creo que vaya a comer esta noche —contesté sin ánimo. Él hundió las cejas.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? ¿No te sientes bien? —inquirió pasando rápidamente de una pregunta a otra.

—Nada más no tengo apetito.

—¿Por qué no te creo? —confesó—. Sabes que si sucede algo puedes decírmelo.

—No pasa nada, en serio. El entrenamiento me ha dejado exhausta, ¿a ti no? Quiero dormir temprano para mañana tener energía.

Ecain se cruzó de brazos.

—Para tener energía también debes comer. Vamos, no te dejaré dormir sin antes alimentarte.

—Ecain, no, realmente no quiero —recalqué. Él se mantuvo en silencio unos cuantos segundos y luego asintió con resignación.

—De acuerdo, ¿nos vemos mañana?

—Mañana sin prórroga.

—Bien, descansa.

Cuando cerré la puerta, lo comprendí completamente. Ella había intervenido en mi relación con Ecain, porque sentía que se había esfumado toda la paz y la felicidad que él me proporcionaba al acercarse. Sin el control mental no sentía ese frenético interés por tenerlo cerca que antes había experimentado; sin embargo, aún había dentro de mí un genuino sentimiento por él, una atracción por sus ojos casi infantiles y por su cálida sonrisa. ¿Bastaba eso para seguir comportándome como lo había estado haciendo?

Necesitaba hablar con alguien, y ese alguien sin duda era Exen Palafox.

• • •

Exen arrugó la nariz y frunció el ceño después de escuchar lo que le había contado.

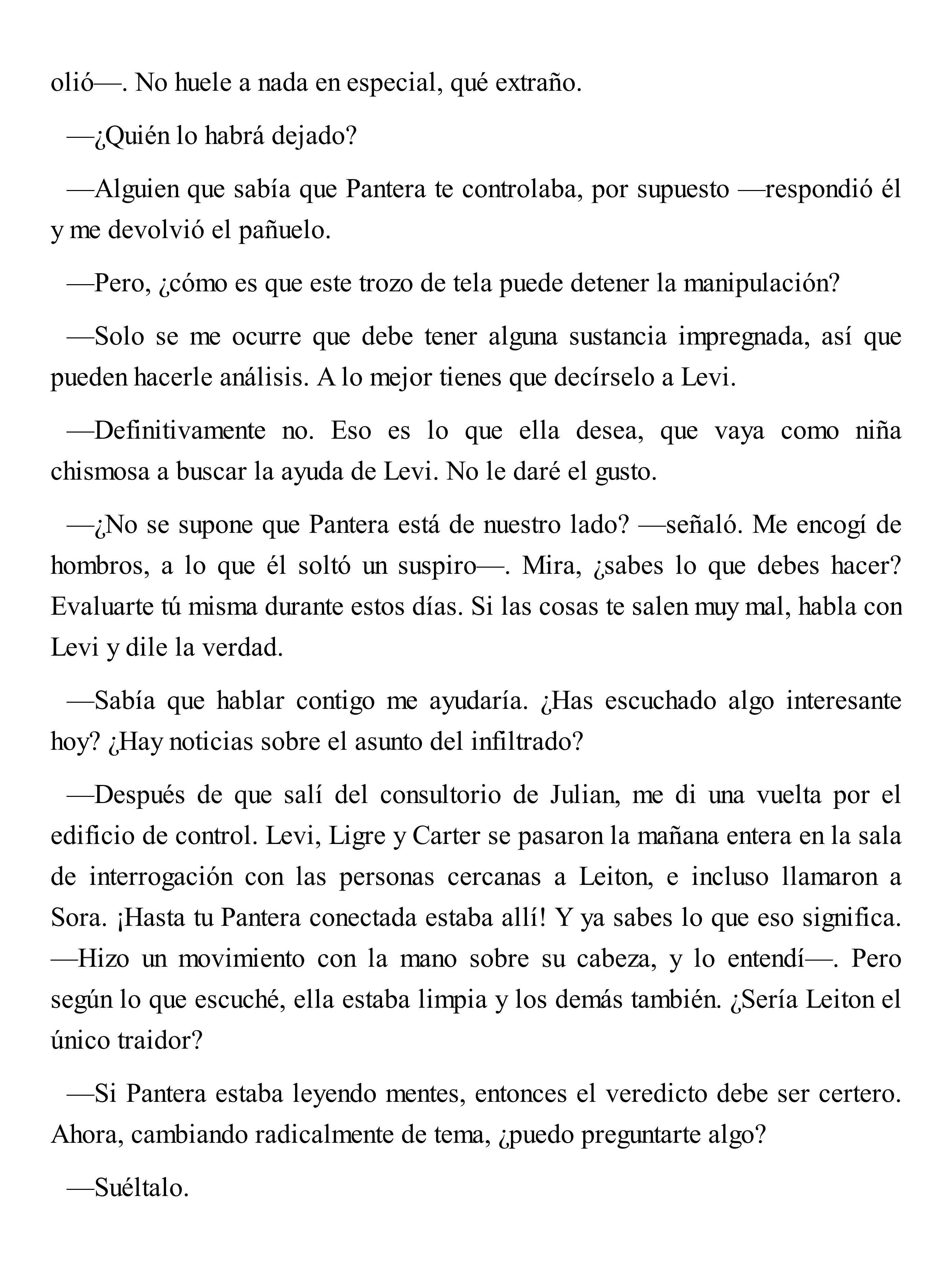
—Pero, ¿qué le pasa a esa mujer? —bramó y después abrió los ojos tanto como pudo, pasando a relajar su rostro—. Espera, ¿puede escuchar a través de tu mente? Joder, corrijo, ¿qué le pasa a esa preciosa y respetada mujer?

Le dediqué una mirada de reproche.

—No seas tonto, ahora no está en mi mente. La conexión se interrumpió con el pañuelo.

Hundí la mano en mi bolsillo para sacarlo. Exen lo tomó y lo estudió.

—¿Seda? —inquirió mientras frotaba la tela entre sus dedos—. Aquí no la producen, este pañuelo viene de la superficie. —Se lo acercó al rostro y lo



olió—. No huele a nada en especial, qué extraño.

—¿Quién lo habrá dejado?

—Alguien que sabía que Pantera te controlaba, por supuesto —respondió él y me devolvió el pañuelo.

—Pero, ¿cómo es que este trozo de tela puede detener la manipulación?

—Solo se me ocurre que debe tener alguna sustancia impregnada, así que pueden hacerle análisis. A lo mejor tienes que decírselo a Levi.

—Definitivamente no. Eso es lo que ella desea, que vaya como niña chismosa a buscar la ayuda de Levi. No le daré el gusto.

—¿No se supone que Pantera está de nuestro lado? —señaló. Me encogí de hombros, a lo que él soltó un suspiro—. Mira, ¿sabes lo que debes hacer? Evaluarte tú misma durante estos días. Si las cosas te salen muy mal, habla con Levi y dile la verdad.

—Sabía que hablar contigo me ayudaría. ¿Has escuchado algo interesante hoy? ¿Hay noticias sobre el asunto del infiltrado?

—Después de que salí del consultorio de Julian, me di una vuelta por el edificio de control. Levi, Ligre y Carter se pasaron la mañana entera en la sala de interrogación con las personas cercanas a Leiton, e incluso llamaron a Sora. ¡Hasta tu Pantera conectada estaba allí! Y ya sabes lo que eso significa. —Hizo un movimiento con la mano sobre su cabeza, y lo entendí—. Pero según lo que escuché, ella estaba limpia y los demás también. ¿Sería Leiton el único traidor?

—Si Pantera estaba leyendo mentes, entonces el veredicto debe ser certero. Ahora, cambiando radicalmente de tema, ¿puedo preguntarte algo?

—Suéltalo.

Lo observé, atenta a su reacción. No pude evitarlo, tenía que preguntarle, oírlo de su propia voz, y sabía que teníamos la suficiente confianza como para poder ahondar en su pasado. Lo único que esperaba era que no reaccionara del mismo modo que lo había hecho en el consultorio de su padre.

—¿Por qué nunca mencionaste a Cameron?

Inmediatamente, su rostro se ensombreció.

—Supongo que mi papá te habló de ella —se limitó a decir, desviando la mirada, fijándola en algún punto del vacío. Sus rasgos se tensaron, demostrando que no le gustaba el tema.

—Sí, pero solo un poco.

—Ya ni recuerdo cómo era su rostro. No te hablé de ella porque no tengo razones para hacerlo. Cameron es tan solo un recuerdo y así se quedará —confesó en un tono gélido—. Ahora, ve a tu cabaña que también debo volver a la mía.

Tuvo intenciones de irse, pero me apresuré a detenerlo tomando su brazo. Demostró no sentirse cómodo, casi rozando la línea que separaba la tranquilidad del disgusto, así que comprendí que no podía retenerlo, no en ese momento.

—Lo siento, por ella y por todo.

Me miró de reojo y suavizó su expresión.

—Anda a dormir, y mantén ese pañuelo cerca. Quiero hablarle a Drey, no a Pantera.

Se fue sin agregar algo más. No me cabía duda de que el tema era doloroso para él.

Me guardé el pañuelo en el bolsillo y volví a la cabaña recordando que no

faltaba mucho para la misión de rescate a los científicos. Cada vez que pensaba en eso, un mal presentimiento me atenazaba. Aunque Exen era un supersoldado, la idea de que se adentrara en El Imperio me hacía temer por su vida. A esas alturas le había tomado cariño y el solo imaginar perderlo como había perdido a Nina, me llenaba de pavor. Probablemente no era tan peligroso, considerando que Exen poseía altas capacidades, pero, aun así, había algo que no terminaba de convencerme.

Una vez dentro de la cabaña, contemplé de nuevo la cama. Había olvidado que junto al pañuelo también habían dejado dos cosas más. Me acerqué para evaluar los objetos y entre ellos reconocí un dispositivo de almacenamiento USB acompañado de un pequeño y rectangular aparato con una pantalla que tenía únicamente tres botones táctiles: *play* y *paus*e. Lo examiné mejor y hallé en la parte posterior una ranura en donde cabía el dispositivo de almacenamiento. Intrigada, lo hundí en su respectivo lugar y lo reproduje.

Era una grabación. Al principio solo se escuchó estática, pero después de un minuto las voces se hicieron audibles.

«—¿Sabes lo que hacemos con los traidores? —decía un hombre de voz áspera y tono burlón—. Los tratamos como lo que son, unas ratas, pero, tendrás la oportunidad de salvarte si respondes exactamente lo que queremos escuchar. ¿De acuerdo? Tienes treinta segundos para responder, si no lo haces, la máquina a la que estás conectado soltará una descarga eléctrica capaz de destrozarte internamente. Comencemos. ¿Solamente Levi Homs está al mando de LA RAI? —No se oyó respuesta, pero un jadeo consecutivo de desesperación y miedo podía escucharse en el fondo—. Responde. Vamos. —Nuevamente, el silencio predominó y, ante ello, el sonido inconfundible de una descarga eléctrica penetró mis oídos. Se escucharon gritos desgarradores de dolor y de súplica que cesaron después de sesenta segundos. Posterior a eso,

el jadeo fue más intenso.

—No sé nada —había dicho otra voz masculina, una débil y temblorosa, la del infiltrado que habían enviado a El Imperio, aquel al que habían torturado y asesinado para enviar sus huesos. Seguidamente, otra descarga resonó entre el endeble sonido de la estática mezclada en la grabación. Los gritos eran violentos, dolorosos y quejosos.

—¿Julian Palafox sigue con vida? —preguntó la voz enfermiza proveniente del torturador. Nuevamente, silencio y más descargas. Más gritos, más dolor, más agonía—. ¡Habla, maldita sea! —Pero la víctima no decía nada, se limitaba a jadear, a gimotear de sufrimiento y no confesaba—. ¿Creíste que ibas a salir con vida de aquí?

—Soy leal a mis ideales, soy un superviviente —soltó el hombre, como pudo, tropezando las palabras entre resuellos—. Soy leal a mis ideales. Soy leal a mis ideales. Soy… soy resistente, soy leal a mis ideales, soy un superviviente. —Sus palabras se vieron interrumpidas. Se escuchó un golpe y, posteriormente, un grito agresivo, mordaz, inquietante, incómodo, cargado de agonía, de dolor y de tormento».

Pausé la reproducción. Me quedé inmóvil, asustada, con la idea de que, si atrapaban a Exen en esa misión, no iban a dejarlo vivo. Lo imaginé en el lugar de aquella persona, siendo torturado de una forma mucho peor a la que yo había sido sometida, siendo golpeado, flagelado y, por último, asesinado.

Todo mi cuerpo tembló. Sentí un ápice de rencor hacia Ligre y Levi por haberlo escogido a él. Julian había tenido razón al reprochárselos, lo estaban enviando al matadero y no podía permitirlo. Tenía que probar que, sin Pantera, yo era capaz de ser un gran soldado, y luego intentar evitar que Exen fuera al rescate de los científicos.

Al menos, ese era el plan A.

• • •

Carter presionó el botón del cronómetro y me indicó que podía comenzar. Tomé aire y miré el circuito de entrenamiento que se extendía frente a mí. El objetivo era llegar hasta el final mientras esquivaba a los enemigos improvisados que estaban dispuestos a lo largo del salón, eso, sosteniendo una pistola semiautomática de forma correcta. Las manos me temblaron por el peso del arma, pero intenté estabilizarla tanto como pude.

Me impulsé hacia adelante e inicié el recorrido. Tenía que mantenerme de cuclillas tal y como Carter lo había pedido, pero aquella posición hacía que mis músculos agotados se tensaran y me dolieran aún más. Mis piernas flaquearon, pero intenté sostenerme. Esquivé y apunté al primer enemigo con éxito, pero cuando lo intenté con el segundo, perdí el equilibrio y caí de frente con las rodillas, las palmas y el arma contra el suelo.

Los muslos me pesaron y me ardieron por el dolor.

—¿Qué coño pasa contigo? —protestó Carter desde su lugar.

Jadeé y me incorporé tan rápido que eso me provocó un leve mareo. Quería negarme a pensar que había perdido mis capacidades solo por haberme desconectado de Pantera, así que estaba dispuesta a intentarlo nuevamente.

—Nada, lo volveré a hacer, fue un descuido.

Traté otra vez y con esfuerzo pude llegar al final, pero al dispararle al blanco, el retroceso del arma impulsó mis manos hacia atrás y la pistola golpeó contra mi nariz. Sentí un intenso dolor en el tabique que me recorrió hasta la frente. Me llevé las manos al rostro y sentí la calidez de la sangre manchar mis palmas.

—¡Maldi…! —rugí mientras me inclinaba hacia abajo, incapaz de completar el quejido.

Cerré los ojos con fuerza esperando que el dolor disminuyera, pero el ardor se extendió incluso hasta mis mejillas. Escuché los pasos de Carter acercarse, sin prisa, de seguro con toda la intención de reclamarme por mi bajo rendimiento. Alejé las manos manchadas de la sangre que me brotaba por la nariz y miré con vergüenza al especialista. Estaba molesto.

—No la sostuve bien… —me excusé. Carter se acercó más con las cejas hundidas.

—¿Cómo que la sostuviste mal? ¿Te estás oyendo? ¡Eres un soldado! ¡Un soldado nunca sostiene mal un arma! —gritó con furia—. Eso es lo más ridículo que he oído en toda mi vida.

—Lo volveré a hacer, lo haré bien —dije, pero Carter alzó una mano para hacerme callar.

—Ve a donde Julian para que te cure, y apenas salgas regresas aquí. No creas que por un simple golpe te vas a salvar del entrenamiento.

Obedecí sin chistar y corrí a los laboratorios. El doctor Julian me indicó que tenía una fractura muy simple y que necesitaba un analgésico para bajar la inflamación. Me introdujo unos pequeños algodones para detener la hemorragia y me recomendó no hacer ninguna actividad física durante ese día, pero por supuesto me negué a eso y volví al entrenamiento con Carter tan rápido como pude. Pero fue un fracaso.

Con dificultad lograba completar los circuitos y la pistola se me hacía más pesada que antes. Mis reflejos eran casi nulos y mis músculos, palpitantes, exigían que les diera un descanso. Me mareaba con facilidad si me levantaba muy rápido del suelo y el arma se me resbalaba de las manos cuando intentaba recargarla.

Carter me gritó cada vez que fallé, usó los peores adjetivos para referirse a

mí, golpeó la pared por el estrés y me exigió explicaciones que en ningún momento pude darle. Su paciencia no duró demasiado, así que, para librarse de mí por un buen rato, me permitió descansar durante una hora, pero sabía que al intentar entrenar de nuevo no daría el mismo rendimiento de antes.

Al caer la tarde, después de que habíamos hecho todos los circuitos de entrenamiento, me desmoroné sobre el suelo del salón. El cuerpo me ardía, la nariz me punzaba y sentía casi imposible poder dar un paso más. Resollé mientras el pecho me subía y bajaba por el cansancio. Frente a mí, Carter tenía los brazos cruzados y una mirada tajante.

—Hace tres días eras capaz de completar un circuito y de disparar al menos cerca del blanco —habló. Su profunda voz denotó enojo—. Ahora casi te disparas tú misma y tropiezas con tus propios pies. Por última vez, ¿me puedes explicar qué pasa?

Cabizbaja y aún sentada en el suelo, me limpié el sudor de la frente con la muñeca.

—Estoy haciendo mi mayor esfuerzo.

—¿Cuál esfuerzo haces? —inquirió—. ¡Te golpeas como una tonta! ¡Lloriqueas como una niña! ¿Quieres o no quieres ser un soldado?

—Sí quiero.

—No lo estás demostrando —reprochó y se dio vuelta para dar algunos pasos lejos de mí—. Esto es una mierda, Drey, una verdadera mierda. Progresabas muy bien, debo admitirlo, lo suficiente como para salir ilesa de algún enfrentamiento menor, pero ahora de repente actúas como si acabaras de llegar sin ningún conocimiento.

Iba a decir algo más, probablemente a confesarle la razón de mi torpeza, pero entonces la puerta del salón de entrenamiento se abrió y la imponente

figura de Levi avanzó hacia el interior mientras deshacía un vendaje que le había hecho a sus manos.

—Puedes retirarte, Carter —le ordenó sin observarlo.

El especialista me dedicó una última mirada que no supe interpretar, y luego desapareció sin pronunciar palabra alguna. El área se sumió en un espeso silencio que se rompió con la autoridad impregnada en su voz.

—Levántate del suelo, Drey.

Exhalé y me coloqué de pie tratando de no expresar dolor. Él terminó de deshacer el vendaje y lo dejó sobre el estante que estaba situado en una esquina, después posó su mirada sobre mí y se cruzó de brazos.

—¿Qué te pasó en la nariz? —inquirió.

—Estoy segura de que Julian ya se lo ha dicho —respondí, girando los ojos con disimulo.

—Quiero que me lo digas tú.

Y ahí estaba, como de costumbre, imponiendo su palabra y sus órdenes. Vacilé un poco antes de responder para no obedecer de inmediato. No sabía por qué, algo dentro de mí, se negaba a acatar sus mandatos al instante.

—Me golpeé con la pistola al disparar —confesé entre dientes.

—Bien —emitió y curvó la boca hacia abajo mientras asentía—. ¿Crees que puedas disparar para mí?

—¿Justo ahora?

—No lo sé, ¿tú que piensas?, ¿ahora o a final de mes?

—De acuerdo, ya entendí.

Sin prisa, me encaminé al estante y tomé una de las pistolas. Me aseguré de

cargarla pues eso podía hacerlo con facilidad, luego me coloqué en el lugar adecuado manteniendo la distancia correcta y me fijé en el blanco que había al fondo del salón. Separé las piernas, sostuve el arma con cuidado y estiré los brazos para apuntar. Mis manos temblaron mucho más que antes por el simple hecho de que en ese instante estaba siendo evaluada. Maldije para mis adentros, me enojaba conmigo misma por ser tan temerosa y por dudar.

Escuché el sonido producido por los pasos de Levi y me enderecé aún más. Si me esforzaba lo suficiente, sería capaz de ocultar el temblor, así que eso hice, luché contra mi propio desequilibrio para que el arma se mantuviera firme, pero para mi sorpresa, su cuerpo se detuvo detrás de mí. Las puntas de sus botas hicieron contacto con mis talones y, estando a solo centímetros, elevó el brazo y colocó sus manos debajo de las mías para ayudarme a equilibrar la pistola.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó. Su cálido pero fresco aliento golpeó mi mejilla, inundándome de sensaciones completamente extrañas—. Eso demuestra inseguridad. Si te muestras insegura ante un enemigo, sabrá que eres incapaz de dispararle y eso le dará una gran ventaja.

—No creo que pueda apretar el gatillo contra alguien.

Dio un suave apretón a mis manos y me obligó a levantarlas un poco más.

—Si tu vida depende de ello, tienes que hacerlo.

—Eso lo sé.

Sentir la tibieza de su mano me tranquilizó la mente, pero de algún modo me sacudió internamente el cuerpo.

—Bien, solo relájate —indicó con voz muy baja. Alejó su mano cuando se aseguró de que las mías ya no temblaban más.

Dio varios pasos hacia atrás para permitirme disparar, y cuando lo hice, casi

di un salto al ver que había dado muy cerca del blanco. Me giré para observarlo y le dediqué una amplia sonrisa, la primera que se dibujaba en mi rostro entre lo angustiante del día.

—Deja la pistola en el estante.

Le obedecí y luego volví a mi lugar. Él hizo un ademán para que lo siguiera hasta la otra área de La Cancha en donde reposaba una gran almohadilla sobre el suelo. No quería que me ordenara hacer otras cosas en las que probablemente iba a fallar, pero sabía que sus intenciones eran evaluar qué tanto había avanzado como soldado.

—Carter te ha estado enseñando el combate cuerpo a cuerpo, ¿no? —Asentí en forma de respuesta—. Bien, entonces muéstrame qué es lo que has aprendido.

—¿Quiere que pelee con usted?

—Sí.

—Pero...

—Sin peros, es una orden.

Solté una protesta por lo bajo y me coloqué en posición con las rodillas flexionadas y las manos a la altura del rostro. Sentí que las piernas se me quebrarían, pero no fui capaz de quejarme. Él no se movió, por supuesto, porque de seguro no necesitaba prepararse para romperle el cuello a alguien. Pensé en la técnica más básica que Carter me había enseñado, una que no requería movimientos muy complejos. La empleé acercándome y lanzando un golpe falso a su rostro, a lo que él se defendió con una mano. Lancé el segundo golpe a su estómago, pero no pude darle porque, con mucha agilidad, sostuvo mi muñeca y me obligó a dar una vuelta. Apresó mis manos con la suya y presionó mi pecho con su antebrazo, manteniéndome contra su cuerpo. Sentí

cómo la dureza de su torso se acoplaba a mi espalda. Mi cuerpo se tensó por su cercanía y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Esperaba algo más audaz —confesó.

Lo sentí como un reto. Por un momento olvidé todo el malestar y el cansancio que sentía. Me zafé de su agarre y le propiné una patada en la pierna para distraerlo. Él intentó defenderse, pero fui más rápida y lancé un golpe a su rostro sin ninguna intención de hacerle daño. Lo detuvo con el brazo y rápidamente me hizo caer con una hábil intercepción a mis pies. El dolor que sentí en la espalda al impactar contra el suelo, me dejó tiesa. Hice todo mi esfuerzo para no emitir un fuerte quejido de dolor.

—Levántate —me ordenó.

Apoyé las manos en el piso para cumplir su orden, pero cuando me impulsé hacia adelante, sentí el líquido brotar por mi nariz. Levi se colocó de cuclillas y me miró con preocupación.

—¿Te sientes bien? Te llevaré a los laboratorios, vamos —dijo e intentó tomarme del brazo, pero yo me alejé para negar.

—Siento que mi cuerpo se hará pedazos —le confesé mientras me colocaba dos dedos en la nariz para impedir el sangrado—. Pantera estuvo controlándome. Gracias a ella pude mejorar como soldado, y ahora que he roto la conexión soy un fracaso.

—Vamos, siéntate.

Extendió su mano hacia mí y me impulsó con cuidado para que me incorporara. Lo vi ir al estante y rasgar un pedazo de la venda que anteriormente había tenido en sus manos. Se acercó de nuevo y tomó asiento a mi lado.

—Escúchame, Drey —comenzó a decir mientras tomaba mi mano para

alejarla de mi rostro. Con cuidado presionó el trozo de venda contra mi nariz. La venda olía a él—. Pantera me ha hablado de ti varias veces. Ella alega que entre ustedes dos hay una conexión bastante fuerte, así que debes saber que no es un enemigo y nunca lo será, eso puedo asegurártelo. El control que ejerció en ti, no fue una manipulación completa o una invasión a tu mente, fue una ayuda.

—¿Usted lo sabía? —le interrumpí. Él negó con la cabeza.

—No, pero lo que has dicho es algo que se me hace familiar. Parece ser una mujer dura, aunque de hecho lo es, pero no con las personas que están conectadas a ella.

—¿Las personas?, ¿hay más de una?

Entornó los ojos y pasó a limpiar los restos de sangre sobre mi boca. El acto me causó una leve punzada en el vientre.

—Solo ten en cuenta que no debes temerle, por eso te llevé a verla, porque no representa un peligro para ti. Y yo no haría nada para dañarte.

—Pero si ella lee mentes, si todo lo que hace es tan cierto, si me encontró aquel día y permitió que Carter me torturara, ¿cómo no temerle?

La pregunta me salió como un débil susurro.

—Eso es parte del pasado —murmuró con lo que pude reconocer, era pesar.

—¿Por qué lo permitió? —añadí, sintiendo un dejo de rabia.

—No lo sé, Drey, te juro que no lo sé, pero puedo asegurarte que yo no lo habría permitido.

Estudió con detenimiento mi rostro. Tener toda su atención me puso un tanto nerviosa, y como si antes las hubiera perdido, todas las sensaciones que experimentaba al estar cerca de él volvieron a mí como una ráfaga de

emociones estremecedoras. Me dedicó un gesto de cuidado que hizo que el ambiente se volviera más personal, mucho más íntimo, y que esfumó cualquier pensamiento relacionado a Pantera.

—Si no quieres ser parte de la unidad, puedes elegir salirte —añadió ante mi silencio.

—Pensé que era una obligación.

—Lo es, pero soy totalmente capaz de darme cuenta cuando un soldado no puede salir a luchar —respondió con un dejo de diversión.

—Sí quiero pertenecer a la unidad. Mañana estaré en perfectas condiciones.

Finalmente alejó la venda de mi rostro.

—No sé por qué algo me hace creer que en cualquier momento te dejarás llevar por tus impulsos —comentó, pero ignoré aquellas palabras mientras intenté levantarme del suelo.

Me erguí completamente. Él me imitó, aunque por un momento quiso ayudarme, pero le demostré que podía hacerlo sin su auxilio.

—Entonces, ¿no debo considerar una falta de respeto el hecho de que Pantera me haya manipulado?

—Depende. Si quieres verlo así, entonces estás en todo tu derecho de reclamar; si por lo contrario quieres verlo como una ayuda, yo en tu lugar no me negaría ante ella, pero también impondría ciertas reglas o límites.

—¿Cómo cuáles?

—Como que su control deberá aplicarse solo para fortalecerte y nada más. No le permitas inmiscuirse en algo más como tus sentimientos, tus impulsos o tus actitudes, porque si su única intención es equilibrarte, lo cual estoy seguro de que eso es, ella no tiene nada que hacer tomando terreno ajeno, ¿me

entiendes? —indicó—. Si hay algo que Pantera respeta, es la amplitud de la mente humana. Si aceptas su ayuda, hazle saber que será hasta cierto punto, y créeme, ella accederá.

—Usted parece conocerla demasiado —señalé con una chispa de inquietud.

—Conozco muy bien a todos los miembros de mi unidad, después de todo, yo la formé.

—¿Cómo es que confía en alguien tan…? —Ni siquiera pude encontrar la palabra para completar la oración—. Bueno, mi pregunta es algo tonta, es obvio que la conoce y confía en ella por algo más que pertenecer a la misma unidad.

—No comprendo la necesidad de insinuar algo así —replicó con una nota de indiferencia en su voz. Puse los ojos en blanco.

—No nací anoche, comandante.

Frunció el ceño y acompañó el gesto con una sonrisa divertida. Era la primera vez que lo veía demostrando algo más que seriedad e imponencia. De repente, lució más informal, más relajado, como si ante él no tuviera a un soldado, sino a una amiga.

—Bueno, gracias por recalcarlo, pero no tengo por qué darte explicaciones sobre el porqué conozco muy bien a Pantera —dijo con desinterés. Podía parecer amigable un instante y después mostrarse totalmente distante e impasible—. Cambiando el tema, necesito ser sincero contigo, no me agrada la idea de que pertenezcas a la unidad o al equipo de combate en sí. En un futuro podríamos enfrentarnos a El Imperio y siento que eso sería lanzarte al comedero de los leones. ¿No sientes ni un poco de miedo al pensar en tener que retar a tantos hombres preparados para matar?

—¿Intenta hacerme caer en cuenta del miedo que puedo sentir para que me

salga de la unidad?

—¿Eso funcionaría?

—Claro que no.

Me miró fijamente, como si fuera lo único que había para ver en la sala. Saber eso me provocó una sensación de ardor en las mejillas.

—Me encargaré de que estés lo suficientemente segura como para sobrevivir —dijo después de un corto silencio.

—Sobreviví tres años, puedo seguir haciéndolo por mi propia cuenta, no necesito tanta protección.

Se acercó con aire altivo, pero con un ligero toque de diversión en su mirada entornada. Parecía que le entretenía la conversación y que también el hecho de avanzar para reducir el espacio que nos separaba. Mis mejillas ardieron aún más cuando fui consciente de su imperiosa silueta y de que su altura me superaba. Frente a él y a su adecuada musculatura, yo no era más que una diminuta persona.

—Soy el comandante, Drey, puedo protegerte si quiero, es más, puedo sacarte de la unidad si quiero.

—Ya le he dicho que deseo ser un soldado, y así será —bramé, alzando la barbilla para mantener firme mi palabra.

—Será muy peligroso, te lo advierto —aclaró, esa vez, con menos diversión —. Al menos considera aceptar la ayuda de Pantera. Necesitas vivir.

—Prefiero hacer las cosas por mi propia cuenta, pero gracias por el ofrecimiento.

—A veces tan terca y otras veces tan permisiva —comentó con una suavidad extraña en la voz—. ¿Por qué te muestras tan reacia ante mí y luego andas por

ahí luciendo tan frágil e indecisa?

Sentí un estremecimiento en todo el cuerpo ante el sonido de su voz. Era como una caricia, un tono bajo y dócil que parecía provenir de lo más profundo de su ser. Dejó atrás la solemne pronunciación de sus palabras para emitir un sonido más condescendiente, más manso. ¿Podía Levi dejar a un lado, aunque fuese por un momento, su impetuosa actitud? Al llegar a LA RAI había pensado que él sería la misma persona que me había acompañado con los escritos del diario, pero luego, como un balde de agua fría cayéndome encima, me di cuenta de que no había rastro de aquel atormentado chico, y que, en ese momento, el Levi que tenía ante mí era solo un hombre autoritario que si acaso en algunos momentos mostraba un lado más blando.

—No puedo permitir tanta confianza, tengo una postura que mantener, por lo tanto, mi forma de actuar no le concierne —contesté, apelando a las palabras que él había emitido para mí aquella madrugada que lo había visto salir de la cabaña de Pantera. Su expresión inmediatamente se tensó—. ¿Qué dirían por ahí los demás soldados si me ven dirigiéndome a usted con tanta cordialidad? De seguro pensarían que puede tener una preferencia hacia mí, y el hecho de que sea inmune al gas no quiere decir que deba tenerla. Soy igual a los demás, soy otro soldado, usted mismo lo ha dicho, dejó claro que me utilizaría como uno, entonces, por favor, así quiero que me trate.

La expresión facial de Levi denotó cierta inquietud y molestia. Me pareció absurdo que se enojara porque había utilizado sus mismas palabras para responderle.

—Muy bien —dijo con aspereza—. Ah, no sé si te gustaría saberlo, pero encontramos una entrada a la ciudad de El Imperio, así que mañana mismo se dará la misión. Aprovecha esta noche para despedirte de tus compañeros. No sabemos quién volverá y quién no.

Después de eso, se dio vuelta y salió cerrando la puerta de golpe, dejándome postrada por el asombro y el miedo.

Primero, entre la soledad del salón de entrenamiento, analicé sus palabras referentes a Pantera. ¿Cómo debía ver el acto de aquella mujer? ¿Como una ayuda o como una invasión a mi mente y a mi privacidad? En parte yo tenía la culpa por haberle dado un «sí» sin saber a qué se refería, así que tenía que haberlo pensado mejor antes de protestar.

Hundí la mano en mi bolsillo y extraje el suave pañuelo de seda. Había decidido llevarlo en todo momento para evitar que ella volviera a entrar en mi mente, pero entonces dudaba de que pudiera hacerlo de nuevo con o sin pañuelo, porque un castigo peor que invadir mi mente por segunda vez, sería dejarme a mi suerte con toda mi torpeza y mi falta de experiencia. Y estaba segura de que eso era exactamente lo que Pantera haría.

Tenía que poner en orden mis pensamientos y pensar con claridad, aunque fuese una vez en mi vida, pero lo veía imposible, sobre todo sabiendo que, al día siguiente, Exen se enfrentaría a lo peor. Iría a una misión y no solo sería responsable de traer a los científicos, sino también de proteger a Ecain y a Sora por compañerismo.

Temí mucho más y una idea absurda pero no tan ridícula me llegó a la mente. ¿Y si también iba a la misión? ¿Y si iba para asegurarme de que no le sucediera nada? Pero, ¿cómo podía protegerlo yo? Era la débil, la frágil y, no solo eso, también era la única entre todos los miembros de LA RAI que podía inhalar el gas. Por esa razón, no podía lanzarme tan fácilmente a la muerte, pero el recuerdo de los gritos de agonía en la grabación que había escuchado la noche anterior, me convencía de que no sería capaz de soportar el perder a Exen, tampoco a Ecain, por lo tanto, tenía que protegerlos como no había podido hacerlo con Nina.

Me guardé el pañuelo en el bolsillo y salí de La Cancha. La idea de hacerle una visita a Pantera rondó por mi mente, pero tenía en consideración el hecho de que estar cerca de ella no significaba pasar un rato agradable. Todo era más oscuro y más sombrío al entrar en su ambiente, sin embargo, algo dentro de mí me decía que tenía que ir a verla, porque si quería asegurar las vidas de Exen y Ecain, necesitaba ser un soldado mucho más habilidoso que ellos.

Estaba muy claro, para salvarlos necesitaba a Pantera.

Y dejar mi poco orgullo atrás, por supuesto.

Me encaminé a la cabaña de metal, repitiéndome a mí misma las razones que tenía para acudir a aquella mujer, y cuando me detuve frente a su puerta, esa vez al menos tuve la decencia de tocar. Ella abrió. Sus ojos me estudiaron por un instante, después avanzó hacia el interior en una clara señal de que podía seguirla. Cerré la puerta y ella tomó asiento en su gran sofá.

—Espero que sea importante, no me gustan las visitas frecuentes.

Me situé en medio del lugar, algo alejada, pero lo suficientemente cerca como para que mi petición fuera audible.

—Quiero tu ayuda, hasta cierto punto.

—¿Quieres mi ayuda, pero también quieres establecerme límites? —preguntó con el entrecejo hundido.

—Sí, y tengo derecho porque es mi mente a la que vas a entrar —objeté. Sus ojos se entornaron—. Cada quien es dueño de su propia mente, ¿no? Es el único lugar en donde tenemos completa libertad y privacidad.

—Eso es cierto —admitió con un delicado asentimiento de cabeza.

Estaba tratando de cuidar mis palabras. Aún llevaba el pañuelo en el bolsillo, así que posiblemente ella no podría adivinar lo siguiente que diría.

—Entonces, puedo permitirte entrar a mi mente, pero quiero tener privacidad y también total libertad de decidir qué actitud tomar y qué emoción sentir.

—Es precisamente en tus emociones en donde está el problema, ¿cómo quieres que no ponga control sobre ellos si es allí en donde te vuelves un desastre? —espetó con suma tranquilidad.

—Sé que puedes hallar la manera de no tocarlos —dije—. Siendo más específica, para permitirte entrar, tienes que aceptar quedarte solo como una invitada. Eso significa que mi mente no es tuya y la tuya no es mía. No quiero tus emociones, ni tus recuerdos, ni tus impulsos, quiero mantener los míos.

—¿Y por qué debería ayudarte si antes has venido a reclamarme?

—Porque, como parte de LA RAI, tú estás de nuestro lado. Y porque… —tomé aire—. Iré a la misión, pero fracasaré si voy siendo tan torpe como lo soy en estos momentos.

—¿Y Levi lo sabe?

—No, por ahora solo lo sabes tú.

Hasta ese momento me di cuenta de que mi plan podía ser frustrado por ella si decidía decírselo al comandante. Me sentí tonta por no haberlo planeado mejor.

—Entonces vienes aquí a pedirme que te haga fuerte para desobedecer las órdenes de Levi e ir a la misión porque…

—Quiero proteger a Exen, pero para eso necesito todas las habilidades que puedas proporcionarme.

Soltó una risa satírica y durante un minuto se dedicó solo a eso, a burlarse, pero su reacción no me hizo retroceder o arrepentirme.

—Bien, en realidad no es mi problema tu necesidad de proteger a ese

muchacho, sobre todo porque estoy segura de que puede cuidarse solo, pero me gusta la rebeldía, ¿sabes? Bien, puedo hacerlo, pero no quiero que vengas con reproches —añadió. Se llevó una mano al pecho y expresó una pena fingida—. Es tan lamentable que el único momento en el que intento hacer un acto caritativo, la gente no lo aprecie. Cuanta ingratitud hay en el ser humano.

—Cualquiera se habría sentido indignado al saber que alguien más le controla casi haciéndole perder su personalidad —señalé con cierto disgusto.

—Créeme, cariño, haberte quitado tu personalidad tan frígida y aburrida habría sido un gran favor —refutó entre pequeñas risas.

Fue inevitable, aquello me hirió, pero traté tanto como pude de mantenerme firme y no demostrarlo. Alcé la barbilla y me erguí para denotar seguridad.

—No vine con intenciones de tener una charla o de tocar temas irrelevantes. Ya te he hecho mi petición, ¿la aceptas?

La comisura derecha de Pantera se alzó, formando una ligera sonrisa que no supe diferenciar entre la burla y la malicia. Movió lentamente su cuerpo y se reclinó más a fondo en el sofá.

—¿Es solo por ese muchacho esa chispa de determinación tan repentina?

—No pienso perder a nadie más.

Ella emitió un largo suspiro.

—¿Y qué te asegura que, yendo a la misión, nadie morirá?

La pregunta tuvo mucho sentido. Ir no aseguraba nada, pero al menos podía estar ahí para intentar cualquier cosa. Si atrapaban a Exen, me ofrecería en su lugar; si acorralaban a Ecain, recibiría la bala por él. No sabía con exactitud por qué, pero debía acompañarlos, necesitaba estar a su lado. Si me quedaba y recibía los restos de cada uno de ellos, no iba a poder soportarlo. Deseaba

pensar que la misión sería un éxito, pero tenía que ser realista.

Ante mi silencio, Pantera soltó un resoplido de diversión y dijo:

—Me ocuparé de nivelar tus sentidos y de darte resistencia, pero no me encargaré de aplacar tus instintos y tus impulsos. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, eso quiero.

—Muy bien, ¿qué esperas ahora? Ve a descansar. Mañana tendrás que hallar la forma de entrar al avión sin que te descubran.

Asentí y me fui. Mientras menos cruzara palabra con ella, menos posibilidades tenía de caer en algunos de sus juegos.

Me dirigí a cenar, y tan rápido como terminé regresé a mi cabaña para tumbarme en la cama y descansar, no sin antes dejar el pañuelo negro bien guardado en mi antigua mochila.

Aun me dolía el cuerpo, pero estaba segura de que al día siguiente y, gracias a Pantera, aquello desaparecería. Al pedir su ayuda no la había visto como una compañera, como una cómplice o como alguien de fiar, solo como la vía para lograr mi cometido. Si para Levi ella no representaba un peligro, entonces para mí tampoco debía serlo.

Por un instante, el recuerdo de sus palabras rondó por mi mente: «haberte quitado tu personalidad tan frígida y aburrida habría sido un gran favor». No era frígida, tampoco aburrida, ¿o sí lo era? Me pregunté cómo esos comentarios podían afectarme tanto. Aún era joven, incluso podía estar finalizando la adolescencia, pero cercana a la adultez, tenía mis momentos graciosos y quizás también algo de sentido del humor. ¿Cómo podía parecer frígida y aburrida?

Me sentí estúpida haciendo relevante ese hecho. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Me reacomodé más en la cama alejando el recuerdo y me concentré en mirar la ventana medio abierta de la cabaña. Afuera estaba oscuro y en calma, casi como habría deseado estar en ese momento.

Otro recuerdo me invadió y la suavidad del cuidado de Levi me causó un ligero estremecimiento. Él se había preocupado por mí y había limpiado mi sangre con su venda, con un objeto que tenía su olor propio y que le pertenecía. No podía negar que eso me había gustado, que tener su atención había sido reconfortante. Era obvio que algo así no sucedería de nuevo, y que, por eso mismo, se mantendría muy fijo entre mis recuerdos.

Sacudí la cabeza sintiéndome estúpida de nuevo, mucho más estúpida. Pensar en Levi de esa forma era ridículo por la diferencia de edades. Aunque, eso no era relevante, porque lucía joven y no aparentaba ser mucho mayor que Exen o que Ecain. Podía comprender por qué Butterfly le coqueteaba, o por qué Pantera estaba enamorada de él, porque cualquier mujer que lo tuviera cerca sin duda podía sumirse entre sus verdosos y misteriosos ojos, entre la negrura y el desorden de su cabello, y sobre todo en esa sonrisa divertida que en ocasiones se dignaba a esbozar.

Me froté con fuerza los ojos y finalmente dejé mi mente en blanco. Estaba pensando cosas que no debía pensar, así que las desvié para concentrarme en lo que sí era correcto. Sabía que cuando despertara, Pantera y yo seríamos algo así como un equipo. Ella en la mente y yo en la acción, por lo tanto, antes de cerrar los ojos, una vocecilla en mi mente me susurró:

«Estás preparada para esto».

21

Desde mi lugar en el interior del armario de la sala de control, pude ver perfectamente lo que acontecía. A Sora le entregaron un bolso de cuero que contenía una pequeña caja de primeros auxilios, y al igual que a los otros dos miembros de la unidad, a Ecain le inyectaron algo en la nuca que, según había escuchado, era un conjunto de nanomáquinas capaces de enviar una señal satelital con el fin de desempeñar diversas funciones.

—¿Cómo es eso de las nanomáquinas? ¿Máquinas pequeñas? ¿Qué hacen? —inquirió Exen.

La mujer que los había inyectado, esbozó una sonrisa.

—Las nanomáquinas estarán dentro de sus cuerpos para enviar señales vía satélite que se recibirán en la base de control. No solo podrán rastrearlos gracias a ellas, sino que las nanomáquinas absorberán cualquier señal que se encuentre alrededor y enviarán coordenadas específicas para que sepan exactamente lo que se encontrará a varios kilómetros —explicó ella con un gran dominio del tema—. Además de eso, estas nanomáquinas nos permitirán saber con certeza el estatus de sus cuerpos. Su temperatura, nivel de estrés, el daño que reciban si los atacan o cualquier traumatismo que puedan sufrir durante la misión, y, por último, funcionarán como estabilizador del organismo. En caso de que alguno experimente un ataque de pánico o ansiedad, desde aquí podemos tratar de neutralizar las intensas emociones que les impidan regresar.

Al igual que yo, Exen quedó sorprendido por la información. Para algunas

cosas, LA RAI estaba totalmente capacitada y preparada, pero para otras, los métodos eran un poco rudimentarios. En ese caso, con las nanomáquinas dejaban claro que lo que les habían inyectado en el cuerpo también podía salvarles la vida.

Pasé a fijarme en el traje que vestían. Era de color azul oscuro, con mangas largas y de una sola pieza. Se ceñía al cuerpo de tal modo que, en el caso de Exen y Ecain, sus atléticos cuerpos quedaban marcados; y en la manga derecha estaba incrustada una pequeña pantalla negra que no supe para qué era.

Consideré importante buscar la manera de hacerme con uno de esos trajes, porque estaba segura de que tenían incorporado un chaleco antibalas.

A la sala de control ingresaron Butterfly y Ligre. La pelirroja observó con cierta petulancia a la unidad y después habló:

—Las armas están en el avión, cargadas y listas para ser usadas —informó. Otra mujer entró a la sala sosteniendo una bandeja plateada que contenía unos pequeños tapones de color negro—. Pongan esto en sus orejas —ordenó señalando la bandeja—, se llaman: duif. Se trata de una serie especial de comunicadores de audio pertenecientes al Sistema de Comunicaciones DUIF, desarrollado por el equipo de tecnología de LA RAI, que les permitirán escucharnos en todo momento. Así nos mantendrán informados y en caso de emergencia podrán pedir refuerzos. No se caerá porque el pegamento incorporado se adherirá a la piel.

—Si se fijan bien, en las mangas de sus trajes hay una pantalla —intervino Ligre—. Cuando se adentren en El Imperio, la pantalla generará un limitado mapa de la zona. A medida que vayan avanzando, el camino se irá revelando en ella debido a la señal que las nanomáquinas en su cuerpo enviarán por satélite. Desde aquí estudiaremos la señal para generar un mapa más claro y marcaremos en sus pantallas el lugar específico en donde se encontrarán los

científicos.

Dicho así, parecía muy fácil. Ligre paseó su vista sobre cada uno de ellos. Tuve que alejarme de la abertura de la puerta que me permitía observar hacia afuera, porque por un momento su mirada también enfocó el armario.

Pasado casi medio minuto, volví a observar. Ya estaba fuera de su rango de visión.

—El nivel de oxigeno llegará a su límite en seis horas. Hemos dispuesto en el avión nueve tanques y un vehículo con compartimientos para transportarlos. Cámbienlos media hora antes de la hora límite.

—Los trajes que llevan puestos están equipados con seis compartimientos para llevar munición y granadas de humo. Se incorporó un chaleco antibalas reforzado, pero aun así se mantiene ligero para permitirles completa libertad de movimiento. Está diseñado para apegarse a cada articulación del cuerpo, no importa el peso o la altura del portador, soportar cualquier tipo de clima y resistir la fricción —explicó Butterfly con bastante fluidez—. Se ha creado con tecnología avanzada, pero, de todos modos, llevarlo no los hace inmortales.

Ellos procedieron a tomar los duif para colocarlos en sus orejas. La mujer dejó la bandeja sobre un estante y desapareció. Hice una nota mental para intentar conseguir uno de esos, por si las cosas se salían de control y necesitaba pedir ayuda, y luego observé cómo Butterfly y Ligre abandonaban la sala. El hecho de que no hubiese trabajadores en ese momento frente a los paneles, me beneficiaría, solo debía esperar a que la unidad también saliera.

Me fijé en Ecain que se estaba zarandeando como si estuviese estirando los músculos.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Exen.

—Me siento enérgico —respondió—. ¿Y tú? ¿Nervioso o asustado?

—Nada de eso. Ya siento la adrenalina.

—¿Has visto a Drey? —inquirió Ecain. Exen curvó la boca hacia abajo y se encogió de hombros.

—Debe estar muy triste porque me voy, ya sabes. A lo mejor está en su cabaña —dijo con un aire de diversión. Ecain lo miró con cierto disgusto.

—Pensé que se despediría de nosotros.

Sora, a su lado, parecía estar sumida en sus propios pensamientos.

—¿Acaso estás muy seguro de que no volverás? —le preguntó Exen. Una sensación amarga me escoció la garganta.

—No puedo asegurar nada.

El comandante Levi atravesó la puerta de la sala de control. Le dedicó una mirada inescrutable a cada uno, como si estuviera evaluándolos, y les preguntó si se sentían bien con los trajes. Después de que todos aseguraron que sí, les pidió que lo siguieran al hangar para esperar a que el avión estuviera listo.

En cuanto dejaron la sala, aproveché para salir con cuidado. Mi primera duda fue: ¿en dónde conseguir uno de esos trajes? Pero me apresuré a tomar lo que estaba a mi alcance antes de todo.

Recogí de la bandeja uno de los duif y al introducírmelo en la oreja pude sentir cómo la viscosidad del pegamento se fijó a mi piel. Por ese lado estaba lista, entonces lo que necesitaba era un traje, una pistola y, por supuesto, mi rifle. Ya lo había adoptado como propio, así que no podía dejarlo atrás, sobre todo porque con él me desenvolvía mejor que con las armas pequeñas.

Salí de la sala para trasladarme rápidamente a La Cancha. Por suerte, Carter no estaba entrenando y no había práctica de tiro, así que tomé lo que

necesitaba, añadí un par de silenciadores y me detuve un momento a pensar. Si Butterfly era la encargada de los trajes, entonces ella debía haberlos tenido en su área y esa era la del equipo de desarrollo tecnológico, por lo tanto, tenía que ir a su edificio, pero era probable que perdiera tiempo tratando de encontrarlos pues no lo conocía ni un poco. También era posible que hubiera gente y que no me permitieran sacar algún traje. De igual forma, con el rifle colgando de la espalda y la pistola encajada en el pantalón, corrí hacia allá.

El área tecnológica parecía más una enorme casona que un edificio. Cuando entré vislumbré pasillos, puertas de cristal y personas andando de un lado a otro. Para no levantar sospechas, apacigüé mi agitación. No sabía cuánto tiempo tenía, pero el avión no podía estar preparado tan rápido. Eché un vistazo a través de las puertas y no hallé nada que pudiera indicar la presencia de trajes especiales.

En medio de uno de los pasillos, detuve a una muchacha. Le pregunté si sabía en qué área trabajaba Butterfly con los trajes, pues me habían enviado desde los laboratorios para entregar un mensaje importante. Creyéndose mis palabras, la muchacha me indicó que esa área estaba al fondo, marcada con el nombre de la superiora. Cuando la dejé atrás, apresuré el paso.

La puerta no tenía contraseña y en el área solo había una chica manipulando un objeto hecho pedazos. Como si supiera lo que hacía, y aprovechando que la muchacha estaba concentrada en lo suyo, comencé a abrir cada puerta que encontré. Finalmente, tras una de ellas, hallé un armario tan extenso que semejaba a una cámara de conservación hecha de cristal. Dentro de ella colgaban al menos cuatro trajes azules de los que llevaba la unidad y otros cinco trajes antigás como los que había en el edificio de control. Intenté abrir la puerta para tomar uno, pero no cedió. Estaba cerrada y había que introducir una combinación. Maldije con fuerza. Consideré la idea de irme sin traje, pero

era estúpido. Sin al menos un chaleco antibalas y, en terrenos de El Imperio, estaría propensa a morir en menos de un minuto. Exhalé y traté de hallar una manera de dar con la combinación.

Recordé a la muchacha. Si estaba ahí, de seguro pertenecía al equipo de Butterfly, por ende, debía saber la contraseña. Supe que lo que haría luego me traería problemas, pero la situación lo ameritaba. Desenfundé el cuchillo que también había tomado de La Cancha y con cuidado sorprendí a la chica por detrás. Atrapé su brazo derecho con mi brazo izquierdo y, posteriormente, la amenacé con la filosa hoja contra el cuello. Intentó forcejear, pero la retuve con fuerza porque para mi suerte era delgada.

—¡¿Qué haces?! —soltó, asustada.

—¡¿Cuál es la contraseña para sacar los trajes?! —proferí contra su oído.

—¡Suéltame! ¿Quién eres? —bramó. Ante eso, insistí con el cuchillo.

—¡Habla o te corto el cuello!

—¡Bien, bien! Son cuatro dígitos —respondió con voz temblorosa—. Dos, cero, cero, dos.

Le apliqué algo que Exen llamaba «la llave del sueño», pero que Carter me había enseñado como una de las técnicas que más podía utilizar. Aún teniéndola inmóvil, presioné su cuello con mi brazo por unos segundos, hasta que su resistencia disminuyó y quedó inconsciente. Solté su cuerpo y la dejé descansar en el piso. Susurré una disculpa, aunque no la escucharía, y entonces procedí a ocuparme de lo demás.

Presioné los números velozmente. Descolgué un traje, me saqué la ropa ahí mismo y me lo coloqué con rapidez. Sentí cómo cada fibra se adhirió a mi cuerpo, acoplándose a la perfección. Volví a colgarme el rifle, guardé la pistola en la funda del cinturón, recogí mi cabello en una coleta que luego

envolví hasta hacer un bulto, y me sentí preparada.

Corrí hacia el hangar teniendo cuidado de que nadie me viera. Aquel lugar resguardaba dos aviones que podían elevarse hasta la superficie cuando se situaban sobre una gran plataforma circular que era capaz de ascender al momento en que una cúpula le diera paso. Unos majestuosos muros protegían la plataforma para que el gas no se colara y, un pasillo cubierto por cristal, conducía al interior.

Cuando observé al grupo reunido, una sensación de alivio me inundó. Aún no se habían ido. Vi a varios ayudantes sosteniendo trajes protectores de gas para colocárselos a Sora, a Ecain y a Exen. Realmente lucían incómodos. No se ajustaban al cuerpo y semejaban a un traje de astronauta, sobre todo por el oscuro cristal que había en el casco. Levi inspeccionaba cada movimiento de los ayudantes, así que mientras se alistaban, me escondí detrás de un contenedor.

Me di cuenta de que mi cuerpo no estaba adolorido y que me sentía activa, lista para ir. Saber que en mi mente no estaba solamente yo, resultaba incómodo en algunos momentos, pero había ido en busca de la ayuda de Pantera, por lo tanto, entendía perfectamente que, durante el tiempo que durase la misión, ella y yo seríamos un equipo.

El avión abrió una de sus puertas, pero nadie ingresó. Supe que ese era el momento perfecto para subir sin ser vista, pues todos estaban ocupados con los trajes antigás, así que, en cuclillas, utilizando el entorno para pasar desapercibida, me introduje en él. No era muy grande, de hecho, era mucho más pequeño que los aviones comerciales porque tenía más espacio que asientos, así que me costó encontrar un buen lugar para ocultarme. Terminé por recostarme debajo de las últimas butacas, bien estirada y beneficiada por la oscuridad del suelo que camuflaba el azul oscuro del traje.

Diez minutos después, escuché el sonido de varios pasos. Pude ver solamente piernas y supe que eran Exen y Ecain porque Sora estaría al mando para pilotar. Se sentaron adelante, ignorando mi presencia, y cuando las puertas se cerraron empecé a sentir el riesgo que mi decisión implicaba.

El avión comenzó a moverse y la voz de un hombre fue audible a través de los duif.

—Central a unidad OPE.

—Unidad OPE recibe —respondió Ecain de inmediato.

—Da inicio la Operación Liberación. A partir de ahora recibirán nombres código para proteger sus identidades de cualquier intervención o monitoreo de información. Los enviaré a sus pantallas. Es fundamental que respondan a estos nombres cada vez que nos comuniquemos con ustedes.

—Entendido —contestó Ecain.

Recordé la pantalla en el traje. La mía no se encendería, por supuesto, pero supuse que la de ellos sí, o al menos, que la información les sería enviada a los trajes antigás que tenían otras pantallas incorporadas en el cristal que les cubría el rostro.

—Soy lobo —dijo Exen con un tono de suficiencia.

—¿León? —soltó Ecain—. Bueno, supongo que me queda.

—¿Y Sora? —preguntó el supersoldado.

—¡Grulla! —gritó ella desde su posición.

Tumbada sobre el suelo, contemplé una de las ventanas. El cielo matutino comenzaba a hacerse visible. Habría dado lo que fuera por observar la expresión de Exen en ese momento. Después de tres años, ver el mundo debía ser tan impactante como ver a las personas vivas luego de creerlas muertas.

Para mí, pasado ya un mes, volver a mirar las nubes fue reconfortante y al mismo tiempo incómodo, pues me sentí de nuevo sobre esa inhóspita tierra que casi me había consumido.

—Iniciando carrera de despegue —informó Sora.

Serían tres horas y media de vuelo, así que el viaje se me haría un poco largo.

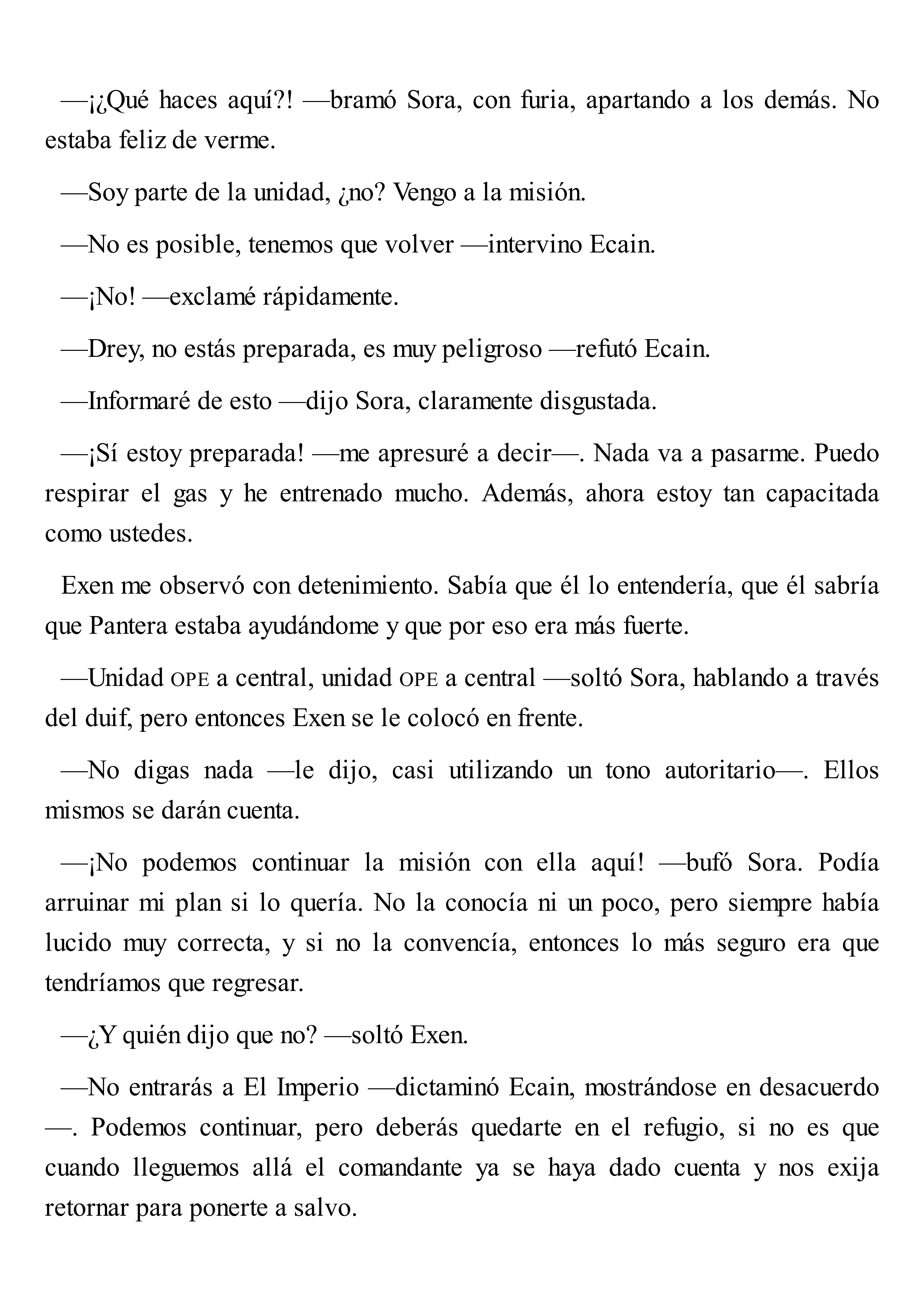
• • •

Después de algunas horas, nadie había pronunciado palabra excepto Sora que, de vez en cuando, informaba sobre el estatus. Había oído que el cielo estaba despejado y que el vuelo sería tranquilo, pero yo estaba algo inquieta. A cada instante pensaba que los dos hombres que iban a bordo y que la mujer que pilotaba el avión, estaban propensos a morir. El pensamiento se hacía fuerte de a ratos, pero en otros, desaparecía como si alguien lo alejara cuando intentaba traerlo de vuelta.

Pasada media hora, me sobresalté cuando escuché que Sora anunció que íbamos a aterrizar. Pude ver que Exen y Ecain se movieron, pero no se levantaron. Era el momento. Después de tomar tierra les dejaría verme, y si no reaccionaban mal, luego tendríamos que avanzar usando el vehículo hasta llegar al refugio que nos permitiría preparar armas y mentes para adentrarnos en El Imperio. Había escuchado el plan varias veces de boca de Ecain, así que me lo sabía a la perfección.

Tragué saliva y miré hacia la ventana, estábamos descendiendo.

El aterrizaje fue exitoso. Ellos bajaron primero y antes de que cerraran la puerta, salí yo también. El sol me dio en la cara haciéndome sentir la calidez de su intensidad. Los tres se voltearon para verme, y entonces reconocí el desconcierto en sus protegidos rostros. No podían creer que estuviera ahí.



—¡¿Qué haces aquí?! —bramó Sora, con furia, apartando a los demás. No estaba feliz de verme.

—Soy parte de la unidad, ¿no? Vengo a la misión.

—No es posible, tenemos que volver —intervino Ecain.

—¡No! —exclamé rápidamente.

—Drey, no estás preparada, es muy peligroso —refutó Ecain.

—Informaré de esto —dijo Sora, claramente disgustada.

—¡Sí estoy preparada! —me apresuré a decir—. Nada va a pasarme. Puedo respirar el gas y he entrenado mucho. Además, ahora estoy tan capacitada como ustedes.

Exen me observó con detenimiento. Sabía que él lo entendería, que él sabría que Pantera estaba ayudándome y que por eso era más fuerte.

—Unidad OPE a central, unidad OPE a central —soltó Sora, hablando a través del duif, pero entonces Exen se le colocó en frente.

—No digas nada —le dijo, casi utilizando un tono autoritario—. Ellos mismos se darán cuenta.

—¡No podemos continuar la misión con ella aquí! —bufó Sora. Podía arruinar mi plan si lo quería. No la conocía ni un poco, pero siempre había lucido muy correcta, y si no la convencía, entonces lo más seguro era que tendríamos que regresar.

—¿Y quién dijo que no? —soltó Exen.

—No entrarás a El Imperio —dictaminó Ecain, mostrándose en desacuerdo —. Podemos continuar, pero deberás quedarte en el refugio, si no es que cuando lleguemos allá el comandante ya se haya dado cuenta y nos exija retornar para ponerte a salvo.

—Me parece buena idea dejarla en el refugio —le apoyó Exen.

—No —negó Sora—. Volveremos y no se diga más.

Exhalé con frustración. Ella se introdujo en el avión mientras que Ecain me dedicó severas miradas de reproche. Exen estaba más tranquilo, pero noté que mi idea tampoco le agradó. ¿Cómo podían ver mal mis ganas de ayudar? Al menos, si retornábamos, ellos estarían a salvo, pero de seguro pautarían la misión para otro día y Levi me sacaría de la unidad, lo cual significaba detener los entrenamientos. Dudé entonces de haber hecho lo correcto, pero el sentimiento se disipó cuando escuchamos el quejido de Sora.

—¡El avión no enciende! —exclamó saliendo de él. Tenía las cejas hundidas y un enojo notable—. Hay que pedir otro.

—O podríamos continuar la misión hasta que lo envíen —propuse.

—¿No entiendes que al tenerte aquí ya no debemos preocuparnos solo por sacar a los científicos, sino también por proteger tu inmunidad? —rugió ella con vehemencia—. Esto rompe completamente con la planificación. No sabemos qué puede pasar ahí, ni qué nos espera, y si llegas a morir nos culparán por ello.

—Yo la cuidaré —habló Ecain—. Podemos continuar, me encargaré hasta que lleguemos al refugio. Ahí pediremos que vengan por ella y nos concentraremos en la misión. ¿De acuerdo?

Sora fluctuó, pero finalmente accedió. Sin perder tiempo, tanto él como ella se dispusieron a sacar el vehículo. Tenía que establecer un plan para que no llegaran por mí, pero lo vi complicado.

No había considerado la reacción de la tercera integrante. Ella no era más que mi compañera porque incluso parecía no caerle bien, por lo tanto, no se pondría de mi lado. Lucía muy centrada, su actitud era firme, muy seria, pero

había en sus ojos una chispa de juventud y de dolor que podía dar a entender que reprimía la persona que realmente era. Pocas veces le había hablado porque no era muy comunicativa.

Después de que el vehículo estuvo listo, subimos a él y arrancamos en dirección al refugio. Dos horas después, Sora estacionó frente a una pequeña construcción rodeada de árboles. Era una casa cuyas paredes parecían estarse deteriorando. Alrededor había un terreno vacío, arbustos y una larga vía de tierra que se adentraba a un bosque. Supuse que ese debía ser el camino a seguir.

—Hemos llegado —anunció ella mientras cada quien se bajaba del vehículo. Nos quedamos mirando la fachada, aún sin entrar.

—No se ve nada acogedor —comentó Exen.

Y realmente no lucía así. Tenía todo el aspecto de una casa abandonada y no me hacía temblar solamente porque aún era de día y el sol le entraba por las siniestras ventanas.

—A partir de aquí tenemos que ir caminando —dijo Sora. Miró hacia todos lados, estudiando el terreno—. Entremos para pedir el avión.

Ecain, que estaba en silencio, comenzó a sacar algunas armas de la parte trasera del vehículo, asegurándose de que estuvieran debidamente cargadas. Exen, por su parte, tomó tres tanques de oxígeno y los dejó en la entrada. Cuando me le acerqué, en tono confidencial me dijo:

—¿Por qué viniste?

—Somos un equipo, ¿lo recuerdas? Ellos por su lado y nosotros por el nuestro.

—Podrías morir —murmuró.

—No le temo a morir, Exen, le temo a perderte, a perder a Ecain —confesé. Él soltó un resoplido y volvió a tomar los tanques de oxígeno para llevarlos adentro.

—Eres más terca que… la gente muy terca. Entiendo que no me quieras perder a mí, pero, ¿a Ecain?, ¿en serio?

Al entrar en el refugio, se me erizó la piel. El interior solo era visible gracias a aquellos haz de luz que entraban por las ventanas del primer piso. El mobiliario estaba cubierto por una mugrienta sábana que alguna vez había sido blanca, y algunos otros objetos como lámparas y mesas se encontraban protegidos por una gruesa capa de polvo. El piso de madera chirrió con cada paso que dimos al ingresar, y la cocina que podía visualizarse conectada a la sala de estar, expedía un olor hediondo que provocaba náuseas y que solo yo fui capaz de percibir.

—Parece que alguien cagó sobre la estufa hace muchos años —comentó Exen. Se había adentrado en la cocina y observaba el desastre.

—Esto es grotesco, el olor debe ser peor —añadió Sora mientras miraba un charco pegajoso y extraño que se había formado en el suelo.

—Bueno, no perdamos tiempo —habló Ecain—. Cambiemos los tanques.

Tratando de no permitir que un ataque de arcadas me hiciera correr fuera, me quedé cerca de la entrada presenciando cómo uno le cambió el tanque a otro y viceversa.

Sora, por su lado, llamaba a la unidad esperando obtener respuesta. En el fondo no quería que me dejaran sola en aquel lugar y no porque el ambiente era repugnante, sino porque podía percibirse una energía muy extraña e incómoda que incitaba a alejarse.

—Unidad OPE a central —repitió Sora por sexta vez—. No recibo respuesta.

—¿Y si siguen ustedes? Me quedaré con Drey para intentar comunicarme con la base. Cuando respondan y vengan por ella, los alcanzaré. No podemos dejarla sola —planteó Ecain.

—No me iré hasta que se la lleven —dijo Exen, pero Sora se apresuró a objetar:

—Estamos perdiendo tiempo y nuestras reservas de oxígeno no son infinitas. Tenemos una hora para llegar a la entrada y los tanques nos proporcionan seis, así que tendremos solamente cinco para sacar a los científicos. Hay que decidir rápido.

Ecain se aproximó al supersoldado y le colocó una mano en el hombro.

—Nada va a pasarle, la cuidaré —le dijo.

Exen accedió y, después de cambiarle el tanque a Sora, se encaminó junto a ella a la salida, no sin antes volverse hacia mí para dedicarme una mirada que no reconocí. Acto seguido, desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Me acerqué a una de las ventanas y pude ver cómo ambos se alejaron poco a poco por el camino que conducía al interior del bosque. Respiré profundamente y cuando el silencio se hizo espeso, me recosté de la pared y me dejé caer lentamente para sentarme en el suelo. Ecain se situó a mi lado e intentó comunicarse con la base, pero nuevamente no obtuvo respuesta.

Quince minutos después, escuchamos la voz de Sora informando a través del duif.

—Podemos ver la entrada a una base militar. Está despejada. ¿Están bien ustedes?

—Estamos bien, pero aún sin respuesta desde la central —comunicó Ecain.

—Continúa insistiendo.

Todo volvió a quedar en silencio a excepción de las veces que Ecain intentó comunicarse. No podía apartar la mirada del intrigante pasillo que tenía en frente. Había una escalera en el fondo para poder ir al segundo piso, pero la luz no llegaba hasta allá o al menos eso me parecía. Desvié mi atención hacia otro lado y observé la pantalla en la manga de mi traje. Estaba apagada.

Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla de la pared. Sería una larga espera.

22

Había transcurrido media hora y la central seguía sin dar respuesta.

El refugio continuaba estando tranquilo, pero la luz que entraba por las ventanas había disminuido. Me levanté y eché un vistazo hacia afuera. El cielo comenzaba a nublarse, y me aterró la idea de que el sol desapareciera y todo quedara a oscuras. Había una linterna en el vehículo y otras más pequeñas en los trajes, pero hallarnos solos en aquella casa no me parecía una idea agradable.

—Esto ya es extraño —comentó Ecain, sentado contra la pared. El traje lo hacía ver mucho más grande de lo que ya era—. Tengo un mal presentimiento.

—Intenta hablar con Sora.

—¿Grulla? ¿Cómo les va? Aquí ha empezado a nublarse, parece que va a llover —comunicó.

Esperamos unos segundos y no obtuvimos respuesta, así que lo intentó nuevamente.

—¿Grulla? ¿Lobo?

Pero nadie respondió. Comencé a preocuparme. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando no se escuchó más que el pitido producido por la intensidad del silencio. Nadie respondía, ni la central, ni la unidad. Ecain volvió a hablar, pero no se escuchó ni una voz.

El cielo rugió súbitamente, haciendo que me sobresaltara por el susto. El

corazón comenzó a latirme más rápido. Había sido un trueno.

—León a Grulla, León a Grulla —pronunció él.

Entonces, el sonido de la interferencia resonó en nuestros oídos. Se escuchó la estática, como si intentaran comunicarse pero no pudieran hacerlo. El corazón se me aceleró más, pero intenté calmarme. Algo podía estar interfiriendo con la señal. Quizás si éramos pacientes y esperábamos, se arreglaría y podríamos oír de nuevo las voces de todos. Sí, solo debíamos esperar.

Volví a apoyarme de la pared, pero cuando estaba a punto de dejarme caer para sentarme en el suelo, el sonido de una campana nos alarmó.

Ecain se levantó de inmediato y empuñó su arma.

—Quédate detrás de mí, Drey —me ordenó.

—Es una campana. No es nada, de seguro no es nada.

—En territorio enemigo, ningún sonido nunca es nada —soltó, mirando hacia todos lados.

El sonido cesó un instante y luego se hizo presente, como si alguien agitara una campanilla. Miré por la ventana intentando buscar el origen del sonido afuera, pero no provenía de allí, sino de adentro. Giré lentamente la cabeza y posé mi vista en el oscuro pasillo, aquel intrigante espacio que tanto me había incomodado.

La campana sonó de nuevo.

Provenía del segundo piso.

El tintineo era intermitente, formando una rutina inquietante. ¿Qué o quién agitaba la campana? No podía ser un quién, eso era imposible, así que podía ser un qué, pero temblé ante la idea de averiguarlo. No quería que nos

sumiéramos en la oscuridad que empezaba en el inicio del pasillo y se extendía hasta los escalones que desaparecían hacia arriba.

Ecain habló a través del duif.

—León a central, ¿me escuchan? León a Grulla, ¿me escuchan?

—Algo está interfiriendo con la señal —comenté. Ecain no bajó el arma.

—Vamos a subir —dijo—. Hay algo raro aquí, Drey, lo supe apenas llegamos.

Visualicé el pasillo. Imaginé que la campanilla debía estar colgando del techo y que una ráfaga de viento podía hacerla mover, pero entonces recordé que las ventanas estaban cubiertas por madera y que eso solo podía ser una posibilidad lejana. Debía calmarme. Lo que sea que estuviese haciendo sonar la campana, no era una persona, no era nada que pudiera lastimarnos.

—¿Tienes linterna? —le pregunté.

—En el traje, pero es muy débil.

—Hay una en el vehículo. Iré a buscarla.

—Ármate.

Empuñé el arma, abrí la puerta del refugio y fui hasta el vehículo. El viento se había hecho más fuerte, haciendo mover de una forma notable las ramas de los árboles. Era el típico clima de lluvia. Miré hacia la parte superior de la casa y me fijé en las ventanas. Estaban cubiertas, no se podía ver nada. Rebusqué en el interior del vehículo y encontré la linterna. Regresé al refugio y cerré la puerta.

El silencio volvió a ser abrumador.

La campanilla aún sonaba y Ecain todavía apuntaba hacia el pasillo. Accioné el botón de la linterna para encenderla. Un intenso círculo de luz se arrastró

por el suelo de madera, dejando ver con mayor claridad lo sucio y viejo que estaba. Iluminé el pasillo y contuve la respiración que pretendía acelerarse.

Di un paso detrás de él, luego otro, y para cuando me di cuenta ya estábamos avanzando por el pasillo camino a las escaleras. Apunté a las paredes y vi algunos cuadros de paisajes. El piso seguía viéndose viejo y manchado. ¿Por qué habían escogido aquel lugar como refugio?

Subimos un escalón y la madera crujió bajo nuestros pies. Me detuve pensando que cedería, pero resistió el peso y continuamos ascendiendo. Iluminé todo a mi alrededor mientras que el tintineo de la campana penetraba por mis oídos. A medida que nos acercábamos, mi corazón palpitaba con más fuerza.

—No hay nada ahí —susurré para mí.

Llegamos al segundo piso y nos encontramos ante otro pasillo más amplio. Alumbré las paredes con la linterna y observé los cuadros que una típica madre habría de poner: flores, paisajes, casas. Por suerte no había ningún retrato.

Avanzamos con cuidado, siguiendo el sonido que con cada paso se hacía más intenso. Más perturbador. Venía desde el fondo, allí en donde una solitaria puerta esperaba ser abierta.

—Es ahí —susurré. Ecain asintió, moviéndose cuidadosamente.

Caminamos sin prisa, con el círculo de luz fijo en la madera de la puerta. La campanilla no dejaba de sonar y se intensificaba a medida que nos aproximábamos. La mano con la que sostenía la lámpara, temblaba, aunque trataba de evitarlo. Finalmente, nos detuvimos frente a la perilla. Ecain colocó su mano sobre ella y la giró. Impulsó la puerta hacia adentro y cuando iluminé la habitación, lo vimos.

Un tenue haz de luz entraba por una grieta en la madera que cubría la ventana. Exhalé un jadeo cuando pude ver cómo la pequeña criatura se movía desesperadamente en el interior de la jaula.

Era un conejo.

Un pequeño y precioso conejo.

Desde nuestra posición, noté que la jaula que lo resguardaba se encontraba protegida por un cristal y que la campanilla que tanto sonaba estaba adherida a su esponjosa cola. Los grandes ojos del conejo se fijaron en mí mientras que su nariz hacía rápidos y tiernos movimientos. Estaba atrapado, protegido y enérgico. Era hermoso, como una chispa de vida entre un ambiente mortecino y desolado. Casi sonreí por la manera en la que se movía. Era el primer animal que veía después de tres años.

Embelesada por la imagen, ignorando los quejidos de Ecain, avancé hacia él con la intención de llevarlo al vehículo, pero cuando di más de cuatro pasos, el sonido de un mecanismo me sobresaltó. Iluminé mis pies y vi la cuerda que había empujado accidentalmente. Alcé la mirada y emití un grito cuando estalló el cristal que protegía al conejo. El animal se retorció sobre su sitio debido al gas. Quedó inerte.

El corazón se me hizo añicos.

Justo después de eso, desde el techo se desenvolvió una enorme tela rectangular. Ante nuestros ojos, las intensas letras rojas resaltaron:

BIENVENIDOS UNIDAD OPE. PARA CELEBRAR SU LLEGADA, RECIBAN ESTE CONEJO COMO SÍMBOLO DE VIDA Y MUERTE. ESPERAMOS QUE PUEDAN SENTIRSE COMO EN SU PROPIA CASA Y QUE DISFRUTEN DE TODAS LAS COMODIDADES QUE HEMOS PREPARADO PARA USTEDES.

Tuve que sostener con fuerza la linterna para no dejarla caer. La respiración se me aceleró y las manos me temblaron aún más. Ellos lo sabían. El Imperio

sabía que estábamos ahí. Si tan solo hubiésemos explorado toda la casa al llegar, Exen y Sora no se habrían ido, no estarían en peligro.

—¡Lo sabían! —soltó Ecain, furioso.

—¡Tenemos que ayudarlos! ¡Tenemos que ir! —exclamé rápidamente. Miré de nuevo el conejo que reposaba en medio de la jaula y, de repente, se oyó el sonido de la interferencia. La estática se escuchó a través del duif y con ella una voz cuyas palabras no eran reconocibles.

—¡Aquí León! —informó Ecain, moviéndose de un lado a otro con inquietud.

—¿Ella… está… contigo? —se hacía difícil escucharle con claridad. Era Levi.

—Sí, está conmigo y segura. Comandante, El Imperio sabe que estamos aquí y no podemos comunicarnos con los demás.

—Estamos haciendo… todo lo posible… por recuperar la… comunicación. Regresa con… ella… ahora… mismo.

—¡El avión no funciona! ¡Necesitamos que vengan por nosotros!

La interferencia se hizo tan fuerte que no pudimos escucharle más. Ecain tiró de mí y corrimos escaleras abajo. La idea de quedarnos solamente esperando, me puso inquieta. Debíamos hacer algo. Nuevamente, miré a través de la ventana y vi que el cielo se había oscurecido un tono más. Se avecinaba una tormenta.

—¿Qué haremos? —le pregunté con una nota de desesperación. Ecain se situó frente a la ventana, evaluando el perímetro.

—Nos iremos en el vehículo y esperaremos en el avión muy lejos de aquí.

—¡No! ¡Tenemos que ir por ellos, están en peligro!

—Drey, escúchame. En cuanto estés a salvo, yo iré por ellos. Sé que están en

peligro, pero por ahora eres prioridad.

—¡¿Por qué?! —bramé—. ¡¿Por la inmunidad?! A la mierda la inmunidad, Ecain. Vine para proteger a Exen y eso voy a hacer.

Si El Imperio sabía que estábamos en sus dominios, entonces Gregori tenía los ojos puestos sobre sus vidas.

Me aseguré de que el rifle estuviera bien sujeto a mi espalda y corrí fuera del refugio, sosteniendo la pistola. Seguí el camino que llevaba al interior del bosque. Pretendía correr hasta ver una base militar, tal y como Sora había dicho, y luego que mi instinto me guiara para poder continuar.

Sabía que Ecain me seguía y permití que lo hiciera porque así podía lograr que ambos nos introdujéramos en la ciudad y que, finalmente, los cuatro participáramos en la misión.

Las palabras escritas en la tela lo dejaban todo claro. Tenían algo preparado, algo muy malo, y sabiéndolo no podía permitir que los tomaran por sorpresa.

Nada me aseguraba que podía salvarlos, no podía estar segura de que saldríamos ilesos, pero tenía plena consciencia de que, si fracasaba, al menos lo habría intentado.

• • •

Mientras corría, un trueno hizo estremecer el cielo. Unas nubes espesas y oscuras poblaron las alturas, aumentando mis sospechas de que lo que venía no sería una simple llovizna. Si tenía suerte, lograría llegar a tiempo para avisarles, poder huir y que nada malo ocurriera.

Transité por el interior del bosque con los gritos de Ecain exigiendo que me detuviera. Portando aquel traje no era muy veloz, así que no podía alcanzarme con tanta facilidad. Aumenté la velocidad antes de que el clima empeorara y, mientras avanzaba, me encargué de repetir varias veces el nombre código de

Exen con la esperanza de que en algún momento respondiera. Pero el códec estaba muerto.

Después de treinta minutos, estaba exhausta. Paré, y jadeante, tomé aire. Detrás de mí, Ecain se detuvo, agitado y posiblemente molesto.

—Drey —pronunció entre jadeos—. No vuelvas a…

—Tenemos que apresurarnos —le dije, sintiendo cómo la energía regresaba a mi cuerpo. Él se aproximó y negó con la cabeza. Tenía los labios entreabiertos e intentaba respirar más de lo que podía.

—Exen quiere que estés a salvo, no que te arriesgues a morir —manifestó y me tomó por el brazo—. Volvamos.

Tiró de mí para llevarme, pero me zafé y retrocedí.

—Si fueras tú el que estuviera allá, propenso a ser atrapado, también habría ido para ayudarte —confesé. Él bajó la mirada—. Por años deseé morir. Esperé mi muerte con desesperación, pensando que era la única salida. Ahora sé que fue un pensamiento absurdo. Morir sin razón alguna es patético. Morir para salvar la vida de alguien más, eso sí tiene sentido. Sé que tengo la inmunidad, pero, ¡joder!, ¿de qué me servirá regresar a la superficie sin él, sin ti, y sin todos los que lucharon? No pude salvar a mi familia, tampoco a Nina, ni a aquellos que murieron en la fuga, pero ahora tengo la oportunidad de salvar a Exen y no puedo desperdiciarla. Su vida vale tanto como la mía, sea o no sea inmune.

Se quedó en silencio, tal vez considerando mis palabras. Si algo había aprendido de Carter, era que un soldado siempre tenía oportunidad de arriesgarse, y que lo peor era no intentarlo. El especialista me había enseñado a respetar a mi unidad, a conocerla y a saber que en cuanto se conformaba un equipo, la unión debía mantenerse hasta el final. Por esa razón, por lo que

había aprendido de él y por el respeto que sentía hacia la vida de los demás, no abandonaría a la unidad y sabía que Ecain tampoco.

—Bien, iremos por ellos —decidió finalmente.

Otro trueno sacudió el lóbrego cielo.

—Necesitamos hallar la base militar, ahí está la entrada, ¿no es así?

Ecain se enderezó. El cristal que protegía su rostro, se oscureció.

—Aquí puedo ver el mapa que las nanomáquinas generan —informó—. Está al norte, a veinte minutos. Si nos apresuramos podemos llegar a tiempo, pero no es seguro que la entrada no esté resguardada. Andaremos con cuidado.

Continuamos sin detenernos a descansar, aunque aún estábamos algo agitados. Esperaba que Exen y Sora todavía estuvieran a salvo, si no era así, no estaba segura de lo que podíamos hacer para ayudarlos.

Después de quince minutos comenzamos a ver camiones abandonados, contenedores, algunas estructuras y pequeñas trincheras. Nos ocultamos detrás de los árboles, aprovechando la oscuridad que proporcionaba el ambiente para no ser tan fáciles de detectar, y estudiamos el perímetro.

No había nadie, ni un guardia, ni una cámara, el área estaba completamente desolada. Se me ocurrió que El Imperio lo había tenido muy bien planeado. ¿Para qué iban a resguardar el lugar? El objetivo debía ser ponerle fácil la entrada a la unidad para atraparlos en la ciudad.

Nos movimos en cuclillas como Carter me había enseñado, ya que, al reducir nuestra estatura, creábamos mayores probabilidades de avanzar sin ser vistos. Aunque no hubiera nadie rondando por la base, no podíamos confiar en que gracias a eso nos trasladaríamos con éxito.

Me guie por los pasos que Ecain dio siguiendo el mapa. Poco después,

vislumbramos una caseta detrás de un gran almacén.

El estruendo producido por un trueno me hizo dar un brinco. Tomé aire y nos encaminamos al objetivo: el ascensor dentro de la caseta. Él impulsó la puerta que daba a otra y, seguidamente, nos encontramos ante un pequeño pasillo. Nos erguimos completamente y nos aproximamos al elevador. Presioné el botón que se iluminó y esperamos tan solo unos segundos a que las puertas se abrieran para poder introducirnos en él.

Una vez dentro, el ascensor comenzó a descender sin hacer el más mínimo ruido. Miré hacia arriba y la intensa luz de una sola bombilla me hizo pensar que estábamos yendo directamente a la zona de peligro, pero eso no importaba si lograba ayudar a la unidad. No importaba si volvía a ver a Exen, y, aunque no mantuviéramos una amistad, también a Sora.

Por un momento el ascensor se detuvo y el sonido de un extractor nos obligó a mirar con confusión hacia todos lados. Lo que menos queríamos era quedar atrapados, pero poco después se movió de nuevo. Asumí que se había estado deshaciendo de cualquier toxicidad en el aire.

Cuando el elevador paró y las puertas se abrieron ante nosotros, un largo y ancho pasillo de paredes blancas fue lo primero que vimos.

—¿A dónde tenemos que ir? —pregunté.

—Según el mapa, hay un pequeño almacén vacío en este pasillo donde teníamos que dejar los trajes antigás.

Una puerta blanca daba al almacén. En él estaban los trajes de Exen y Sora. Ecain se quitó el suyo con cuidado, apagó la producción de oxígeno y salimos de allí.

—Las nanomáquinas envían al mapa cualquier onda de calor que puedan detectar. Hay dos personas cerca, deben ser ellos, vamos —informó

rápidamente, mirando esa vez la pantalla en la manga de su traje azul.

Ya liberado, pudo moverse con la misma facilidad que yo. Continuamos con pasos meticulosos, aunque en el mapa no se reflejaba la presencia de ninguna otra persona cerca. Miramos antes de cruzar alguna esquina y nos detuvimos por pequeños instantes a analizar el entorno.

Los pasillos se parecían mucho a los de los laboratorios de LA RAI, pero algunas lámparas no funcionaban, creando espacios oscuros entre zonas de entera luz. Aquello me pareció extraño, pero seguí sin objetar algo.

Giramos a la izquierda cuando el mapa lo indicó y nos detuvimos detrás de una pared contigua para poder asegurarnos completamente de que no había nadie. Recordé entonces una de las frases de Carter: «un entorno solitario y sin resguardo, es sospechoso y posiblemente peligroso». Me había advertido que en esos momentos se podía esperar lo peor, y que debía estar preparada para un posible ataque.

Con las palabras del especialista en mi mente, sostuve con mayor firmeza el arma y avancé apuntando tal y como él me lo había enseñado. Mis manos no temblaron. Estudiamos bien el camino y atravesamos una puerta que dio paso a otro gran pasillo. Ecain volvió a mirar el mapa y me indicó que debíamos pasar por la primera puerta que viéramos a la derecha. Al hacerlo, quedé boquiabierta ante la imagen que tenía en frente.

Entramos a una especie de túnel cuyas paredes estaban cubiertas solo por cristales que permitían ver lo que había alrededor. Los cristales asumían el rol de grandes ventanales, así que me acerqué y observé con asombro las estructuras que se alzaban bajo mis pies.

Lo que veía no era más que la inmensidad de El Imperio, una secuencia de edificios, de casas y de calles completamente asfaltadas. LA RAI quedaba pequeña en comparación con aquella ciudad. Del techo colgaban lámparas

gigantescas, dando luz a la comunidad. Desde mi posición, las personas parecían pequeñas hormigas que se movían de un lado a otro. Al horizonte de la ciudad, un imponente cartel mostraba el logo de El Imperio que constaba de una flor unida por líneas. El dibujo se me hizo familiar, pero en ese instante no lo recordé del todo.

Supe que, para poder alcanzar a El Imperio, a LA RAI le quedaba mucho camino por recorrer. La ciudad que tenía ante mí no se había alzado en tres años, sino que había sido construida mucho antes del incidente ASFIXIA, y eso se notaba por la calidad de las estructuras, de los pasillos y de los vehículos militares que recorrían las calles en ese momento.

Salí de mi embelesamiento. Avanzamos hasta la puerta que había en el otro extremo del túnel, pero antes de atravesarla Ecain miró el mapa. Dos puntos rojos indicaban que había dos personas. ¿Serían ellos? ¿Serían guardias? No teníamos ni la más mínima idea, así que impulsó la manija. Esperamos a que se abriera completamente y…

—No es nada personal, Sora, pero me tienes harto con tus teorías absurdas. Ya hasta pareces Ecain, que solo defeca por la boca.

La voz de Exen llegó a mis oídos y sentí que todo el cuerpo se me relajó en un segundo. Estaban los dos allí, en una habitación que parecía una gran recepción. Al vernos, Exen quedó sorprendido.

—¿Qué hacen aquí?

—No respondían al duif, pensamos lo peor —dije.

—Perdimos la señal cuando entramos —aclaró Sora. Su expresión de disgusto no había cambiado.

—El Imperio sabe que estamos aquí —informó Ecain rápidamente.

—Eso es cuento viejo, ya nos dimos cuenta —expresó Exen.

—¿Cómo? —pregunté, pero después sacudí mi cabeza—. ¡Primero debo decirles lo que pasó!

Ambos se acercaron para escuchar todo el cuento del conejo en el refugio.

—No tenían que haber venido —soltó Exen cuando terminé de hablar, con un ápice de molestia.

—Podemos irnos antes de que nos atrapen —insistí.

—No podemos comunicarnos con la central y el avión no enciende, ¿cómo regresaremos? —dijo Sora.

—De igual modo no vamos a pasar para continuar con la misión, creo que lo mejor será regresar al avión y ahí buscar una manera de volver o de comunicarnos con la central.

—¿No van a pasar a dónde? —pregunté.

Sora desenvolvió un pequeño papel que había estado apretando entre su mano.

—Había una nota junto a la puerta cuando llegamos, así descubrimos que están conscientes de nuestra presencia —habló ella y lo extendió con sus dedos—. Es un acertijo que hay que resolver para pasar por la puerta que da al área de los laboratorios, pero para resolverlo, era necesario estar los cuatro juntos.

Nos permitió verlo. En él estaba escrito:

Cuando sean más y no menos. Cuando el número sea par y no impar. Cuando ocho sean los talones, esta puerta se abrirá.

—Intentamos buscar otra forma de pasar —expuso Exen—, pero no hemos podido. Hay que pararnos los cuatro frente a la puerta, pero no nos expondremos a lo que sea que haya ahí.

—Entonces, volvamos al avión antes de que todo se complique —propuso Ecain.

Casi nos dimos vuelta al mismo tiempo. No podíamos quedarnos ahí, teníamos que marcharnos mientras tuviéramos la oportunidad, pero algo muy en el fondo me hizo pensar que no sería tan fácil como parecía.

Volvimos a la puerta por la que habíamos entrado, y cuando Sora colocó su mano sobre la manija e impulsó la puerta hacia afuera, el sonido del cerrojo nos hizo saber que estaba cerrada. Volvió a intentar, pero no se abrió.

Estábamos atrapados en la habitación y el único camino que podíamos tomar, era el contrario.

—Ya me había imaginado que algo así sucedería —comentó Exen.

—Tenemos que seguir —dijo Sora. En realidad, no había otra opción.

Nos aproximamos a la puerta uno a uno. Yo primero, situándome sobre una alfombra roja que reposaba en el suelo frente a ella. Sora acudió después y se ubicó a mi lado; luego Exen se acercó y, por último, justo en el momento en que Ecain colocó su pie derecho sobre la alfombra, la puerta que teníamos delante de nosotros se deslizó hacia un lado.

Nos quedamos quietos sin hacer nada. Si se abría sola, alguien debía controlarla, o quizás ya estaba diseñada para abrirse cuando se resolviera el acertijo. De todas maneras, sentía que nos estaban observando. Pero, ¿por qué poner un acertijo? ¿Con qué intención?

—Bien —habló Ecain y volvió a empuñar su arma—. Drey, quédate detrás de mí.

Asentí y, con pistola en mano, les seguí. Pudimos haber esperado encontrar cualquier cosa detrás de la puerta deslizable que se cerró después de que la atravesamos, pero nunca nos pasó por la mente ver una gigantesca balanza en

medio de aquella amplia habitación. Por supuesto, no había nadie, pero la estructura se alzaba de forma monumental ante nuestros ojos. Encima de ella estaba situado otro cartel con el logo de El Imperio, y en las paredes únicamente había bombillas blancas iluminando el área. Era un escenario bastante curioso. Ecain examinó con cuidado el lugar y después de asegurarnos que estaba despejado, se acercó a la enorme balanza que tenía un pedestal al frente.

—Oigan, aquí dice algo —anunció.

Había una placa de metal brillante en el pedestal con una larga inscripción en él.

La balanza de Judas.

Para poder seguir, algo importante hay que conseguir. Presten mucha atención y relean si es necesario. Miren la balanza, pero no miren a los lados.

Tranquilos, que tan difícil no será, porque para hacerlo más simple y para que lo puedan hallar, esta historia les vamos a contar:

Doce cabezas de discípulos.

Sus formas son desiguales, pero alguien dijo que el peso es el mismo.

Eso se cree, porque si se pesan se equilibra la balanza.

Nosotros creemos que no es así, y que una de ellas pesa más que nada.

La cabeza de Judas, esa puede ser, pues el tamaño de la culpa un lado

de la balanza haría caer.

Si estamos en lo cierto y una pesa más, sin duda la cabeza de Judas será.

En ella está lo que hay que encontrar y en la balanza se puede probar.

Si se equilibra, no es. ¿Se puede adivinar?

Cuando caiga el platillo, el peso lo habrá hundido.

¿Tienen una idea ahora?

Siempre paga el que traiciona.

Doce cabezas de discípulos. No se puede decir más.

Hallen lo que debe ser hallado, hallen a Judas, y las puertas de la justicia para ustedes se abrirán.

En caso de que no lo puedan encontrar, una eternidad frente al monumento del traidor les esperará.

—¿Otro acertijo? —bufó Exen—. ¿Nos quieren hacer explotar el cerebro? Así sí nos van a matar rápido.

—No sé por qué creo que esto no es un simple acertijo —comentó Sora.

Ecain se alejó del pedestal y comenzó a rodear la balanza. Por mi parte, escruté el techo abovedado. El hecho de que nos estuvieran sometiendo a distintos acertijos, reafirmó mi idea de que nos estaban observando, y si lo hacían, debía haber algún dispositivo oculto, pero no logré ver nada extraño.

La habitación era una gran sala con un reluciente piso de mármol que le daba un acentuado toque de elegancia. Por otro lado, la balanza que podía medir alrededor de ocho metros, fulguraba gracias a la luz de las lámparas. Su modelo era antiguo, de aquellas con dos brazos de los que colgaban un par de platillos para soportar el peso.

—¡Vengan! —exclamó Ecain desde la parte trasera de la balanza—. Hay cuatro cofres aquí y no están cerrados.

Cuando nos acercamos, vimos el cuarteto de baúles dispuestos uno al lado del otro. Eran de un color marrón añejo con finos bordes dorados y no tenían ningún candado o seguridad que los protegiera.

—¿Qué habrá en ellos? —inquirí.

—¿Y si hay una bomba? —preguntó Exen con asombro—. ¿Quién sabe desactivarlas?

—Yo —confesó Sora.

—No confío en nada de lo que hay aquí —intervino Ecain, circunspecto. Exen se nos adelantó y se agachó para colocarse frente a los baúles.

—Bueno, hay que abrirlos —dijo y colocó su mano sobre uno de ellos.

—¡Espera! —soltó Sora y empuñó su arma para apuntar justo al cofre—. Bien, ahora sí.

Ecain y yo nos alejamos unos pocos centímetros. Exen posó sus palmas a cada lado de la tapa y la impulsó hacia arriba haciendo que las bisagras chirriaran por el movimiento. Cuando estuvo completamente abierta, nos sorprendimos. Tres cabezas humanas reposaban en aquel baúl. Quedamos pasmados.

—¡Oh, mierda, huele asqueroso! —soltó Exen al momento en que se levantaba para alejarse.

Sora se quedó perpleja, bajó lentamente la pistola y dejó caer los brazos. El rostro de Ecain mostró inquietud, pero, aun así, se inclinó hacia abajo y con una mano y un solo empuje rápido hacia arriba, abrió los otros tres baúles. Había lo mismo.

Tres en cada cofre, doce cabezas.

Expedían un olor repugnante que me hizo recordar el de aquellos cadáveres que estaban sobre la superficie. Eran tan reales como nuestra presencia en El Imperio. Tenían los ojos cerrados, eran masculinos y su piel carecía de color natural. Me di vuelta para no mirarlas y aproveché para examinar el entorno.

No había ninguna puerta, no había ninguna opción de escape.

—Esto es tan extraño… —murmuré para mí misma, pero Exen alcanzó a oírme.

—Todo ha sido una trampa —soltó él con un dejo de molestia—. Es obvio que los infiltrados no eran solo Didi y Leiton.

—Hay alguien más, entonces —añadió Sora mientras enfundaba su pistola—, pero no es momento para pensar en eso. Estamos aquí con doce cabezas, un acertijo y ninguna salida.

—Acertijos innecesarios, ¿no podía ser una misión normal? —se quejó Exen.

—La verdad es que no comprendo por qué El Imperio actúa de esta forma —intervino Ecain mientras le echaba un vistazo a la balanza—. Me parece que nos están enfrentando a diferentes tipos de puzles, pero, ¿con qué objetivo?

—El de matarnos, por supuesto —habló Exen con una nota de fastidio en su voz—. Es como si estuviéramos en la cabeza de Ecain, porque esto es pura estupidez.

Ecain se dio vuelta y lo encaró.

—Si quisieran matarnos, lo habrían hecho hace mucho rato, ¿y quieres dejar ya los insultos? —señaló. Exen pareció divertido—. Este es otro tipo de jugada, ¿no se dan cuenta? Estamos ante la prueba de que El Imperio no es más que un conjunto de mentes retorcidas. ¿Cabezas humanas? ¿Animales muertos? ¿Acertijos? Nos atraparon para guiarnos hacia algo mucho más perturbador y me temo que esa es la verdad, nos atraparon.

—Quizás ya estábamos atrapados desde que bajamos del avión —comentó Sora. Me sorprendió cómo lograba mantenerse centrada y tranquila ante la situación. Exen negó con la cabeza lentamente y luego se acercó a los baúles.

—No estamos atrapados, siempre hay una salida —bramó en tono autoritario —. Vamos a resolver ese maldito acertijo y saldremos de aquí.

De repente, escuchamos el sonido de la interferencia. El duif comenzó a emitir un ruido muy parecido al de la estática y un segundo después se oyó una voz.

—¡Central a unidad OPE! ¡Central a unidad OPE! —exclamó el hombre. Era el subcomandante—. ¿Nos escuchan? ¡Central a unidad OPE!

—¡Unidad OPE recibe! —habló Sora inmediatamente—. Les escuchamos.

—¡Reporten su estado!

—El Imperio sabe que estamos aquí, nos han atrapado en una habitación. Tenemos nuestras armas y libertad de movimiento, pero no hay salidas. Para poder avanzar nos exigen resolver acertijos.

Le eché una mirada rápida a Exen, una de preocupación.

—¿Ella sigue con ustedes? —dijo Ligre.

—Sí, señor, los cuatro estamos atrapados en la misma habitación —contestó Sora.

—Por ningún motivo se aparten de su lado —ordenó Ligre con cierto tono de exasperación—. El objetivo ha cambiado, protéjanla y traten de salir de allí lo antes posible.

—¿Y los científicos, señor? —inquirió Sora.

—Me temo que tenemos que abortar la misión. Corren peligro —expresó el subcomandante—. ¡Traten de salir de allí lo antes posible!

—Entendido.

La comunicación se cortó de inmediato.

—Tenemos que resolver el acertijo para poder seguir. Estoy seguro de que más adelante podremos encontrar una manera de salir —espetó Exen.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Ecain—, pero, ¿por dónde empezamos?

Exen alzó la comisura derecha de sus labios formando una sonrisa de medio lado. Su expresión siempre lograba verse maliciosa, y la oscuridad de sus ojos ayudaba a que pareciera que estaba a punto de hacer algo muy malo, pero en realidad, estaba a punto de idear algo muy bueno.

—Lo resolveremos con la ayuda de una preciosa pantera —respondió y me observó con complicidad.

23

Habían pasado veinte minutos y comenzaba a notar cosas muy extrañas en dos de los miembros de la unidad.

Ecain estaba bien, no dejaba de moverse alrededor de la balanza examinando cada centímetro de ella, pero Sora que se había dedicado a estudiar los cofres y las cabezas, bostezaba cada tres minutos. En cuanto a Exen, se había quedado sentado a mi lado contra una de las paredes mientras yo intentaba contactar a Pantera a través de mi mente, pero a pesar de que se había mantenido activo, su comportamiento daba mucho que pensar, porque parecía que poco a poco se debilitaba.

—Es inútil, Exen, ella no va a responder —resoplé. Él formó una fina línea con sus labios.

—Inténtalo de nuevo.

Cerré los ojos por sexta vez e ignoré cualquier sonido que pudiera escuchar a mi alrededor. Me concentré en mi mente, en mi espacio, en la negrura que se espesaba al bajar los parpados, y entonces llamé a Pantera tantas veces como pude. Pero no obtuve respuesta.

Cuando volví a abrir los ojos, aquel estado tan profundo de distracción que Exen tenía en la mirada me hacía dudar si se sentía bien.

—¿Realmente estás bien? —le pregunté. Tardó casi un minuto en reaccionar.

—Sí, ¿lo lograste? —soltó mientras me miraba con los ojos bien abiertos. Ladeé la cabeza ante su acción.

—No, no responde —contesté y después fruncí el ceño—. ¿Estás seguro de que te sientes bien? Pareces algo distraído, como en otro planeta.

—¿Por qué haces tantas preguntas? Estoy en perfecto estado —profirió con desinterés—. Bueno, si no responde, tendremos que comenzar a hacer algo por nuestra propia cuenta, pero… ni siquiera recuerdo la primera línea del acertijo.

Soltó un gruñido con desgano, demostrando estar muy cansado como para pensar. Lo escruté por un segundo, tardaba en darse cuenta de que lo observaba e incluso pude jurar que el movimiento de sus parpados se había ralentizado. Parecía que toda su energía se había desvanecido. Volví la mirada hacia los demás y ya habiéndolo notado en Exen, lo noté también en Sora, quien comenzó a dar pasos más lentos alrededor de la balanza.

—¿No te parece raro todo esto? —inquirí casi inconscientemente. Exen reaccionó después de varios segundos y abrió los ojos de forma imprevista.

—Un poco —soltó encogiéndose de hombros—. El Imperio no es agua mansa. Supuse que podían tener una emboscada preparada, pero no esto, sin embargo, es posible que solo nos estén haciendo largo el camino hacia la muerte para divertirse.

—¿Crees que Levi se lo esperaba?

—No —confesó. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó de la pared para luego cerrar los ojos—. Pero eso ya no importa, ya estamos aquí, sigue intentando comunicarte con… con ella.

Poco a poco se quedó muy quieto. Coloqué mi mano sobre su hombro y lo zarandeé con suavidad. Estaba dormido. Observé a Sora, ella seguía despierta, pero sus movimientos eran más pesados. Una chispa de intuición me aconsejó que no alertara a los demás, que me quedara en mi sitio para que no

se dieran cuenta de lo que había sucedido. Me reacomodé acercando mi hombro al de Exen para que su cuerpo no se fuera hacia a un lado, y presioné el duif contra mi oreja, aunque no sabía exactamente si era así como funcionaba.

—¿Comandante? —susurré—. Comandante, ¿puede oírme?

Esperé unos pocos segundos, y al no obtener respuesta supuse que de nuevo la comunicación se había muerto. Le coloqué dos dedos sobre el cuello a Exen para asegurarme por segunda vez de que estuviera vivo, solo por precaución. Sí lo estaba.

—Te escucho —oí de repente. La voz de Levi me tranquilizó el cuerpo—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Bueno, lo tenían planeado ya —informé en un tono de voz muy bajo—. Necesitaban que estuviéramos los cuatro juntos, nos atrajeron a la ciudad y nos atraparon en una habitación con un acertijo. Para poder salir, tenemos que resolverlo, pero no sé exactamente qué es lo que seguirá.

Hubo un silencio muy corto.

—¿Por qué me desobedeciste? —le escuché decir. Había una nota de pesar en su voz—. He pensado en ir a buscarte.

—Moriría en el intento —respondí—. Creo que podemos salir de aquí, pero antes, está pasando algo muy extraño. Lobo se ha quedado dormido. Comenzó estando muy distraído y luego parecía adormilado.

—¿Cómo que se ha dormido? ¡Tiene que protegerte!

—Me parece que no ha sido su culpa. Los demás están actuando igual y no sé por qué algo me dice que… —Respiré profundo antes de completar la oración— que hacerlos dormir también estaba en el plan.

—Si se quedan dormidos, estarás sola y a cargo de ellos, y eso es muy peligroso. Esto era lo que me temía. ¿Por qué tenías que ser tan terca? Debí haberte encerrado para que no salieras.

—¡Ya no importa! —exclamé frunciendo el ceño—. Puedo ocuparme y no hay vuelta atrás. Lo importante es que salgamos, y con Lobo dormido y los demás a punto de caer, será un poco más complicado, por eso necesito que haga algo.

—Sí importa porque si me hubieses obedecido, estarías a salvo aquí con… —su silencio me dio a entender que iba a corregirse—, con todos.

—¿Siempre es usted tan…?

—¿Tan qué?

—Tan desesperante —completé girando los ojos.

—No te imaginas lo desesperado que estoy porque desde aquí no puedo hacer nada por ustedes. Bueno, dime, ¿qué necesitas?

—Necesito que le pida al doctor que examine las inyecciones que les colocaron esta mañana.

—¿Las inyecciones de nanomáquinas? Son completamente seguras.

—Fue lo único que les introdujeron en el cuerpo —objeté—. León y Grulla son bastante inteligentes como para quedarse dormidos en misión, y Lobo, pues, es el supersoldado y el más activo de todos. ¿No cree que es extraño? Pudieron haber sido alteradas.

—Sí, tienes razón, me encargaré de eso.

—Perfecto, necesito algo más. Busque a Pantera, debo hablar con ella.

—Bien, entonces, dame unos minutos. Espero que la comunicación no vuelva a fallar. Si El Imperio sabía que irían, es porque se los informó alguien que

estaba al tanto de la misión, así que ten cuidado, no confíes en nadie en estos momentos, solo en Lobo.

—De acuerdo.

Después de que se cerró la comunicación, con mucho cuidado acomodé el cuerpo de Exen para que se apoyara de la pared. Dormido parecía una persona tranquila, todo lo contrario a lo que realmente era.

Me levanté del suelo, volví a colgarme el rifle que había dejado reposar a un lado y le eché un vistazo a Ecain. Una extraña sensación me recorrió el cuerpo al pensar que no debía confiar en él después de que sí lo había hecho. ¿Podía Ecain ser un traidor? Ante mis ojos, no. Fijé mi vista en Sora y la estudié más a fondo. De ella no sabía casi nada, solo que había sido la mejor amiga de Leiton y que estaba en la unidad por ser un soldado muy eficiente. ¿Podía ella ser una traidora? No estaba segura.

Me acerqué al pedestal de la balanza y observé las letras inscritas en la placa. Un acertijo bien elaborado y una trampa bien estructurada. El Imperio era un enemigo inteligente, y como había dicho Ecain, perverso. Las cabezas eran una prueba de ello, por lo tanto, pensar en lo próximo que nos esperaba, me causó cierto temor.

Ecain se situó a mi lado, y justo cuando iba a hablar, Sora se desplomó en el suelo. También se quedó dormida. Corrió hacia ella. No me moví porque sabía lo que estaba sucediendo. Si no me equivocaba, solo faltaba él.

—¡Se durmió! —vociferó, sorprendido.

—Déjala.

—Pero, ¿qué…? —soltó mientras me miraba, consternado—. ¿Cómo que la deje? —Se giró hacia Exen—. ¡Él También!

—Y faltas tú.

Hundió el entrecejo.

—Pero yo no tengo sueño.

—¿No?

Si lo miraba bien, lucía cansado, pero no tanto como había estado Exen. La idea de que Ecain no fuera a dormirse también, me pareció sospechosa, pero confiaba en él. Había algo, muy en el fondo, que me permitía pensar que Ecain era y siempre había sido sincero conmigo. No podía estar equivocada.

—Pienso que alguien tuvo la intención de hacerlos dormir alterando las inyecciones de nanomáquinas —le dije—. Otro infiltrado.

—¿Para sedarnos? ¿Y por qué actúan ahora?

—Puede que el efecto sea lento. ¿Tú que piensas?

Su expresión manifestó completa confusión, una consternación real.

—No lo sé, Drey —espetó mientras se acercaba—, lo que sí sé es que tenemos que salir de aquí y no lo haremos si nos detenemos a desconfiar el uno del otro.

—No desconfío de ti —aclaré. Él avanzó hacia la placa frente a la balanza.

—Sí lo haces y se nota.

Detecté un sutil toque de dolor en sus palabras y lo sentí como una puñalada en el pecho. Cualquiera que no hubiese conocido a Ecain, habría podido desconfiar de él, pero yo que había compartido tiempo a su lado, sabía que no era un traidor ni que pudiese traicionar a alguien.

—Acércate —me pidió sin apartar la vista de la placa. Cuando me situé a su lado, habló—: Este tipo de acertijos se resuelven leyendo línea por línea, ya que la respuesta siempre está ahí. Veamos: «Para poder seguir, algo importante hay que conseguir».

—Algo… —murmuré—, un algo es un objeto.

Él asintió con la cabeza. Sus intensos ojos color ámbar estaban fijos en la inscripción.

—Un objeto, entonces. Para poder seguir, tenemos que encontrar un objeto importante —señaló—. «Presten mucha atención y relean si es necesario. Miren la balanza, pero no miren a los lados».

—Nada de lo que haya a la izquierda o a la derecha podrá servirnos, pero los cofres sí porque no los encontramos a los lados.

—«Tranquilos que tan difícil no será, porque para hacerlo más simple y para que lo puedan hallar, esta historia les vamos a contar: Doce cabezas de discípulos». —Se detuvo y entornó los ojos mirando hacia el vacío, luego se viró hacia mí—. ¿Eres una persona de fe?

Torcí el gesto y tambaleé un poco mi cabeza.

—De pequeña iba a la iglesia con mamá —confesé porque aquello lo recordaba muy bien.

—Si hablamos de religión, Jesús había escogido doce apóstoles o discípulos de entre los que no lo abandonaron cuando él les indicó que debían beber su sangre y comer su cuerpo —explicó con detenimiento—. Como lo dice el acertijo y como lo vimos en los cofres, tenemos doce cabezas que representarían directamente a los doce discípulos descritos en la biblia.

—¿Y qué tiene que ver la religión en todo esto? —inquirí, desconcertada. Ecain negó lentamente.

—Solo sabemos que tenemos que encontrar un objeto importante y que las cabezas están relacionadas a la búsqueda —aclaró y volvimos a observar el acertijo—. «Sus formas son desiguales, pero alguien dijo que el peso es el mismo. Eso se cree, porque si se pesan se equilibra la balanza».

—Esas cabezas son muy distintas, es claro, pero ahí está diciendo que pesan lo mismo.

—Y también dice que, al pesarlas, se equilibra la balanza. Entonces, hemos conectado la balanza con las cabezas y las cabezas con el objeto, ¿no?

Asentí rápidamente, indicándole que así mismo era. Me acerqué un poco más y esa vez leí yo.

—«Nosotros creemos que no es así, y que una de ellas pesa más que nada. La cabeza de Judas, esa puede ser, pues el tamaño de la culpa un lado de la balanza haría caer».

Ecain subió la mirada y estudió con detenimiento los grandes platillos.

—Una de ellas tiene que pesar más, y debe ser la cabeza de Judas —enunció mientras se pasaba la mano por la nuca—. El tamaño de la culpa…

—La culpa por traicionar —solté de inmediato—. Judas traicionó a Jesús dando su ubicación para que lo capturaran.

Recordaba la historia por aquellas tardes domingueras en las que mamá me había llevado a la iglesia.

—Una de esas cabezas es la de Judas y pesa más porque lleva adentro la culpa —dijo y volvió a mirar el acertijo—. «Si estamos en lo cierto y una pesa más, sin duda la cabeza de Judas será. En ella está lo que hay que encontrar y en la balanza se puede probar». Si en la balanza se puede probar, esto está muy claro, tenemos que pesar las cabezas.

—«Si se equilibra, no es. ¿Se puede adivinar? Cuando caiga el platillo, el peso lo habrá hundido. ¿Tienen una idea ahora? Siempre paga el que traiciona» —leí—. Siempre paga el que traiciona.

—Eso es parte de la historia de Judas —alegó y procedió a leer lo que

restaba del acertijo—: «Doce cabezas de discípulos. No se puede decir más. Hallen lo que debe ser hallado, hallen a Judas y las puertas de la justicia para ustedes se abrirán. En caso de que no lo puedan encontrar, una eternidad frente al monumento del traidor les esperará».

Exhalé un pequeño jadeo de indignación.

—Si no lo resolvernos, nos quedaremos atrapados aquí.

—Y dejarnos encerrados toda una eternidad sería mucho más cruel que matarnos justo ahora —murmuró para luego ir a donde estaban las cabezas.

Le seguí. Él se agachó y apoyó una rodilla en el suelo frente a los cofres. Los cuatro tenían las tapas abiertas y las cabezas humanas reposando en su interior.

—Para hallar lo que debe ser hallado, tenemos que poner las cabezas en la balanza y descubrir cuál de todas ellas pesa más, ¿lo entendí bien? —habló. Me acerqué, pero el olor me hizo retroceder.

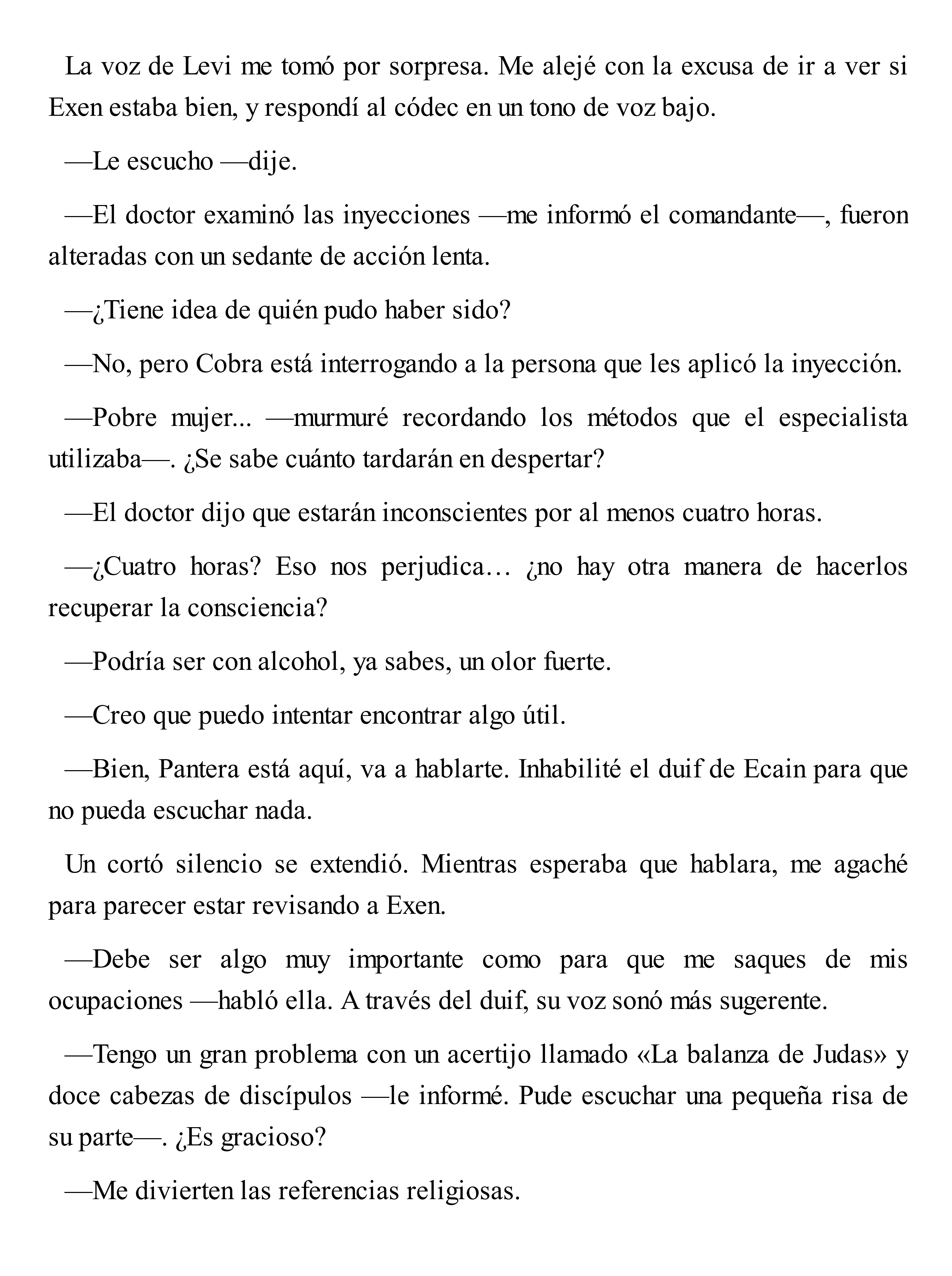
—Sí.

Se quedó en silencio por un minuto, mirando cada baúl. El olor era casi insoportable, aunque él lo manejó muy bien.

—¿Quiénes eran estas personas? —susurró.

Traté de que el fétido olor no me obligara a alejarme y me aproximé para mirar mejor. Eran hombres totalmente desconocidos para mí, y sin duda entre ellos no estaban los científicos, porque ya nos habían mostrado sus rostros en una de las reuniones antes de que la misión se llevara a cabo, pero la pregunta dejaba mucho que pensar. ¿Quiénes habían sido esos hombres? ¿Por qué El Imperio los había elegido para morir? ¿Y por qué representaban a los doce discípulos?

—¿Por qué los asesinaron? —inquirí.



La voz de Levi me tomó por sorpresa. Me alejé con la excusa de ir a ver si Exen estaba bien, y respondí al códec en un tono de voz bajo.

—Le escucho —dije.

—El doctor examinó las inyecciones —me informó el comandante—, fueron alteradas con un sedante de acción lenta.

—¿Tiene idea de quién pudo haber sido?

—No, pero Cobra está interrogando a la persona que les aplicó la inyección.

—Pobre mujer... —murmuré recordando los métodos que el especialista utilizaba—. ¿Se sabe cuánto tardarán en despertar?

—El doctor dijo que estarán inconscientes por al menos cuatro horas.

—¿Cuatro horas? Eso nos perjudica… ¿no hay otra manera de hacerlos recuperar la consciencia?

—Podría ser con alcohol, ya sabes, un olor fuerte.

—Creo que puedo intentar encontrar algo útil.

—Bien, Pantera está aquí, va a hablarte. Inhabilité el duif de Ecain para que no pueda escuchar nada.

Un cortó silencio se extendió. Mientras esperaba que hablara, me agaché para parecer estar revisando a Exen.

—Debe ser algo muy importante como para que me saques de mis ocupaciones —habló ella. A través del duif, su voz sonó más sugerente.

—Tengo un gran problema con un acertijo llamado «La balanza de Judas» y doce cabezas de discípulos —le informé. Pude escuchar una pequeña risa de su parte—. ¿Es gracioso?

—Me divierten las referencias religiosas.

—Supongo que no le vas a eso.

—¿A la religión? Nací de la ciencia, cariño, le apuesto a lo comprobable, sin embargo, algunas veces me siento lo suficientemente subversiva como para creer que hay algo más allá de lo visible. Irónico, ¿cierto?

—Demasiado irónico para alguien que lee mentes.

—Mis capacidades tienen una base, grandes explicaciones, algo muy simple: ciencia, crueldad, perversidad y lógica; para alguien como yo que es la prueba de que todo lo que existe tiene un porqué y un para qué, detenerse a pensar en una figura invisible a la que el mundo venera representa un gran acto de rebeldía. Pero bueno, háblame del acertijo.

—¿Debo leerlo o ya lo has visto en mi mente?

—La pereza es mala compañera —le oí murmurar. Se quedó en silencio por aproximadamente dos minutos y después habló—: La traición de Judas… Muy interesante, parece un cuento con moraleja, ¿cierto? —de nuevo se escuchó otra risa.

—Esto te está divirtiendo bastante, por lo que puedo oír.

—Te sorprenderían todas las cosas que suelen divertirme —admitió con regocijo—. Creo que más claro no puede ser, debes colocar las cabezas hasta encontrar aquella que pese más. ¿Tan difícil era para ti? Pon cuatro de un lado y cuatro del otro para saber cuál lado se desequilibra, entonces allí estará, y lo demás creo que lo tienes claro. ¿O necesitas que apruebe cada cosa que harás?

—De acuerdo, solo pensé que una gran mente como la tuya podía ver si había algo oculto dentro del acertijo.

—Me halagas, pero tu mente es tan capaz de deducirlo como lo es la mía, después de todo, las estamos compartiendo, ¿no es así?

—Bien, bien, pesaremos las cabezas y llamaré si tengo alguna duda, pero antes, ¿tienes alguna idea de por qué el acertijo está relacionado con la religión?

—Podría tener demasiados porqués, pero no lo sabría con certeza. Como te lo he dicho, parece un cuento con moraleja y la moraleja proporciona una enseñanza. Puedo pensar que El Imperio desea que aprendamos algo y que no sea solo un aprendizaje para ti, sino para nosotros, porque si te comienzas a fijar bien, las respuestas están tan a la vista que parecen ocultas. Te estás comunicando con nosotros, nos oyes claramente, y eso no es por un golpe de suerte. La idea de un infiltrado ha estado rondando por LA RAI, y un infiltrado es un traidor. ¿Ya puedes notarlo?

—Sí, me doy cuenta.

—Entonces, quizás solo debes mirar bien.

Se cerró la comunicación y me erguí para volver a donde estaba Ecain. Él, sin mirarme pero sabiendo que me había situado a su lado, bajó la mano que había tenido en la barbilla.

—¿Te cuento algo? Mis padres habían sido fieles creyentes —comenzó a decir con un dejo de nostalgia—. Me bautizaron, celebraron mi primera comunión y mi confirmación. Orábamos antes de cada comida y también cada noche antes de ir a la cama. Íbamos a la iglesia todos los domingos, lo recuerdo. También recuerdo que mi madre tenía un collar del Santo Rosario que siempre llevaba consigo. Fue una mujer muy conservadora, y mi padre un gran hombre de fe. —Desvió la mirada de las cabezas—. Este lugar, ese acertijo y estas cabezas habrían sido un puñal en el pecho para ellos, una ofensa a todo lo que respetaban y creían, y de algún modo para mí también, solo por el hecho de que esto los habría lastimado bastante. Sí, El Imperio es una potencia perversa y lo acabo de comprobar.

—Ecain —susurré mientras colocaba una mano sobre su hombro.

—Me uní al ejército para enorgullecerlos —confesó, pasando a darle un tono amargo a su voz—, porque papá sentía una gran admiración por aquellos soldados que lo daban todo por su país; e incluso cuando me di cuenta de que el ejército no era como había creído, incluso cuando me decepcioné de mis propios superiores, incluso cuando supe que todo era una farsa, no me marché, me quedé porque sabía que en casa ambos estaban pensando que me convertiría en un veterano. Ellos lo eran todo para mí. Mi mamá era una mujer tan dulce, tan comprensiva, y mi papá un hombre que daba lo mejor de sí. Me crie entre amor, momentos felices y enseñanzas que me transformaron en el hombre que soy ahora. La fe es parte de mis recuerdos y es algo que también dejé atrás cuando acepté que ellos habían muerto —añadió—. Nunca, desde que pisé LA RAI, volví a pensar que había algo en lo que podíamos creer para que nos ayudara en los peores momentos. Nunca, después de que admití que estábamos atrapados bajo tierra, imaginé que volvería a sentir con tanta fuerza mis orígenes.

Se giró sobre sus pies y se colocó frente a mí esbozando una pequeña y tierna sonrisa que iluminó sus preciosos ojos. Todo su rostro se relajó y demostró una profunda serenidad, como si se sintiese en paz. Era atractivo, guapo, y más que eso era sincero.

—Hasta que te vi —murmuró con suavidad—. Cuando te conocí aquel día, sentí que tus ojos, tu presencia y todo tu ser me atraían de una forma inexplicable. Entraste por esa puerta luciendo frágil, pero con una mirada decidida, como si no supieras a lo que te ibas a enfrentar, y, sin embargo, tenías toda la intención de lanzarte a lo desconocido. —Tomó mi mano—. Te vi, Drey, y me descontrolé. Sentí el impulso de hablarte, de ir a ti, porque algo me dijo que así debía ser, y eso lo siento cada vez que estás cerca, como si

debiera estar contigo, como si solo me complementara al tenerte a mi lado. Conocerte me devolvió la fe. En las mañanas me despertaba pensando que, si volvíamos a la superficie, quería hacerlo contigo y solo contigo; y por todo lo que te digo, te quiero y te quiero más que a nada. —Alzó mi mano y depositó un delicado beso sobre mis nudillos—. Pero tú no me perteneces. Aunque te guste, aunque sientas que conmigo todo estará bien, tus sentimientos hacia mí no son ni un poco más intensos que los míos por ti, y eso ambos lo sabemos. Pero, ese hecho no me lastima, lo que me duele es que me mires con desconfianza o que tengas que bajar la voz para que no escuche lo que hablas.

—Lo siento, yo...

—No tienes que disculparte —expresó—, porque es trabajo de un soldado no fiarse cuando sabe que hay un traidor a su alrededor, pero te puedo asegurar por todo lo que siento hacia ti que, si das un paso delante de mí, yo siempre estaré atrás, protegiéndote. No soy tu enemigo.

No supe qué decir.

Dio un tirón a mi mano y me envolvió con sus brazos en un cálido y fuerte abrazo. Le creía, confiaba en él y sabía que no podía dudar. La calma que me transmitió en ese instante me reconfortó e incluso me hizo pensar que todo estaría bien. Cuando deshizo el abrazo, colocó sus manos sobre mis hombros y los frotó con afecto.

—Resolvamos ese acertijo para que podamos irnos de aquí.

Nos volvimos hacia los cofres. Ecain avanzó, se inclinó, enredó sus dedos en el mortecino cabello de la primera cabeza y la alzó al erguirse. El hedor se intensificó.

Mientras él la transportaba, me acerqué al mismo cofre para tomar otra de ellas. Pesamos primero cuatro por un lado y cuatro por el otro. La balanza se

equilibró indicándonos que la cabeza más pesada debía estar entre las que no habíamos puesto sobre los platillos. Descartamos las ocho que habíamos usado y pesamos las cuatro que restaban colocando dos de cada lado. La balanza se inclinó por el platillo derecho. Descartamos las del lado izquierdo y luego pesamos las últimas dos. Entre ellas estaba la cabeza de Judas, a la derecha, hundiendo la escudilla.

Un impulso de emoción nos obligó a sonreír como si hubiera una esperanza. Ecain apartó la cabeza que había quedado en lo alto y dentro de la balanza solo quedó la correcta.

Escuchamos el sonido de una rejilla abriéndose, y cuando miramos hacia arriba, observamos cómo desde el techo caía un trozo de papel. Ecain dio algunos saltos para tomarlo rápidamente.

—¿Qué dice? —le pregunté. Lo estiró con sus dedos y entonces lo leímos.

La recompensa por la traición fue suficiente. El traidor quedó satisfecho. ¿Cuánto hacía falta para vender a un amigo? Quizás solo treinta o solo tres. ¡Qué lengua tan larga la de Judas! Pero al menos tenía ojos sinceros, ¿no? El pago va en pedestal.

—Las monedas… —susurró Ecain—. Las treinta monedas que le pagaron a Judas.

—¿Tenemos que encontrarlas?

—Sí, pero…

—A ver, dame eso.

Tomé el papel de su mano y releí lo escrito. No rimaba como el anterior acertijo, pero seguía estando relacionado a la cabeza de Judas. Recordé las palabras de Pantera: «quizás solo debes mirar bien». Las respuestas estaban muy claras y se hallaban ante nuestros ojos, pero no era tan fácil deducirlas.

—Decía que en la cabeza estaba lo que debía ser hallado, ¿no? Bueno, la cabeza tiene ojos y lengua…

Ecain alzó las cejas y entonces ambos miramos los platillos.

—No me digas que… —comenzó a decir, pero no completó la oración.

—¿Traes un cuchillo? —Él asintió sin muchos ánimos—. Creo que tendremos que abrirla.

Sería una imagen desagradable y aunque no estábamos seguros de que las monedas realmente se encontraran ahí, había que intentarlo.

Ecain empuñó el cuchillo que había cargado en el cinturón del traje y lo clavó alrededor de los ojos de la cabeza. Tuve que mirar hacia otro lado para no observar cómo la afilada hoja se deslizaba entre la piel, cortándola y dejando la carne muerta a la vista, pero era inevitable no echar un vistazo de vez en cuando.

Cuando finalizó la primera parte y sacó el ojo derecho de la cabeza, extrajo del agujero una moneda plateada con restos de sangre coagulada. Se tomó un momento para respirar lejos de ahí.

—Hasta el estómago más fuerte llega a su límite con ese olor —musitó mientras exhalaba repetidamente.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, nunca dejaría que ensuciaras tus manos así. Mejor ve a revisar a Exen y a Sora.

Me acerqué a Exen. Seguía profundamente dormido y solo un olor fuerte podía despertarlo antes de las cuatro horas. Recordé el botiquín de primeros auxilios que le habían entregado a Sora y corrí a donde estaba para hurgar el bolso que colgaba de su espalda. Extraje la caja y revisé lo que había en ella.

Por suerte hallé un pequeño envase con alcohol. Eso bastaría.

Volví a donde estaba Exen, le quité la tapa al envase, vertí un poco del líquido sobre la palma de mi mano y se lo pasé frente a la nariz. Rogué para que funcionara. Poco a poco comenzó a moverse. Lentamente abrió los ojos y emitió un gruñido.

—Tuve un sueño terrible. Estábamos en una misión, con un acertijo y nos habían atrapado... —comenzó a decir mientras se frotaba un ojo, pero luego reaccionó—. Oh, mierda.

—Ven, levántate, te explicaré lo que pasó.

Hice lo mismo con Sora, y al finalizar les conté a ambos lo que había sucedido. Exen estaba realmente molesto, pero también sorprendido porque habíamos resuelto parte del acertijo.

Diez minutos después, Ecain anunció que había terminado. La cabeza quedó irreconocible, como si un asesino en serie hubiese disfrutado al desfigurarla. Era casi atemorizante la forma en que los agujeros, ahí en donde habían estado sus ojos, lucían como dos hoyos negros; y como la boca carecía de labios y lengua.

Ecain terminó por frotarse la frente con el antebrazo y exhaló mientras observaba su trabajo bien hecho.

—Había dos monedas en los ojos y una dentro de la lengua.

—Bien, tiene que ser suficiente —señaló Exen.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sora.

—El pago va en el pedestal.

—Pongámoslo allí, entonces.

Ecain tomó las monedas y se acercó al pedestal para examinarlo. No

habíamos visto nada raro ahí, pero lo cierto era que justo en el borde de la placa en donde estaba grabado el acertijo, había una ranura en la que parecía encajar perfectamente una moneda.

Las depositó una a una, y para nuestra sorpresa, el suelo se abrió revelando una entrada rectangular justo a la izquierda de la balanza. Cada quien sostuvo su arma y juntos descendimos por el oscuro pasaje.

24

Con cada escalón que bajamos el ambiente se volvió más denso. Al llegar al final de las escaleras, entramos en un túnel. Había una luz al fondo que nos permitía ver nuestros pasos, y a medida que nos acercábamos se hacía más grande y resplandeciente. Continuamos sin detenernos, aunque el túnel parecía no tener fin. El profundo silencio solo se interrumpía por el sonido de nuestros pasos; y sabía que no era solo yo la que experimentaba un mal presentimiento, como de que íbamos por un mal camino. La sensación se agudizó cuando, al final, la intensa luz no nos permitió ver más allá.

—Esto me está dando mala espina —expresó Sora con notable preocupación —. Tenemos que buscar una manera de salir, no de seguir su juego.

—¿Ves una manera de salir?, porque yo solo veo paredes —intervino Exen girando los ojos, a lo que Sora le observó con mala expresión.

—Para ser el supersoldado eres algo tonto, ¿no crees? —le dijo ella, pero él no respondió.

Atravesamos el resplandor que nos cegó por un minuto. Cuando nuestra visión se aclaró, habíamos pasado del oscuro túnel a lo que parecía ser una pradera. Inmóviles y asombrados observamos el paisaje. Nuestros pies estaban rodeados por un ondeante pasto verde, e incluso arriba se vislumbraba un despejado cielo veraniego. El terreno era amplio y el pasto se extendía por todos lados. Era como si hubiésemos salido a un mundo completamente limpio y pacífico; como si ellos pudieran respirar en la superficie.

Ecain se inclinó y rozó las hojas son sus manos. ¿Eran reales? ¿Todo aquello era cierto?

—¿Qué lugar es este? —pregunté con asombro.

—Butterfly nos habló de esto hace un año en un entrenamiento especial —contestó Ecain, mirando todo con desconfianza—. Son realidades virtuales. Las usan para manipular mentes. Se ven reales, se sienten reales, pero no lo son. Son muy peligrosas porque lo único que es real, es lo que les sucede a quienes están en ellas.

—Ah, ahora una realidad virtual. Gregori es bastante creativo, ¿no creen? —comentó Exen con fastidio—. Me pregunto, ¿qué es lo que no puede hacer El Imperio?

—Nos basta con saber que puede matarnos, así que hay que andar con cuidado —se apresuró a decir Sora.

Traté de dar un paso adelante, porque la sensación de querer caminar sobre el pasto era incitadora, pero Exen me tomó del brazo y me detuvo.

—Deja que nosotros vayamos primero —me dijo, y luego con un movimiento de cabeza le indicó a Ecain que continuaran caminando.

Después de adentrarnos un poco más en la pradera, vimos una estructura parecida a una casa de campo: sencilla, con grandes ventanas, flores en la entrada y un inmenso árbol en el patio trasero que se visualizaba desde nuestra posición.

—Esto se pone más extraño —habló Ecain.

—Y podría ponerse peligroso —añadió Sora de forma despectiva.

—Deberíamos andar más rápido y no detenernos a comentar sobre todo lo que vemos —propuso Exen—. Aunque ayudaría saber a dónde tenemos que ir

exactamente.

—Considerando que a lo lejos se ve «nada» y que lo único que resalta es la casa que está allá —expuso Sora mientras señalaba la estructura—. Debe ser allí, ¿no?

—Nos están guiando hacia sus trampas, y creo que, aunque nos desviemos o escojamos otro sitio al que dirigirnos, terminaremos en el lugar exacto en donde quieren atraparnos —comentó Exen con simpleza.

—Es como si nos impulsaran de un punto «A» hacia un punto «B» —opiné. Exen asintió con la cabeza, afirmando.

—Entonces supongo que tenemos que entrar en la casa, porque no nos queda más remedio —expresó Ecain—, de todos modos, si ven alguna posible salida no duden en decirlo.

Acordamos estar atentos ante cualquier posibilidad de escapar y nos encaminamos hacia lo que yo había llamado: «El punto B».

Aquella vivienda no me inspiraba confianza, pero parecía el único camino que nos esperaba porque todo lo demás era un largo manto de pasto y cielo que se desplegaba hacia el horizonte. Si miraba a la derecha, no había más que hierba. Si miraba a la izquierda, no había más que hierba. Si miraba hacia arriba, no había más que cielo. Nada se vislumbraba en la distancia, ni siquiera la opaca imagen de una montaña o de otra estructura.

Al encontrarnos más cerca de la casa, escuchamos el sonido de una risa infantil. Nos quedamos quietos y estudiamos los alrededores, buscando al emisor del carcajeo. Me acerqué a Exen y hundí el entrecejo.

—¿De dónde viene eso? —preguntó Sora, volviendo su cabeza hacia todos lados.

—Parece que viene de la parte trasera de la casa —respondió Ecain.

Empuñaron sus armas y apuntaron hacia el vacío en donde la risa aumentaba cada vez más. Exen colocó su brazo delante de mí y me empujó suavemente para que me colocara detrás de él.

Aguardamos en la misma posición, porque lanzarnos directamente hacia el origen del sonido habría sido un acto poco inteligente; y cuando la risueña y aguda risa se escuchó a solo pocos metros, lo que estuvo ante nuestros ojos obligó a Sora y a Ecain a bajar las pistolas. Era una niña. Vimos su pequeño y delgado cuerpo, cómo daba brincos y cómo agitaba los brazos en el aire, pero no su rostro.

—Es una niña.

—Recuerden que no es real —soltó Ecain, sosteniendo el arma con firmeza—, seguro es una trampa.

—Creo que podemos entrar a la casa sin que nos vea —propuso Sora—. ¿Qué dicen?

—Si nos ve, ¿qué puede hacer?

—No sabemos, pero tampoco podemos quedarnos para averiguarlo.

Cambiamos el rumbo de nuestros pasos para intentar esquivar lo que podía ser una forma de llamar nuestra atención y de impulsarnos hacia una trampa; pero no pude evitar observarla mejor. Tenía el cabello largo, castaño y hermosos ojos oscuros que resaltaban sobre una tez de porcelana. Parecía de unos siete u ocho años y daba pequeños saltos mientras reía y retozaba entre la hierba.

Sentí que una mano me tomó del brazo para impulsarme a seguir, pero poco después el agarre disminuyó y reparé en que Exen estaba a mi lado y que había murmurado algo que no alcancé a oír. Tenía los ojos vidriosos y los músculos tensos. Entreabrió los labios y su expresión facial alternó entre la fascinación

y la consternación. Confundida por su reacción, coloqué una mano sobre su hombro para asegurarme de que estuviera bien, pero reaccionó al sentir mi tacto

—Es Cameron —soltó en voz baja con los ojos fijos en ella—. Es Cameron.

Ecain y Sora se volvieron hacia nosotros.

—Muévanse o nos verá —ordenó Ecain, pero Exen le ignoró.

—¡Es Cameron!

Y entonces, sin avisar, él echó a correr tras la pequeña. Ella lo supo, así que después de soltar una estrépita risa aguda, huyó en dirección a la casa. Nos apresuramos a seguirlo.

La niña reía como si la persecución le divirtiera, pero aquello a mí no me entretenía ni un ápice. Ella jamás podría ser Cameron, porque había muerto en el incidente; pero para el soldado eso no parecía ser así pues consideraba que esa infanta era su hermana.

La chiquilla soltó otra risotada alegre y subió los peldaños de entrada a la cabaña. Exen le persiguió gritando su nombre repetidas veces, y a su vez nosotros le perseguimos a él. Era veloz, quizás por las tantas horas de trote que había tenido que resistir, pero la niña le superaba en rapidez.

—¡Exen, detente!

No prestó atención y siguió corriendo. La niña se introdujo en la casa. Exen llegó poco después para entrar también. Cuando alcanzamos a incorporarnos dentro de la vivienda, lo hallamos de pie en la sala de estar, observando hacia todos lados, pronunciando una y otra vez el nombre de su hermana.

—¡No tengas miedo, Cameron, soy yo, Exen! ¿Te acuerdas de mí? Puedes salir sin temer —vociferó con cierto desespero en el tono de voz, pero la

pequeña no estaba por ningún lado.

—¿Quién es Cameron? —soltó Ecain.

Decidí dejar la explicación para después y me coloqué frente a Exen. Posé las dos manos sobre sus mejillas, obligándole a observarme. Él forcejeó por un momento, pero luego se rindió.

—¡Oye! ¡Mírame! ¡Exen, mírame! —le exigí.

Sus ojos se movieron hacia todos lados rebuscando con desesperación en cada esquina, hasta que poco a poco se enfocó en mí. El brillo de dolor en sus pupilas demostró pesar.

—No es Cameron —le dije con firmeza—. No es ella. Cameron no tendría esa edad ahora.

—¡Es ella! ¡Yo la vi! ¡Tengo que hablarle! —exclamó con premura y empujó a mis manos para que le soltara. Dio algunos pasos por el interior de la sala y volvió su cabeza hacia ambos lados—. ¡Cameron! ¡No te escondas! ¡Entiendo que estés asustada, no nos hemos visto en mucho tiempo, pero no voy a hacerte daño!

Volví a acercarme a él, pero se alejó y siguió hablándole al vacío. La escena era lastimosa. No sabía cómo había lucido Cameron, ni sabía qué tanto se le parecía a la pequeña, pero pensar que El Imperio engañaba la mente de Exen con la imagen de la persona que él tanto había querido, no resultaba absurdo para mí. Realmente había sido una trampa, pero no una para nosotros, sino para él porque en ese momento estaba ensimismado en la idea de que aquella «aparición» era su hermana.

Ecain, anonadado, se situó a mi lado.

—¿Me puedes explicar qué pasa? —susurró.

—Él cree que esa niña es Cameron, su hermana, pero no es posible porque ella murió en el incidente —le confesé sin apartar la mirada de Exen quien andaba de un lado al otro—. Se vieron por última vez cuando ambos eran unos niños, antes de que Julian los separara. Hay que hacerlo reaccionar.

—Quizás por eso cree que es ella, porque la recuerda como la última vez que la vio —opinó Ecain. Asentí con la cabeza y tuve la intención de volver a acercarme a él, pero Sora llamó nuestra atención.

—Aquí hay una nota —anunció desde su posición.

La hoja estaba sobre una pequeña mesa que había frente a un gran sofá. Ella la extendió para que pudiéramos leer lo que había escrito:

En esta hermosa casa ocurrió algo muy extraño, eso verifica que la realidad siempre está oculta bajo un manto de felicidad.

Pensamos que lo que parece ser bueno, podría ser malo, o viceversa, es todo muy raro. Lo que parece ser luz, podría ser oscuridad, o viceversa, ¿por qué nunca se aprende la lección?

Hay cuatro verdades en este lugar, encubiertas por la belleza, por la alegría, por la dicha y la satisfacción. En cuanto lo descubran, ¿se podrá aceptar esa gran revelación?

Nos miramos, desconcertados.

Me concentré en Exen y lo hallé rebuscando dentro de un pequeño armario en una esquina. Avancé hacia él y lo tomé del hombro, sacándolo de allí. Se quejó por un momento, pero cuando quedamos de frente le propiné una fuerte bofetada.

—¡No es Cameron! —exclamé con fiereza. Me observó con los ojos bien abiertos—. ¡Cameron está muerta!

Su expresión se fue suavizando poco a poco, hasta que desapareció la desesperación y el dolor que nublaba su mirada.

—¿Lo está?

—Lo está —aseveré y acaricié la mejilla que le había golpeado.

Ecain se acercó a paso lento, formando una fina línea con sus labios que denotó una ligera aflicción. Le colocó una mano sobre la espalda y se la palmeó.

—Vamos a salir de aquí y esto acabará —aseguró tanto para Exen, como para todos.

Lánguidamente, Exen se dirigió hasta el gran sofá y se dejó caer en él, soltando un resoplido. Ecain se posicionó para que todos pudiéramos observarlo y habló:

—Es momento de organizarnos —dictaminó mientras paseaba su mirada sobre cada uno de nosotros—. Si queremos salir de aquí, tendremos que ser más ágiles y pensar mucho más rápido, porque nuestro rendimiento ha estado muy bajo.

Eso tenía explicación. ¿Cómo un trío de soldados habilidosos e inteligentes se habían transformado en un grupo lento sin demasiada capacidad analítica? Simple: debido a que las inyecciones de nanomáquinas habían sido alteradas y tanto sus mentes como sus cuerpos demoraban en reaccionar ante cualquier situación.

—No es nuestra culpa —expuso Sora, cruzándose de brazos—. Drey nos explicó que había un sedante de acción lenta en las inyecciones.

—Ya despertaron y ya han pasado un par de horas, así que el efecto tiene que ir disminuyendo, además, creo que podemos hacer un esfuerzo —repuso Ecain de forma contundente.

—¿Y qué te hace pensar que no lo estamos haciendo? —refutó ella con cierta molestia. Di un paso hacia adelante y me situé en medio de ambos.

—Si nos dedicamos a discutir, no podremos resolver nada y nos quedaremos estancados en este lugar —solté con ferocidad—. Estoy de acuerdo con lo que propone Ecain, debemos organizarnos.

Sora dejó caer los brazos y fingió una sonrisa de aprobación.

—Bien, háblanos de tu método organizativo —le dijo a Ecain. Había una ligera nota de fastidio en su voz.

—Es obvio que Exen no está bien, y por si aparece de nuevo la niña para confundirle, lo mejor sería que él se quedara aquí con uno de nosotros para hacerlo entrar en razón.

En ese momento, Exen negó en voz alta, captando nuestra atención.

—No me quedaré como un inútil aquí sentado —dictaminó sin observarnos.

—Es muy común que, dentro de este ambiente virtual, las personas no puedan distinguir lo real de lo irreal. Si te dejamos aquí es solo para que estés bien y para que podamos avanzar rápido —aclaró Ecain con tranquilidad—. Cualquiera de nosotros podría resultar herido.

—Estoy bien —profirió el supersoldado al momento en que se levantaba del sofá. Sus oscuros ojos me enfocaron, pero no pude detectar ninguna emoción en ellos—. Esto es una unidad, nadie deja atrás a nadie, y, de todos modos, a donde vaya Drey voy yo.

—Lo digo porque creo que lo mejor para… —intentó decir Ecain, pero Exen le dedicó una intensa mirada cargada de ira, y lo interrumpió.

—¿Alguien aquí te dio el puesto de líder? ¿Levi ordenó que se acataran solo tus decisiones? No, no lo hizo, ¿cierto? Así que todos podemos opinar.

—Bien, no discutiré contigo —se limitó a decir Ecain, poniendo los ojos en blanco.

—Perfecto, porque solo abres la boca para expulsar el excremento que debería salirte por el ano.

Después de refutar, Exen se inclinó hacia la mesa y volvió a tomar la hoja con el acertijo. La estudió por un momento y luego habló:

—De acuerdo, de nuevo con los acertijos. Por ahora no esperemos enfrentamientos, esto está bien planeado. Ajá, aquí dice que... hay cuatro verdades en este lugar —señaló—, así que debemos hallar cuatro cosas.

—Al leer «verdades» lo relaciono inmediatamente con las primeras líneas del acertijo —intervino Sora—. «En esta hermosa casa, ocurrió algo muy extraño». Hay que descubrir lo que sucedió.

—Al menos ya sabemos que esas cuatro cosas deben estar dentro de la casa y no fuera de ella —agregué—. Nos concentraremos en buscar aquí.

—Lo primero que me dio a entender el acertijo fue que este lugar no es tan tranquilo como parece —opinó Ecain—. «Eso verifica que la realidad siempre está oculta bajo un manto de felicidad», este ambiente podría ser una simple fachada.

—Podríamos comenzar por inspeccionar las habitaciones —propuse.

—Hagamos eso.

Exen dobló la hoja y se la guardó en uno de los compartimientos para munición de su cinturón. Con pistola en mano procedimos a pasar de la acogedora sala de estar, a la cocina que estaba conectada por una puertecilla que cedía al empujarla. En ella todo estaba ordenado. Aquella estancia lucía completamente normal y no había nada que llamara la atención.

Pasamos a un pasillo decorado con algunos cuadros y subimos las escaleras hasta llegar al segundo piso. Había tres puertas cerradas y un baño al fondo. Ecain abrió la primera puerta a la derecha y nos introdujimos en una amplia habitación con una cama matrimonial, alfombra verde y algunas decoraciones sencillas pero agradables. Una gran ventana dejaba ver el pasto que afuera se extendía.

—Aquí no hay nada extraño —informó Sora después de inspeccionar el recinto.

—Revisemos las habitaciones que faltan.

La segunda habitación era muy infantil, pero tenía juguetes masculinos y casi todo era de color azul. Tampoco encontramos nada relevante en ella. La tercera habitación era sobria; tenía una cama individual con un cuadro encima que mostraba a un adorable payaso riendo, una cómoda y una ventana con vista afuera. No había ningún otro mueble, y eso sí me pareció extraño.

Salimos de nuevo al pasillo y supimos que no había más que explorar.

—Analicemos bien esto —dijo Exen mientras sacaba el papel de su cinturón —. ¿Notaron algo fuera de lugar?

—Parece una típica casa familiar —contestó Sora encogiéndose de hombros.

—Más allá de lo obvio... —expresó Exen, girando los ojos—. Evaluemos los detalles.

—Pues, aquí arriba tenemos tres habitaciones —expuso Ecain mientras señalaba cada puerta—, y un baño. Abajo hay una sala, cocina, un armario y la entrada.

—Y en ninguno había algo extraño —comentó Sora.

—Nos dimos cuenta de eso, pero hay que recordar que las pistas no estarán a

simple vista —habló el supersoldado.

—¿Saben qué deberíamos hacer? —solté de repente, porque la idea me llegó de forma inesperada—. Pensar como si hubiera una familia aquí.

—Excelente idea —dijo Exen, asintiendo con la cabeza—. Yo diría que la primera habitación es la de los padres, ya saben, por la cama matrimonial.

—La segunda es de un varón, y como hay juguetes ha de ser un infante —agregó Sora.

—Y la tercera...

—La tercera es una habitación que ni siquiera se esmeraron en decorar —opiné, y a Sora pareció hacerle gracia. Ecain intervino.

—Espera, eso puede ser una pista —señaló con premura—. ¿Por qué todas están decoradas y esa no?

—Examinémosla de nuevo.

Al volver a entrar, la habitación pareció más sobria aún. Ecain revisó debajo de la cama y no halló nada, pero cuando Sora abrió el primer cajón de la cómoda, anunció rápidamente que había encontrado dos fotografías dentro de ella, aunque antes no habían estado ahí.

En la primera imagen se mostraba a una familia de tres que sonreía alegremente: un padre, una madre y un pequeño; en la segunda imagen había un miembro más, una niña cuyo rostro era irreconocible debido a que estaba tachado con una gran equis roja, pero a pesar de eso, pude notar que el cabello era del mismo color que el de la niña que Exen había confundido con Cameron.

—Esto es un poco confuso —dijo Sora. Les dio vuelta a las fotografías, pero no había nada escrito atrás.

—Si esto es una realidad virtual, ellos pueden hacer aparecer cualquier cosa, ¿cierto? —pregunté, entornando los ojos. Ecain asintió—. Entonces creo que realmente quieren que pensemos como si la familia de la foto viviera aquí.

—¡Oigan! —exclamó Exen desde la ventana—. Está oscureciendo.

El sol había comenzado a ocultarse, avisando que nos privaría de toda la iluminación que nos permitía ver con claridad. Ecain presionó el interruptor que había junto a la entrada, pero la bombilla no encendió. Si la casa no contaba con electricidad, sería más difícil hallar lo que buscábamos. Por suerte todos tenían linternas en sus trajes y Ecain aún conservaba la que habíamos tomado en el refugio.

Les pedí que me dejaran mirar las fotografías para que ellos pudieran continuar buscando, así que me recargué en la pared y me dediqué a observar con detenimiento las imágenes. La familia de tres lucía feliz, todos sonreían e incluso el niño poseía una chispa de regocijo en los ojos; en la otra foto la familia era la misma, pero no lucían tan alegres.

Un poco confundida por haberlo notado, alcé ambas fotografías y las coloqué una al lado de la otra, estudiándolas. ¿Solo yo pensaba que la niña cuyo rostro no podía detallarse, era la misma que habíamos visto afuera? Pero, ¿por qué le habían tachado la cara? Escruté más a fondo los rostros de los otros miembros y distinguí algunos detalles curiosos: los vivaces ojos de la madre habían decaído en la segunda foto, viéndose avejentados y tristes; el padre había pasado de esbozar una amplia sonrisa, a sonreír a medias sin expresar demasiado, y el niño había perdido la chispa en la mirada, mostrándose afligido. En ambas fotos el fondo era la fachada de la casa. Las diferencias estaban en los integrantes de la familia.

—¿Qué hace que una familia feliz se transforme en una familia infeliz? —lancé la pregunta al aire.

—La infidelidad es el primer factor —respondió Ecain.

—No creo que ese haya sido el caso.

—Las mentiras —agregó Sora mientras tanteaba el piso de madera.

—¿Podría haber razones más profundas? —inquirí, echando la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared—. Como...

«Un hijo no deseado», pensé.

—¡Eso! —exclamé, haciendo que todos me observaran—. Esta familia era feliz solo con tres miembros, pero todo cambió cuando llegó el cuarto.

—Y nos quieres decir que... —expresó Exen, hundiendo el ceño.

Me separé de la pared y coloqué el dedo índice sobre la segunda fotografía.

—Esta niña de aquí no era querida por la familia.

—¡Miren! —interrumpió Ecain.

Cuando lo observamos, sostenía el cuadro del payaso alegre que había estado colgando de la pared, y en su lugar se podía ver un agujero muy oscuro. Nos acercamos para mirar mejor. Cabía un brazo entero, pero era imposible que fuera tan profundo porque al otro lado se hallaba una habitación y las paredes eran delgadas. Ecain empujó la cama, alejándola para que pudiéramos quedar frente a frente con aquel hoyo.

—Está oscuro, no puedo ver si hay algo adentro —dijo Sora después de acercar su rostro al agujero.

—Apúntale con la linterna.

Sora sacó la linterna de su cinturón y al encenderla dirigió el círculo de luz hacia el hoyo. Lo que se veía adentro era un túnel sin final, algo completamente extraño para una pared de madera.

—No se ve nada hasta el fondo —comunicó—, ni siquiera el mismo fondo, ¿qué es esto?

—Parece que habrá que...

—Meter la mano allí —completé lo que Ecain había dicho. No lucía como un lugar muy agradable para explorar.

—¿Y si primero intentamos introducir otra cosa? —inquirió Sora, reacia ante la idea de que alguien enterrara la mano en aquel orificio.

—Veré si puedo hallar algo útil —dijo Ecain y salió rápidamente de la habitación.

Me acerqué a la ventana. El cielo se había oscurecido aún más. Intenté imaginar cómo El Imperio había planeado todo aquello tan minuciosamente. Era probable que ya supieran sobre mí y mis capacidades, lo cual me preocupaba un poco. ¿Y si al final del camino lleno de acertijos, el objetivo era capturarme o matarme? ¿Y si realmente no había una posibilidad de salir ilesos?

Ecain volvió poco después.

—No encontré nada, ni siquiera un trapero —nos dijo.

—¿Buscaste bien? —le preguntó Sora, frunciendo el ceño. Ecain asintió.

—Puedes ir a ver tú si no crees que hice una buena búsqueda.

—No podemos arriesgarnos a meter la mano ahí —comentó ella, cruzándose de brazos—. ¿Y si no hay nada?

—¿Y si lo hay? —me apresuré a decir.

—Bien, bien —habló Exen con fastidio—. Yo meteré la mano. Un agujero más, un agujero menos... Estoy capacitado para eso.

Al decir lo último, me guiñó el ojo y se posicionó justo en frente del hoyo. Quise detenerlo, pero alguno de nosotros debía hacer el temido trabajo. Introdujo la mano dentro del agujero y la hundió hasta que todo su brazo quedó en el oscuro interior. Con la mano libre y la cabeza, ambas aferradas a la pared, removió el brazo en la abertura y arrugó la nariz un segundo después.

—Se siente como si... —espetó mientras trataba de hundirse más en él, aunque su brazo estaba absolutamente oculto.

—¿Cómo qué? —le pregunté con inquietud.

—Como si hubiera un trozo de papel —dijo finalmente.

—¡Sácalo! —exclamé. Se apegó más a la pared.

—Es que... está algo... lejos...

Siguió forcejeando, probablemente para que sus dedos alcanzaran el papel.

—¿Y si lo intento yo? —preguntó Ecain.

—No, ya casi... —respondió Exen—, es... creo que ya... sí, lo tengo.

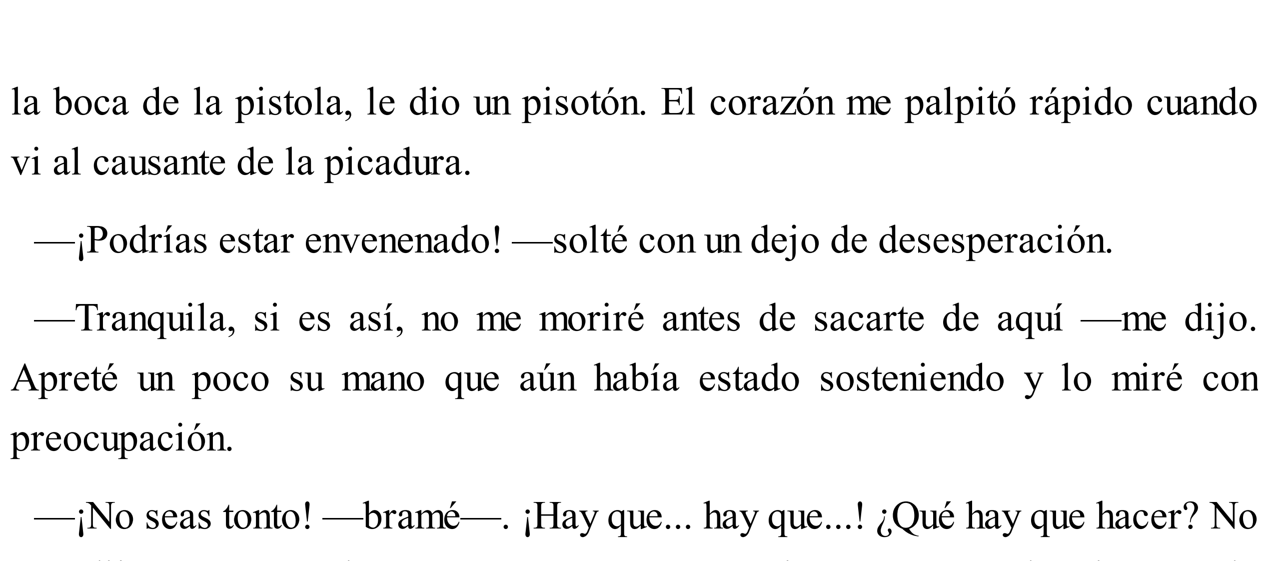
Y después de decir eso, soltó un quejido de dolor tan fuerte que me sobresaltó. Rápidamente sacó el brazo del agujero y lo agitó. Su rostro se tensó. Tenía el papel, pero sus nudillos estaban enrojecidos.

—¡Algo me mordió o me picó! —exclamó luego de un gruñido.

Sostuve su mano y vi un pequeño círculo abultado y rojizo. Temí que lo hubiera mordido una araña, pero tenía un orificio muy mínimo que parecía un piquete.

—¡Un escorpión! —exclamó Sora señalando el agujero.

El animal salió del hoyo y caminó por la pared, dirigiéndose hacia algún lugar. Ecain nos indicó que nos alejáramos y, después de lanzarlo al suelo con



la boca de la pistola, le dio un pisotón. El corazón me palpitó rápido cuando vi al causante de la picadura.

—¡Podrías estar envenenado! —solté con un dejo de desesperación.

—Tranquila, si es así, no me moriré antes de sacarte de aquí —me dijo. Apreté un poco su mano que aún había estado sosteniendo y lo miré con preocupación.

—¡No seas tonto! —bramé—. ¡Hay que... hay que...! ¿Qué hay que hacer? No nos dijeron qué se hace en estos casos. ¡No importa! Cuando vivía en la superficie leí algo sobre los escorpiones y las arañas. Debemos hacerte presión en el brazo, sí, así ralentizamos el efecto y evitamos que el veneno se… ¿O eso era solo para las arañas? Creo que…

La preocupación me invadió por completo, tanto, que la idea de que Exen muriera me hizo entrar en pánico.

—Drey, calma —habló Ecain y se inclinó para mirar al escorpión—. Hay escorpiones que no son venenosos.

—¿Te sientes mareado? —le preguntó Sora a Exen, acercándose. Él negó con la cabeza.

—No puede ser… —murmuré con la voz cargada de impaciencia.

—Quiero que te tranquilices, a mí me gustan los animales y antes leía mucho sobre ellos —confesó Ecain mientras se erguía— y puedo decirte que este escorpión no parece ser venenoso.

—¿Y si lo es? ¿Qué vamos a hacer? —musité, pero Exen colocó su otra mano sobre mi hombro.

—No sabes lo mucho que me gusta que te preocupes por mí, pero debemos preocuparnos más por salir, ¿de acuerdo? Si te tranquiliza, no me duele, no fue

nada —expresó con voz suave y luego comenzó a desdoblar el papel arrugado que sostenía con su otra mano—. Concentrémonos en esto; veamos qué dice aquí.

No estaba tranquila, pero tenía razón, así que respiré hondo y junto a los otros dos rodeé a Exen para poder ver mejor.

—Parece una carta —comentó Ecain después de inclinarse un poco hacia adelante.

—La caligrafía es como de un niño —añadió Sora apuntándole con la linterna.

Llegue aquí hace un mes y ya los extraño. No me acostumbro aún, pero la comida de Cati es deliciosa. Ese niño... Gabriel, es un tanto callado, pero parece ser agradable. Creo que necesitamos entrar en confianza para poder conocernos más. No estoy enojada, pero sí algo triste. Sabes que soy una niña muy inteligente y eso te enorgullece, pero ahora hay algo propio de mi edad que no puedo entender. ¿Por qué debo estar aquí y no allá? Me emociona un poco saber que iré a la escuela, pero tranquilo, tú siempre serás mi profesor favorito, eso nunca cambiará. Espero que cuando vengas por mí, puedas explicarme todo lo que no comprendo. Esta es la primera carta que te hago y han prometido entregártela muy rápido. Dicen que no puedo tener un teléfono porque la señal de internet no funciona y las líneas tampoco, así que es imposible poder llamarte, pero no importa, estaré esperando tu respuesta por este medio. ¡Los amo!

—Mira, hay algo en la parte trasera de la hoja —señalé.

Al reverso estaba escrito el número uno con tintura negra.

—Esta puede ser la primera verdad —dijo Ecain. Exen dobló la hoja y se la guardó en el cinturón.

—Hay que buscar las otras tres.

Nos dirigimos al primer piso. Sora intentó contactar a la central, pero la comunicación era imposible de establecer. También intenté hablar con Levi, pero no se escuchó más que un extraño sonido de interferencia.

—¿Te duele? —le pregunté con preocupación a Exen después del largo silencio en el que nos habíamos sumido. Ambos estábamos sentados en el gran sofá debido a que él se había sentido un poco mareado.

—Siento un ligero ardor, nada más —contestó.

Solo podíamos vernos los rostros gracias a la luz de la linterna.

—¿Y si...?

—¿Y si dejas de pensar que me moriré? —soltó con fastidio.

—Lo siento.

Volvimos a quedarnos en silencio. No podía evitar preocuparme, tampoco temer perderlo como a Nina. Me había encariñado con él, también acostumbrado a su distintiva personalidad y a sus bromas, a todo lo que era y a su extraña manera de cuidarme, por lo tanto, tenía miedo de no verlo más; pero intenté que mi inquietud no fuera tan notable porque le molestaba.

—Me pregunto... ¿Por qué nos están sometiendo a esto? —comentó rompiendo el silencio.

—También quisiera saberlo, ¿por qué así? —respondí. Como había iniciado otro tema de conversación, alejé los malos pensamientos.

—Bueno, es obvio que nos necesitan vivos —dijo. Sora y Ecain se encontraban rebuscando en la cocina—, pero me indigna pensar que caímos muy fácil.

—No fue nuestra culpa, alguien nos traicionó —alegué. Exen se removió

sobre el asiento y gracias al reflejo de luz pude ver cómo su rostro se tensó.

—Esta misión ha sido un fracaso. Esperaba acción, poner en práctica lo que sé, pero en cambio me quedé dormido y ni siquiera pude asimilar lo que era real y lo que no —confesó mientras negaba con la cabeza—. ¿En dónde están mis habilidades como supersoldado?

—Han sido saboteadas por la inyección —dije mientras le palmeaba el hombro—. Si lo pensamos bien, todo ha estado planeado minuciosamente, ¿sabes? Exen, esto debe ser más grande de lo que pensamos.

—El Imperio es más grande de lo que cualquiera puede pensar, Drey, mucho —contestó bajando un poco el tono de voz—, y lo que Levi y mi papá saben sobre él, también lo es.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es lo que saben? —pregunté. Exen se movió un poco hasta que nuestras rodillas hicieron contacto.

—Ellos saben que El Imperio estaba formado incluso antes de que comenzaran a desarrollar ASFIXIA. Era una sociedad con un gran grupo de líderes que se regían bajo ideales terroristas. En El Imperio había más de un gobernador y todos tenían el poder para controlar a los mandatarios de las principales potencias mundiales —murmuró con detenimiento—. Lo curioso es que, con el pasar del tiempo, los miembros de esa sociedad desaparecieron hasta que su número se redujo solo a seis. Seis líderes, entre ellos Gregori. A decir verdad, es todo un misterio y un gran enredo desde mi punto de vista.

—Ahora que lo dices, para mí también lo es —confesé. Exen curvó su boca hacia abajo en un claro gesto de desprecio—. ¿Eso cómo lo averiguaste?

—Las conversaciones que se dan entre Levi y Ligre son más interesantes de lo que piensas —murmuró—. Demasiados aspectos estaban mezclados dentro

de El Imperio. Religión, política, economía, cultura, lucha de poder y más —agregó—, y no me parecería extraño que aún haya muchas cosas ocultas.

Me mantuve en silencio después de eso, pensativa. Sus palabras eran ciertas, todavía existían cosas desconocidas para nosotros y quizás para el mismo Levi también. Solo había algo en lo que no nos equivocaríamos: El Imperio era nuestro enemigo. Pero, ¿qué tan grande era?

Exen extrajo uno de los papeles de su cinturón y estiró aquel en donde estaba escrito el acertijo.

—Nunca preparan a un soldado para esto —dijo con una nota de diversión—. Te enseñan a matar, a defender, a aplicar tácticas y cómo sostener un arma sin temblar, pero nunca dicen qué hacer en caso de que nuestra vida dependa de un acertijo.

—Supongo que, si querían atraparnos, no nos iban a enfrentar a algo que pudiéramos manejar —opiné, encogiéndome de hombros—. Ahora las cosas parecen encajar. Si disminuían sus sentidos con las inyecciones, resolver algo así iba a ser imposible, pero creo que no contaban con que a mí no me afectaría y tampoco a Ecain.

Exen giró la cabeza en dirección a la puerta que separaba la cocina de la sala de estar. En el suelo podían verse las sombras de los pasos que Ecain y Sora daban al otro lado de la habitación.

—¿No te parece curioso eso? Las inyecciones no tuvieron efecto en ustedes —comentó en apenas un susurro.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? ¿No puedes desconfiar porque él te gusta? Jamás pensé que fueras de esas chicas que se ciegan por el amor —espetó frunciendo ligeramente el ceño.

—No es eso, Ecain me parece sincero.

Arrugó la nariz y puso mala cara.

—A veces olvido que eres una mujer, y cuando haces que lo recuerde, no me dan ganas de hablar contigo —soltó haciendo un ademán de indiferencia.

Le quité el papel de la mano con intención de quedármelo. Él se levantó para caminar alrededor de la sala porque, aunque no lo admitiera, estaba algo intranquilo.

Observé el escrito nuevamente, no era como el de la balanza y no estaba fácil. No pude evitar preguntarme quién lo habría ingeniado, o si Exen, Ecain y Sora habrían podido resolverlo fácilmente si no les hubieran inyectado algo en el cuerpo. Ellos pertenecían a una unidad élite, pero en ese momento eran un trio de novatos al igual que podía serlo yo sin Pantera.

Cerré los ojos por un momento y exhalé casi con frustración. ¿Qué clase de misión era esa? ¿En dónde terminaríamos? ¿Cuál era el objetivo de El Imperio? Mis pensamientos me obligaron a elevar los parpados y a poner de nuevo toda mi atención sobre el acertijo. Releí las líneas y casi como si mi cuerpo me impulsara, me levanté del sofá queriendo ir al pasillo.

Por alguna razón quería ir.

—¿A dónde vas? —me preguntó Exen, observándome desde el otro lado de la sala.

—A explorar un poco, no me quedaré ahí sentada esperando que las pistas caigan del cielo.

—De acuerdo, pero no intentes salir sola —soltó de forma autoritaria—. No te alejes.

—Entendido.

Dejé la sala y me introduje en el pasillo que conducía a las escaleras sin saber exactamente por qué había llegado hasta allí. ¿Quería subir o no? Le obedecí al impulso, pero, ¿para qué? Tomé la linterna de mi cinturón, la misma que había usado en el refugio, y la encendí para poder observar la estancia. Deslicé el círculo de luz por el suelo y las paredes. No había nada inusual.

Encontrar las otras verdades no sería sencillo y eso me frustró.

Cerré los ojos y me recargué en la pared. No me gustaba otra oscuridad que la mía propia, la que me absorbía cuando bajaba los parpados, así que estar allí me causó ligeros escalofríos. Pensé en Levi por un instante e incluso en Julian, en la mano de Exen y en la seguridad de Ecain. Quería que todo saliera bien, pero no nos habían entrenado para eso. ¿Y si la realidad virtual se convertía en nuestra tumba? ¿Merecíamos morir así?

—Ayúdame a salir de aquí —susurré mientras apretaba con fuerza la linterna contra mi pecho.

Súbitamente, el pensamiento me llegó a la mente. Mecánicamente, desenvolví el papel que le había quitado a Exen, y cuando miré el escrito, las palabras resaltaron como si no las hubiera visto antes.

«...ocultas bajo la alegría, la belleza, la dicha y la satisfacción».

Recordé la imagen del payaso alegre en el cuadro de la habitación y pude hacer encajar las piezas en mi mente. La primera verdad había estado escondida bajo la alegría, así que ya sabía en dónde buscar las otras tres. Alcé la linterna y apunté en dirección a la pared. Los cuadros no concordaban con esas emociones.

Excepto uno.

La imagen mostraba a una mujer sobre una camilla con el vientre aún abultado, un bebé en sus brazos y una sonrisa de felicidad en el rostro. Me

llevé la linterna a los labios y la sostuve con mi boca para poder tomar el gran cuadro. Lo dejé en el suelo y alcé las cejas con sorpresa cuando visualicé el oscuro y profundo agujero.

Me acerqué y penetré la oscuridad del hoyo con la luz. Adentro, las paredes del agujero estaban repletas de filosas cuchillas que dejaban un espacio muy reducido para la entrada de un brazo. Aquellas hojas tan afiladas podían ser capaces de cortar hasta las profundidades de la piel y no pretendía dejar que Exen se sometiera a eso, porque sabía que se ofrecería a hacerlo.

Primero me aseguré de que nadie estuviera cerca, luego volví a ver el agujero y supe que debía hacerlo yo, que mi brazo era lo suficientemente delgado como para que las cuchillas no me alcanzaran, y también que tenía que hacerlo sin que los demás lo supieran.

Sostuve de nuevo la linterna con mi boca. No tenía miedo. Alcé el brazo, lentamente lo conduje hacia la entrada del hoyo y justo cuando iba a introducirlo...

—¿Qué coño haces?

La mano de Exen me detuvo de inmediato. Al darme vuelta, la luz le dio en el rostro y detecté el reproche en sus ojos.

Con la mano libre tomé la linterna y desvié la iluminación.

—Sacaré lo que hay ahí —le dije con firmeza. Él no me soltó.

—¿Por qué tú? Para eso estamos nosotros —bufó.

—Hay cuchillas en el interior y mi brazo es lo suficientemente delgado como para entrar sin lastimarme —dictaminé. Exen entornó los ojos.

—Sobre mi cadáver putrefacto vas a meter la mano ahí, ¿te queda claro? —soltó de forma autoritaria y me impulsó hacia atrás para luego soltarme.

—No me mangonees como lo hace Levi —refuté, desafiante—, soy parte de este equipo y puedo ayudar.

—Deja que lo haga Sora, sus brazos también son delgados.

—¿Por qué Sora? ¡Lo debo hacer yo! —bramé con un dejo de molestia.

—Porque ella es irrelevante en esta vida y si le pasa algo podemos pasarlo por alto —expresó como si fuera algo muy obvio—, en cambio tú si eres importante. ¿Por qué no te quedas quieta luciendo el traje por ahí?

—Eres un imbécil.

Exen ladeo la cabeza mientras sus comisuras se elevaban en una sonrisa. Dio algunos pasos para acercarse y posó su mano sobre mi antebrazo.

—Mientras yo esté aquí, no vas a recibir ni un rasguño. Te quiero cerca de mí en todo momento para poder vigilarte, porque, créeme Drey, no me volveré a quedar dormido —susurró con aspereza—. Ahora, muévete —añadió y me empujó con suavidad para que caminara frente a él.

Refunfuñé una queja que no se molestó en contestar, y entonces nos dirigimos a la cocina para buscar a los demás.

• • •

—¿Y cómo fue que lo encontraste? —me preguntó Ecain.

Los cuatro estábamos en el pasillo iluminado por las linternas.

—La respuesta está en el acertijo, las verdades están ocultas bajo la alegría, la dicha, la belleza y la satisfacción —respondí. Él asintió y volvió a mirar el agujero para luego girarse un poco—, ya encontramos el cuadro de la alegría y este es el de la dicha.

—Bien, hazlo —le dijo a Sora.

Ella no dudó. Se acercó al agujero y sin pensar demasiado hundió el brazo con cuidado. No expresó dolor. Se removió un poco como lo había hecho Exen en el primer orificio y después de varios minutos de esfuerzo extrajo el brazo con apenas unos rasguños. Desdobló el papel que sostenía en la mano y lo leyó para nosotros.

No has respondido y pienso que es porque tu trabajo te mantiene muy ocupado, pero tía Cati dijo que puedo intentar escribirte de nuevo. Esta vez haré una carta muy corta para que no debas leer demasiado. Les extraño aún más. Quisiera verlos. La escuela es maravillosa, pero estoy empezando a sentirme un poco incómoda aquí. ¿Has tenido la sensación de que te miran, aunque estés solo? Eso me está sucediendo, y para tranquilizarme quisiera saber cuándo vendrás por mí. Seguiré esperando tu respuesta. Los amo mucho.

Detrás de la hoja estaba el segundo número dibujado.

—Debemos encontrar las otras dos, así que el objetivo ahora es revisar detrás de cada cuadro que veamos —habló Ecain—. Separémonos.

Ecain y Sora subieron al segundo piso. Me quedé abajo con la intención de ir a revisar la sala de estar porque realmente no me había fijado si en ella había cuadros o no, pero antes de poder pasar a la otra habitación, noté que Exen se había quedado de pie mirando el agujero. Preocupada por su estado, me acerqué y le toqué el hombro.

—¿Pasa algo? ¿Te sientes mareado? —inquirí rápidamente. Él no se inmutó y permaneció en silencio—. ¿Exen? ¡Exen!

—Lo recuerdo —pronunció en voz neutral—. Lo acabo de recordar.

—¿Qué?

El supersoldado se dio vuelta y me observó con aflicción.

—Cati era la hermana de mi mamá; era mi tía —confesó en apenas un

susurro—. Drey, esas cartas son de mi hermana. Las escribió para mi papá.

—No... —murmuré con inquietud—. No, no. Recuerda que están jugando con nosotros. No son reales. No puedes estar seguro de ello.

—¿Y qué tal si lo son? ¿Y si estas cartas son reales y Cameron nos escribió? ¿Y si esta es una representación del lugar en el que vivió? —preguntó para luego frotarse los ojos con los dedos—. ¿Y si nos necesitaba y nunca lo supimos?

—No hay forma de que ellos sepan lo que Cameron hacía. Esta es su manera de distraernos para que no podamos encontrar la salida —dije y posé mis manos sobre sus mejillas para que me mirara—. Tienes que concentrarte, Exen. Me he dado cuenta de que todo esto es un patrón. El primer acertijo estaba mezclado con el pasado de Ecain, con sus padres, y ahora utilizan tu pasado para tratar de estancarnos. Nada de esto es real. ¿Lo comprendes?

—Pero...

—No, no hay peros —le interrumpí. Era casi sorprendente cómo podía debilitarse ante el recuerdo de su hermana, y cómo sus ojos demostraron el dolor que aquello le causaba—. Nada de esto es real, esa niña no es real, estas cartas tampoco. Si te sientes confundido, mírame, yo haré que despiertes.

—Bien —accedió después de un minuto—, busquemos lo que falta.

Revisamos la sala de pie a cabeza, pero en ella no había ningún cuadro colgando. Revisamos también detrás de los lienzos restantes en el pasillo y no hallamos ningún otro agujero. En la cocina todo estaba normal, y en el segundo piso, Sora y Ecain aseguraron que no había más pinturas.

—Propongo que comencemos a mover todo objeto existente dentro de la casa —dijo Ecain.

Todos estuvimos de acuerdo y eso comenzamos a hacer. Iniciamos en la sala,

seguimos con la cocina, y en el segundo piso empezamos con la habitación del niño, pero fue cuando estuvimos en la habitación de los padres, en el momento en que Sora empujó la cama, que el agujero se hizo visible ante nosotros y esa vez no cabía tan solo un brazo, sino una persona entera.

—Hay que bajar —dijo Exen—. Iré yo.

—No —me apresuré a negar—. No puedes ir solo, recuerda que intentan confundirte y no sabemos lo que puede haber ahí abajo.

—Yo puedo ir —se ofreció Ecain.

—Qué extraños agujeros, parecen... portales —comentó Sora, estudiándolo.

Ecain buscó algún objeto pequeño en la habitación y luego lo arrojó al interior del hoyo. El sonido que produjo al golpear el suelo nos indicó que tenía un final y que evidentemente alguien debía bajar. También me preocupaba Ecain, pero velaba más por la seguridad de Exen y eso me hizo sentir un poco egoísta.

Ecain se situó en el borde del agujero y dio un salto para desaparecer entre la negrura que se iluminó luego de que un leve sonido nos hiciera saber que había pisado el suelo.

—¿Qué ves? —le preguntó Exen desde el borde.

—Hay un túnel —vociferó Ecain desde abajo.

—Vale, síguelo. Buscaremos algo para ayudarte a subir.

A medida que Ecain avanzaba dentro del túnel, la luz fue desapareciendo. Mientras tanto, nos dedicamos a formar una cuerda con las sábanas de cada cama, para así poder ayudarle a salir cuando regresara.

Después de un rato, con la cuerda improvisada lista, decidimos buscar la última verdad.

—¿Y si se encuentra afuera? —inquirió Sora que no dejaba de caminar de un lado a otro. Sus facciones asiáticas lucieron tensas.

—El acertijo dice que están aquí —respondí, recargada en la pared que tenía una ventana justo al lado—. ¿Cuánto ha pasado? Ecain no regresa.

—Unos diez minutos.

—Debe estar por volver —habló Exen.

Él se había estado mirando los nudillos, ahí en donde le había picado el escorpión. Tenía esa zona enrojecida y el pequeño orificio se le había hinchado, pero no presentaba síntomas alarmantes.

Miré a través la ventana y me fijé en la oscuridad del cielo, ¿faltaría mucho para que amaneciera?, ¿nos estarían observando en ese momento? Entre la negrura que se extendía, observé un llamativo destello blanco que se movía de un lado a otro. Entrecerré los ojos con la casi tonta idea de que así podría ver mejor y reconocí la cabellera castaña de la niña ondeando a causa de los saltos que daba. Estaba afuera, pero, ¿por qué? Viré mi cabeza hacia Exen y lo hallé muy concentrado mirándose de nuevo la mano. Lo mejor era que no supiera que la niña estaba cerca, porque corría el riesgo de confundirse.

Pasaron varios minutos antes de que Ecain regresara. Casi di un salto cuando vi que el agujero comenzó a iluminarse. Sin perder tiempo lanzamos las sábanas al interior para poder ayudarle a subir; requirió de mucha fuerza sostenerlas mientras él ascendía. Una vez en la habitación, vimos que tenía un líquido níveo y pegajoso sobre los hombros, el traje y en el cabello.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunté, acercándome para poder estar segura de que estaba bien. Su pecho subía y bajaba de forma agresiva.

—Había... una especie de torre. Cuando intenté escalarla, comenzó a caer un líquido muy raro que hacía que me resbalara —explicó, agitado—. Lo

conseguí, pero tenemos que salir de aquí. No sé qué nos espera. Este sitio es muy raro.

—Lee la carta.

Ecain estiró la hoja y exhaló con fuerza antes de leer lo que estaba escrito.

Papá... te escribo esto mientras estoy en el recreo de la escuela. Una amiga me ha prometido que su mamá podrá enviarte esta carta. Necesito que vengas por mí, necesito que me saques de esa casa. Tengo mucho miedo. Siempre me dijiste que había que tener cuidado con los extraños, y me has enviado a un lugar en donde no conozco a nadie. Me han hecho mucho daño, sobre todo… papá, ven por mí. Te lo pido. Tengo miedo y no sé a quién pedirle ayuda. Por favor, tienes que venir.

Cuando la voz de Ecain se apagó después de pronunciar la última palabra, un agudo e infantil sollozo resonó en toda la casa. Corrí hacia la ventana y vi a la pequeña muy quieta con la cabeza baja. Su llanto penetró nuestros oídos de forma agobiante, inquietándonos, pero aunque era una aparición extraña y peligrosa, había algo en ella, algo muy hermoso y llamativo que incitaba a mirarla más, a no dejar de hacerlo nunca. Entonces lo supe. Era una niña preciosa, una representante de la belleza.

Ella tenía la última verdad.

—Les sonará loco, pero hay que atrapar a la niña —les dije. Se me despertó una sensación de nerviosismo que me causó un escalofrío.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Ecain, confundido.

—Ella tiene la última la verdad —señalé.

—¿Estás segura? —cuestionó Sora, acercándose hacia la ventana.

—Sí, es la de la belleza. ¿No lo sienten? Es como si su objetivo fuera atraer

nuestra atención. Está hecha para eso, para incitarnos a mirarla y entonces así distraernos. Es ella, estoy segura.

Ecain dio un paso adelante. La idea no pareció atractiva para todos, pero debido a que en la casa no había ningún otro agujero y ellos percibían lo mismo que yo, podía no ser tan absurdo lo que estaba proponiendo. La niña se encontraba allí por una razón: para que fuéramos tras ella.

El problema era Exen, quien estaba propenso a pensar que era su hermana, algo que podía perjudicarnos. Le eché un vistazo y comprendí lo mal que lo estaba pasando. Se encontraba sumido en el papel que le había quitado a Ecain, con los ojos fijos en las palabras y la mandíbula tensa. No lucía bien. Le estaba afectando.

—Podemos rodearla —propuso Sora. De nuevo se mostró muy centrada.

—Lo mejor sería acorralarla —intervino Ecain.

—Lo cual sería difícil, considerando que afuera todo es terreno cubierto de pasto y nada más —puntualizó Sora.

—Podemos acorralarla contra el árbol —sugerí. Al volver a observar por la ventana vi que seguía muy quieta llorando. Sabía que no se movería hasta que estuviéramos cerca.

—Entonces debemos llevarla hasta el árbol, ¿queda claro? Y cuando la tengamos allí, yo la sostengo —expuso Ecain, pero rápidamente Exen reaccionó.

—No —dijo con determinación—, yo la sostendré. Ustedes preocúpense por rodearla.

—De acuerdo —asintió Ecain—. No perdamos tiempo y vamos.

Antes de salir, detuve a Exen frente a la puerta. Estaba serio e inexpresivo, y

la mano se le había comenzado a enrojecer hasta los dedos, pero pude percibir que en ese momento su extremidad era lo que menos le importaba.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No lo sé —respondió. Enarqué una ceja y me crucé de brazos, pero no pude siquiera intentar reprocharle algo.

—Recuérdalo, no existe —le susurré.

Dejamos la casa con tan solo nuestras linternas y armas como apoyo. Ecain y Sora las habían empuñado, pero yo decidí quedarme a manos libres. Rodeamos a la niña desde una distancia considerable para que no se diera cuenta tan rápido de nuestra presencia, y para que eso jugara a nuestro favor cuando intentara correr.

El llanto continuó escuchándose como si de un altavoz se tratara, y la oscuridad se presentó como nuestra enemiga, haciéndose más espesa para que solamente pudiéramos observar lo que las linternas nos permitieran.

Nos colocamos en posición, tal y como lo hubiésemos hecho para una máxima infiltración. Teníamos que acercarnos sin que nos viera, para que cuando echara a correr no estuviéramos tan alejados. No pude ver cuánta distancia me separaba de los demás porque la linterna me dejaba un corto campo visual, pero sí sabía en donde estaba la pequeña por el origen del llanto. Podía correr muy rápido, esa era la ventaja de ser delgada, pero no lo hice sino hasta que el reflejo de un trío de linternas pasó a toda velocidad a varios metros de distancia.

Habían comenzado, así que empecé a correr yo también.

Una de las tres luces se acercó sin detenerse y, tan rápido como si le hubieran avisado, la niña alzó la cabeza y mostró su rostro de porcelana. Sabía que iban por ella, por lo tanto, soltó un chillido tan estruendoso que

penetró nuestros oídos de forma insoportable. Me llevé las manos a las orejas y antes de que pudiéramos alcanzarla, echó a correr en la dirección que esperábamos. Si no cambiaba de rumbo, podríamos acorralarla contra el árbol.

La seguí al igual que los demás. Era rápida, pero nosotros también y Exen aún más.

Rodeamos la casa sin parar ni un segundo. El cielo nos obstaculizaba con su negrura, pero el camino jugaba a nuestro favor al estar despejado. El gran y frondoso árbol estaba cerca. A medida que nos acercábamos, podía ver cómo la silueta de sus ramas se alzaba de forma monumental. La atraparíamos. Íbamos a hacerlo.

Apresuré el paso.

Exhalé un poco pero luego volví a tomar aire. Vi cómo la blancura de la ropa de la niña ondeaba frente a nosotros, y cuando reparó en que el tronco obstruía su paso, se detuvo en seco. ¡Bingo! Giré la cabeza para observar los círculos de luz y supe que ninguno se había detenido, por lo tanto, yo tampoco lo hice. Nos acercamos más y más y cuando estuvimos lo suficientemente cerca como para que Exen pudiera alcanzarla, la pequeña volteó a vernos, emitió un llanto aún más intenso, corrió hasta el tronco y lo trepó casi de forma sobrenatural.

Los cuatro nos paramos frente al árbol y, sorprendidos, observamos cómo se dejó caer con mucha agilidad al otro lado. Siguió corriendo hacia el horizonte.

No, no sería tan fácil como habíamos pensado.

—¡No se detengan, sigan! —gritó Exen.

Le obedecimos y, sin ganas de perder tiempo, emprendimos la carrera nuevamente. Aún podíamos verle. La tela de su vestido parecía estar hecha para resaltar entre la noche. La luz de la linterna de Exen nos superaba en

velocidad ya que él estaba dando todo de sí. Lo único que deseaba era que la razón de su alto rendimiento fuera solamente la de conseguir la última verdad.

La pequeña no daba señales de cansarse y nosotros tampoco. Nos adentramos más en la pradera. La única posibilidad que veía, era que Exen la atrapara antes que nosotros, pero no había ninguna otra edificación o algún otro árbol visible que pudiera servirnos para dejarla sin camino. Sin embargo, no me detuve ni un segundo.

Mi respiración comenzó a acelerarse por completo, pero sentí mucha más resistencia de la que pude haber sentido alguna vez. Miré hacia los lados tratando de ubicar a los demás. Ecain corrió cerca de mí. Pude ver su silueta, sus músculos y sus piernas moviéndose una delante de otra a gran velocidad. Se acercó a mi posición y luego mantuvo mi ritmo.

—¡Vamos a acorralarla en círculo! ¡Ve por la derecha! —gritó, ya que el llanto se hacía más fuerte.

—¡Entendido!

Volví a fijar mi vista en la niña y corrí hacia la derecha como Ecain me había indicado. Al ir en esa dirección podía verla de perfil y no de espaldas. Más allá, hacia la izquierda, vi dos luces: una que supuse era la de Sora, y la que iba más rápido sin duda era la de Exen.

La niña dio un pequeño salto para esquivar una roca en el camino y continuó su carrera hacia algún lugar. Exen dio el mismo salto. Tenía la esperanza de que él la alcanzara antes que nosotros, pero la pequeña corría de una forma que nos superaba. Por supuesto, porque ella no era real, por lo tanto, podíamos esperar cualquier cosa.

Cuando comencé a pensar que la pradera era solo un camino infinito de hierbas y rocas, escuché algo que pude diferenciar entre el sollozo infantil. El

agua cayendo. Una cascada. Deseé que mi linterna fuera más potente para saber si lo que nos esperaba al final era una vía sin retorno, pero con el simple sonido lo supe. Entrecerré los ojos intentando mirar más allá, pero sin esperarlo la niña se detuvo.

Habíamos llegado al final del camino y lo que había detrás de ella en ese momento era un gran precipicio.

—¡Deténganse! ¡Cuidado! —advertí con fuerza después de parar.

Me obedecieron. Al inmovilizarse, Exen fue el único que quedó frente a frente con la pequeña a solo varios metros de distancia.

La niña echó un vistazo hacia atrás, no podía continuar. Nos observó a cada uno, pero en especial a Exen quien se había quedado muy quieto con los brazos colgando a los lados y la respiración acelerada por el cansancio.

—¡Atrápala! —le ordenó Ecain, agitado.

Pero el supersoldado no se movió. Estaba mal, se había confundido de nuevo. Quise moverme hacia él, pero al intentarlo, la infanta viró agresivamente su cabeza hacia mí, como avisándome que, si me atrevía a dar otro paso, ella daría uno hacia atrás. ¿Cómo era que Exen no se daba cuenta de que aquella niña no era real? Solo tenía una explicación: el dolor que llevaba dentro de sí, por su hermana muerta, era demasiado grande.

—¡Exen! ¿Qué esperas? —gritó Sora—. ¡Hazlo! ¡Tenemos que salir de aquí!

Él la ignoró, pero dio un paso adelante que no pareció amenazante, sino manso, como si quisiera acercarse a ella para hablar. La pequeña hipó.

—No llores —le dijo con voz suave. Ella se llevó una mano a los ojos y se los frotó—. No voy a hacerte daño. Créeme, por favor. No tienes que huir de mí. —Dio otro paso hacia la pequeña, pero esta retrocedió—. No, no te muevas o te puedes caer. Ven, te llevaré a un lugar seguro. Confía en mí.

Una intensa brisa le voló los largos cabellos.

—¡A la mierda, Exen! ¡Esa niña no es real! —vociferó Sora desde su posición.

Y sin esperárnoslo, ella alzó su pistola y con un apunte rápido le disparó directamente a la pequeña. La bala atravesó su pecho y desapareció entre la negrura del abismo sin hacerle ni un solo daño. Eso confirmó que era totalmente irreal, pero Exen no lo notó.

—¡¿Qué coño haces?! —bramó él en dirección hacia Sora.

—¡Atrápala, joder! ¡No es real!

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡No sabes nada! —gritó Exen con desespero.

No podía ver bien su rostro, pero sabía que estaba confundido. La pequeña dio otro paso hacia atrás. Si se lanzaba por el precipicio, perderíamos la oportunidad de obtener la última verdad para poder salir de allí.

—¡Cameron, ten cuidado! —le dijo él. Después de eso, Sora volvió a dispararle a la falsa niña. El sonido que produjo la pistola, hizo que la pequeña lloriqueara—. ¡No le dispares!

—Exen... —le llamé, pero pareció no oírme.

—Cameron, toma mi mano —le pidió.

La infanta dio pasos cortos hacia atrás sin dejar de hipar. Iba a lanzarse, sabía que lo haría. Quise acercarme, pero temí que fuera un acto estúpido que solo lograra empeorarlo todo.

—¡Exen! —le llamé con más fuerza. Él viró su cabeza hacia mí—. Mírame, ella no existe. ¡No existe!

En ese instante, vi el dolor brillar en sus ojos. De nuevo quise correr y abrazarlo para que su confusión desapareciera, pero no podía. No en ese

momento. Exen volvió a observar a la pequeña y, sin aviso, se abalanzó tan rápido contra ella que atravesó completamente el cuerpo infantil.

La niña se desvaneció entre sus brazos.

Solté un grito tan fuerte que me escoció la garganta. El impulso lo empujó hacia el abismo y cayó hasta el fondo, desapareciendo entre la negrura.

Exen se había lanzado al precipicio.

Sentí la fuerza de unos brazos sostenerme para impedir que fuera tras él, y me dejé caer en el suelo con un inmenso dolor penetrándome en el pecho. Escuché la voz de Ecain, pero no pude entender lo que me decía. Solo sabía que Exen no estaba y que posiblemente su cuerpo yacía muerto en el fondo del abismo. Fui incapaz de soltar el llanto de inmediato, pero luego vino a mí con tanta fuerza, sin embargo, lo contuve. No lloré.

—No... —musité.

—¡Drey! ¡Levántate! ¡Tenemos que irnos! —le escuché decir a Ecain.

—¡No! —grité con fuerza, aunque la palabra me rasgara la garganta.

Sora se acercó al lugar en donde la niña había estado y después de inclinarse sostuvo entre sus manos un papel: la última verdad. Exen lo había conseguido, pero no a un buen precio. Quise llorar con mucha fuerza. Quise gritar, pero sentía el cuerpo débil y los ánimos muy bajos.

—Drey, debemos irnos —repitió Ecain mientras me sostenía.

Ambos estábamos sentados en el suelo, pero desde ahí podía ver el mismo resplandor que habíamos observado antes de entrar en la pradera.

—¡Se abrió una salida! —exclamó Sora señalando hacia algún lugar al que no le presté atención.

—Exen... —pronuncié entre sollozos. Sora se acercó a mí y, junto con Ecain,

sostuvieron mis brazos impulsándome hacia arriba.

—Vamos, Drey, hay que continuar —habló Sora—. No sirve estancarse.

Sentí que me conducían hacia algún lugar, pero toda mi mente estaba anclada en el instante en que Exen había desaparecido por el precipicio. ¿Qué pasaría ahora? ¿No podíamos al menos ver su cuerpo? ¿Por qué lo había hecho así? Sentí rabia en ese momento, pero también mucho dolor. Primero Nina y luego él.

Maldije para mis adentros y, mientras me trasladaban, volteé hacia atrás para ver el final del camino.

El supersoldado se había ido.

25

Después de atravesar la resplandeciente salida, lo primero que vi fueron las paredes rosáceas del túnel. Al instante en que Ecain y Sora me soltaron, me giré con la pequeña esperanza de que Exen estuviera allí, pero la luz había desaparecido y un muro de concreto era lo único que podía visualizarse. Nada más.

No sabía cómo asimilarlo. Había fracasado. Me había arriesgado y de igual modo lo había perdido. El cuerpo de Exen se había quedado en aquel lugar, en el fondo del abismo. ¿Habría muerto instantáneamente o habría sufrido?

Nos tomamos un momento para respirar. Mientras tanto, escudriñé los rostros de mis compañeros. Ellos estaban tranquilos, aunque en los ojos de Ecain se notaba un ligero pesar. ¿Cómo no podían demostrar siquiera un poco de dolor por haber perdido a un miembro del equipo? El exceso de insensibilidad de su parte me causó cierto enojo, pero me sentía tan devastada que no sabía si decir algo o mantenerme callada.

—Tenemos que continuar —dijo Ecain—. ¿Necesitas ayuda?

Alcé una mano para indicarle que podía hacerlo sola. No necesitaba ayuda, pero sí necesitaba entender por qué las cosas habían sucedido de esa manera, aunque sabía que ninguno podía explicármelo.

Avanzamos con una calma que quizás permitieron por consideración a mí o porque probablemente tampoco tenían demasiado entusiasmo, hasta que llegamos a una gran puerta roja que, para poder abrir, tuvimos que empujar los

tres.

Ingresamos a un largo pasaje iluminado por grandes lámparas que colgaban del techo. En ese momento me atacó un fuerte dolor de cabeza que me hizo zumbar los oídos. Me sentí descompuesta. Quería dejarme caer y vomitar hasta que mi estómago no pudiera expulsar nada más, pero obligué a mi cuerpo mantenerse erguido. Cuando atravesamos la puerta al final del pasaje, un mal presentimiento me atacó.

Entramos en una gran sala que parecía un extenso y ancho camino rectangular con techo plano y piso de tierra. Se prolongaba hacia el norte y lo flanqueaban protuberancias rocosas, como si lo único que se podía hacer era caminar y caminar hasta llegar al final.

Examinamos las cercanías, pero no hallamos nada fuera de lugar. Al parecer allí no había acertijos, así que solo debíamos continuar.

En cuanto nos pusimos en marcha, se hizo audible un estruendoso bufido que inmediatamente nos detuvo. Observamos la lejanía del camino que se extendía ante nosotros. No había nada, pero el resoplido se escuchó de nuevo, y antes de que pudiéramos preguntarnos de dónde provenía, vimos cómo a toda velocidad se avecinaban dos resplandecientes círculos amarillos. Di un paso hacia adelante, confundida, pero cuando «lo que sea que fuese aquello» se acercó más, pude detallarlo.

Era un animal, aparentemente un león, pero no uno normal. Estaba cubierto con una armadura plateada de patas a cabeza y tenía un gran y afilado cuerno rodeado de púas extendiéndosele desde la frente, además de un muy mal humor. Se detuvo a bastantes metros de distancia, pero nos veía. Expulsó humo blanco de las fosas nasales y rascó la tierra con su pata frontal derecha. Le vi la intención de embestirnos, y lo haría si no nos movíamos.

—¡Corran! —grité, y sin saber si ellos me había obedecido, emprendí el

escape por donde las protuberancias en las paredes servirían para ocultarme momentáneamente.

Maldije en voz alta, porque además de las rocas el espacio no nos favorecía. Estábamos entre un camino recto que no tenía vías a los lados.

El león se impulsó hacia nosotros, rugiendo con ira, con rabia, con ganas de vernos estampados contra la pared, y para cuando giré mi cabeza con intención de buscar a los demás, vi a Ecain corriendo por la esquina derecha y a Sora por el centro. Iba a matarla, fue lo que pensé, pero antes de que el animal estuviera a centímetros de ella, saltó con agilidad y esquivó la embestida del afilado cuerno.

Me detuve por un instante mirando a todos lados con desesperación. El león extrañamente mugió, reafirmando mi idea de que no era una criatura normal; se dio vuelta rápidamente sobre sus patas y se abalanzó contra Ecain que se salvó después de lanzarse hacia adelante para caer en el suelo. El animal era veloz.

—¡Vamos! —aulló Sora, indicando que nos moviéramos.

Ecain se levantó y corrió tras ella. Hice lo mismo sin mirar atrás, aunque sabía que el león nos perseguía porque el peso de sus patas casi hacía estremecer el piso. Mi corazón se aceleró. Estar ante una criatura así no era ni remotamente parecido a un simple entrenamiento.

—¡Drey! ¡Drey! —escuché gritar a Ecain. El animal lo embistió con fuerza, pero pudo esquivarlo al arrastrarse a un lado—. ¡Hay que llegar al final! ¡Sigue corriendo!

—¡Entendido!

Después de que el león escuchó mi voz, se volvió abruptamente hacia mí. Sus intensos y llameantes ojos amarillos enfocaron mi presencia y corrió vertiginosamente en mi dirección. Apresuré la carrera; debía evitar que me

alcanzara. Miré atrás en el momento justo, y cuando la criatura impulsó su gigantesco cuerno hacia mí, me lancé de lleno a la izquierda cayendo sobre todo mi peso. El piso y el traje que cubría mi cuerpo hicieron fricción impidiendo que me lastimara. El animal sacudió la cabeza y resopló mientras rasguñaba el suelo, alzándolo, creando una nube de tierra.

Me levanté inmediatamente. El rifle seguía en su lugar. Mis pies se resbalaron por un segundo, pero luego pude equilibrarme perfectamente. La criatura no tenía intenciones de descansar, porque cambiaba de objetivo a cada instante y nos embestía tan rápido que no nos daba tiempo de movernos a otro lado.

En un intento casi desesperado por hacer algo para que el león no alcanzara a Ecain, desenfundé la pistola y le disparé en ningún lugar específico. La bala dio contra la armadura sin penetrarla y sin herir al animal ni un ápice. Todo su cuerpo estaba perfectamente protegido. No podíamos eliminarlo, teníamos que huir de él.

Sora se adelantó más que nosotros y desde lo lejos comenzó a gritarnos y a hacer movimientos con los brazos para que nos apresuráramos, pero no podía llegar a donde ella estaba ya que el león se había ensañado con Ecain y había pasado de cambiar de objetivo constantemente, a fijarlo como blanco definitivo. Él dio saltos, se arrastró y corrió mientras que yo trotaba alrededor del animal —a una distancia considerable— para tratar de llamar su atención y permitirnos escapar.

—¡Aléjate! —me ordenó Ecain luego de esquivar una patada trasera del león.

—¡Quiero distraerlo! —exclamé mientras daba saltos, pero el animal no reparaba en mí.

—¡No importa, vete! ¡Llega hasta el otro lado! —gritó—. ¡Drey, vete!

Y seguido a eso, como si mi nombre activara su reacción, el león se viró y corrió hacia mí con la cabeza baja para darle toda oportunidad al cuerno. Abrí los ojos, asombrada, y me impulsé en dirección a Sora. Ella estaba cerca de la puerta, y si llegaba podríamos pasar.

El león ya había dejado de perseguir a Ecain para perseguirme a mí, pero yo era más rápida, mucho más rápida que ellos. Inhalé profundamente y corrí. Los pesados pasos del animal se sentían bajo mis pies. No iba a alcanzarme, no iba a atraparme.

—¡Drey, esquiva! —escuché desde lo lejos.

Volteé, y la grandeza del león, rugiendo, me abrumó. Había dado un salto y venía hacia mí sin importarle nada. Todo sucedió rápido. Brinqué a un lado, mi cuerpo dio una vuelta muy torpe, caí rodando contra el suelo y algunos restos de tierra se colaron por mis ojos. Me los froté rápidamente y sentí el impacto del animal sobre el piso. Mi visión se aclaró un segundo después. Ecain venía a todo dar, y cuando llegó hasta mí me tomó por los hombros y me alzó para levantarme.

—Vamos, vamos, vamos —dijo con desespero.

Me incorporé, aunque me dolió el muslo derecho. Ecain me tomó de la mano con fuerza, haciéndome sentir toda la protección que podía ofrecerme. Me observó con dulzura como siempre lo hacía, y a pesar de que podíamos morir en ese preciso momento, me sonrió como si nada estuviera pasando, como si quisiera decirme: «todo estará bien». En ese momento volví a sentir la paz que su presencia me había otorgado desde el primer día que lo conocí.

Tiró de mi mano para que echáramos a correr de nuevo. No me soltaría y yo tampoco a él, así que continuamos juntos contra todo pronóstico. Corrimos a donde Sora nos esperaba y en donde el león aguardaba con las fosas nasales

expulsando humo. Si tomábamos el camino de la derecha, podíamos esquivarlo y seguir, y eso hicimos, fuimos en esa dirección.

El animal rugió de forma estruendosa, persiguiéndonos; faltaba poco, muy poco, y pensé que podíamos lograrlo, pero para cuando quedaban algunos metros de distancia, volteé y observé al animal abalanzándose contra nosotros desde el aire. La mano de Ecain me apretó con fuerza y, después de darme un empujón hacia donde se encontraba Sora y de que nuestros dedos perdieran contacto, la criatura impulsó el cuerno y la filosa punta penetró su pecho.

Atravesó el cuerpo de Ecain.

El grito que emití no fue suficiente para el desgarramiento que sentí cuando lo presencié. El león mugió y rugió al mismo tiempo, y con el soldado ensartado en su ensangrentado cuerno, sacudió la cabeza, satisfecho. Pude ver cómo, poco a poco, los ojos de Ecain perdieron todo su brillo característico. Pude ver cómo la vida se le esfumaba en un santiamén. Yo a salvo y él anclado a la criatura. No lo creí por un instante, pero la escena me lo confirmó. Sus brazos cayeron lánguidos a cada lado de su cuerpo, y su cabeza, sin equilibrio, se inclinó hacia atrás.

Estaba muerto, Ecain estaba muerto.

Me quedé sin aire, sin habla, sin movimiento; con los labios entreabiertos, los ojos desplegados de par en par y la mente en blanco. Aquello no podía estar sucediendo, no así, no en ese momento. El animal resopló, se dio vuelta sobre sus patas y se alejó corriendo a toda velocidad. Su trabajo estaba hecho.

Inhalé hondamente hasta que mis pulmones colapsaron, haciéndome exhalar. Me dejé caer golpeando el suelo con las rodillas. Incliné la cabeza hacia adelante y vomité. Ahí mismo expulsé todo lo que había estado conteniendo desde la muerte de Exen, y entre fluidos eméticos, las lágrimas brotaron de mis ojos en abundancia.

La misión se había convertido en una pesadilla que no requirió de enfrentamientos directos para acabar con la vida de cada uno. Todo lo que El Imperio estaba haciendo, además de ser una jugarreta muy cruel, era una muestra de su brutalidad, una prueba de que asesinar con rapidez era menos inteligente que labrar el camino hacia la muerte. Comprendí de inmediato que aún no habían cumplido su objetivo, que quitarme a Exen y luego a Ecain no era suficiente. Sora podía ser la próxima, o incluso yo, porque ellos querían más, algo mucho peor.

Dejé salir hasta la más pequeña gota de vómito y me limpié la boca con el antebrazo. Sentí el peso de una mano sobre mi omoplato y observé a Sora mirándome sin expresión alguna. Ella podía asumir fácilmente la muerte de alguien, pero yo no. No la de Ecain y tampoco la de Exen.

—Drey, tenemos que seguir —me dijo sin un ápice de reproche. Pensé que se había esmerado por sonar amable.

—No, yo...

—Sí, claro que sí —afirmó, añadiendo un toque de firmeza—. No puedes desplomarte ahora. Esto… estas cosas pasan.

—¿Estas cosas pasan? —repetí para luego ponerme en pie y encararla—. Matan a sus amigos, ¿y así deben reaccionar los soldados? ¿No les duele? ¿No sienten ni un poco de tristeza? ¿Siempre hay que ser tan fuerte? ¿No hay ni un momento de debilidad humana o de dolor?

—Lo sentimos, pero detenernos a demostrarlo no nos sirve de nada —confesó, inexpresiva—. Ya después habrá tiempo para conmemorarlos y llorarlos, pero ahora no. No en el campo de batalla.

—Eres tan insensible —solté con una nota de desprecio.

—Y tú eres muy tonta —bramó, eso sí le había molestado—. ¿Qué creías que

sería esto? ¿Un parque de diversiones? ¿Un paseo a otra ciudad subterránea en donde todos íbamos a salir felices y contentos? ¿Creíste que porque eres inmune todo estaría bien a tu alrededor? —Hundió el entrecejo—. Bienvenida a nuestra realidad, Drey, podemos morir en cualquier momento bien sea por el gas o por ser del bando contrario a quienes quieren gobernar el planeta. Ahora, vámonos. El comandante Levi nos hizo jurar que te mantendríamos con vida dentro o fuera de LA RAI hasta que dejáramos de respirar, si no fuera por eso y porque probablemente tu sangre sirva para salvarnos, ya te habría dejado atrás.

Me tragué las palabras porque el dolor no me dejaba emitirlas. Las palabras de Sora se repitieron en mi mente: «… si no fuera por eso y porque probablemente tu sangre sirva para salvarnos, ya te habría dejado atrás». Había olvidado mi inmunidad y lo que eso suponía para el mundo. Había dejado de lado el hecho de que tenía lo que todo superviviente deseaba poseer y me había arriesgado, ya en vano, porque ni Exen ni Ecain habían podido salvarse.

Ferozmente me limpié el rostro y me contuve. No podía llorar, menos frente a ella. No podía desmoronarme cuando probablemente podíamos llegar a escapar, o hasta el gran final, y quería saber cuál era, debía saber qué era lo que El Imperio quería.

—Sigamos —me limité a decir.

Ella asintió. Estábamos más que seguras de que no nos llevábamos bien, y después de que había dejado claras sus intenciones de dejarme atrás, algo dentro de mí me decía que no podía confiar en ella.

• • •

Podíamos ver la entrada cerca, pero anduvimos por el camino de tierra durante unos cinco minutos más, en silencio, sin dirigirnos la palabra.

Perder a dos personas en un día… De repente me pregunté cuánto tiempo habría pasado desde que habíamos llegado. ¿La tormenta habría caído? ¿El avión y nuestro vehículo habrían sido desmantelados? Un punzante deseo de regresar el tiempo para evitar que todos fuéramos a la misión, me invadió, pero el pasado no podía corregirse.

Cuando finalmente cruzamos la puerta, entramos a una sala más grande que la de la balanza de Judas. En el fondo había un enorme muro con un gran ventanal transparente detrás del cual se encontraba una persona. A cada lado del salón había tres puertas y de cada una de ellas salió un soldado. Los seis guardias se posicionaron firmemente frente a las entradas y ahí se quedaron, quietos, mirándonos.

Empuñé mi arma de inmediato. Estábamos completamente rodeadas.

Me fijé entonces en la muchacha apresada detrás del vidrio. No podía tener más de quince años, estaba asustada, tenía el rostro empapado en lágrimas y también rasgos asiáticos. El mal presentimiento que había estado sintiendo se hizo definitivo cuando Sora corrió hacia ella y gritó:

—¡Noa!

Se apegó al cristal como si deseara tumbarlo con sus manos. La muchacha, atemorizada, comenzó a sollozar mientras decía cosas que no eran audibles para nosotros. Avancé lentamente, consternada y atenta por si los guardias atacaban, pero ninguno parecía tener intenciones de apuntar. Pronto visualicé un pequeño pedestal en donde reposaba una tarjeta dorada y rectangular. La tomé y lo leí para mí misma.

El final está escrito. Tal y como lo prometimos, una vida por otra les abrirá el camino.

Automáticamente, en el interior de la cámara en donde se encontraba la muchacha, una fina línea de granos comenzó a caer en forma recta y grácil hasta el fondo.

Sora se volvió hacia mí. Nuestras miradas se encontraron y sus ojos desvelaron un brillo semejante a la locura. Su expresión ya no se veía centrada, había cambiado por completo. Demasiadas cosas llegaron a mi mente, pero solo pude prestarle atención a una: infiltrada. Di un paso hacia atrás, alejándome, pero entonces la guardia reaccionó y pasaron de estar muy quietos a apuntarme con sus fusiles.

Ella desenfundó el arma rápidamente. Ambas nos encañonamos como si fuéramos blancos de tiro.

—Suelta el arma y pon las manos arriba —me ordenó.

—Eras tú.

—Suelta el arma —repitió—. No tienes oportunidad.

Me incliné y dejé la pistola sobre el suelo, luego elevé los brazos.

—Yo habría deseado matarte, pero me han dejado claro varias veces que debes permanecer con vida —confesó. Apuntaba a la perfección, sin dudar—. Este es el final del camino, Drey. Ya no hay acertijos.

—Traidora —escupí con desprecio.

De repente, un sentimiento de ira me envolvió. Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa muy extraña que difirió entre la malicia y la demencia.

—No soy ninguna traidora. Nunca deserté. Siempre estuve del lado del verdadero líder —expresó con una nota de orgullo—. No es sencillo. Uno no elige esto, ¿comprendes?

—¿Estás segura? ¿Uno no elige traicionar? ¿No elige ponerse del lado

incorrecto?

—Ellos tenían a mi hermana y me lo hicieron saber antes del incidente. No había más opción. Debía unirme al ejército que ese soldado Levi estaba formando y servir de mensajera, informarles de todo hasta que ellos encontraran una buena oportunidad para permitirme poder salvarla. Pensaba que nunca podría, pero cuando se planeó el rescate de los científicos fue perfecto.

—Y supongo que el hecho de que yo me colara en la misión también lo fue, ¿no? ¿Eso era todo lo que necesitaban? Traerme para capturarme.

Evalué a la guardia con el rabillo del ojo. Estaban muy atentos a mis movimientos, pero podía encontrar alguna forma de salir, claro, si es que pensaba bien y no cometía alguna torpeza.

—No todo se trata de ti, Drey, por favor. ¿Yo qué iba a saber que vendrías? Te subestimé un poco, pensé que eras más inteligente, pero ya está claro que no. Eres muy joven, muy ilusa, demasiado tonta. No me agradaste desde un principio, pero bueno, ya no es mi problema. Ellos te llevarán. —Señaló a los guardias con un movimiento de cabeza—. Es una lástima que el imbécil de Ecain se haya arriesgado por ti, pensábamos proponerle que se uniera a nosotros. Era un excelente soldado.

Una chispa de remordimiento me atacó por haber desconfiado de quien había dado su vida para salvarme. Ecain no nos había traicionado.

—¿A dónde me llevarán?

—Supongo que a hacerte pruebas —respondió con simpleza—. Me consuela saber que no te mantendrán viva después de que extraigan de ti lo que se necesita para volver a la superficie. Pretendían dejarte en LA RAI, pero hay que ser realistas, es un grupo demasiado inútil y carente de recursos como para

progresar. No podemos esperar a que ellos averigüen las razones de tu inmunidad. Ya que estás aquí, que lo aprovechen.

Se abalanzó sobre mí. Su peso era mucho mayor de lo que parecía, y aunque forcejeé, logró retenerme las manos presionando mis muñecas contra el suelo. Quedé inmóvil, con una furia desconocida recorriéndome las venas.

—¿Cómo fuiste capaz de traicionar a quienes te mantuvieron con vida? —solté. Se relamió los labios y entornó los ojos.

—¿Cómo LA RAI fue capaz de alzarse contra los grandes? ¿Cómo pudo creer que podía ir en contra de algo que ha existido incluso desde antes de este siglo? —bufó. Ejecutó un movimiento rápido, pisó las articulaciones de una de mis manos con la gruesa bota que cubría su pie, presionó aún más mi otro brazo contra el piso y me apuntó con el arma justo en el cuello—. No se puede ir en contra de El Imperio, Drey, ellos lo dominan todo.

—No dominan el gas —rebatí, agitada.

—Es lo único que se les ha salido de las manos, pero lo lograrán, ellos harán que volvamos.

—El Imperio es salvaje y cruel, Sora, y si vas a negármelo, ¿entonces por qué capturaron a tu hermana? O mejor aún, ¿por qué la tienen en esa cámara? —le dije, tratando de distraerla para que se concentrara en hablar.

—En serio, nunca me has agradado —contestó con cierta burla—. El Imperio quiere paz, quiere un mundo con reglas que nos permitan vivir en tranquilidad, sin guerras, sin enfrentamientos, sin todo aquello que antes hacía de esta tierra una masa de sectores plagados de discordia. La solución ha estado desde siempre; el concepto de «igualdad» se entendió mal, por lo tanto, se tergiversó ocasionando un descontrol masivo en la estructura mundial. Lo único que pondrá orden será el correcto establecimiento de las clases sociales.

¿Economía? No. ¿Política? No. ¿Cultura? No. ¿Sociedad? Sí. Nadie es igual a nadie, Drey, hay seres más desarrollados, más afortunados, y esos, esos deberán liderar para que finalmente no nazca ni un solo humano pobre en todos los aspectos, para que no haya enfermedades, para que cada individuo posea una gran inteligencia. —Sus labios se extendieron para formar una sonrisa amplia y atroz—. El Imperio es salvación, ellos van a limpiarnos.

Así que eso deseaban. Tomar a las personas, seleccionarlas, manipularlas y convertirlas en una raza con cualidades y características específicas.

—¿Quieren un mundo en donde sean descartadas las personas con un mínimo defecto? ¿Un mundo en donde todos sean perfectos? —inquirí, hundiendo las cejas—. ¿Para ti eso no está mal?

—¿Por qué sería malo? —preguntó como respuesta, imponiendo mucho más el arma contra mi piel—. No habría enfermedades ni personas con niveles más bajos de entendimiento, mucho menos existirían los conflictos porque seríamos tan inteligentes que no causaríamos problemas.

—No lo estás entendiendo —le advertí negando con la cabeza—. No funciona así. Acabarán con cualquier persona que no sea como ellos lo desean. Los ricos humillarían a los pobres y ni hablar de las personas con piel más oscura. ¿Crees que realmente has comprendido lo que quieren hacer? Y, además, tienes ascendencia asiática. ¿En serio lo entiendes?

—¡¿Y tú qué puedes saber?! —vociferó con molestia—. No debo darte explicaciones.

Se movió más rápido de lo que esperé. Me impulsó hacia arriba y me exigió poner las manos sobre la cabeza, pero antes de que se colocara detrás de mí, aproveché para darme vuelta y entonces le propiné un golpe a puño cerrado en la cara. El arma se le cayó al suelo. Los nudillos me ardieron, pero sentí una ligera satisfacción. Intenté tomar el rifle que colgaba de mi espalda, pero unos

brazos me apresaron las manos, impidiéndolo. Era un guardia. Forcejeé por un instante, pero era más fuerte.

Sora se tanteó la nariz y cuando observó la sangre en sus dedos, la furia fulguró en sus ojos. Volvió a tomar la pistola y, en un arrebato de ira, apuntándome, gritó:

—¡Suéltala! ¡Suéltala, maldita sea!

El guardia me obligó a poner las manos contra la cabeza y me liberó, alejándose para regresar a su posición. Aproveché para mirar a la muchacha apresada. Golpeaba el cristal con desesperación porque la arena que había estado cayendo comenzaba a cubrirle las rodillas. Tenía tiempo de idear algo, de distraer a Sora para quizás poder hacer algún movimiento y quitarle el arma, aunque si lo hacía era posible que los guardias se lanzaran contra mí.

—Si Leiton era un infiltrado, debimos suponer que tú también. Eras su amiga, ¿no? —comenté. Ella se acercó. Apelaría a cualquier cosa que me llegara a la mente.

—Leiton muchas veces quiso arrepentirse. El día de la fuga después de que Didi hizo su trabajo, tuve que encargarme de él porque estuvo a punto de soltárselo todo a Levi —dijo sin un poco de remordimiento—. No hay lugar para los que dudan. O estás de nuestro lado o mueres.

—Tú lo mataste.

Soltó una pequeña risa sardónica.

—Le di un empujoncito y el gas se ocupó de lo demás.

—¿Por qué hicieron esto? La balanza, la niña, el león, ¿qué querían si no era a mí? —indagué rápidamente, logrando que se detuviera.

—Esta unidad era lo mejor que LA RAI tenía. Había que acabar con ellos

poco a poco, sobre todo con Exen. Crear supersoldados no es algo que solo Julian puede hacer. El Imperio tiene unos cuantos, así que no fue un desperdicio. Además, al líder le gusta divertirse y para él esto fue como ir al teatro.

Súbitamente, escuché un estruendo. Alcé la vista e intenté comprender qué estaba pasando. Reconocí una enorme figura agitándose entre una pila de escombros. Era el león que había derribado una pared, entrando de forma maravillosa. Sora se giró y los guardias no tardaron en comenzar a disparar, así que aproveché el momento para actuar y me fui contra ella con todo lo que pude. La tomé por el cuello y la desarmé al golpearle el brazo. La pistola cayó lejos. Forcejeamos por un momento. Me dio un codazo en el estómago que me sacó el aire, y yo le devolví el golpe a la barbilla. Se desorientó durante unos segundos.

Por su lado, el león arremetió contra la guardia de una forma impresionante, llevándoselos por en medio y aplastándolos con sus gruesas patas. Sora se incorporó lanzando un golpe que pude esquivar, respondí con un puñetazo al abdomen y la vi encorvarse. Antes de que pudiera hacer algo más, con fuerza le propiné una patada en el rostro. Cayó al suelo para retorcerse y de la funda vacía de su pistola se asomó un trozo de papel. Me acerqué para recogerlo mientras que el león se encargaba del último soldado que quedaba en pie. Se escucharon varios impactos y me agaché para cubrirme.

Entonces, pasó.

Escuché el sonido del disparo, pero no sentí la bala penetrar mi cuerpo, sin embargo, supe que estaba dentro de mi brazo cuando un intenso ardor me recorrió desde la mano hasta el hombro derecho.

Sentí como si un hierro muy caliente estuviera presionando contra mi piel y mi carne. Me balanceé debido al mareo que me nubló la vista. Me di vuelta y

vi a Sora atrás, en el suelo, sosteniendo la pistola. Ella me había disparado. Bajé la mirada, observé mi brazo y vi la sangre que brotaba de entre la rasgadura del traje. Me impulsé hacia adelante y caí de frente con las rodillas contra el piso.

Parpadeé pesadamente. Mi cuerpo comenzó a arder de frío y de dolor. No quería desplomarme del todo, así que me apoyé con mis rodillas. La sangre brotó tan caliente que casi sentí que me quemaba. Vi a Sora como una silueta deforme. Mis dedos temblaron. Tenía frío y el corazón me palpitaba muy rápido. Estaba a punto de caer, de perder la conciencia, pero no quería rendirme. No podía dejar que El Imperio me atrapara. Mis parpados amenazaron con cerrarse.

De repente cesaron los disparos. El suelo se estremeció debido a los pesados pasos y, ante mí, el león se abalanzó sobre Sora y la aplastó. El animal se agitó, inclinó la cabeza y, por último, después de un rugido estrepitoso, abrió el hocico, tomó el cadáver y procedió a comérselo. Cerré los ojos con fuerza, los abrí teniendo una imagen más clara y vislumbré una silueta sobre el lomo de la criatura. Intenté levantarme, pero no pude.

Para mi sorpresa, una mano completamente negra y moreteada se extendió en mi dirección.

—Sabía que era una traidora, pero no que su nivel de demencia era tan alto —expresó una voz masculina con una nota de desprecio.

Contemplé su rostro. Era él, era Exen y estaba vivo. Se encontraba de pie frente a mí, y a pesar de que entre segundos lo veía doble como si de dos supersoldados se tratara, sonreí ampliamente al momento en que mi cuerpo se derrumbó por completo. Antes de poder impactar contra el piso, sus brazos me rodearon.

—Oye, vamos, tienes que soportar, no te desmayes.

—Estás... —intenté decir mientras hundía mi cabeza en su cuello.

—Vivo, sí —respondió inmediatamente—, era una realidad virtual, ¿lo recuerdas? Al fondo del precipicio había agua, no pudo matarme, así que solo tuve que volver a la pradera y hallar la salida. Nunca morí. —Me tomó por las mejillas y me alejó un poco para que lo mirara. Su rostro parecía una mezcla de manchas—. Mírame, descubrí algo importante, esto está programado. Todo, las pruebas, las puertas y el entorno. Nadie vive en esta ciudad, nadie. ¿Me entiendes?

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Su cabello estaba húmedo.

—Que esta no es la base de El Imperio. No estamos en él, este lugar está abandonado.

—Pero yo vi...

Inhalé profundamente. El frío se intensificó.

—Sí, en aquel pasillo con grandes ventanales vimos una ciudad, pero cuando salí de la realidad virtual, aparecí en un almacén y lo vi todo. La ciudad que aquí había, está deshabitada. Ha sido un engaño.

—Ecain...

—¿Está muerto?

—El león lo mató, ¿no viste su cuerpo?

—¿Ese león? Pero si lo encontré afuera del almacén. Es muy raro. Estaba dormido, creo, pensé que era peligroso e intenté pasar sin que me viera, pero se levantó y comenzó a ronronearme. No había ningún cuerpo. —Se ubicó de rodillas a mi lado—. Bien, Drey, estás perdiendo sangre, así que haré algo para presionar tu brazo. Nos iremos de aquí.

—Oye —le llamé antes que de que hiciera algo más—. Creo que esto es solo

para ti.

De uno de mis bolsillos, extraje el papel que se había salido de la funda de Sora. Se lo entregué y él lo contempló por unos segundos sin expresión alguna, luego lo guardó en su traje. Era la última verdad.

—Por favor, saca a la hermana de Sora —me apresuré a decir. Traté de girarme sobre mis rodillas y la observé. La arena le cubría el pecho. Lloraba sin parar y golpeaba el vidrio con lo que se podía ver de sus manos—. ¡Hazlo!

Exen dudó, pero finalmente se levantó y disparó consecutivamente al cristal que cedió luego de varios intentos. La arena se deslizó fuera, llevando consigo a la muchacha. El supersoldado volvió a concentrarse en mí. Con el cuchillo que había en su cinturón, cortó un pedazo de la tela que le protegía por debajo de la rodilla.

Parpadeé más para que mi visión pudiera aclararse. No podía desmayarme, me sentía débil, pero tenía que mantenerme consciente. La mano con la que Exen sostenía el cuchillo me llamó la atención. La piel había adquirido un color negro y violeta que le recorría hasta la mitad del antebrazo, pero aun así él la movía con total facilidad. Recordé que justo allí le había picado el escorpión.

Arrancó el último segmento de tela y luego envolvió mi brazo con él. Hizo un nudo muy fuerte que me causó un ardor más intenso, pero aquello funcionó para contener el brote de sangre que me enfriaba la piel.

—Pudiste haberte ido sin mí, sé que Levi les hizo jurar que me protegerían, pero no era necesario —comenté. Mi boca comenzó a secarse, tenía mucha sed.

—No necesito jurarle nada a nadie para cuidarte. Lo he hecho desde que te conocí y lo seguiré haciendo hasta que ya no pueda volver para protegerte.

—¿Volviste por la inmune? —inquirí esbozando una sonrisa.

—Volví por Drey.

Sus labios formaron una sonrisa muy amplia. Me ayudó a levantar del suelo. Ya no estaba tan mareada, pero aún las cosas ante mí lucían un poco distantes. Me ardía el brazo, pero podía hacer todo lo posible por ignorar el dolor. Al erguirme completamente, me tomó unos pocos segundos mantenerme de pie sin la ayuda de Exen; sacudí ligeramente la cabeza y después de alzar la vista hacia la hermana de Sora que, sobre el suelo sollozaba con las manos sobre el rostro, me aproximé a ella y le tomé por los brazos, impulsándola a erguirse.

—Tenemos que irnos, rápido —le dije. Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Sora… ella… ese animal… —musitó entre el llanto.

—Ella quería salvarte —solté, intentando levantarla del suelo— pero no estaba bien. Tenemos que irnos, no te dejaré aquí.

Antes de que pudiera decir algo más, un estruendo nos sobresaltó. Desde el techo cayeron un cuarteto de rejillas junto con una gruesa y potente oleada de arena que era expulsada desde las aberturas del techo. Llenó el suelo en un santiamén, tocando la suela de nuestras botas. Si no nos íbamos, la arena nos tragaría dentro de la sala.

—¡Vamos, Noa! —le grité. Por un instante se negó, pero cuando la arena volvió a cubrirle las piernas, se levantó con rapidez.

Exen nos indicó que debíamos subirnos al león, así que sin dudar lo hicimos. ¿Cómo era que no nos atacaba? ¿Era el mismo animal que se había llevado la vida de Ecain? Sentí cierta desconfianza hacia él, pero no pude estar segura, todo me daba vueltas. Nos colocamos sobre el lomo de la criatura y, con el supersoldado al mando, el león cruzó el mismo agujero que había hecho para entrar.

• • •

El león atravesó a toda velocidad la verdadera ciudad. Los edificios, las casas y las calles estaban vacías. Si no hubiese sido por las potentes pisadas del animal, el silencio habría sido tan profundo como en la superficie.

El brazo me ardía y la temperatura de mi cuerpo había bajado. Ya no sentía la calentura de la sangre brotando de mí, pero notaba que poco a poco se me hacía más difícil mover la mano. Noa se aferró a mí. No dejaba de sollozar y parecía que estar montada sobre el asesino de su hermana era una tortura para ella.

El león se detuvo y los tres bajamos de su lomo afuera de un edificio. Exen se despidió de él dándole algunas palmadas sobre el enmarañado pelaje que le bordeaba la cabeza y luego nos introdujimos en la estructura.

Reconocí los pasillos blancos y comprendí la razón de que algunas luces funcionaran y otras no, pues no necesitaban dar completa electricidad porque nadie habitaba la ciudad.

—¿Cómo supiste que era una traidora? —pregunté omitiendo el nombre de Sora para no alterar más a Noa que daba pasos temblorosos en medio de ambos.

—Antes de que entráramos a la realidad virtual, ella me llamó supersoldado y nadie le había dicho que yo lo era, además, noté que casi nada le afectaba. Estaba loca.

—Exen, ella no pudo haber sido la única infiltrada —comenté. Él se estaba guiando por el mapa en su traje.

—Qué bueno que lo dices, porque pienso igual —confesó con alivio, luego se quedó en silencio por unos segundos hasta que dijo—: ¿Cómo murió Ecain exactamente?

Se me formó un nudo en la garganta. ¿Cómo había muerto? Injustamente, por mi culpa, por salvarme y probablemente por no romper el juramento que Levi les había impuesto. Por proteger a la inmune, lo único que al comandante le interesaba.

—El cuerno del león... —fue lo que pude decir.

—Ah, ya —expresó y giró su cabeza para verme—, pero no podía ser el mismo que yo encontré, ¿cierto? —añadió.

—No lo sé. Aquel era violento, estaba dispuesto a asesinarnos y este era manso. Es posible que tengan más animales así, ¿no crees? Pero, ¿por qué no te atacó? Lo domaste muy fácil.

—Mira, Drey, no tengo ni la más mínima idea. Si toda esta misión ha sido un fallo tan grande y una mentira tan elaborada, ¿cómo sabré por qué el león se encariñó conmigo? —contestó sin detenerse y después de un rato añadió—: La salida está a tres pasillos a la derecha, si corremos sin detenernos llegaremos a la habitación donde dejamos los trajes, y luego al ascensor. ¿Entendido? Prepárense —advirtió. Lo miré con extrañeza.

—¿Para qué?

—Lo vi cuando iba a buscarte, de hecho, me lo topé antes de encontrarte, pero pude huir gracias al león, ya sabes —respondió mirando hacia ambos lados—. No podemos dejar que nos alcancen. Si te toca al menos una, te dejará una quemadura muy incómoda. Me cayó una en la mano y me ardió más de lo que puedes imaginar.

—¿De qué hablas?

Exen dio un paso adelante. Tan rápido como lo hizo, desde el pasillo izquierdo apareció una masa oscura y marrón que, adherida a la pared, comenzó a extenderse hacia nosotros. Me tomó un segundo comprender que

aquello era una oleada de insectos y no de cualquier tipo, sino de cucarachas. El sonido producido por todas ellas moviéndose en conjunto como una manada de óvalos portadores de antenas y patas delgadas, no solo era inquietante, también repugnante. Llenaron la pared viéndose como una gigantesca mancha que poco a poco tomaba más terreno.

—De eso —soltó y echó a correr por el pasillo de enfrente.

Tomé la mano de Noa y no tardamos en huir también. Detrás de nosotros, las cucarachas se avecinaban a una velocidad increíble. Imagine que, si nos alcanzaban, nuestros cuerpos quedarían cubiertos y hundidos bajo ellas.

Giramos a la derecha con prisa. Las cucarachas no se detuvieron ni por un instante, como si supieran que debían seguirnos. Debido al ajetreo, la herida comenzó a punzarme. Lo peor que podía pasar era que perdiera mucha sangre y que me desmayara ahí mismo por eso.

Volvimos a girar para avanzar por el pasillo siguiente, pero otra oleada de insectos surgió desde la pared, inminente y veloz. Exen se detuvo, pero rápidamente se giró para observar el pasillo que teníamos hacia ambos lados. Nos vimos obligados a cambiar de dirección, una idea que nos complicaba la huida porque nuestro camino era el que habíamos abandonado, así que debíamos hallar otro que nos condujera al ascensor y que no estuviera plagado de cucarachas.

—¿Sabes a dónde vamos? —le pregunté entre la agitación.

—Sí, pero cualquier vía que no tenga insectos estará bien para retomar el camino.

Miré hacia atrás y vi cómo la manada de bichos continuaba apoderándose de las paredes. Tomada de mi mano, Noa continuaba entre sollozos. Sin interrumpir el paso, Exen comenzó a manipular la pantalla en su traje.

—¡Bien, estamos cerca, corran y no se detengan!

No dudé ni un segundo en obedecerle. Si los tres salíamos ilesos de ahí, si mi cuerpo aguantaba hasta llegar al avión o resistía hasta pisar territorio seguro, sería suficiente para mí. Nuestros pasos no podían escucharse entre el sonido de tantos insectos juntos, pero los jadeos que emitíamos debido a la desesperación, sí. Doblamos en un pasillo, luego en otro y después en otro más. Las cucarachas estaban cerca, aunque no demasiado. Teníamos una posibilidad.

Exhaustos, al momento de hacer otro cruce, observamos las puertas abiertas del elevador al final del pasillo. Exen apresuró el paso y llegó hasta la puerta contigua, la abrió y se introdujo en la habitación. Los trajes reposaban en el suelo del almacén. Nerviosa, ayudé a Noa a entrar en uno. Le quedaba grande, pero de igual modo estaría segura.

Los insectos se asomaron por la esquina y comenzaron a cubrir la pared y el suelo.

—¡Date prisa! —le grité a Exen, alternando la mirada entre los bichos y él.

Empecé a sudar más. Algunos mechones de cabello se me habían salido de la coleta que me lo sujetaba y me estorbaban en la cara. Mi corazón palpitó intensamente contra mi pecho. Se acercaban más y más.

—¡Exen, apresúrate!

—¡Ya casi!

Visualicé las cucarachas en el suelo, avanzando, moviendo las antenas de un lado a otro. El sonido que producían se intensificó por su cercanía. Tragué saliva y sentí cómo mi cuerpo comenzaba a helarse, produciendo un extraño sudor frío en todas las partes en las que podía transpirar. Noa retrocedió volviendo a tomar mi mano, temblando y gritando.

—¡Exen!

Las cucarachas avanzaron hasta estar a casi solo dos metros de nosotros, y cuando pensé que iban a cubrirlo todo con sus patas, un fuerte jalón nos hizo aterrizar a Noa y a mí dentro del ascensor. Exen presionó desesperadamente los botones y las puertas comenzaron a cerrarse. Los insectos se abalanzaron sobre lo que pudieron y justo cuando las puertas se unieron, unas pocas lograron ingresar. El supersoldado las aplastó en un arrebato de furia. Cuando se aseguró de que estuvieran muertas, se quedó quieto, contra la pared, respirando agitadamente.

Tenían los trajes y lo habíamos logrado.

• • •

El ascensor se abrió ante nosotros. Al salir del pasillo de la caseta, la oscuridad de la noche nos recibió. ¿Cuánto había pasado? ¿Un día? ¿Dos? No podía haber transcurrido demasiado tiempo porque el suelo estaba húmedo.

Exen encendió su linterna y avanzamos con cautela, atentos ante cualquier movimiento sospechoso que pudiéramos detectar. No estaríamos seguros hasta alejarnos.

Tomamos camino de regreso al refugio y no nos sorprendimos cuando lo encontramos rodeado de soldados. Nos ubicamos tras un gran arbusto, le pedí a Noa que no hiciera ruido y estudiamos el perímetro.

Los soldados de El Imperio tenían trajes negros, oscuros como la noche, con linternas incorporadas y fusiles de asalto M16 —los cuales pude reconocer gracias a las enseñanzas de Carter— como arma de defensa. El traje en realidad no difería demasiado en diseño al de nosotros, pero no tenía tanques de oxígeno incorporados. Aquello podía ser la diferencia, el toque más avanzado.

Los hombres estaban situados de forma estratégica; al frente, justo en donde habíamos dejado el auto, en las esquinas y probablemente también atrás. Aguardaban pacientemente haciendo rondas de movimiento.

—¿Qué haremos? Así no podemos tomar el auto —susurré. Debíamos usarlo, era obligatorio, porque el tramo de allí al aeropuerto de la base militar era bastante largo como para ir caminando.

—Tengo una idea.

Se agachó y comenzó a rebuscar por el suelo. Sin saber qué pretendía hacer, esperé a que efectuara su plan. Un momento después volvió a su posición inicial sosteniendo una roca que abarcaba la palma de su mano. Analizó el entorno unos segundos y luego de tomar impulso, arrojó la roca hacia una de las paredes laterales del refugio. La piedra impactó produciendo un ruido que llamó la atención de los guardias en la entrada. Ellos se giraron, confundidos, pero solo tres acudieron para buscar el origen del sonido. Exen volvió a tantear el suelo, tomó otra roca y rápidamente la lanzó en otra dirección que no logré ver. Los otros dos soldados que quedaban se movieron en la dirección del impacto.

En ese momento, Exen tiró de mi brazo sano y los tres, de cuclillas, nos dirigimos al auto.

Una buena jugada, los soldados estaban distraídos y la oscuridad de la noche nos beneficiaba haciéndonos menos visibles. Subimos al vehículo. Exen se ubicó tras el volante y comenzó a buscar de un lado a otro, aunque moverse de ese modo con el traje antigás se le hacía un poco complicado.

—¿Y la llave? ¿Dónde dejó la llave? —preguntó con desespero.

—¡No sé! ¿La dejó aquí? —susurré, asustada, porque si la llave se había ido con el cuerpo de Sora al estómago del león, nuestras posibilidades de huir

serían nulas.

—Mierda, no me digas que... —murmuró mientras se agachaba para buscar mejor—. ¡Aquí está!

Exen introdujo la llave y con premura encendió el vehículo. Volví mi cabeza para echar un vistazo. Justo cuando pisó el acelerador, los soldados corrieron hacia nosotros, alarmados, conscientes de que estábamos ahí, listos para perseguirnos.

Las llantas del auto produjeron un chirrido agudo después de que Exen aceleró inesperadamente. Mi cuerpo se impulsó hacia atrás y luego hacia adelante, y un ligero mareo me desorientó por unos segundos. Eché otro vistazo hacia el camino que dejamos y vi que tres pares de luces venían tras nosotros. Le pedí a Noa que se recostara del sillón y que ocultara cualquier parte de su cuerpo.

—¡Joder, nos van a atrapar! ¡No están tan lejos! —vociferé.

Tuvimos suerte de que la carretera era lisa y carente de curvas, pero estábamos en desventaja porque el auto no tenía techo y nos dejaba vulnerables.

El viento me golpeó el rostro con tanta fuerza que me obligó a entrecerrar los ojos para poder ver. Detrás, a varios metros, los soldados enemigos nos seguían. ¿Cómo tomaríamos el avión si casi nos pisaban los talones? Entonces recordé que el avión no funcionaba.

—¡El avión no funciona! ¡Debemos ir a otro lugar! ¡Hay que perderlos! —le grité a Exen.

Un estruendo nos alarmó y tuvimos que bajar la cabeza para que la bala no nos diera. Habían disparado.

—¡Eso no es juego limpio! —bufó Exen y pisó más a fondo el acelerador, exigiéndole al vehículo que diera todo lo que tenía.

Un minuto después, otro disparo fallido. Me cubrí la cabeza con el brazo y la agaché para protegerme. Revisé a Noa, estaba hecha un ovillo sobre el asiento, así que se mantenía segura. El traje le quedaba un poco grande, pero funcionaba para protegerla. Exen forcejeó con el volante mientras se refugiaba para no perder la dirección del auto.

—¡Apaga las luces!

Lo hizo porque así quizás tendrían menos posibilidades de acertar con alguna bala. Aún faltaba camino y ellos se mantenían a una distancia considerable de nosotros. La idea de que pudieran ganar la persecución, me agobió.

—¡Drey, necesito que hagas algo! —expresó Exen después de que nos agachamos para esquivar otro disparo.

—¿Qué?

—¡Que les des con lo mismo!

—¿Quieres que les dispare?

—¿Podrías? Tienes un rifle, has dicho que se te da bien, dale a las llantas —habló sin apartar su mirada de la carretera.

—¡De acuerdo!

¿Podía hacerlo? Claro que sí, pero mi brazo derecho estaba lesionado y apuntar y disparar solo con la izquierda, sabiendo que era diestra, podía resultar mal. Sin embargo, debido a la situación en la que estábamos envueltos, al intentarlo no perdía nada. Tomé aire y me reubiqué sobre el asiento apoyando las rodillas en él para poder inclinar mi cuerpo hacia la parte trasera del vehículo. Me descolgué el rifle. Sería difícil apuntar mientras

el auto estaba en movimiento, sosteniendo con la izquierda y bajo la oscuridad de la noche.

Agaché la cabeza cuando escuché otro disparo.

—¡Apóyala del espaldar del asiento! —exclamó Exen.

La mejor manera era disparar boca abajo, pero no podía adoptar esa posición en aquel momento, así que, con las rodillas en el borde del cojín, descansé el rifle de la cabecera del asiento y me incliné hacia adelante para poder apuntar. Sostener el arma con la mano izquierda y tratar de estabilizar con la derecha, era incómodo. Mis dedos temblaron, por lo tanto, el rifle también.

Antes de que siquiera pudiera echar un ojo a la mira, y justo después de que se escuchara una secuencia de disparos, el auto dio un giro inesperado que me lanzó hacia atrás. Impacté contra el vidrio delantero y un dolor agudo en el brazo me hizo vibrar los sentidos. Miré a Exen, desorientada.

—Tranquila, no nos dieron —informó—. ¡Ya sabes, trata de dar en las llantas!

Asentí y volví a acomodarme en la butaca. Después de asegurarme de que el rifle estuviera bien sostenido, incliné la cabeza hacia adelante y aproximé mi rostro hacia él. Pude ver el punto central de la mira moverse de un lado a otro por la poca estabilidad. Busqué apuntar a los neumáticos del auto que estuviera más cerca, pero la mira alternó entre la carretera y las llantas.

Cuando finalmente decidí disparar, tuve que sostenerme bien para que el retroceso del arma no me impulsara hacia atrás. La bala salió, pero no dio al blanco, y como habíamos decidido pagarles con su propia moneda, respondieron con una oleada de descargas que nos obligaron a ocultarnos rápidamente.

Exen casi perdió el control, ya que al cubrirse el volante se le escapó de las manos. El auto zigzagueó casi arrojándome fuera de él. Tuve que sostenerme fuerte hasta que logró normalizar el ritmo.

Pisó el acelerador y volví a intentarlo. Posicioné el rifle, apunté, disparé y fallé. Traté de nuevo. El viento iba en mi contra colándose por mis ojos, pero no me detendría. Cambié de posición el arma para sostenerla con el brazo derecho. Podía hacerlo, aunque me doliera. Apunté y apreté el gatillo. Mi brazo flaqueó y perdí todo poder sobre él. El rifle cayó de mis manos. Pudimos escuchar el rechinar de los neumáticos, y para cuando alcé la vista uno de los autos se había quedado y dos continuaban persiguiéndonos.

—¡No, mierda, no! —soltó Exen de forma repentina.

Volteé y justo delante de nosotros se avecinaban dos vehículos más. Si Exen no se detenía, el impacto sería fatal. Me miró a través del cristal que lo protegía y reconocí la decepción en sus ojos, pero no hacia mí, sino hacia sí mismo. Pero, ¿de qué podría estar decepcionado? No era nuestra culpa.

Antes de que pudiéramos estrellarnos, pisó el freno para poco a poco ir deteniendo el auto. Estábamos rodeados. Alrededor de la carretera no había más que árboles y protuberancias rocosas. No vislumbré alguna forma de escapar, al menos no una que fuera segura.

El vehículo paró completamente y los otros también. Las luces nos dieron en los ojos, eran casi cegadoras.

Iban a llevarnos o peor, me llevarían a mí y matarían a Exen y a Noa. Escuchamos una puerta cerrarse, pero no pudimos ver mucho por la luz. Asumí que alguno de los guardias se había bajado y que venía hacia nosotros.

• • •

Al frente, luces. Atrás, luces. No sabía ni siquiera cuántos soldados se

acercaban, pero sí estaba al tanto de que alrededor teníamos a bastantes de ellos bien armados.

—*Put your hands up!* —pudimos escuchar. Era una voz varonil, muy común, pero que bastó para helarme el cuerpo.

Querían que eleváramos las manos. Obedecimos, aunque Exen dudó un instante en hacerlo. No había vuelta atrás, estábamos atrapados.

—*Get out of the car!* —nos ordenaron.

Exen se volvió hacia mí por un segundo. Lucía enojado. Abrió la puerta del auto y bajó de él. Hice lo mismo junto a Noa, y al poner los pies en el suelo pude jurar que iba a desmoronarme. Todo ante mí se tornó borroso, pero la tomé de la mano.

El estrépito de un auto acelerando, llegó a nuestros oídos. Miré hacia todos lados, confundida. Desde la plenitud de una de las bajas montañas que había al lado de la carretera, apareció una camioneta 4x4 que se abalanzó hacia la parte libre del camino.

Antes de que aterrizara, se escuchó una onomatopeya de emoción.

—Wohoo!

Seguido a eso, una ráfaga de disparos que solo podían provenir de una ametralladora, parecieron arrasar con todo a su paso. Luego de cubrirme junto a Noa, tardé en comprender que no nos disparaban a nosotros, sino a los soldados enemigos.

Exen llegó.

—¡Sube al auto, vamos!

Pero no pudimos hacerlo porque la camioneta que había aparecido de la nada nos lo impidió. Vimos a la persona que iba al volante. Un robusto y gran

hombre se alzó sobre el cojín portando una ametralladora. Su cuerpo estaba cubierto por un traje ceñido de color gris y su cabeza estaba protegida por una máscara transparente que dejaba a la vista su rostro. Tenía barba poblada y las comisuras alzadas formando una gran sonrisa.

Desde la montaña apareció otro camión blindado. Aterrizó, arrimando los autos de los soldados que nos habían estado persiguiendo. Miramos más allá y los vimos muertos. El camión blindado liberó camino en la carretera y después de detenerse abrió la escotilla. Desde el techo del mismo surgió una persona.

Una persona cuyo rostro era familiar para nosotros, cuyo cuerpo estaba cubierto por el mismo traje que el del otro hombre. Una persona importante:

El sexto científico.

—¡Suban rápido! —nos dijo—. ¡Vienen más y están cerca!

Vacilamos y ni siquiera lo creímos, pero el hecho de que aquel hombre se creyera muerto y aun así fuera buscado por LA RAI, nos obligó a confiar en él.

—¡No se queden ahí parados! —gritó el hombre de la espesa barba negra—. ¡Suban antes de que nos alcancen!

Exen me tomó por el brazo y nos impulsó a mí y a Noa hacia la camioneta. El científico sobre el camión blindado se introdujo de nuevo en él y cerró la puertecilla. Iríamos con el hombre fornido, el que tenía más pinta de Arnold Schwarzenegger que de cualquier otra cosa. Tomamos asiento atrás y fue en ese momento que nos dimos cuenta de que no estaba solo y que de copiloto iba alguien más cuyo rostro no podíamos ver.

—No se preocupen, los llevaremos al avión. Logramos hacer que funcionara —anunció el hombre mientras volvía a sentarse—. Por cierto, soy Antuan, pero pueden decirme Tan.

Sin avisar, pisó el acelerador y arrancó por el camino que el camión blindado había dejado libre. Volví a sentir la brisa golpearme el rostro y fue casi como un alivio.

El auto se desplazó cómoda y rápidamente, pero al echar un vistazo hacia atrás, vislumbré seis focos de luz en la lejanía. Era cierto, venían más.

—Exen… —le llamé, pero él habló más rápido. Noa se aferró a mí.

—Tranquila, llegaremos —pronunció, luego se echó hacia adelante para hablarle a Antuan—. ¿Crees que nos alcancen?

—A mí nadie me ha alcanzado, amigo, eso te lo aseguro —respondió él con diversión.

Aceleró más, haciendo resonar el motor. Nos habíamos subido al vehículo de un completo desconocido, el sexto científico había aparecido, la guardia de El Imperio nos perseguía y la sangre me comenzó a manar del brazo. Dudé que realmente fuéramos a lograrlo. Volví a echar una mirada a la carretera que dejábamos atrás y mis ojos se abrieron de par en par cuando distinguí un vehículo cerca. ¿Cómo lograban alcanzarnos tan rápido?

—¡Están muy cerca! —proferí violentamente. Los pequeños ojos de Antuan se reflejaron en el retrovisor.

—¡Ya sabes qué hacer, Fiona! —expresó el hombre.

La persona que iba justo en el asiento de al lado se incorporó ágilmente sobre el cojín y alzó un rifle tan grande cuya boca casi me golpeó la frente. Entonces le vi el rostro cubierto por la misma máscara. Rasgos finos e intensos ojos verdes. Era una chica y no una simple chica, una que por lo visto maniobraba el rifle con total confianza y mucha más agilidad que yo.

—Baja la cabeza —me dijo sin un ápice de ánimo. Todo lo contrario a Antuan.

Lo hice. Escuché un disparo y luego el sonido de un auto perdiendo el control. Alcé la cabeza rápidamente y miré sorprendida cómo el vehículo se quedaba atrás. Una sola bala le había bastado, un simple instante. La que debía llamarse Fiona volvió a su posición inicial y se sentó con tranquilidad. Miré a Exen y detecté la fascinación en sus ojos.

Sí, hasta yo había quedado impresionada.

Supe que Antuan había acelerado más y en poco tiempo pude reconocer la entrada a la base en donde habíamos dejado el avión. Inhalé hondo, estábamos llegando. El corazón me dio un vuelco cuando, después de atravesar un arco con un lema militar escrito en él, vimos a más de cuatro vehículos enemigos rodeando el avión. Estaban ahí, no había oportunidad.

—Debí imaginarlo —habló Antuan mientras giraba el volante—. Bien, amigos, creo que buscaremos una vía alterna.

Pero no pudimos escapar porque un vendaval de disparos hizo estallar las llantas y la 4x4 se quedó quieta. Sentí los latidos en el cuello, en la cabeza y en los oídos. Más de seis soldados corrían hacia nosotros.

El camión blindado en el que iba el científico se detuvo a pocos metros de distancia y tan rápido como parpadeé, la escotilla se abrió y cuatro hombres salieron de él.

El enfrentamiento inició. Las balas iban de un lado a otro.

—¡Debo admitir que la acción me gusta más! —vociferó Antuan y dio un salto fuera de la 4x4. Con su ametralladora comenzó a disparar. Fiona se refugió tras la puerta y empezó a apuntar con su rifle.

—¡Hay fusiles en la parte trasera! —nos informó ella—. ¡Si quieren huir, ya saben qué hacer!

Exen ni siquiera lo pensó, extrajo un fusil y se colocó con los pies sobre el

asiento.

—¡Agáchate y quédate abajo! —me dijo, pero antes de hacerlo, me aseguré de que lo hiciera Noa.

Haría todo lo posible por protegerme, pero con tantos disparos y tantos soldados me preocupaba más que no se protegiera él, porque si una bala lo alcanzaba, el traje se rompería y el gas lo mataría. Lo vi agacharse para que no le dieran, y luego incorporarse y apretar el gatillo hasta más no poder. También quise luchar, no por mí, sino por todos los que lo estaban haciendo, así que, arriesgándome, tomé el rifle de nuevo e ignoré las quejas de Exen. Lo sostuve con el brazo derecho que ya casi no sentía y disparé.

Era la primera vez que arremetía contra otra vida humana. Cuando una de mis balas penetró el brazo de uno de los soldados y la sangre brotó de él, supe que la persona que había sido y la persona que era en ese momento, jamás serían la misma.

Los oídos me zumbaron, quise detenerme, pero una sensación intensa de proteger a Exen, tanto como él me protegía, me exigió seguir. Lo recordaba muy bien de quien había marcado mi vida para siempre, de quien me había arrebatado mi dignidad y toda mi vergüenza, del hombre que me había despojado de una parte de mi inocencia y de aquel al que, si regresaba, podía llamar «maestro». Carter había tenido razón en todo. Aquellos hombres eran mercenarios y mataban a diestra y siniestra, por lo tanto, nuestro deber era defendernos, no intentar ser pacíficos.

—¡Granada!

Exen se abalanzó sobre mí y juntos caímos contra el suelo del vehículo en donde Noa estaba escondida. Una explosión nos hizo retumbar los tímpanos. La cabeza me dio vueltas. Mi cuerpo poco a poco se desplomaría, lo sentí, quería caer.

Para cuando nos levantamos, vimos a cinco soldados enemigos muertos, a un hombre de nuestro lado desmembrado por la explosión y a más de seis guardias de El Imperio saliendo de un camión blindado que había llegado. Eran demasiados y nosotros muy pocos.

Antuan disparaba con satisfacción mientras que Fiona se cargaba a varios con cada disparo preciso. Pude jurar que incluso el científico estaba lanzando balas y dando batalla, pero yo no podía más. Mi brazo estaba empapado en sangre y todas las extremidades comenzaban a cosquillearme. ¿Estaba muriendo? ¿Mi cuerpo daba su última pelea?

El cielo se iluminó de repente. Una lluvia de objetos circulares cayó sobre el avión y sobre los soldados enemigos. Seguidamente, una explosión liberó una gigantesca nube de humo blanco que impidió la vista de ambos lados. No veíamos a los soldados y ellos no nos veían, pero sí pudimos ver un helicóptero descender desde las alturas. Alcé la vista entre humo, viento, calor y desesperación, y las iniciales L. R. A. I marcadas sobre el vehículo aéreo fueron claras.

La Resistencia Antiimperialista.

El helicóptero aterrizó a varios metros y de él surgieron más de quince hombres cubiertos por trajes blancos y protegidos por escudos blindados. Un segundo después, una figura más alta e imponente se abrió paso portando un enorme fusil de asalto. Mi corazón palpitó rápido cuando se aproximó corriendo y sus inconfundibles ojos verdes se encontraron con los míos.

Era Levi, el comandante Levi Homs, y no solo estaba ahí, sino que estaba preparado, cubierto por un traje, armado y listo para el combate.

Se posicionó frente a nosotros y cuando la nube de humo se aclaró, apretó el gatillo dejando fluir los disparos con éxito. Caía uno, otro y otro. Desde los

laterales, bien cubiertos, los demás soldados cooperaban. La guardia de El Imperio contra LA RAI y contra el otro grupo que desconocía.

Exen no se quedó atrás, empuñó el fusil y dio todo por donde pudo. Busqué también el arma que había tomado y con toda la intención de ayudar decidí dispararles a los enemigos en las extremidades para que cayeran. Las posibilidades de volver a salvo, crecieron, porque ya no estábamos solos y podíamos lograrlo.

—¡Lleva a Drey al helicóptero! —ordenó Levi desde su posición.

Exen acató el mandato y bajó del auto. Me tomó de la mano, pero yo tomé a Noa también, y luego nos impulsó a correr a las dos. El helicóptero no estaba demasiado lejos. Volví mi cabeza hacia atrás para observar al comandante, pero de nuevo aquella sensación me atenazó.

Algo había entrado en mi cuerpo y no debía estar ahí. No oí nada, mi capacidad auditiva cesó. Los disparos, la desesperación, el ajetreo y todo aquello que me rodeaba, desapareció. Sentí la mano de Exen sujetándome, y luego sus brazos envolverme.

Aquella noche, a tres horas del lugar en donde había encontrado a LA RAI, bajo el cielo estrellado, ante la imagen de Levi H, cerré los ojos y luego todo se volvió oscuridad.

EN ALGÚN LUGAR

La tenue luz del bombillo que colgaba del techo, era lo único que alumbraba la sobria habitación. El calor se concentraba en el recinto y los dos hombres que estaban conversando de forma confidencial, tenían las manos húmedas y la frente empapada en sudor. En aquel lugar no había más que un escritorio repleto de papeles contra una esquina y una cartelera que mostraba algunos mapas.

—Entonces, señor, ¿todo salió como usted quiso? —inquirió el hombre al otro lado del escritorio, allí en donde se sentaba cualquier visitante.

—¿Tú qué crees? —preguntó el señor que, en ese momento, con mucha agilidad resolvía un desgastado cubo de Rubik. Había un toque de diversión bajo su profunda voz—. No pudo haber salido mejor.

—Eso me alivia, porque después de todo lo que tuvimos que hacer para preparar las pruebas, que algo resultara mal habría sido terrible.

—Necesito que estés tranquilo, aunque las cosas fallen —le exigió el señor —. Si quieres seguir siendo mi hombre de confianza, no puedes andar por ahí con los nervios a flor de piel. ¿Has escuchado este dicho? La paciencia es amarga, pero sus frutos son dulces.

—No se preocupe, y sí, me lo sé de memoria —aseveró el hombre—. Pero dígame, ¿cree usted que lleguen a sospechar algo?

El señor se tomó un minuto para pensar y recargó el torso en el espaldar de la silla, aún sin apartar la mirada del cubo. Ese tipo de juegos lograban

fascinarlo, así como cualquier cosa que representara un reto o un enigma. Todo misterio lograba atraerlo de una forma especial: el misterio de su pasado; el misterio de ASFIXIA y el misterio que él representaba para LA RAI.

—LA RAI no sospecharía nada —aclaró con una notable satisfacción—. Una prueba de ello es que no sabían que ya no estamos bajo tierra, aunque, ya lo sabrán. El polifacético comandante Levi Homs, ignora mucho sobre nosotros.

—Señor, pero ahora que lo pienso, tengo entendido que el supersoldado no murió. Ese fue un fallo, ¿no? Usted sabe que los fallos...

—No lo fue —interrumpió—. Cambié de opinión respecto a eso, lo quise vivo para que le diera un mensaje importante al doctor Julian.

—¿Qué mensaje? —preguntó el hombre, frunciendo sus delgadas cejas.

—Que nadie puede ocultarnos ni el más mínimo detalle. Nadie puede mentirnos. No existe rincón del mundo en donde yo no vea lo que sucede. Julian lo entenderá. Todo acto tiene una consecuencia, a veces mala, a veces buena, pero consecuencia al fin y al cabo. ¿Ya lo ves? La traición se paga muy cara.

El hombre quiso ignorar aquellas palabras.

—Por cierto, señor, la carga de conejos murió mientras era transportada —informó. El señor no se inmutó.

—Tenemos muchos más.

—Pero eso no significa que debemos desperdiciar, usted mismo lo ha dicho.

—Por ahora no me preocupo por una carga de conejos que podemos recuperar. Estoy planeando algo grande, algo importante, algo muy especial para LA RAI, ya que después de todo no somos tan diferentes.

—¿Se puede saber qué es, señor?

—Te lo contaré luego, pero, ¿sabes qué? Me gusta darles buenas lecciones de vida a las personas que lo necesitan.

—De acuerdo, usted manda y yo obedezco —expresó—. Tengo algunas dudas, ¿podría aclarármelas?

—Por supuesto.

—¿No le molestó que Didi, Leiton y Sora hayan muerto? Además, se llevaron a la chica, Noa.

—Cuando algo estorba, lo mejor es que sea desechado —aclaró el señor, encogiéndose de hombros—. Tenemos a muchas personas, eso nunca lo dudes. En cuanto a esa muchacha, no te preocupes, llevará un mensaje muy grande también.

—Ya veo. Una última pregunta, señor. ¿Desde un principio usted sabía sobre la chica inmune?

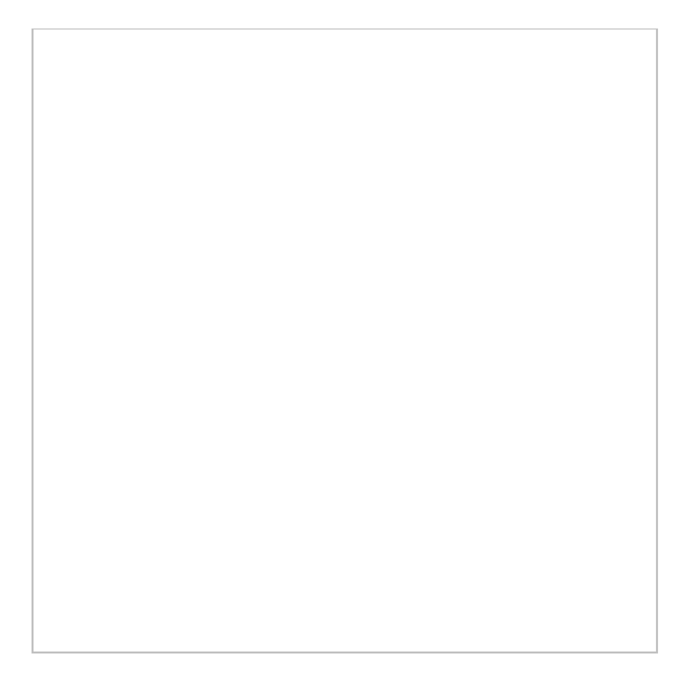
Se formó una sonrisa en el rostro del líder.

—Me tomó totalmente por sorpresa, debo admitirlo, pero no es un inconveniente para nosotros. Las cosas marchan tal y como lo deseo, de hecho, se han puesto muchísimo mejor.

—¿Y qué pasó con ella? Le dispararon.

El señor dejó a un lado el cubo de Rubik perfectamente armado. Le había tomado tres minutos resolverlo, aunque podía hacerlo más rápido.

—¿Drey? Ella está en coma.



ALEX MÍREZ

Nació el 16 de octubre de 1994 en Caracas, Venezuela, un día en el que llovió a cántaros.

Desde temprana edad desarrolló un gran gusto por la lectura, bajo cuentos e historias, no siempre tan infantiles, que le contaba su abuelo. Manteniendo intereses tan específicos evolucionó hasta convertirse en alguien creativa, ocurrente y apasionada de las cosas que disfruta al máximo, por sobre las que siempre le dijeron que debía hacer.

Amante de la ciencia ficción, el suspenso y la fantasía, sus principales pasatiempos son: jugar videojuegos, luchar contra una oleada de ideas, leer y, por supuesto, escribir.

Esto último comenzó a hacerlo cuando tenía dieciséis años, incluso cuando trataban de inculcarle que no era lo correcto, y aunque al comienzo sus historias podían ser algo desprolijas e imperfectas, con el tiempo se dedicó a mejorar hasta el punto de llegar a ser capaz de editar sus propios escritos.

Ahora está graduada en Servicios Turísticos y junto con eso se abre espacio dentro de los estudios de informática y sistemas, con todo el interés de desarrollar aplicaciones móviles con el mismo cariño que expone sus historias. Y, a pesar de todo, no se detiene en nuevos proyectos.